EL MITO DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN
DEL “FIN DE LOS TERRITORIOS” A LA MULTITERRITORIALIDAD

Rogério Haesbaert

El mito de la desterritorialización es el mito de los que imaginan que el hombre puede vivir sin territorio, que sociedad y espacio pueden estar disociados, como si el movimiento de destrucción de territorios no fuera siempre, de algún modo, su reconstrucción sobre nuevas bases. Territorio se enfoca aquí en una perspectiva geográfica, intrínsecamente integradora, siempre en proceso, la territorialización como dominio (político-económico) y apropiación (simbólico-cultural) del espacio por los grupos humanos, enfatizando la relación espacia-poder a través de una concepción ampliada de poder (que incluye el poder simbólico). La globalización neoliberal acaba difundiendo el mito del “fin de los territorios” (confundido muchas veces con el “fin del Estado”), donde la “aniquilación del espacio por el tiempo” sería responsable en gran parte del “preconcepto espacio-territorial” que ha envuelto cada vez más los territorios en una carga negativa, vistos más como obstáculos para el “progreso” y la movilidad, a punto de (teóricamente, por lo menos) sumergirse en el mar de la “fluidez” o de las redes que todo lo disuelven o disgregan. El gran dilema de este inicio de milenio no es el fenómeno de la desterritorialización, como sugieren autores como Paul Virilio, sino el de la multiterritorialidad, la exacerbación de la posibilidad, que siempre existió, pero nunca en los niveles contemporáneos, de experimentar diferentes territorios al mismo tiempo, reconstruyendo el nuestro constantemente. Desterritorialización sería de hecho la territorialización extremadamente precaria a que están sujetos, cada vez más, las “aglomeraciones humanas” de los sin-techo, sin-tierra, y de tantos grupos minoritarios en su lucha por el “territorio mímico” de la protección y el amparo cotidiano.
EL MITO DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN
DEL "FIN DE LOS TERRITORIOS"
A LA MULTITERRITORIALIDAD

por

ROGÉRIO HAESBAERT

traducción
MARCELO CANOSSA
Para Doreen Massey—quien, además de su gran aliento intelectual, me enseñó a admirar el rocío de la mañana en Milton Keynes—, con reconocimiento y cariño.

Para Galib y António, que hicieron de la Biblioteca Británica un territorio-mundo de poesía y amistad.
AGRADECIMIENTOS

Mi especial agradecimiento a la Coordinación de Perfeccionamiento del Personal de la Enseñanza Superior (Capes), del Estado brasileño, gracias a la cual estuvieron garantizados los recursos públicos indispensables para la realización de mi pasantía posdoctoral en Londres, Inglaterra, que me dieron diez meses de tranquilidad imprescindibles para elaborar este trabajo. Paralelamente, agradezco de corazón a los colegas del Departamento de Geografía de la Universidad Federal Fluminense, quienes con su esfuerzo y consideración supieron mi alejamiento de las actividades didácticas durante dicho periodo, en especial a Márcio de Oliveira, Ivaldo Lima (también lector atento del punto 7.1), Jorge Luiz Barbosa y Sérgio Nunes Pereira. Se ocuparon de los quehaceres y de la burocracia local los amigos de todas las horas: Almir, Maurício y Lino, además de la incansable Dona Fátima.

Agradezco a mis queridos alumnos que con paciencia y dedicación participaron en los debates, a veces un poco áridos, de tantos asuntos abordados aquí, sobre todo a los alumnos del curso Diversidad Territorial y Regionalización, dictado en el Programa de Posgrado en Geografía, de la disciplina Geo-Historia y, principalmente, a los activos participantes del grupo de debates del Núcleo de Estudios sobre Regionalización y Globalización (Nureg), sin los cuales la vida académica cotidiana no tendría mucho sentido. Doy gracias en especial a Glaucio Bruce, coautor del artículo que sirvió de base al tercer capítulo de este libro.

En Inglaterra, fue decisivo el diálogo con los profesores y doctorandos del Departamento de Geografía de la Open University, en particular con Doreen Massey, pero también con Jennifer Robinson, John Allen y Sarah Whatmore. El aporte de los debates durante los seminarios del departamento y en los grupos de lectura resultó fundamental. Agradezco también a los profesores Jacques Lévy y Michel Lussault, de Francia, y a Wolf-Dietrich Sahr, de Alemania, por sus invitaciones a seminarios y conferencias que generaron discussiones muy interesantes acerca de esta temática en Reims y Cérisy, en Francia, así como en Heidelberg, Jena y Leipzig, en Alemania.
En relación a esta edición en español, quiero agradecer especialmente al amigo Marcelo Canossa, por la calidad de su traducción, y a la geógrafa y amiga Perla Zusman, de la Universidad de Buenos Aires, por estar siempre disponible para solucionar dudas de traducción, a Carlos Walter Porto-Gonçalves (gran compañero) y a Enrique Leff, por su apoyo junto a Siglo XXI Editores.

Finalmente, many thanks a la Biblioteca Británica y a sus empleados, siempre solícitos y amistosos, una institución que es un verdadero “patrimonio de la humanidad” y que, como nuestra “catedral”, como solía decir Doreen Massey, me brindó algunos de mis más extraordinarios momentos en términos de satisfacción intelectual. Allí, la socialización del conocimiento, de todos los rincones y para tantos estudiantes del mundo entero que, como yo, han tenido el privilegio de frecuentarla, es la mejor demostración de que el empleo digno del dinero público es una bandera por la cual siempre debemos seguir luchando.

[...] el hombre ya no es más el hombre confinado, sino el hombre en-deudado. Es verdad que el capitalismo mantuvo como constante la extrema miseria de tres cuartos de la humanidad, demasiado pobres para el endeudamiento, demasiado numerosos para el confinamiento: el control no sólo tendrá que enfrentar la disipación de las fronteras, sino también la explosión de los guetos y favelas.

GILLES DELEUZE (1992 [1990]: 224)
PRÓLOGO

Me gustaría empezar con un relato más personal, ya que mi experiencia, creo yo, es bien representativa de esas ideas y venidas y ambivalencias de la des-reterritorialización. Dado que viví en una zona rural hasta el inicio de la escuela primaria, comencé por conocer la territorialización más rígida (y dura) de la vida en el campo. A pesar de estar en cierta forma impregnado de la “tierra”, como recurso primario de supervivencia e identificación (principalmente, para un gaúcho luso-brasileño como mi padre y para una descendiente de colonos alemanes como mi madre), pude experimentar igualmente la vivencia de la desterritorialización que acarrea la ausencia de la “tierra” para aquel que depende casi totalmente de ella.

Fue así como viví también el famoso “éxodo rural” que, al contrario del economicismo de muchas interpretaciones, contiene igualmente variables socioculturales representadas por todo un conjunto de valores “urbanos”, en esa época en avasallante difusión. La luz eléctrica y la radio, a los siete años de edad, fueron una verdadera revolución en mi espacio-tiempo. La mayor atracción de esa pequeña ciudad de mil habitantes, que en esa época se emancipaba, era, para mí, el tren. Allí, por ese ferrocarril, creo que empecé a vivir este sentimiento paradójico entre temor y atracción por el cambio, por la movilidad, por la des-territorialización (siempre dialectizada). Mi mayor sueño era un día “tomar” el tren. La estación ferroviaria tenía para mí un sentido casi mítico. Una “línea de fuga”, una puerta a lo desconocido, a lo no revelado, a los paisajes fantásticos recreados por el ferrocarril, a los puentes “imposibles” (se decía que uno de ellos, a pocos kilómetros de la ciudad, tenía el mayor vano libre de Sudamérica). Pero mi territorio, en el fondo, era calmo, una tranquila vida cotidiana de ritmos repetitivos, fines de semana “sagrados” en la misa del domingo, mananas con clases, tardes para “buscar el ternero” en el campo, aventura que nunca me entusiasmó.

Luego de un año en ese pueblo, mi padre arrendó un lote en la cima de una colina, a pequeña distancia, que subíamos en carretón.
PRÓLOGO

De lo alto se podía ver la inmensa “meseta” de la Serra Geral y la campaña –la pampa–, perdiéndose de vista en el horizonte. Allí descubrí otra frontera para nuestro territorio, campos y llanuras sin fin, una apertura que me fascinaba, lejos de las restricciones de la sierra. No obstante, la sierra poseía más diversidad y cada valle también tenía sus sorpresas. En la campaña, todo parecía revelarse al mismo tiempo, nada se escondía, nada parecía quedar por aprehender. Craso error: allí también se escondían “secretos”.

Después de dos años, nos mudamos a la pampa, a una casa tan pobre que mi hermana de cuatro años se asustó, negándose a entrar... Volví en el camión de mudanzas. Tenía que quedarme algunos meses para terminar mis estudios. A los ocho años de edad, viviendo con desconocidos, necesitaba una nueva territorialización. Recuerdo cómo extrañaba a mi familia y cómo todo allí tenía olores, sabores y colores completamente diferentes. Hasta era más difícil descansar. Era como si estuviésemos obligados a reconstruir un hogar, un territorio, a mis ocho años. Pero pronto llegaron las vacaciones, el retorno al campo, a aquel “rancho” de paja y piso de tierra, horno con chapa de hierro y cemento, embalse para buscar agua. Y los reencuentros, muchos, incluyendo con los hermanos que estudiaban con los abuelos en la “ciudad grande”. El rancho tan pobre se transformó sin dificultad en mi territorio, dominado por mis padres, apropiado por la fiesta con mis hermanos.


Meses más tarde, para estudiar, fuimos nuevamente a la ciudad. Otra des-reterritorialización. Todo estaba físicamente cerca, como máximo a unos 100 kilómetros, pero para mí, a esa edad, eran distancias enormes. Era otra ciudad, ahora “mucho mayor”, de dos mil quinientos habitantes. Por primera vez calles asfaltadas, tribunales, hasta un cine (para el cual me gané dos años de entradas gratuitas, al responder preguntas sobre geografía en la plaza de la ciudad). Nuevos amigos. El descubrimiento de Monteiro Lobato y Narcitas. Los primeros viajes. Cuántos viajes (imaginarios) se podían hacer... A la vez que viajaba por los mapas, trataba de alguna forma de “viajar por el mundo”, aunque fuera por allí cerca, creando otras redes, más reales, expandiendo mi(s) territorio(s). Las primeras “correspondas” fueron dos argentinas de un autobús de turismo que se detuvo en la plaza de la ciudad, donde yo trabajaba vendiendo revistas. Para mí, los folletos de la agencia de turismo donde ellas trabajaban eran más importantes que el viaje del hombre a la Luna, que vi en uno de los pocos televisores (blanco y negro) de la ciudad.

Mejor que eso lo encontraría sólo al mudarnos nuevamente, dos años después, a la “ciudad grande”, Santa María. A pesar de las penguas por las que pasamos, con mi padre cambiando continuamente de trabajo y alquilando casa por todos los rincones de la ciudad (cinco barrios diferentes en seis años), allí era posible tener acceso a una biblioteca pública, mi “territorio” predilecto, reino de la revista Georama y de otros atlas, mucho más detallados que mi simple atlas escolar del Ministerio de Educación. Escuchaba estaciones de radio de onda corta todas las noches (de Londres a Pekín) y comencé a tener amigos del mundo entero con los que me escribía. Así, aunque estando muy lejos de los tiempos de Internet, “comprí” mi tiempo-espacio, conectándome, a mi manera, con el otro lado del mundo. Me preparaba para la movilidad “real” que más tarde me des-reterritorializaría en Río de Janeiro, para la maestría; en París, para el doctorado, y en Londres, hace poco, para el posdoctorado.

Mirar hacia atrás y ver todas esas territorialidades acumuladas –o a veces partidas– y mi familia todavía en el sur, en su territorialidad restringida, en la que mi padre cuida los caballos, de los vecinos y mi madre se ocupa de la misma huerta, del mismo jardín, todo ello es una mezcla de nostalgia que une dolor y felicidad. Saber que tenemos todos esos territorios múltiples dentro de nosotros, y que aún podemos experimentar la vivencia de muchos otros, de gauchos en Bahía, de chinos en California, de bangales en Londres... El privilegio de una multiterritorialidad que es accesible a pocos, aunque ciudadanos del mundo que deberíamos ser todos. Para recrear el futuro, con los cimientos de un pasado que no se desvanece sino que se recrea constantemente, con nuestra aldea en la memoria –y con respeto por aquellos que prefirieron (y tuvieron la opción de) permanecer en sus pequeñas-grandes aldeas-territorios de la supervivencia y del bienestar cotidiano–. Que es, o al menos debería ser, finalmente, el territorio-mundo para todos, que esta globalización perversa insiste en mentir que nos está dando.
El mito de la desterritorialización es el mito de los que imaginan que el hombre puede vivir sin territorio, que la sociedad puede existir sin territorialidad, como si el movimiento de destrucción de territorios no fuese siempre, de algún modo, su reconstrucción sobre nuevas bases. El territorio, visto por muchos desde una perspectiva política o incluso cultural, es enfocado aquí desde una perspectiva geográfica, intrínsecamente integradora, que concibe la territorialidad como el proceso de dominio (político-económico) o de apropiación (simbólico-cultural) del espacio por los grupos humanos, en un complejo y variado ejercicio de poder(es). Cada uno de nosotros necesita, como "recurs" básico, territorializarse. No en los moldes de un "espacio vital" darwinista-ratzelian, que impone el sueño como un determinante de la vida humana, sino en un sentido más múltiple y relacional, inserto en la diversidad y en la dinámica temporal del mundo.

Estamos llenos de dicotomías, y el discurso de la desterritorialización está repleto de ellas: materialidad e inmaterialidad, espacialidad y temporalidad, naturaleza y cultura, espacio y sociedad, global y local, movimiento y estabilidad. Expresiones clásicas, como la de la "aniquilación del espacio por el tiempo", fueron las responsables de gran parte del "preconcepto espacio-territorial" que hizo que los territorios se vieran cada vez más teñidos de una carga negativa, pasando a ser percibidos como obstáculos para el "progreso" y la movilidad, al punto de (teóricamente, al menos) hallarse sumergidos en el miedo de la "fluidéz", que todo lo disuelve y lo disgrega. ¿Pero qué sería del ser humano si sucumbiera a ese olvido de indiferenciación y movilidad? De ninguna manera se trata de las nostalgia de una Gemeinschaft, de una vida comunitaria cerrada y autárquica, que en cierta forma sólo existió en la simplificación de algunos científicos sociales.

El gran dilema de este comienzo de milenio, creemos, no es el fenómeno de la desterritorialización, como sugiere Virilio, sino el de la multiterritorialización, la exacerbación de la posibilidad –que siempre existió, pero nunca en los niveles contemporáneos– de tener la vivencia de diferentes territorios al mismo tiempo, reconstruyendo constantemente el nuestro. Sabiendo, para empezar, que "multiterritorializarse", para la mayoría, en cierto sentido, no es más que una mera virtualidad. La humillante exclusión, o las inclusiones extremadamente precarias a las que las relaciones capitalistas relegaron a la mayor parte de la humanidad, hacen que muchas personas, en vez de compartir múltiples territorios, vaguen en busca de uno, el más elemental territorio de la supervivencia cotidiana. De esta forma, los territorios múltiples que nos rodean incluyen esos ámbitos precarios que albergan a los sin techo, a los sin tierra y a tantos grupos minoritarios que parecen no tener lugar en un desorden de "aglomerados humanos" que, entre tantas redes, estigmatiza y separa cada vez más.

Así, el sueño de la multiterritorialidad generalizada, de los "territorios-red" que conectan a la humanidad entera, parte, ante todo, de la territorialidad mínima, la protección y el bienestar, condición indispensable para estimular a la vez la individualidad y promover la convivencia solidaria de las multiplicidades, de todos y de cada uno de nosotros.
1. INTRODUCCIÓN

...la aceleración, ya no más de la historia [...] sino la aceleración de la propia realidad, con la nueva importancia de este tiempo mundial en que la instantaneidad borra efectivamente la realidad de las distancias, de estos intervalos geográficos que organizaban, aún hasta ayer, la política de las naciones y sus coaliciones [...]. Si no hay un fin de la historia, a lo que asistimos, pues, es al fin de la geografía (Virilio, 1997:17).

No adaptado a los nuevos datos de la economía, impotente para poner en orden la proliferación contemporánea de las reivindicaciones identitarias, abatido por los progresos del multiculturalismo, [el territorio] fue superado por los avances de una mundialización que pretende unificar las reglas, los valores y los objetivos de toda la humanidad (Badie, 1996:19).

¿El mundo se estaría “desterritorializando”? Bajo el impacto de los procesos de globalización que “comprimieron” el espacio y el tiempo, erradicando las distancias por la comunicación instantánea y promoviendo la influencia de los lugares más distantes unos sobre los otros, el debilitamiento de todo tipo de frontera y la crisis de la territorialidad dominante, la del Estado-nación, en que nuestras acciones se encuentran gobernadas más por las imágenes y representaciones que hacemos que por la realidad material que nos rodea, en que nuestra vida está inmersa en una constante movilidad, concreta y simbólica, ¿qué quedaría de nuestros “territorios”, de nuestra “geografía”? Según el urbanista-filósofo francés Paul Virilio, incluso la geopolítica estaría siendo superada por la cronopolítica, ya que sería estratégicamente mucho más importante el control del tiempo que el del espacio. El mundo de las divisiones territoriales de los estados-naciones, bajo la forma de una colcha hecha de retazos, estaría condenado frente al mundo de las redes, la “sociedad en red”, como lo denominó Manuel Castells.

Si pensamos en nuestras propias experiencias personales, por lo menos aquellos que participan más ampliamente de la globalización en curso, con frecuencia el mundo parece ciertamente haberse “encogido” de manera sustancial. Se ha diseñado así un mundo “sin fronteras”, en el cual se decretó el “fin de las distancias”, tanto por la velo-

cidad que los transportes le permiten a nuestro desplazamiento físico, como por la instantaneidad que proporcionan las comunicaciones, especialmente Internet.

Como geógrafos, estamos preocupados por elucidar las cuestiones atinentes a la dimensión espacial y a la territorialidad, en tanto componentes indisolubles de la condición humana. Decretar una desterritorialización “absoluta” o el “fin de los territorios” sería paradójico, comenzando por el simple hecho de que el propio concepto de sociedad implica, de cualquier modo, su espacialización o, en un sentido más limitado, su territorialización. Sociedad y espacio social son dimensiones gemelas. No se puede definir al individuo, al grupo, ni a la comunidad o a la sociedad, sin insertarlos a la vez en un determinado contexto geográfico, “territorial”.

Es interesante empezar por recordar que, aunque muy presente en el debate de las ciencias sociales, al menos desde la década de 1970 (con los filósofos Gilles Deleuze y Félix Guattari), el término desterritorialización todavía no ha sido reconocido por los grandes diccionarios. El conocido Oxford English Dictionary, por ejemplo, reconoce territorialización como un término antiguo, pero nada comenta sobre desterritorialización. En geografía, el primer registro de este vocablo, de nuestra autoría, es muy reciente, pues apareció en 2003, publicado en el Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés (Lévy y Lussault).

En el Oxford English Dictionary sólo consta el término territorialización, derivado del verbo territorializar, que significa convertirse en territorial, situar en bases territoriales o incluso asociar a un territorio o distrito particular. Lo más interesante es observar las citas que incluye: una, de 1848, comenta que “recientemente el papa territorializó su autoridad en una gran área”; otra, de 1897, se refiere a la “territorialización del servicio militar” (y del ejército), y una, de 1899, habla de la “territorialización de los ferrocarriles” (p. 819). Es posible percibir la estrecha vinculación con procesos político-institucionales de construcción de territorios, al hacer viables, a través del territorio, intereses de orden político-cultural (Iglesia), político-militar (ejército) y político-económico (redes técnicas).

Aunque el término desterritorialización sea nuevo, no se trata de una cuestión o de un argumento exactamente inédito. Muchas posiciones de Marx en El capital y en el Manifiesto comunista revelaban claramente su preocupación por la “desterritorialización” capitalista, tanto la del campesino expropiado, transformado en “trabajador li-
INTRODUCCIÓN

bre”, y su éxodo hacia las ciudades, como la del burgués que lleva una vida en constante movimiento y transformación, en que “todo lo sóli-
do se desvanece en el aire”, según la conocida expresión popularizada por Berman (1986[1982]):

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesan-te-mente los instrumentos de producción, y con ello todas las relaciones so-ciales. [...] Una revolución continua en la producción, una incesante con-moción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmoohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagra-do es profanado, y los hombres al fin se ven forzados a considerar serenan-te sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas (Marx y Engels, 1998[1848]:43).

Al contrario de las interpretaciones que se ciñen a la perspectiva económio-política, Berman enfatiza el enfoque cultural en el ma-terialismo histórico de Marx, cuya “verdadera fuerza y originalidad” provendría de la “luz que lanza sobre la moderna vida espiritual” (1986:87). En este sentido, se trata de una lectura más amplia que proyecta la desterritorialización (aunque sin el uso explícito de este término) como una de las características centrales del capitalismo y, más aún, de la propia modernidad.

Ciertamente, podemos afirmar que es intrínseca a la reproducción del capital esta constante alimentación del movimiento, sea a través de los procesos de acumulación, en los que la transformación técnica y la paralela reivindicación del consumo aceleran el ciclo productivo, sea por la dinámica de exclusión, que arroja a una enorme masa de personas a circuitos de movilidad obligatoria en su lucha por la supervivencia cotidiana. Tenemos así, por lo menos, dos interpretaciones muy diferentes de lo que se percibe como desterritorialización, que muchas veces los discursos corrientes confunden: una, a partir de los grupos hegemónicos, efectivamente “globalizados”; otra, a partir de los grupos subordinados o precariamente incluidos en la dinámica globalizadora.

Guy Débord, en su clásico La sociedad del espectáculo (originalmen-te publicado en 1967), retoma a Marx (incluso en la misma alusión que éste hizo sobre la destrucción de “todas las murallas de China”) y sintetiza bien dicha perspectiva materialista histórica sobre los efectos desterritorializadores/globalizadores del capitalismo:

La producción capitalista unificó el espacio, que ya no es limitado por socie-dades exteriore. Está unificación es, al mismo tiempo, un proceso extensivo e intensivo de banalización. La acumulación de las mercaderías producidas en serie por el espacio abstracto del mercado, al mismo tiempo en que debería quebrar todas las barreras regionales y legales, y todas las restricciones corpo-rativas de la Edad Media que mantenían la calidad de la producción artesanal, debía también disolver la autonomía y la calidad de los lugares. Este poder de homogenización es la pesada artillería que hizo caer todas las murallas de China (Débord, 1997:111) (cursivas del autor).

En el anterior cambio de siglo, del xix al xx, otro clásico, el soció-logo Émile Durkheim, a pesar de no usar explícitamente el término “desterritorialización” y dentro de una perspectiva teórica e ideológica muy diferente, comentaba respecto al debilitamiento de las divi-siones territoriales a partir del creciente papel de las “corporaciones” (en sentido amplio):

todo permite prever que, si el progreso se sigue realizando en el mismo senti-do, ésta [la corporación] deberá asumir en la sociedad una posición cada vez más central. [...] la sociedad, en vez de seguir siendo lo que es aún hoy, un agregado de distritos territoriales yuxtapuestos, se volvería un vasto sistema de corporaciones nacionales. [...] Veremos, de hecho, cómo a medida que avanzamos en la historia, la organización que tiene por base agrupaciones territoriales (aldea o ciudad, distrito, provincia, etcétera) va desapareciendo cada vez más. Sin duda, cada uno de nosotros pertenece a una comuna, a un departamento, pero los vínculos que nos ligan a ellos se vuelven cada día más frágiles y más laxos. Esas divisiones geográficas son, en su mayoría, artificiales y ya no despiertan en nosotros sentimientos profundos. El espiri-tu provincial ha desaparecido irremediablemente; el patriotismo de parroquia ha llegado a constituir un arcaísmo que no es posible restaurar (Durkheim, 1995[1930]:xxxvi-xxxvii).

A pesar de sus profundas diferencias teóricas e ideológicas, Durkheim, tal como Marx, profetizaba también la globalización, el fin de las identidades territoriales regionales-locales (el “espíritu provinciana") y el surgimiento de una sociedad en la que las bases territoriales de organización serían remplazadas por la “organización ocupacional” y por un patrón general de corporaciones [trans]nacionales. Tal como
diferentes autores contemporáneos, el creía también en la extinción de los provincialismos y parroquialismos, como si las identidades más tradicionales estuvieran siendo sencillamente eliminadas del mapa.

De manera semejante a ese “final de época” (o mejor, de afirmación de la modernidad) y al cambio de siglo durkheimiano, el final del siglo XX (y del segundo milenio) y el advenimiento de la llamada posmodernidad trajeron una cantidad aún más sorprendente de fines: el fin de la modernidad (Lyotard, 1986) vino acompañado por el ocaso de aquello que, se creía, eran sus términos básicos –el Estado-nación (Omahe, 1996), el trabajo, las clases sociales, la democracia (Guehénno, 1993)–; hubo incluso quien decretó, junto con la muerte del socialismo (real), el “poscapitalismo” (Drucker, 1993). Para completar, se planteó abolir la propia idea maestra del mundo moderno, la idea de “historia” en tanto dinámica social que acumula “progreso” y “revolución” (Fukuyama, 1992).

Pero, como argumenta Virilio en la cita que encabeza este inciso, para algunos no se trata del fin de la historia sino de la geografía misma, confundida con frecuencia con la simple distancia, superada a partir del avance tecnológico de los transportes y las comunicaciones. Según el discurso de O’Brien (1992), en su calidad de economista-jefe del American Express Bank, el fin de la geografía se refiere, más que nada, a los circuitos financieros, los que muchos consideran el locus por excelencia de la globalización. Aquí, el argumento de la desterritorialización y el proyecto neoliberal caminan juntos, uno al servicio del otro.

De cualquier forma, el discurso de la desterritorialización ganó volumen y terminó propagándose por las esferas más diversas de las ciencias sociales, desde la desterritorialización política con la llamada crisis del Estado-nación hasta la deslocalización de las empresas, en la economía, y el debilitamiento de las bases territoriales en la construcción de las identidades culturales, en la antropología y en la sociología.

Este trabajo corresponde a la reanudación y profundización de una temática que hemos desarrollado hace varios años (Haesbaert, 1994, 1995, 1999). Ya en 1994, al ironizar acerca de esta era “pos”–del postindustrialismo al posfordismo, del postsocialismo al poscapitalismo–, cuestionábamos el “mito” (desde el sentido común, como “fábula”) de la desterritorialización y afirmábamos:

generalmente se cree que los “territorios” (geográficos, sociológicos, afectivos…) se están destruyendo, juntamente con las identidades culturales (o, en este caso, territoriales) y el control (estatal, principalmente) sobre el espacio. La razón instrumental, a través de sus redes técnicas globalizadoras, se haría cargo del mundo… Como si la propia formación de una conciencia-mundo no pudiera reconstruir nuestros territorios (de identidad, inclusive) en otras escalas, incluyendo la planetaria… (Haesbaert, 1994:210).

Más recientemente, agregamos que “hoy se puso de moda afirmar que vivimos en una era dominada por la desterritorialización, confundiéndose muchas veces la desaparición de los territorios con el simple ‘debilitamiento de la mediación espacial en las relaciones sociales’” (Haesbaert, 1999:171), (en cursivas en el original). O sea, se trata de la ya antigua confusión resultante, principalmente, de la no explicitación del concepto de territorio que se está utilizando, considerado muchas veces como sinónimo de espacio o de espacialidad o, en una visión aún más problemática, como la simple y genérica dimensión material de la realidad.

Con mayor rigor, podemos afirmar que es cuestionable incluso este debilitamiento de la dimensión (más que simple “mediación”) espacial/material en las relaciones sociales, en su sentido más elemental y concreto, ya que no faltan procesos que vuelven a poner el énfasis en una base geográfica-material, empezando por los que se relacionan con las cuestiones ambientales (deforestación, erosión, contaminación, efecto invernadero) y de acceso a nuevos recursos naturales (como los vinculados a la biodiversidad); los actos llamados demográficos y de difusión de epidemias; los asuntos asociados a las fronteras y el control de la accesibilidad (como en los flujos migratorios); las nuevas luchas nacional-regionalistas de fuerte base territorial, etcétera.

1.1. LAS CIENCIAS SOCIALES REDESCUBREN EL TERRITORIO PARA HABLAR DE SU DESAPARICIÓN

La mayor parte de los autores que defienden un mundo en proceso de desterritorialización, como sería previsible, proviene de otras áreas diferentes de la geografía. Es como si la dimensión geográfica o espacial de la sociedad hubiese sido súbitamente “re-descubierta” por las otras ciencias sociales, pero, de modo paradójico, más para
afirmar su debilitamiento —y en relación con el territorio incluso su desaparición— para demostrar su relevancia. Lo que se percibe es que durante largo tiempo los filósofos y científicos del espacio, con sus teorías, descubrieron el espacio en sus análisis, y sólo la reciente crisis “posmoderna” contemporánea, empezando por Michel Foucault, habría puesto nuevamente en alerta sobre la importancia de la dimensión espacial de la sociedad. Existe un texto de Foucault (1986[1967]) que se transformó ya en referencia obligatoria en relación con la defensa de la “fuerza del espacio”, principalmente cuando este autor afirma, desde el comienzo:

La gran obsesión del siglo xix fue, como sabemos, la historia [...] La época actual quizás sea sobre todo la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, de lo uno al lado de lo otro, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, creo, menos como una gran vía que se desarrolla a través del tiempo que como una red que unirnos y se entrecruce. Tal vez se pueda decir que algunos de los conflictos ideológicos que animan las polémicas actuales se desarrollan entre los piadosos descendientes del tiempo y los habitantes encarnizados del espacio (p. 22).

Diversos sociólogos y antropólogos, que hace varias décadas ignoraban o criticaban las lecturas geográficas o sobre la territorialidad humana, redescubren la importancia de la dimensión espacial de la sociedad —ahora, sin embargo, en especial para diagnosticar la polémica desterritorialización “moderna” o “posmoderna” del mundo. Como siempre alí no estuvieron siempre, conjugadas, la destrucción y la producción de nuevos territorios, tanto los más abiertos y flexibles como los más cerrados y segregadores. Esta “dimensión más concreta” en que se desarrollan los procesos sociales podría incluso proporcionar, en periodos de crisis como éste, una mejor percepción de la intensidad real de los cambios.

Según Soja (1993[1989]), la citada transformación propuesta por Foucault de una era centrada en el tiempo en una que privilegia el espacio, ubicada en el paso del siglo xix al xx, en verdad debería ser trasladada hacia fines del siglo xxi:

*Véase, por ejemplo, la fuerza casi puramente simbólica (o identitaria) de la “región” de Bourdieu (1989) y su crítica algo simplista a las interpretaciones de algunos geógrafos, que indican desconocimiento de las producciones más recientes en esta temática.
páginas al debate de la desterritorialización. Sólo para ejemplificar, véanse los trabajos de Ianni (1992), quien escribió un capítulo de su libro *La sociedad global* acerca de la desterritorialización, y Ortiz (1994, 1996), que dio el sugestivo título de *Otro territorio* a una de sus obras.

Ortiz (1994) habla de una desterritorialización que sería dominante en la modernidad contemporánea (véanse especialmente las pp. 105-111). Para él, uno de los elementos estructurantes de la modernidad es “el principio de la ‘circulación’” (p. 48), puesto que “modernidad es movilidad” (p. 79); movilidad que llega a transformarse, en la misma línea de Bauman (1999), en “signo de distinción”, al separar a los “sedentarios” de los “que salen mucho”, los “que aprovechan la vida” (p. 211). Se percibe aquí una de las interpretaciones problemáticas de la desterritorialización, aquélla que la asocia con la movilidad en un sentido amplio, bajo la inspiración del “todo lo sólido se desvanece en el aire”, de Marx. Cuestionaremos específicamente este punto en el capítulo 6 de este libro.

La sociedad moderna es vista por Ortiz como “un conjunto desterritorializado de relaciones sociales articuladas entre sí” (1994:50) e incluso la nación es “un primer momento de desterritorialización de las relaciones sociales” (1994:49). El autor parece menospreciar, al menos en este momento, la permanencia de los conflictos que genera la contradicción entre una nación moderna, “desterritorializadora” en nombre de una ciudadanía que se pretende universal, y el particularismo de los (neo)nacionalismos de base étnico-cultural. Su libro posterior, *Otro territorio* (1996), rectifica algunos puntos y profundiza en varias de esas proposiciones. Probablemente su diálogo con otros científicos sociales, especialmente con geógrafos como Milton Santos, haya influido en este cambio.

A propósito, Santos fue el geógrafo que más alentó el debate sobre territorio y desterritorialización en la década de 1990, como bien lo atestiguan sus obras colectivas (Santos et al., 1993, 1994) e individuales (Santos, 1996). Aunque pocas veces haya utilizado el término de manera explícita, en *La naturaleza del espacio* amplía la noción hasta el punto de incorporar su dimensión cultural, ya que “desterritorialización es, frecuentemente, una palabra más para significar extranamiento, que es, también, desculturización” (p. 262). Además, hay una asociación (discutible) entre “orden global”, que “desterritorializa” (al separar el centro y la sede de la acción), y “orden social”, que “reterritorializa” (p. 272).

Ianni (1999) también asocia globalización, desarraigo y desterritorialización: “La globalización tiende a desarraigar las cosas, las gentes y las ideas...” (p. 92). Así se desarrolla el nuevo y sorprendente proceso de desterritorialización, una característica esencial de la sociedad globalizada (p. 93), se alteran estas nociones, se desterritorializan “cosas, personas e ideas” (p. 99); la literatura misma se desenraiza en géneros como Nabokov, Borges y Beckett, en un universal que desdén la estabilidad. Para el autor, “la desterritorialización aparece como un momento esencial de la posmodernidad, un modo de ser carente de espacios y tiempos...” (1992:104); paradójicamente, sin embargo, ésta revela, por otro lado, nuevos horizontes de la modernidad.

Concordamos o no con Ianni, en especial con sus referencias a la “disolución” o “carencia” de espacios y tiempos, se advierte que es imprescindible discutir el trasfondo “moderno-posmoderno” que despierta en el debate sobre los procesos de desterritorialización (en relación con esto, véase el capítulo 4). Para los científicos sociales que abordan el tema, o bien es la modernidad la que carga un sesgo profundamente desterritorializador, o bien la posmodernidad es la que se encarga de promover la destrucción de los territorios o la —muy polémica y ya un lugar común— “supresión del espacio por el tiempo”, al disociar el espacio y el tiempo a través de las nuevas tecnologías y de los procesos en “tiempo real”.

Finalmente, al mostrar la amplitud (y relevancia) que adquiere la cuestión de la desterritorialización, es importante recordar que entre los mismos geógrafos hay quienes, de una u otra forma, decretan si no el “fin” de los territorios y la fuerza de la desterritorialización (lo que significaría decretar el fin de la propia geografía), al menos la necesidad de cambiar de categorías, como lo hace Chivallon (1999) cuando propone espacialidad en lugar de territorialidad.

También se puede hallar una especie de atrerritorialidad de nuestro tiempo en análisis más específicos, como el de las diásporas (véase el capítulo 8). Ma Mung (1995, 1999), uno de los principales geógrafos en abordar esta temática, afirma que los migrantes en diáspora comparten una “extraterritorialidad”. Como veremos en nuestro análisis, pensamos que, por el contrario, se trata de uno de los ejemplos más ricos en términos de que lo que denominamos multiterritorialidad.

De esta forma, elaboramos nuestras reflexiones a partir de las siguientes cuestiones básicas sobre los discursos y la “práctica” de la desterritorialización:
1. Generalmente no hay una definición clara de territorio en los debates acerca de la desterritorialización; el territorio aparece como algo “dado”, un concepto implícito o referido a priori a un espacio absoluto, o bien se lo define en forma negativa, o sea, a partir de lo que no es.

2. La desterritorialización se concibe casi siempre como un proceso genérico (y uniforme), en una relación dicotómica y no intrínsecamente vinculada a su contraparte, la re-territorialización; este dualismo más general se encuentra vinculado a varios otros, como las disociaciones entre espacio y tiempo, espacio y sociedad, material e inmaterial, fijación y movilidad.

3. Desterritorialización, con el significado de “fin de los territorios”, aparece asociada sobre todo con la predominancia de las redes, completamente disociadas de su opuestas a los territorios, y como si la creciente globalización y movilidad fueran siempre sinónimos de desterritorialización.

Estas cuestiones serán retomadas a lo largo del texto, estructurado de manera que discutamos, inicialmente, las diferentes concepciones de territorio a lo largo de la tradición del pensamiento geográfico y sociológico (e incluso etológico) y que sirven de trasfondo, explícito o no, para el debate sobre la desterritorialización (capítulo 2). La concepción teóricamente más elaborada sobre desterritorialización proviene de la filosofía, como uno de los conceptos centrales del postestructuralismo de Gilles Deleuze y Félix Guattari (capítulo 3). Se trata de un debate que se ha transformado, de este modo, en una de las marcas de la llamada posmodernidad, en donde se confunde con las nuevas experiencias de espacio-tiempo: la “compresión” o el “desanclaje” del espacio-tiempo y las nuevas geometrías de poder allí implicadas (capítulo 4). Tal como la noción misma de territorio, los discursos de la desterritorialización abarcan las dimensiones más variadas, desde lo económico hasta lo político y lo cultural (capítulo 5). Aquí cuestionaremos algunos de los presupuestos “desterritorializadores”, como la deslocalización económica, el debilitamiento de las fronteras políticas y el hibridismo cultural.

Las principales dicotomías que, creemos, están sobreentendidas en la mayoría de los debates sobre la des-territorialización –término que muchas veces utilizamos con guión, ya que se trata siempre de una desterritorialización– serán analizadas en diferentes partes del texto. El dualismo más amplio, el relativo a la relación entre espacio y tiempo, se abordará más directamente en el capítulo dedicado a la posmodernidad (capítulo 4). Éste tiene implicaciones directas sobre los demás: los razonamientos binarios entre fijación y movilidad (capítulo 6) y entre territorio y red (puntos 6.3 y 7.1). Dicotomías tales como la existente entre sociedad y naturaleza, espacio y sociedad, global y local, se tratarán de manera más difusa a lo largo del texto.

Como propuestas conclusivas, defenderemos la idea de que buena parte de lo que los autores denominan desterritorialización es, en verdad, la intensificación de la territorialización en el sentido de una “multiterritorialidad” (capítulo 8), proceso concomitante de destrucción y construcción de territorios que mezcla diferentes modalidades territoriales (como los “territorios-mera” y los “territorios-red”), en escalas múltiples y nuevas formas de articulación territorial.

Podemos decir, anticipando algunas consideraciones finales, que muchas veces el discurso de la des-territorialización se plantea como un discurso eurocéntrico o “primermundista” (si es que aún se puede hablar de Primer Mundo), atento sobre todo a la realidad de las elites efectivamente globalizadas y ajeno a la ebullición de la diversidad de experiencias y reconstrucciones del espacio en curso no sólo en las llamadas periferias del planeta, sino en el interior de las propias metrópolis centrales. Ciertamente, el desprecio de algunas corrientes filosóficas por la materialidad del mundo (todas éstas elaboradas en países “centrales”) contribuyó a difundir la idea de un mundo caracterizado por la extinción de los territorios o sumido en una dinámica creciente de des-territorialización. En este sentido, no es de sorprender que, en la gran variedad de dimensiones con la que se aborda el tema, justamente la gran ausente es la concepción más estrictamente social de la desterritorialización, o sea, la que vincula desterritorialización y vida material bajo condiciones de “exclusión” socioespacial (capítulo 7).

Como colofón, una advertencia: como se trata de un tema vasto y multi o transdisciplinario, no anhelamos de ninguna manera alcanzar la exhaustividad, y algunos asuntos aquí discutidos presentarán lagunas o se abordarán de forma más superficial que lo requerido; de allí también nuestro compromiso de continuar el debate en trabajos posteriores, profundizando algunas de esas temáticas. Además, es pertinente resaltar que nuestro razonamiento y nuestra crítica parten siempre de una mirada más específica, la mirada geográfica. Como
tal, por lo menos a partir de esta perspectiva, creemos estar contribuyendo sustancialmente a una mayor problematización y a la búsqueda de respuestas o, cuando menos, de algunas pistas importantes para el tratamiento más riguroso y menos dicotómico de la cuestión.

2. DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Finalmente, ¿de qué territorio hablamos cuando nos referimos a “desterritorialización”? Si la desterritorialización existe, está siempre referida a una problemática territorial y, consecuentemente, a una determinada concepción de territorio. Para algunos, por ejemplo, la desterritorialización se vincula a la fragilidad creciente de las fronteras, en especial de las estatales: allí el territorio es, sobre todo, un territorio político. Para otros, la desterritorialización está vinculada a la hibridación cultural que impide el reconocimiento de identidades claramente definidas: aquí el territorio es, ante todo, un territorio simbólico o un espacio de referencia para la construcción de identidades.

Nuestra definición de desterritorialización cambiará, consecuencias, de acuerdo con la concepción de territorio que tengamos. De esta forma, es posible percibir la enorme polisemia que acompaña su utilización entre los diversos autores que la discuten. Como ya lo hemos subrayado, muchos ni siquiera hacen explícita la noción de territorio con la que están lidiando, y debemos deducirlo nosotros mismos. De allí la importancia de aclarar, de entrada, las principales líneas teórico-conceptuales en las que se utiliza o se puede utilizar el término, sin la menor pretensión de imponer la conceptualización a la problemática, pero mostrando siempre la diferenciación y transformación de los conceptos en función de las cuestiones priorizadas.

A pesar de la relativa negligencia de las ciencias sociales con relación al debate sobre el espacio y, más específicamente, sobre la territorialidad humana, por lo menos desde la década de 1960 se viene planteando la polémica sobre la conceptualización de territorio y territorialidad. Ya en 1967, Lyman y Scott, en un incitante artículo, hacían un balance sociológico de la noción de territorialidad, consi-

---

1 Algunas partes de este capítulo toman como referencia el artículo con el mismo título publicado en la antología Territorio, territorios (Haesbaert, 2002a).

2 “Territorialidad” aparece en la bibliografía tanto señalando el presupuesto general para la formación de territorios (constituidos concretamente o no), como privilegiando su dimensión simbólica-identitaria.
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN
derada de modo sistemático como "una dimensión sociológica que ha sido descuidada". A través de este texto se evidencia no sólo la poca consideración de la sociología respecto a la dimensión espacial/territorial, sino sobre todo la falta de diálogo entre las diversas áreas de las ciencias sociales. La geografía, por ejemplo, a la que le debería corresponder el papel principal, estaba completamente ausente de dicho debate.

Sin contar con los trabajos más puntuales de Jean Gottman (1952, 1973, 1975), podemos considerar como la primera gran obra escrita de modo específico sobre el tema del territorio y la territorialidad en la geografía al libro *Territorialidad humana*, de Torsten Malmberg (1980, escrito originalmente en 1976), obra de referencia, pero cuya fundamentación teórica conductista fue motivo de fuertes críticas. Aunque haya establecido las bases de un diálogo más frecuente con otras áreas, su propósito fue sobre todo el de la refutación, ya que el fundamento del concepto implica una asociación demasiado estrecha entre territorialidad humana y territorialidad animal, siguiendo la estela de la polémica tesis del "imperativo territorial" biológico de Robert Ardrey (Ardrey, 1969[1967]).

Además de las perspectivas externas a las ciencias humanas, en especial las vinculadas a la etología, de la cual surgieron las primeras teorizaciones más consistentes sobre territorialidad, la antropología, la ciencia política y la historia (con incursiones menores también de la psicología) son los otros campos en los que, junto con la geografía y la sociología, encontramos el debate conceptual, lo que demuestra su enorme amplitud y, a la vez, refuerza nuestra percepción sobre la precariedad del diálogo interdisciplinario, que es por donde intentaremos, dentro de lo posible, conducir nuestras reflexiones.

2.1. LA AMPLITUDD DEL CONCEPTO
A pesar de ser un concepto central para la geografía, territorio (y territorialidad), por estar relacionado con la espacialidad humana, tienen una cierta tradición también en otras áreas, cada una con un enfoque centrado en una perspectiva determinada. Mientras el geógrafo tiende a poner el énfasis en la materialidad del territorio, en sus dimensiones múltiples (que debe[ría] incluir la interacción sociedad-natureza), la ciencia política pone el acento en su construcción a partir de relaciones de poder (la mayoría de las veces vinculada a la concepción de Estado); la economía, que prefiere la noción de espacio a la de territorio, con frecuencia lo percibe como un factor locacional o como una de las bases de la producción (en tanto “fuerza productiva”); la antropología destaca su dimensión simbólica, principalmente en el estudio de las sociedades llamadas tradicionales (pero también en el abordaje del “neotribalismo” contemporáneo); la sociología lo enfoca a partir de su intervención en las relaciones sociales, en sentido amplio, y la psicología, finalmente, lo incorpora al debate sobre la construcción de la subjetividad o de la identidad personal, ampliándolo hasta la escala del individuo.

Una idea nítida de la amplitud con la que el concepto de territorio se trabaja en nuestros días puede surgir de esta lectura, que va de la perspectiva etológica (o sea, vinculada al comportamiento animal) a la psicológica:

El “territorio” en el sentido etológico es entendido como el ambiente [*environment*] de un grupo [...] que no puede por sí mismo ser objetivamente localizado, sino que está constituido por patrones de interacción a través de los cuales el grupo o banda garantiza una cierta estabilidad y localización. Exactamente del mismo modo el ambiente de una sola persona (su ambiente social, su espacio personal de vida o sus hábitos) puede ser visto como un “territorio”, en el sentido psicológico, en el cual la persona actúa o al cual recurre.

En este sentido ya existen procesos de desterritorialización y reterritorialización en curso –como procesos de dicho territorio (psicológico)–, que desigual el status de la relación interna al grupo o a un individuo psicológico (Gunzel, s/d).

Partiendo de la etología, donde minimiza el valor de las bases materiales, objetivas, de la constitución del territorio, el autor propone la construcción de un territorio a nivel psicológico. Es interesante observar que reconoce el carácter metáforico de la noción al utilizarla entre comillas, aunque, como veremos en el próximo capítulo, no sea exactamente como la metáfora con que Gilles Deleuze y Félix Guatta-
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

ri abordan el territorio, en especial en ¿Qué es la filosofía? (Deleuze y Guattari, 1991).

Estos autores se refieren a una noción aún más amplia de territorio, como uno de los conceptos clave de la filosofía, en dimensiones que van de lo físico a lo mental, de lo social a lo psicológico y de escalas que pasan de una rama de árbol “desterritorializado” a las “reterritorializaciones absolutas del pensamiento” (1991:66). Dicen ellos:

Ya en los animales, sabemos de la importancia de las actividades que consisten en formar territorios, en abandonarlos o en salir de ellos, e incluso en rehacer territorio sobre algo de otra naturaleza (el etólogo dice que el compañero o el amigo de un animal “equivale a un hogar”, o que la familia es un “territorio móvil”). Con más razón aún, el homínido, desde su registro de nacimiento, desterritorializa su pata anterior, la arranca de la tierra para hacer de ella una mano, y la reterritorializa sobre ramas y utensilios. Un cayado es, a su vez, una rama desterritorializada. Es necesario ver cómo cada uno, en cualquier edad, tanto en las menores cosas como en los mayores desafíos, procura un territorio para sí, soporta o carga desterritorializaciones, y se reterritorializa casi sobre cualquier cosa, recuerdo, fetiche o sueño (1991:66).

Pero no pensemos que esta polisemia termina cuando nos adentramos en el campo de la geografía. Se hace muy visible en la entrada correspondiente del diccionario Les Mots de la Géographie, organizado por Roger Brunet y otros (1993:480-481). Éste reúne nada menos que seis definiciones para territorio.4 Una de éstas se refiere a la “red de gestión del espacio”, de apropiación todavía no plenamente realizada; otra habla de “espacio apropiado, con sentimiento o conciencia de su apropiación”; una tercera remite a la noción al mismo tiempo “jurídica, social y cultural, e incluso afectiva”, aludiendo además a un carácter innato o “natural” de la territorialidad humana; finalmente, se alude al sentido figurado, metafórico, y al sentido “débil”, como sinónimo de un espacio cualquiera. Una definición diferente evoca la distinción entre red, lineal, y territorio, “areal” (de área), en verdad dos caras de un mismo todo, ya que el espacio geográfico es siempre areal o zonal y lineal o reticular, en tanto el territorio está compuesto por “lugares, que están interconectados” (p. 481).

4 En una obra más reciente, de carácter semejante, Jacques Lévy (Lévy y Lussault, 2005) identifica un número aún mayor: nueve definiciones, incluyendo la suya, correspondiente a “un espacio de métrica topográfica”, continua, frente a los espacios de métrica topológica o de las redes, y que será objeto de discusión en el capítulo 7, cuando abordemos la relación entre territorio y red.

En nuestra síntesis de las diferentes nociones de territorio (Haesbaert, 1995 y 1997; Haesbaert y Limonad, 1999), agrupamos estas concepciones en tres vertientes básicas:

- Política (referida a las relaciones espacio-poder en general) o jurídico-política (relativa también a todas las relaciones espacio-poder institucionalizadas): es la más difundida, en la que el territorio es concebido como un espacio delimitado y controlado, a través del cual se ejerce un determinado poder, la más de las veces —aunque no exclusivamente— asociado con el poder político del Estado.

- Cultural (muchas veces culturalista) o simbólico-cultural: prioriza la dimensión simbólica y más subjetiva, en la que el territorio es visto, sobre todo, como el producto de la apropiación/valoración simbólica de un grupo en relación con su espacio vivido.

- Económica (con frecuencia economicista): menos difundida, destaca la dimensión espacial de las relaciones económicas, el territorio como fuente de recursos o incorporado al conflicto entre clases sociales, y en la relación capital-trabajo como producto de la división “territorial” del trabajo, por ejemplo.

Posteriormente, agregamos otra interpretación, la natural(ista), más antigua y poco difundida hoy en día en las ciencias sociales, que se vale de una noción de territorio basada en las relaciones entre sociedad y naturaleza, de manera especial en lo concerniente al comportamiento “natural” de los hombres en relación con su ambiente físico. Brunet et al. (1992) recuerdan la aceptación de territorio aplicada al mundo animal en cuanto a su “equilibrio” entre el grupo y los recursos del medio. Como veremos un poco más adelante, dicha aceptación muchas veces terminó por extenderse hacia la esfera social (en particular a través de los debates que generó la ya citada obra de Robert Ardrey), discutiéndose la parte que le corresponde “a lo innato y a lo adquirido, a lo natural y a lo cultural, en la noción de territorialidad humana” (p. 481).

Aun si se reconoce la importancia de la distinción entre las cuatro dimensiones con las que usualmente se enfoca el territorio —la política, la cultural, la económica y la “natural”—, es conveniente organizar nuestro punto de vista a partir de una base diferente, más amplia, en la cual dichas dimensiones se hallen insertas dentro de la funda-
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

El binomio materialismo-idealismo, desarrollado en función de otras dos perspectivas: i. la visión que denominamos “parcial” de territorio, al resaltar una dimensión (ya sea la “natural”, la económica, la política o la cultural); ii. la perspectiva “integradora” de territorio, en respuesta a problemáticas que, “condensadas” a través del espacio, o de las relaciones espacio-poder, abarcan en conjunto todas esas esferas.

El binomio espacio-tiempo, en dos sentidos: i. su carácter más absoluto o relacional: tanto en el sentido de incorporar o no la dinámica temporal (relativizadora), como en la distinción entre entidad físico-material (como “cosa” u objeto) y social-histórica (como relación); ii. su historicidad y geográfica, o sea, si se trata de un componente o condición general de cualquier sociedad y espacio geográfico o si está históricamente circunscrito a determinado(s) periodo(s), grupo(s) social(es) o espacio(s) geográfico(s).

Parece evidente que la respuesta a estos referentes dependerá, sobre todo, de la posición filosófica adoptada por el investigador. Así, un marxista, desde el materialismo histórico o dialéctico, podrá defender una noión de territorio que: i. privilegia su dimensión material, en especial en el sentido económico; ii. aparece contextualizada históricamente, y iii. se define a partir de las relaciones sociales en las cuales está inserta, o sea, tiene un sentido claramente relacional.

Debemos reconocer, sin embargo, que actualmente experimentamos un entrecruzamiento de proposiciones teóricas y muchos, por ejemplo, se oponen a que la lectura materialista sea la responsable de los fundamentos primarios de la organización social. Una vez más, nos vemos tentados a tratar de superar la dicotomía material/ideal, en la que el territorio abarca, al mismo tiempo, la dimensión espacial material de las relaciones sociales y el conjunto de representaciones sobre el espacio o el “imaginario geográfico”, que no sólo mueve sino que integra o forma parte indisoluble de estas relaciones.

2.2. TERRITORIO DESDE LAS PERSPECTIVAS MATERIALISTAS

Si percibimos al territorio como una realidad efectivamente existente, de carácter ontológico, y no como un simple instrumento de análisis, en el sentido epistemológico, como recurso conceptual formulado y utilizado por el investigador, tenemos tradicionalmente dos posibilidades, difuminadas por aquellos que priorizan su carácter de realidad físico-material o de realidad “ideal”, en el sentido de mundo de las ideas. A muchos les puede resultar un contrasentido hablar de “concepción idealista de territorio”, si partimos de la carga de materialidad que parece tener “naturalmente” incorporada, pero, como veremos, incluso entre geógrafos encontramos también a aquellos que defienden el territorio definido, en primer lugar, por la “conciencia” o por el “valor” territorial, en el sentido simbólico.

Dentro del par materialismo-idealismo, podemos pues afirmar que la vertiente predominante es, de lejos, aquella que ve el territorio desde una perspectiva materialista, aunque no por fuerza “determinada” por las relaciones económicas o de producción, como en la lectura marxista más ortodoxa que se difundió en las ciencias sociales. Esto se debe, muy probablemente, al hecho de que el territorio, desde su origen, tuvo una connotación fuertemente vinculada al espacio físico, a la tierra.

Etimológicamente, la palabra territorio, *territorium* en latín, deriva de modo directo del vocablo latino *terra*, y la empleó el sistema jurídico romano dentro del llamado *jus terrendi* (en el Digesta, del siglo vi, según Di Méo, 1998:47) como el pedazo de tierra que fue apropiado, dentro de los límites de una determinada jurisdicción político-administrativa. Di Méo comenta que el *jus terrendi* se confundía con el “derecho de aterrorizar” (*terrifier*, en francés).


El *Oxford English Dictionary* presenta como dudoso este origen etimológico latino a partir del término *terra* (que habría sido modificado
popularmente para terratorium\textsuperscript{5} o terrere (asustar, derivado de territorium vía terrior, como se señaló antes). Roby (1881), en su Gramática de la lengua latina, citado por el Diccionario Oxford, también coloca un signo de interrogación junto al término que habría dado origen a la palabra territorium: “terrere, i.e., a place from which people are warned off” (p. 863), lugar de donde las personas son expulsadas o donde se les advierte que no entren.

De cualquier forma, dudosa o no, es interesante destacar esta analogía, ya que mucho de lo que se difundió más tarde acerca de territorio, incluso en el ámbito académico, en general albergó directa o indirectamente estos dos sentidos: uno, predominante, relacionado con la tierra y, por lo tanto, con el territorio como materialidad; otro, minoritario, referido a los sentimientos que el “territorio” inspira (por ejemplo, de miedo para quien queda excluido de él, de satisfacción para quienes lo usufructúan o se identifican con él). Para nuestra sorpresa, incluso uno de los conceptos más respetados hoy en día, el concebido por Robert Sack (1986), de territorio como área de acceso controlado, está claramente presente en la acepción comentada por Henry Roby.

Entre las concepciones materialistas tenemos, en un extremo, las posiciones “naturalistas”, que reducen la territorialidad a su carácter biológico hasta el punto de que la propia territorialidad humana está moldeada por un comportamiento instintivo o genéticamente determinado. En el otro extremo encontramos, inmersos por completo en una perspectiva social, aquellos que, como muchos marxistas, consideran la base material, en especial las “relaciones de producción”, como el fundamento para comprender la organización del territorio. En un punto intermedio tendríamos, por ejemplo, la lectura del territorio como fuente de recursos. Destacaremos aquí, en tres ítems diferentes, las concepciones que denominaremos naturalista, económica y política de territorio, aun a sabiendas que se trata de divisiones arbitrarias y que en algunos momentos, en especial en el caso de la llamada concepción política, también dialogan directamente con el campo simbólico.

\textsuperscript{5} Según el Diccionário Etimolóxico da Língua Portuguesa (Machado, 1977), la palabra “territorio” se utilizaba con la grafía territóriun en los Documentos galesgos de los siglos xiii al xvi (1422).

DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

2.2.1. Las concepciones naturalistas

Aquí se trata de discutir en qué medida es posible concebir una definición naturalista de territorio, tanto en el sentido de su vinculación con el comportamiento de los animales (el territorio restringido al mundo animal o entendido dentro de un comportamiento “natural” de los hombres), como en la relación de la sociedad con la naturaleza (el territorio humano definido a partir del nexo con la dinámica—o incluso el “poder”— natural del mundo).

Según Di Méo, la concepción más primitiva de territorio es la de un “espacio defendido por todo animal confrontado con la necesidad de protegerse” (1998:42). Para la etología,

el territorio es el área geográfica en los límites de la cual la presencia permanente o frecuente de un sujeto excluye la permanencia simultánea de congéneres pertenecientes tanto al mismo sexo (machos), a excepción de los jóvenes (territorio familiar), como a los dos sexos (territorio individual) (Di Méo, 1998:42).

Los estudios referentes a la territorialidad animal son relativamente antiguos en el ámbito de la etología. Trabajos clásicos como el de Howard (1948, original: 1920) lanzaron el debate a partir del estudio del territorio de ciertos pájaros. Ya en esa ocasión se discutió la amplitud de la concepción y las dificultades de extenderla, como regla, al mundo animal en su conjunto. No obstante, aun con la dificultad de generalizarla a todo el mundo de los animales, se realizaron numerosas extrapolaciones hacia el campo humano o social. El propio Howard afirmaba que no podrían existir territorios sin algún tipo de límite (o frontera), que a su vez no podría existir sin algún tipo de disputa, de manera análoga a lo que ocurre en el mundo de los hombres.

El autor que llevó más lejos esta tesis de la extensión de la territorialidad animal al comportamiento humano fue Robert Ardrey, referencia clásica en lo que respecta a la lectura neodarwinista de la territorialidad, al afirmar que no sólo el hombre es una “especie territorial”, sino que este comportamiento territorial corresponde al mismo que se puede percibir entre los animales. Ardrey (1969[1967]:10) define territorio como:

un área del espacio, sea de agua, de tierra o de aire, que un animal o grupo de animales defiende como una reserva exclusiva. También se utiliza la palabra
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

para describir la compulsión interior en seres animados de poseer y defender dicho espacio (p. 15).

Al extender la noción a todos “los seres animados”, entre los cuales se encuentra el hombre, Ardrey promueve la argumentación completamente equivocada de que los hombres, como los animales, poseen una “compulsión íntima” o un impulso tendiente a la toma y defensa de territorios, y de que todo su comportamiento estaría moldeado de manera idéntica:

Actuamos de la forma como actuamos por razones de nuestro pasado evolutivo, no por nuestro presente cultural, y nuestro comportamiento es tanto una marca de nuestra especie cuanto lo es la forma del hueso de nuestra cara u el aspecto de los nervios en un área del cerebro humano. [...] si defendemos el título de nuestra tierra o la soberanía de nuestro país, lo hacemos por razones no menos innatas, no menos inextirpables que las que hacen que la cerca del propietario obre por un motivo indistinguible del de su dueño cuando la cerca fue construida. La naturaleza territorial del hombre es genética e inextirpable (p. 132).

Según Taylor (1988), a pesar de que muchos consideran las tesis de Ardrey por completo superadas, han surgido adeptos de su principal tesis —la de que la territorialidad se aplica a los comportamientos en escalas muy diferentes, desde interacciones entre dos pueblos hasta choques entre naciones, y la de que la territorialidad es un instinto básico, incluso recientemente, entre escritores reputados— (p. 45). El trabajo del geógrafo sueco T. Malmberg, *Territorialidad humana*, publicado en 1980 (pero escrito en 1976), es uno de los mejores ejemplos. Malmberg propuso la siguiente definición:

La territorialidad comportamental humana es principalmente un fenómeno de ecología ecológica con un núcleo instintivo, que se manifiesta como espacios más o menos exclusivos, a los cuales están vinculados emocionalmente individuos o grupos de seres humanos y que, por la posible evitación de otros, se los distingue por medio de límites, marcas u otros tipos de estructuración con manifestaciones de adhesión, movimientos o agresividad (pp. 10-11).

Sin embargo, él advierte que, contrariamente a las lecturas como la del etólogo Konrad Lorenz, el aspecto cotidiano del territorio es más el de uso de recursos que el de defensa y agresión. Algunas semejanzas, no obstante, son cuando menos sorprendentes. Aunque la tesis de Konrad Lorenz (1963) sobre la asociación amplia entre la defensa del territorio y el instinto de agresividad se encuentre hoy en día superada, algunas consideraciones de este autor merecen ser mencionadas. Por ejemplo, es interesante percibir que entre los animales el territorio puede ser una cuestión de control no sólo del espacio, sino también del tiempo. Al comentar el trabajo de Leyhausen y Wolf, Lorenz afirma que:

La distribución de animales de una determinada especie sobre el biotopo disponible puede verse afectada no sólo por una organización del espacio sino también por una organización del tiempo. Entre los gatos domésticos que viven libres en una zona rural, muchos individuos pueden hacer uso de la misma área sin entrar nunca en conflicto, por su utilización de acuerdo con un horario (p. 27).

Incluso entre animales “sólo gobernados por el espacio” (como algunos mamíferos carnívoros), “el área de caza no debe imaginarse como una propiedad determinada por confines geográficos; está determinada por el hecho de que en cada individuo la preparación para luchar es mayor en el lugar más familiar, o sea, en el medio de su territorio”. Cuanto más apartado de su “núcleo territorial de seguridad”, más evita el animal la lucha, la disputa, por sentirse más inseguro (Lorenz, 1963:28).

Aunque las analogías con el contexto social sean siempre muy peligrosas, citamos estos ejemplos por el simple hecho de que a través de ellos es posible reconocer la no exclusividad de algunas propiedades que muchos consideran prerrogativas de la territorialidad humana. Incluso si se trata de mera coincidencia, sin posibilidad alguna de establecer correlaciones con el comportamiento humano, estas características muestran que algunas de nuestras constataciones para

---

Según Lorenz, "podemos afirmar con certeza que la función más importante de la agresión intraespecífica es la distribución uniforme de los animales de una especie particular sobre una zona habitable" (p. 30). De acuerdo con Thorpe (1975:251), "Lorenz comete el error de extrañar fácil y acríticamente el comportamiento de los vertebrados inferiores tales como peces y muchos pájaros al comportamiento de animales superiores e incluso al propio hombre. Lorenz considera que la agresión es algo espontáneo, que encuentra expresión, inevitablemente, en la violencia, independientemente de los estímulos externos". Waal (2001), aunque también defiende la relación entre agresión animal y humana, afirma que hoy el pensamiento sobre la temática es mucho más flexible y se abandona el concepto lorenziano, que ve la agresión como algo inevitable, y se buscan “determinantes ambientales”. "En esta visión, la violencia [animal y humana, se puede deducir] es una opción, que se expresa solamente bajo condiciones ecológicas [sociales, en el caso de los hombres] especiales" (p. 47).
la territorialidad humana no son privilegio de la sociedad. A partir de diferentes estudios sobre la territorialidad animal, clásicos o más recientes, es posible constatar que el territorio animal (o en él):

- en términos de tiempo, puede ser cíclico o temporal;
- en lo que se refiere a sus fronteras o límites, puede ser gradual a partir de un núcleo central de dominio del grupo y contar con diversas formas de demarcación, con delimitaciones no siempre claras o rígidas;⁷
- la diversidad de comportamiento es la norma, e incluso existen aquellos animales que los etólogos llaman “no territoriales”, en el sentido de que “vagan más o menos de forma nómada, como los grandes ungulados, las abejas de tierra y muchos otros” (Lorenz, 1963:31).⁸

Como ya lo hemos afirmado, es difícil generalizar respecto a la territorialidad animal porque ésta “sirve a diferentes funciones en diferentes especies y tiene un gran número de desventajas” (Huntingford, 1984:189). De allí la importancia de analizar la contextualización de cada comportamiento territorial. Entre los “beneficios” más generales de la territorialidad animal, que varía de modo sustancial según la especie, tenemos:

- la base de recursos que ésta ofrece para la supervivencia de los animales (“territorios alimentarios”);
- las facilidades que proporciona para el apareamiento y la reproducción (algunos animales sólo definen territorios durante la época de reproducción: “territorios de apareamiento”);

⁷ Según Kruuk (2002), algunas “fronteras” son en realidad zonas en disputa constante, y otras, cercas o caminos bien definidos. Para prevenirse de la violencia en sus territorios, muchos animales, como los carnívoros, utilizan sistemas de señalización muy diversificados, a través de gestos o marcas: “levantar la pierna, arrastrar el trasero, refregarse las mejillas, arrastrar el suelo o un árbol... Orina, beces, glándulas anales... restregarla contra objetos o en el suelo, o rascarse” (p. 38). Para Lorenz (1966), los límites, más que estar marcados en el suelo, pueden ser resultantes móviles de una “balanza de poder” (p. 29).

⁸ Kruuk (2002), citando tesis de Pemberton y Jones, comenta el caso de ciertos carnívoros que no poseen una territorialidad definida, como algunos marsupiales de Tasmania, que pueden organizarse “perfectamente bien en un sistema no territorial” (p. 36). No patrullan ninguna frontera y con frecuencia tienen un comportamiento espacial totalmente caótico.

- la protección de las crías durante el crecimiento, para evitar a los predadores.

Además de una especie de juego costo-beneficio que la territorialidad proporciona a través de ese sentido funcional, para algunos autores como Deleuze y Guattari habría también otra dimensión, la de la “expresividad”. Se trata probablemente de la característica más sorprendente de la territorialidad animal, o mejor dicho, de ciertos grupos de animales específicos, como algunas aves y peces, inusitada y polémica, ya que muchos los consideran la más exclusivamente humana de las características de la territorialidad.

Según Deleuze y Guattari (2002), el territorio, más que ser funcional, “posesivo”, es “un resultado del arte”, expresivo, dotado de cualidades de expresión. Esta expresividad estaría presente en los propios animales, representada en la marca o “póster” de un color (en el caso de ciertos peces) o de un canto (en el caso de algunas aves),⁹ por ejemplo. Para los autores, esta constitución o liberación de materias expresivas sería “arte bruto”, lo que haría que el arte no fuese “un privilegio de los seres humanos” (p. 316). Concordar con Deleuze y Guattari significaría ampliar la lista de semejanzas entre las territorialidades animal y humana hasta un nivel probablemente muy problemático, en donde podríamos aproximarnos de manera peligrosa a las tesis de los que defienden una correspondencia casi irrestricta entre el mundo animal y el humano.

A pesar de todas estas posibilidades de encontrar analogías, sorprende que las discusiones de los geógrafos sobre el territorio aborden poco o nada el tema de la territorialidad animal. Ello resulta tanto más sorprendente cuanto recordemos que uno de los debates centrales imputados al geógrafo es el de la relación sociedad-naturaleza. No obstante, se ha abierto un campo muy novedoso, principalmente a través de lo que algunos geógrafos anglosajones denominan “geografías animales”, un debate serio sobre las formas de incorporación de los animales al espazo social.¹⁰ Los pocos geógrafos que osaron tender el puente entre territorialidad humana y territorialidad animal cayeron en la interpretación, ya comentada aquí, según la cual la

⁹ Genosko (2002) afirma que, para Deleuze y Guattari, “el devenir-expresivo de un componente tal como la coloración marca un territorio” (p. 49).

¹⁰ Es posible obtener un panorama sintético de los avances en esta temática a través del artículo “Animating Cultural Geography” (Wolch, Emel y Wilbert, 2003).
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

territorialidad humana puede ser tratada como una simple extensión del comportamiento animal, en un sentido neodarwinista.

Pero suele ocurrir que la señal de alerta en cuanto al riesgo de pensar nuestra territorialidad de igual forma que la animal proviene de los propios biólogos. Thorpe (1974), por ejemplo, advierte sobre los serios daños que provocaron (y continúan provocando) algunos investigadores (como Ardrey) “al concluir que nuestra propia territorialidad es totalmente comparable a la de los animales” (p. 252). Peor que esto, se cita el origen de los hombres entre los predadores para justificar un instinto no sólo agresivo, sino que conlleva también la necesidad “biológica” de dominar un pedazo de tierra.

A pesar de todas estas críticas, no se trata de tesis que hayan sido sepultadas definitivamente; por el contrario, la tendencia es que éstas ganen nuevo aliento, en especial a partir de los avances en el campo biogenético. Recientes descubrimientos en el ámbito de la etología y el crecimiento de campos como el de la sociobiología han llevado a consideraciones muy polémicas y a un retorno de la “trampa biologista”.

Waal (2001) permite que percibamos con claridad este riesgo al comentar las dos formas de abordar la relación entre el hombre y los otros animales: la que descarta todo tipo de comparación y que “ain es lugar común” en las ciencias sociales, y la que, a partir de la teoría darwinista, percibe “el comportamiento humano como producto de la evolución, sujeta, por lo tanto, al mismo esquema explicativo del comportamiento animal” (p. 4). Percibimos, en efecto, que la distinción es relevante y que las dos proposiciones son críticas. La cuestión es que Waal va demasiado lejos al optar por la segunda perspectiva, cuya respetabilidad y ampliación, según él, han sido crecientes, principalmente en función de los avances de la teoría sobre los comportamientos de los animales:

Comprensiblemente, académicos que han empeñado su vida condenando la idea de que la biología influye el comportamiento humano son reacios a cambiar de rumbo, pero están siendo superados por el público en general, que parece haber aceptado que los genes se hallan presentes en casi todo lo que somos y hacemos (p. 2) [...] inclusive los orígenes de la política humana, del bienestar y de la moralidad se están discutiendo a la luz de la observación de los primates (Waal, 2001:4).

En lugar del comportamiento, o de modo más específico, de instintos contra la agresión, ahora es el turno de la genética en sentido am-

plio. El serio riesgo que corremos es, una vez más, el de atribuirle todo, o el fundamento de todo, al campo biológico, natural. A tal punto que la ecuación puede incluso invertirse: si la “naturaleza natural” del hombre no explica comportamientos como los relacionados con nuestra múltiple territorialidad, las manipulaciones genéticas podrían realizar lo que esta biología socialmente “no manipulada” no logró hacer, o sea, dirigir el comportamiento humano, aun en su relación con el espacio.

Las afirmaciones del antropólogo José Luis García, realizadas ya en 1976, sin duda mantienen su actualidad:

no sabemos, y difícilmente podremos llegar a conocer algún día, hasta qué punto las observaciones extraídas del comportamiento animal pueden ser aplicadas, aunque sea analógicamente, al hombre. Nos faltan datos objetivos sobre el significado real de la conducta animal, sobre todo si nos introducimos en el mundo motivacional, y naturalmente el antropólogo, que ha experimentado en sus estudios transculturales el grave peligro del etnocentrismo, difícilmente puede convencerse de que salvará el incógnito espacio que separará a la especie animal de la humana sin sumergirse, a su vez, en el etnocentrismo más descarado. No queremos con eso dejar de considerar los estudios del comportamiento animal, sino simplemente prevenir sobre la inadecuada aplicación de sus conclusiones al mundo humano (García, 1976:17-18).

Si tomamos la crítica por el otro extremo, el de los abordajes que excluyen por completo cualquier discusión sobre la relación sociedad-naturaleza y abrevan del antropocentrismo señalado por García, frente a algunos fenómenos como el de los conflictos por el dominio de recursos (como el petróleo, las tierra cultivables y, en algunos casos, aunque de forma más indirecta, la propia agua), parece quedar otra lección: la de que, más que nunca, separar naturaleza y sociedad, comportamiento biológico y comportamiento social, es temerario, como mínimo.

Al huir del tan criticado “determinismo ambiental” o “geográfico”, se hizo muy común, incluso entre los geógrafos, restar importancia a la relación entre sociedad y naturaleza\textsuperscript{11} en la definición de espacio geográfico o de territorio. Por tal visión antropocéntrica del mundo,

\textsuperscript{11} Es importante recordar que muchos autores consideran el término “naturaleza” en un sentido muy amplio, que se torna así prácticamente en un sinónimo de “materialidad” o de “experiencia sensorial”. Whitehead (1993[1920], por ejemplo, en su libro\textit{El concepto de naturaleza,} define como “aquello que observamos en la percepción mediante los sentidos” (p. 7). Optamos aquí por una interpretación más estricta, con el único objetivo de resaltar la existencia de una dinámica de la naturaleza de algún modo diferente (aunque no disociada) de la dinámica de la sociedad.
menospreciamos o sencillamente ignoramos la dinámica de la naturaleza que, calificada hoy en día como indisociable de la acción humana, la mayoría de las veces termina perdiendo por completo su especificidad.

Si se exagera, podríamos incluso discutir si no existiría también una especie de “desterritorialización natural” de la sociedad, en la medida que fenómenos naturales como vulcanismos y terremotos suelen provocar cambios radicales en la organización de muchos territorios. Las recientes erupciones de un volcán en el Congo, que obligaron a decenas de miles de personas a abandonar la ciudad de Goma, y en la isla Stromboli, en Italia, figuran entre los varios ejemplos de este proceso. Aun sabiendo que los efectos de esta “desterritorialización” son muy variables de acuerdo con las condiciones sociales y tecnológicas de las sociedades, no hay dudas de que tenemos allí otra “fuerza”, no humana, que interfiere en la construcción de nuestros territorios.

Incluso si no convenimos con el término “desterritorialización”, en sentido estricto, para caracterizar dichos procesos –ya que, como acabamos de ver, sería absurdo considerar la existencia de territorios “naturales” desvinculados de las relaciones sociales– no podemos ignorar este tipo de intervención por el simple hecho de que el hombre, por más que haya desarrollado su aparato técnico de dominio de las condiciones naturales, no ha logrado ejercer un control efectivo sobre una serie de fenómenos vinculados de forma directa a la dinámica de la naturaleza o, incluso, con su aplicación provocó reacciones completamente imprevisibles.

Además, si tomamos en cuenta la discutible tesis de aquellos autores que amplían de forma tal la noción de poder que éste termina superando los límites de la sociedad, es posible extrapolar y decir que el territorio, aun en la escala más difundida en las ciencias sociales, que privilegia su vinculación con las relaciones de poder, también incorpora una dimensión “natural” en su constitución,12 o por lo menos

12 Reconocer la importancia de una dimensión “natural” en la composición de los territorios no significa, pues, concordar con la posición de aquellos autores que llegan a ampliar la noción de poder hasta la esfera de la naturaleza. Para Blackburn, por ejemplo, “[...] es posible atribuirle el ‘poder’ a propiedades de la naturaleza tanto como a propiedades de la especie humana, tales como el poder múltiple del medio ambiente sobre las comunidades humanas. De hecho, el surgimiento de nuestra especie y de la propia evolución de la vida demostró el poder de la selección natural. Se puede definir provisoriamente ‘poder’, en un sentido general, como la habilidad de crear, destruir, consumir, preservar o reparar. Los poderes productivos accesibles a la sociedad, que

la capacidad de las relaciones sociales de poder de imponerse sobre la dinámica de la naturaleza.

Desde una perspectiva diferente, una especie de territorio “natural” al revés (nada “natural”) es aquel que se define a partir de las llamadas reservas naturales o ecológicas. Obligado a reinventar la naturaleza a través de concepciones como la ecología, la biosfera y el medio ambiente, el hombre se vio en la contingencia de producir concretamente una separación que nunca habría existido entre espacios “humanos” y “naturales”, como en una lectura de la geografía que separaba paisajes naturales y paisajes culturales o humanizados (Sauer, 1926).

De esta forma, la reclusión a la que fueron relegadas algunas zonas del planeta, en función de su condición de zonas “protegidas”, provoca la reproducción de territorios que son una especie de clausura en sentido inverso, ya que con frecuencia tienen casi vedadas la intervención y la movilidad humana en su interior. Es evidente que allí las cuestiones de orden cultural, político y económico involucradas son tan importantes como los asuntos llamados ecológicos. De cualquier modo, se trata de un ejemplo más, muy rico, de un territorio interpretado desde una perspectiva materialista y que, aunque entrecrece estrechamente áreas como la antropología, la sociología y la ciencia política, también está muy focalizado a partir de perspectivas como las de la ecología.

Dentro de la dimensión material del territorio, por lo tanto, de alguna manera es necesario considerar esa dimensión “natural”, que en algunos casos todavía se revela como uno de sus componentes fundamentales. Pero es claro que nunca en forma disociada. En el fondo, la razón está del lado de autores como Bruno Latour (1991), para quien nos movemos mucho más en el campo de los “híbridos” para Marx son sinónimos de fuerzas productivas, confluyen con los de la naturaleza, como la fertilidad natural del suelo y la capacidad de procrear el mundo animal. Los poderes productivos de la naturaleza incluyen la entropía, los terremotos y los relámpagos; sus poderes preservadores y restauradores abarcan sistemas de inmunidad biológica, coberturas forestales y lava solidificada. La historia humana se ha venido desarrollando en una tensión creativa con esos poderes fundamentales de transformación y preservación. El autor define, además, el “poder humano” como “la habilidad de [llevar a cabo las intenciones o potencialidades humanas de] crear, destruir, consumir o preservar cosas, tales como independencia y autoridad en la esfera política, riqueza en la economía o poder en la esfera militar, a través de la intervención en esos poderes de la naturaleza” (Blackburn, 1992:1989:287).
sociedad-naturaleza. La cuestión central, entonces, no es cuestionar la existencia de las visiones naturalistas (como las nociones de territorio aquí discutidas), sino cómo desarrollar instrumentos conceptuales para repensarlas dentro de ese complejo híbrido en el que cada vez más se están transformando.

2.2.2. La concepción de base económica

La opción de la dimensión material, analizada aquí en su perspectiva más extrema, la que comprende la concepción naturalista de territorio, dominante en la etología y en algunas posiciones de las ciencias sociales, se expande, no obstante, por varias otras esferas que van desde la ciencia política hasta la propia antropología. Es como si muchos antropólogos, aun priorizando el mundo simbólico, al referirse a la dimensión material apelaran a una categoría como la de territorio, viéndolo fundamentalmente desde esta perspectiva. Con frecuencia se trata de autores influidos por el marxismo, como es el caso de Maurice Godelier, que en su libro *Lo ideal y lo material: pensamiento, economías, sociedades*, define territorio a partir de procesos de control y usufructo de los recursos:

Se designa como territorio la porción de la naturaleza, y por lo tanto del espacio, sobre el que una sociedad determinada reivindica y garantiza a todos o a parte de sus miembros derechos estables de acceso, de control y de uso con respecto a la totalidad o a parte de los recursos que allí se encuentran y que dicha sociedad desea y es capaz de explotar (Godelier, 1984:112).

Godelier mantiene en su definición una fuerte referencia a la naturaleza, algo muy presente en el trabajo de antropólogos e historiadores que, con frecuencia, cuando analizan el territorio y los procesos de territorialización, se refieren al análisis de las sociedades tradicionales, como la sociedad indígena, que económicamente dependen mucho más de las condiciones físicas de su entorno o que hacen uso de referentes espaciales de la propia naturaleza en la construcción de sus identidades. De allí la importancia que Godelier otorga al territorio en tanto fuente de recursos, a su acceso, control y uso.

Algunos antropólogos, en trabajos más recientes, todavía mantienen esa idea de territorio de basamento económico-materialista como área “defendida” en función de la disponibilidad y garantía de los recursos necesarios para la reproducción material de un grupo. Es importante recordar, sin embargo, que no se trata de una característica genérica de las sociedades tradicionales, como interpretan de forma apresurada diversos autores. Existe una distinción muy nítida entre las diferentes formas de construcción del territorio y de la territorialidad en relación con sus recursos, dependiendo de factores como el tipo de movilidad al que el grupo se halla sujeto.

Lancaster y Lancaster (1992), por ejemplo, al analizar tribus de Omán, en la península Arábica, parten de la constatación de que no existe la propiedad de los recursos naturales, ya que éstos son compartidos por todos, como es tradicional entre los pueblos nómadas del desierto arábigo. Hay un sistema de acceso a los recursos dotado de flexibilidad, que depende de factores tales como preferencias basadas en el conocimiento de los recursos en la zona donde se halla cada familia o grupo y quién alcanzará primero determinada zona. “Lo que se defiende es la idea de acceso”, su legitimidad, “el concepto más que el objeto, ya que el objeto siempre puede ser renovado o desplazado” (p. 343), en términos aproximados, agregariamos, con lo que se establece así un “patrón flexible de uso territorial” (p. 352).

O sea, algo de la “flexibilidad” territorial que reivindicamos como característica de la territorialidad (o incluso, para algunos, de la aterritorialidad) de nuestros tiempos “posmodernos” encuentra refugio, de manera muy diferente en su forma, pero dentro de principios de convivencia social igualmente ricos, entre grupos sociales y territorios de mucho genérico como dotados de territorios estables y bien delimitados. En relación con el trabajo de Lancaster y Lancaster, Casimir (1992) afirma que:

Por no ser animales territoriales, pero poder, si es necesario, comportarse territorialmente, la mejor estrategia general para garantizar el acceso a los diversos tipos de recursos, bajo variadas condiciones sociales y/o naturales, es la flexibilidad (p. 16).

En la mayor parte de los lugares, actualmente estamos bien distantes de una concepción de territorio como “fuente de recursos” o como simple “apropiación de la naturaleza”, en sentido estricto. Ello no significa, sin embargo, como lo acabamos de demostrar, que dichas características se encuentren superadas. Dependiendo de las ba-
ses tecnológicas del grupo social, su territorialidad aún puede cargar profundas marcas de una vinculación con la tierra, en el sentido físico del término.

Lo mismo ocurre en las zonas donde algunos fenómenos naturales (vulcanismos, movimientos sísmicos, huracanes) ejercen influencias profundas en la vida social. Además, como ya hemos comentado, el agravamiento de las cuestiones ambientales ciertamente llevará a una valoración cada vez mayor del control de recursos como el agua o los suelos cultivables, lo que puede generar nuevos conflictos por el dominio territorial (como viene ocurriendo ya en diversas regiones como el valle del Nilo, el Sáhelo o la cuenca del Tigris y del Éufrates).

Aunque hayamos comenzado nuestra discusión sobre el abordaje que privilegia la dimensión económica del territorio con el ejemplo más extremo, en el sentido de asimilación de una perspectiva materialista de territorio por parte de aquellos que, por las divisiones académicas del trabajo, estarían menos propensos a asumirla, o sea, los antropólogos, es evidente que otras áreas, especialmente la economía, han producido abundantes obras dentro de esa perspectiva. La cuestión es que la mayoría de los trabajos, en especial en el área de la economía regional o espacial, hace un uso mucho mayor de conceptos como espacio, espacialidad y región que de territorio, siendo por lo tanto temerario “forzar” a partir de allí una interpretación del concepto. Aunque se utilicen ampliamente términos como división territorial del trabajo, se trata sobre todo de una división espacial del trabajo (Massey, 1984), ya que en contadas ocasiones se alude a la concepción de territorio allí incorporada.

Entre los geógrafos, encontramos algunas posiciones que, aunque minoritarias y casi siempre impregnadas de fuertes vínculos con otras perspectivas, pueden ser consideradas, con cierta simplificación, como abordajes que privilegian la dimensión económica en la construcción del concepto de territorio. Es probable que la concepción más relevante y teóricamente más consistente sea la defendida por el geógrafo brasileño Milton Santos, en la que el “uso” (sobre todo económico) es el definidor por excelencia del territorio.

En defensa de un abordaje geográfico integrador y “totalizador”, Santos utiliza la controvertida expresión “territorio usado” como correlato directo de “espacio geográfico” (Santos et al., 2000:2), objeto de la disciplina geográfica:

---

El territorio usado se constituye como un todo complejo donde se teje una trama de relaciones complementarias y opuestas. De allí el vigor del concepto, invitando a visualizar como un proceso las relaciones establecidas entre el lugar, la formación socioespacial y el mundo (p. 9). El territorio usado, visto como una totalidad, es un campo privilegiado para el análisis porque, por un lado, nos revela la estructura global de la sociedad y, por el otro, la propia complejidad de su uso (p. 12).

En una distinción muy interesante, probablemente inspirada en Jean Gottman, entre territorio como recurso y territorio como abrigo o refugio, Santos afirma que mientras “para los actores hegemónicos el territorio usado es un recurso, garantía de realización de sus intereses particulares”, para los “actores hegemonizados” se trata de “un refugio, buscando constantemente adaptarse al medio geográfico local, a la vez que recrean estrategias que garantizan su supervivencia en los lugares” (pp. 12-13). En la interacción territorio-sociedad, el territorio participa en un sentido explícitamente relacional, tanto en su calidad de “actor” como en la de “actuado” u “objeto de la acción” (p. 13).

En uno de los textos más consistentes en términos de discusión conceptual sobre territorio, “O retorno do território”, Santos (1994a) comienza por criticar el legado moderno de los “conceptos puros”, que hizo del territorio un concepto ahístorico al ignorar su carácter “híbrido” e históricamente mutable. Así, “lo que éste tiene de permanente es que se trata del marco de nuestra vida” y “lo que lo transforma en objeto del análisis social” es su uso, “y no el territorio en sí mismo” (p. 15).

Este énfasis en cuanto al “uso” del territorio, al punto de distinguir entre el “territorio en sí” y el “territorio usado” (lo cual recuerda sobremanera la distinción de Raffestin entre espacio y territorio), a la vez que explicita una priorización de su dimensión económica, establece una distinción discutible entre el territorio como “forma” y el territorio usado como “objetos y acciones, sinónimo de espacio humano” (Santos, 1994a:16). De cualquier modo, no se trata nunca solamente de un territorio-zona (una superficie delimitada con claridad) como el de los estados-naciones modernos, sino también de lo que aquí denominamos territorio-red: “el territorio, hoy en día, puede estar formado de lugares contiguos y de lugares en red” (Santos, 1994a:16).

La amalgama territorial, que en el pasado estaba dada por la “energía, proveniente de los propios procesos naturales”, a lo largo del
tiempo fue cediendo espacio gradualmente a la información, "hoy en día el verdadero instrumento de unión entre las diferentes partes de un territorio". El territorio reúne informaciones definidas de manera local y externa, vinculadas a un contenido técnico y a un contenido político, una dialéctica que "se afirma mediante un control 'local' de la técnica de la producción y un control remoto de la parte política de la producción" (p. 17). El mando "local" del territorio depende de su densidad técnica o funcional-informacional (p. 18), mientras que el "control distante", global, la "escala de la política", al revés de lo que ocurría "antes del debilitamiento del Estado territorial" (p. 19), está disociado por completo, lo que agudiza los conflictos entre "un espacio local, espacio vivido por todos los vecinos, y un espacio global" racionalizador y en red.13

Santos distingue así un "territorio de todos", también denominado, retomando a François Perroux, "espacio banal", "frecuentemente contenido en los límites del trabajo de todos", y un espacio de las redes, vinculado a las "formas y normas al servicio de algunos". Existe allí una diferenciación entre "el territorio en su totalidad y algunas de sus partes, o puntos, o sea, las redes" (p. 18). Esta distinción, algo problemática, debe ser relativizada por el hecho de que el autor afirma de igual modo que "son los mismos lugares que forman redes y que forman el espacio banal. Son los mismos lugares, los mismos puntos, pero que contienen simultáneamente funcionalizaciones diferentes, quizás divergentes y opuestas" (1994a:16).

Al definir el espacio geográfico –que, como vimos, puede ser sinónimo de territorio (o por lo menos de "territorio usado")– como la interacción entre un sistema de objetos e uno de acciones, Santos explícitamente explicita la base materialista de fundamentación económica en su trabajo. A pesar de criticar las limitaciones del abordaje analítico en torno a la dialéctica de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, asocia, aunque "en forma simplista", como él mismo lo reconoce, un sistema de objetos con un conjunto de fuerzas productivas y un sistema de acciones con un conjunto de relaciones sociales de producción (1996:52).

La aplicación de las "categorías analíticas internas" a la noción de espacio supone, como primer "proceso básico", el estudio de las técnicas (1996:19), e incluso, con el reconocimiento, junto a la "tecnocesfera", de una "psicosfera" vinculada al "reino de las ideas, creencias, pasiones" (p. 204), dicha noción aparece de manera mucho más sutil en el conjunto de su obra. El énfasis puesto en la "funcionalización" y en el contenido técnico de los territorios permite incorporar la lectura de territorio elaborada por Santos en el marco de una perspectiva económica. Debemos reconocer, sin embargo, el rico proceso de ampliación y complejización del concepto, verificado en particular en sus últimos trabajos,14 además del hecho, en extremo relevante, de que el autor nos alerta para que nunca convivamos el des-re-territorialización sólo a partir de la perspectiva político-cultural, incluyendo de forma indisolublemente los procesos económicos, especialmente la dinámica capitalista del "medio técnico-científico informacional".

2.2.3. La tradición jurídico-política de territorio

Por la amplitud de la temática espacial, ciertos conceptos en geografía terminaron por priorizar un determinado tipo de cuestión y una dimensión social específica, como por ejemplo el tratamiento de asuntos económico-políticos a través del concepto de región, o de problemáticas del campo de las representaciones culturales del espacio mediante el concepto de paisaje. En este sentido, no es equivocado afirmar que, aun en medio de una enorme diversidad de perspectivas, el territorio ganará su más amplia tradición en el campo de las cuestiones políticas.

Por la importancia de este abordaje, la trataremos aquí en un punto separado dentro de las posiciones materialistas, aun a sabiendas de que varios de esos enfoques no se restringen al terreno de la materialidad de las relaciones sociales o de poder. Por lo menos entre algunos autores, se trata, de manera aproximativa, de una especie de acuerdo tácito, a fin de dar mayor rigor a sus conceptos, each uno ocupado en problemáticas específicas. Como veremos en el punto siguiente, la

13 Esta distinción entre global y local también debe ser problematizada, principalmente debido a que el autor, en una obra más reciente (Santos, 1996:272), asocia "orden global" con desterritorialización, en tanto separa el centro y la sede de la acción, y "orden local" y espacio banal, "irreductible", con reterritorialización.

14 Véase, por ejemplo, la asociación planteada entre territorialidad y cultura, territorialidad y memoria ("efímera" y "longeva"), en La naturaleza del espacio (Santos, 1996:262-263). Al asociar movilidad y desterritorialización, el autor llega incluso a afirmar, como ya lo hemos destacado en la "Introducción", que "desterritorialización es, frecuentemente, otra palabra para significar extrañamiento, que es, también, desculturización" (p. 262).
geografía cultural, al privilegiar la dimensión simbólica o el campo de las representaciones, utiliza mucho más otros conceptos como paisaje o lugar que el de territorio. En lo que respecta a la geografía política, territorio, e incluso territorialidad, son considerados como conceptos fundamentales. Según Cox (2002), “los conceptos centrales de la geografía política” son, para simplificar, “territorio y territorialidad” (p. 9). Territorialidad, como veremos más adelante, aun estando más frecuentemente asociada a fenómenos de orden político (véase, por ejemplo, Sack, 1986), también aparece vinculada a cuestiones socio culturales, como la identidad social.

El vínculo más tradicional en la definición de territorio es el que realiza la asociación entre territorio y los fundamentos materiales del Estado. En geografía, el autor clásico en tal discusión es el alemán Friedrich Ratzel. Según Moraes (2000:19), “en la óptica ratzeliana, el territorio es un espacio cualificado por el dominio de un grupo humano, estando definido por el control político de un determinado ámbito espacial. Según él, en el mundo moderno constituyen áreas de dominación ‘estatal’ y, más recientemente, ‘estatal nacional’”. De esta forma, para Ratzel:

Aunque incluso la ciencia política frecuentemente haya ignorado las relaciones de espacio y la posición geográfica, una teoría del Estado que hiciera abstracción del territorio no podría, jamás, tener ningún fundamento seguro (p. 73). Sin territorio no se podría comprender el incremento de la potencia y de la solidez del Estado (Ratzel, 1990:74).

Freund (1977), por otro lado, al analizar la sociología de Max Weber, afirma de una manera todavía más amplia (que asocia territorio y “actividad política” en sentido amplio):

La actividad política se define, en primer lugar, por el hecho de desarrollarse en el interior de un territorio delimitado. [...] las fronteras [...] pueden ser variables; no obstante, sin la existencia de un territorio que particularice el agrupamiento, no se podría hablar de política. [...] Se puede, pues, definir la política como la actividad que reivindica para la autoridad instalada en un territorio el derecho de dominio, que es la manifestación concreta y empírica del poderío. [...] Ese poderío y ese dominio, según Max Weber, sólo se vuelven políticos cuando la voluntad se orienta significativamente en función de un agrupamiento territorial, con vistas a realizar un fin, que sólo tiene sentido por la existencia de dicho agrupamiento (pp. 160-161).

Aunque su origen etimológico se encuentre asociado a la idea de apropiación o hasta de dominación (política) del espacio por los hombres, las bases conceptuales de territorio y territorialidad fueron elaboradas por primera vez, como hemos visto, en el campo de la etología. En verdad, podemos considerar que, en general, a lo largo de los siglos XIX y XX, los debates académicos sobre la territorialidad en la biología y en las ciencias sociales corrieron paralelos. De forma sutil o enfática, según el contexto histórico, político o ideológico, en algunos momentos esas propuestas se cruzaron, sea en el sentido de hacer valer, unilateralmente, los paradigmas de la territorialidad animal sobre la humana, sea para que prevalezca el sentido social, humano, de la territorialidad (como en la gran mayoría de los estudios llevados a cabo en las ciencias sociales).

De este modo, no siempre quedó claramente establecida la distancia entre una visión naturalista de territorio y un abordaje político. Corrientes teóricas materialistas fundamentadas en analogías con las ciencias biológicas tendieron puentes, a veces insustitutos, entre las construcciones política y biológica de territorio. Al reivindicar para la sociedad el derecho “natural” a un espacio o incluso a la propiedad privada de la tierra, transformado en un derecho casi obligatorio, en tanto correspondería al “espacio vital” sin el cual no se daría el “progreso” social, algunos estudiosos desarrollaron la asociación que hizo del territorio político –de manera principal el territorio del Estado–, en mayor o menor grado, una extensión de la dinámica que ocurría en el ámbito del mundo biológico, más específicamente en el mundo animal.

Aunque la rica perspectiva teórica de Ratzel no se pueda reducir, en absoluto, a la visión organicista y “determinista” que muchos le atribuyeron, no hay dudas de que él se inspiró en la naturaleza biológica del hombre para presentar algunas de sus conclusiones más importantes en relación con el espacio y el territorio. El autor comienza la primera sección de su libro Geografía política, denominada “De la relación entre el suelo y el Estado”, discutiendo la “concepción biogeográfica del Estado” (Ratzel, 1898[1897]). Él recuerda que el movimiento de los hombres sobre la Tierra es de avances y retrocesos, contracciones y expansiones. Reconoce allí una analogía con la biogeografía:

Existen, para la biogeografía, espacios vitales, islas de vida, etcétera, y según ésta el Estado de los hombres es, también él, una forma de propagación de la
vida en la superficie de la Tierra. Está expuesto a las mismas influencias que la vida en su conjunto. Las leyes particulares de propagación de la vida humana sobre la Tierra determinan igualmente el surgimiento de sus estados. No hemos visto la formación de estados ni en las regiones polares, ni en los desiertos, y éstos permanecieron pequeños en las regiones poco pobladas de los trópicos, de las selvas vírgenes y de las más altas montañas (p. 11).

Las transformaciones incesantes de los estados, internas y externas, son testimonio precisamente de su vitalidad. Sea en las fronteras, que sólo sabríamos aprehender, científicamente, como una expresión del movimiento tanto inorgánico como orgánico, sea en las formas naturales generales, en las que la semejanza con un tejido celular salta a la vista [...], en todo lugar se constata una analogía formal de todos los seres vivientes, en el sentido de que éstos extraen del suelo su vitalidad. Esta vinculación, de hecho, constituye para todos ellos, sean líquenes, corales u hombres, la característica universal, característica vital pues constituye la propia condición de su existencia (p. 12).

Los “espacios vitales” de la biogeografía son trasladados a la realidad territorial del Estado, el cual también es “una forma de propagación de la vida en la superficie de la Tierra”. Éste tiende a expandirse como se expanden las células y los organismos vivos, “extrayendo del suelo su vitalidad”. Raffestin, en el comentario agregado a esta obra de Ratzel, reconoce que la “ontología ratzeliana es de esencia ecológica y funda la concepción biogeográfica del Estado” (Ratzel, 1988:379). Esta relación íntima entre suelo (naturaleza o, en la lectura más amplia de Raffestin, “espacio”), sustrato material y Estado (o territorio), lleva a Ratzel a reconocer que:

El suelo favorece u obstruye el crecimiento de los estados, según el modo como éste favorece u obstruye los desplazamientos de los individuos y de las familias [...]. No se puede concebir al hombre sin el suelo terrestre, así como la principal obra humana: el Estado. [...] El Estado vive necesariamente del suelo (p. 13).

De cualquier forma, en Ratzel, el territorio queda definido en el eslabón indisoluble que hay entre una dimensión natural, física, y una dimensión política (que aquí se confunde con estatal) del espacio. Esta concepción acaba, de alguna manera, por aproximarse a aquella que, valorando la dimensión económica, concibe el territorio como fuente de recursos para la reproducción de la sociedad, ya que es también con base en la disponibilidad de recursos que Ratzel va a construir su concepto. El “espacio vital” sería, así, el espacio óptimo para la reproducción de un grupo social o de una civilización, tomando en cuenta los recursos allí disponibles que, según la lectura del autor, deben tener una relación de correspondencia con el tamaño del agrupamiento humano existente en él.

Es interesante percibir, sin embargo, que el enfoque de Ratzel no se reduce a una perspectiva materialista, en sentido estricto. Relecturas relativamente recientes han subrayado la relevancia del lado “espiritual” y más subjetivo de su obra. Dijkink (2001), por ejemplo, alude a variantes del “espíritu universal” hegeliano y de una concepción idealista de la naturaleza presentes en su interpretación del Estado y, como consecuencia, podemos decir, del territorio.

El concepto idealista de naturaleza se refiere a un estado ideal de la propia sociedad que a las cosas externas al hombre. La naturaleza se expresaría a través de los humanos, en su creación artística. En este sentido, el Estado mismo sería “un trabajo de arte similar” (Dijkink, 2001:125). En palabras del propio Ratzel: “[...] con y a través de su pueblo y país [Land] se torna individualizado y así desarrolla el organismo político-geográfico del Estado, el cual crea [!] su propia área natural [Naturegebiet] [...]”. El todo nacional pretende tornarse un todo natural [...]” (Ratzel, en Dijkink, 2001:125).

La “ligazón espiritual con la tierra” que Ratzel defiende hace de ese territorio estatal mucho más que una entidad material. El sentido orgánico “óptimo” deseado por el Estado se expresaría a través de la idea de que gracias al territorio, o mejor dicho, al “suelo”, la nación supera sus miserias y alcanza las condiciones para la proyección de su “poder creativo” (Dijkink, 2001:125).

Más de medio siglo después, otro geógrafo que marcó el debate de la geografía política y su concepción de territorio fue Jean Gottman (1952). Para el autor, en el mundo “compartimentado” de la geografía, “la unidad política es el territorio”. Hay aquí una ampliación del concepto que, a pesar de mantener su carácter jurídico-administrativo, va mucho más allá del Estado-nación y se expande hacia “el conjunto de tierras agrupadas en una unidad que depende de una autoridad común y que goza de un determinado régimen”. En cualquier caso, se trata de “un compartimiento del espacio políticamente
distinto” y de una “entidad jurídica, administrativa y política” (p. 71). O sea, el carácter político-administrativo del territorio sigue siendo su característica fundamental.

A pesar de ese enfoque centrado en las entidades “compartimentadas” concretas de la geografía, o más bien, en la idea de territorio como “compartimiento”, Gottman también incorpora una dimensión más idealista al tratar de entender los territorios, en especial los estatales, al mismo tiempo en torno de lo que él denomina “sistemas de movimiento” o circulación y “sistemas de resistencias al movimiento” o “iconografías”.

Los sistemas de movimiento, más concretos, estarían vinculados a “todo lo que llamamos circulación en el espacio”, en tanto que los sistemas de resistencia al movimiento serían “más abstractos que materiales”, “una serie de símbolos”, que el autor denomina “iconografías” (p. 214). Además de una asociación entre mundo material e ideal, aquí encontramos también, tal vez por primera vez de modo tan explícito, al territorio vinculado a la idea de movimiento, y no sólo de fijación, “enraizamiento” y estabilidad.

Es interesante cómo, aun si se asume una posición de corte materialista, se produce la valoración de una dimensión más abstracta y simbólica en la composición de los territorios. Gottman reconoce la relevancia de un “cemento sólido” que une a los miembros de la comunidad política. Más que en las fronteras físicas, “las divisiones [cloisons] más importantes están en los espíritus” (p. 220). Y, al concluir su libro, prácticamente le concede prioridad a este mundo de las ideas, condena a la geografía “materialista” y reconoce que los mayores hechos políticos no se dieron por la violencia sino por el poder simbólico, la “conversión de los espíritus”:

La geografía no debe tratar de ser materialista en las escuelas: ésta de ninguna manera lo es en la realidad viva y cotidiana. La política de los estados es sin duda materialista en sus fines: debe retirar de la geografía ciertos elementos que la liberarán de esta influencia. Los grandes éxitos de la política nunca fueron obtenidos por la fuerza armada, sino por la conversión de los espíritus (pp. 224-225).

La relación entre territorio y defensa, que se encuentra en los orígenes del término y se difundió también por medio de la visión neodarwinista de territorialidad, no es una característica superada sino que está presente en diversas concepciones contemporáneas, en especial la del neorrealismo en el análisis de las relaciones internacionales. Cox (2002), por ejemplo, define los territorios como “espacios que las personas defienden por la exclusión de algunas actividades y la inclusión de aquellas que realzan más precisamente lo que ellas quieren defender en el territorio” (p. 3).

Si acudimos a autores más recientes, pero que ya son clásicos, como Claude Raffestin y Robert Sack, parece haber consenso en que la dimensión política, más allá de su perspectiva jurídica y estatal, es la que mejor define al territorio.16 Dada la importancia de ese carácter político, y a partir del amplio sentido relacional que damos al concep to de poder (que incluye el propio poder simbólico), dedicaremos a continuación un punto específico al análisis del pensamiento de Sack y Raffestin.

2.3. TERRITORIO DESDE LAS PERSPECTIVAS IDEALISTAS

Tomemos el ejemplo de muchas sociedades indígenas. Fácilmente podemos afirmar que construyen su territorio como área controlada para el usufructo de sus recursos, sobre todo los naturales (algo bastante genérico y, por lo tanto, variable entre los diferentes grupos). Pero los referentes espaciales también allí forman parte de la vida de los indígenas como elementos indisolubles, en la creación y recreación de mitos y símbolos, e incluso pueden ser responsables de la propia definición del grupo como tal.

Incluso la definición de Maurice Godelier, citada aquí en nuestra discusión sobre las perspectivas materialistas de territorio, presenta importantes matizes y reivindica también la incorporación de una dimensión ideal o “apropiación simbólica”, pues:

lo que reivindica una sociedad al apropiarse de un territorio es el acceso, el control y el uso, tanto de las realidades visibles como de los poderes invisibles que los componen, y que parecen compartir el dominio de las condiciones de reproducción de la vida de los hombres, tanto la propia de ellos como la de los recursos de los cuales dependen (p. 114, cursivas nuestras).

16 Souza (1995), por ejemplo, destaca “el carácter específicamente político” del territorio (p. 84), definiéndolo como “un campo de fuerzas, en que las relaciones de poder están delimitadas espacialmente y operan, pues, sobre un sustrato referencial” (p. 97, cursivas del autor).
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

A lo largo de las últimas décadas han aparecido referencias bastante más enfáticas a estos “poderes invisibles” que forman parte del territorio en varios trabajos de la antropología. Hall, por ejemplo, en su conocido libro *La dimensión oculta* (Hall, 1986), señalado como el primer antropólogo que emprendió un estudio sistemático sobre el tema de la territorialidad, afirma que “el territorio es considerado como un signo cuyo significado solamente es comprensible a partir de los códigos culturales en los cuales se inscribe (en García, 1976:14).

Uno de los trabajos antropológicos que se concentraron en forma más directa en la discusión sobre este tema fue *Antropología del territorio*, de José Luis García, escrito en 1976. Además de defender la idea de que el territorio en la antropología no tiene por qué coincidir con otras concepciones, como la de territorio político o “legal” y geográfico, agrega:

Si el territorio es susceptible de un estudio antropológico, y no meramente geográfico o ecológico, es precisamente porque existen indicios para creer en el carácter subjetivo del mismo y, dicho de otra forma, porque [...] entre el medio físico y el hombre se interpone siempre una idea, una concepción determinada (p. 21).

García cita el “posibilismo” geográfico de Vidal de La Blache, la “morfología social” de Marcel Mauss (en donde las condiciones del medio son un mero “sustrato de la vida social”) y los indios del Brasil Central en Lévi-Strauss (cuyo miedo a la sequía sería una creación de sus mitos, más que resultado de la sequía real a la que estaban sujetos), para sostener su tesis de que no son las características físicas del territorio las que “determinan” la creación de significados, su “semantización”. “Dicho de otra forma”, afirma, “la semantización del territorio puede explicarse parcialmente a partir del medio, pero la investigación del medio físico nunca nos permitirá concluir que debe darse un tipo determinado de semantización” (p. 52).

El territorio “semantizado” para García significa, en un sentido amplio, un territorio “socializado y culturalizado”, ya que todo lo que se encuentra en el entorno del hombre está dotado de algún significado. “Es precisamente este significado o ‘idea’ que se interpone entre el medio natural y la actividad humana lo que, con relación al territorio, tratamos de analizar [...]. El estudio de la territorialidad se convierte así en un análisis de la actividad humana en lo que respecta a la semantización del espacio territorial” (García, 1976:94).

La geografía, como sería de esperar, al contrario de la antropología, tiende a poner más el énfasis en la dimensión material del territorio. Incluso la llamada geografía cultural –de surgimiento relativamente reciente pero que algunos ya llegaron a erigir como un nuevo paradigma, asociado también a las corrientes humanista o idealista de la geografía– prefiere utilizar otros conceptos, como lugar y paisaje, para analizar fenómenos vinculados a la dimensión cultural del espacio.17 Aun así, existen algunos autores que dan una importante mayor a la perspectiva ideal-simbólica del territorio. Entre ellos se encuentran los geógrafos franceses Bonnemaison y Cambrèzy (1996).

Para Bonnemaison y Cambrèzy, la lógica territorial cartesiana moderna, pautada en el “rompecabezas” de los estados-naciones, que no admite superposiciones y acentúa poco los flujos, el movimiento, hoy en día se ve suplantada por la “lógica culturalista o, si lo preferimos, posmoderna, que la geometría no permite medir ni la cartografía, menos aún, representar. Dentro de esta [...] perspectiva, la pertenencia al territorio implica la representación de la identidad cultural y ya no más la posición en un polígono. Ésta supone redes múltiples, se refiere a geosímbolos más que a fronteras, se inscribe en los lugares y caminos que superan los bloques de espacio homogéneo y continuo de la ‘ideología geográfica’” (término de Gilles Sautter para definir la visión cartesiana moderna del espacio).

Para estos autores, actualmente hay un enfrentamiento entre la lógica funcional estatal moderna y la lógica identitaria posmoderna, contradictorias, reveladoras de dos sistemas de valores y de dos éticas distintas frente al territorio. Aunque no sea una simple cuestión de cambio de escala, también hay una revaloración de la dimensión local. El territorio refuerza su dimensión en tanto representación, valor simbólico. El abordaje utilitarista del territorio no explica los principales conflictos del mundo contemporáneo. Por ello, “el territorio es primero un valor”, ya que “la existencia, e incluso la imperiosa nece-

17 Lo que no quiere decir que muchos de los debates sobre paisaje y, especialmente, sobre lugar, no encuentren varios puntos de correspondencia con los relativos al territorio y, en particular, la territorialidad, como lo veremos poco después. Más que marcar diferencias, los conceptos deben revelar su multiplicidad, los posibles eslabones con otros conceptos que permiten expresar la complejidad de las cuestiones que buscan responder.
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

...dad para toda sociedad humana de establecer una relación fuerte, o hasta una relación espiritual con su espacio de vida, parece claramente establecida" (p. 10).

A continuación, Bonnemaison y Cambrézy afirman:

El poder de los lazos territoriales revela que el espacio está investido de valores no sólo materiales sino también éticos, espirituales, simbólicos y afectivos. Es así que el territorio cultural precede al territorio político y con más razón aún precede al espacio económico (1996:10).

En las sociedades agrícolas preindustriales y en las sociedades “primitivas” de cazadores y recolectores, “el territorio no se define por un principio material de apropiación sino por un principio cultural de identificación o, si lo preferimos, de pertenencia. Este principio explica la intensidad de la relación con el territorio. Éste no puede ser percibido tan sólo como una posesión o como una entidad exterior a la sociedad que lo habita. Es un fragmento de identidad, fuente de una relación de esencia afectiva o incluso amorosa con el espacio”.

Los autores enfatizan que la ligazón de los pueblos tradicionales con el espacio de vida era más intensa porque, además de territorio-fuente de recursos, el espacio era “ocupado” de manera aún más intensa a través de la apropiación simbólico-religiosa:

Pertenecemos a un territorio, no lo poseemos, lo guardamos, lo habitanos, nos impregnamos de él. Además, los seres vivos no son los únicos que ocupan el territorio, la presencia de los muertos lo marca más que nunca con el signo de lo sagrado. En conclusión, el territorio no está relacionado solamente con la función o con el tener, sino con el ser. Olvidar este principio...

...La gran influencia empírica recibida por Bonnemaison en sus reflexiones es producto de su trabajo en la isla de Tanna, en el archipiélago de Vanuatu, donde, según él, “el grupo local no ‘posee’ el territorio sino que se identifica con él. El principio de identificación prevalece sobre el principio de apropiación [en contraposición a la distinción lefebriviana entre apropiación y dominación, aquí se trata de distinguir identificación y apropiación]. No existe entre la sociedad y su espacio una simple relación de territorialidad, sino también una ideología de territorio. [...] ésta se evidencia en todos los conflictos agrarios y geopolíticos, actuales o pasados, tal como se la destaca en su mitología: los hombres de la isla son, como ellos mismos dicen, ‘man-piles’, hombre-lugareño’ (Bonnemaison, 1997:77, cursivas del autor). Se trata realmente, dice el autor, “al menos en el caso de Tanna, del territorio no como producto de su sociedad sino como una entidad que precede y funda la sociedad. Su espacio es vivo, es un ‘personaje político’, un lugar de mediación entre él y el cosmos [...] su territorio es un espacio encuadrado” (1997:78).

DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

...spiritual y no material es exponerse a no comprender la violencia trágica de muchas luchas y conflictos que afectan al mundo de hoy: perder el territorio es desaparecer (Bonnemaison y Cambrézy, 1996:13-14).

Aunque se refieran en especial a las sociedades tradicionales, Bonnemaison y Cambrézy dejan en claro la primacía que conceden a la naturaleza simbólica de las relaciones sociales en su definición “postmoderna” de territorio. La fuerza de esta carga simbólica es tanta que el territorio se concibe como “un constructor de identidad, tal vez el más eficaz de todos” (p. 14).

Es importante, sin embargo, volver a subrayar que incluso en las sociedades tradicionales, como las indígenas citadas inicialmente, existen diferentes formas de incorporar a su mundo los referentes espaciales. El grado de centralidad del territorio en la concepción del mundo de los grupos sociales puede ser muy variable. Por ello se debe tener siempre sumo cuidado con el “trasplante” y la generalización de conceptos como el de territorio, forjados en nuestra realidad, para contextos distintos, como el de las sociedades genéricamente denominadas tradicionales. Además de nuestra distancia en relación con éstas, se trata de sociedades muy diversificadas y también distantes entre sí, en donde el único contacto entre ellas suele ser a través de nuestros conceptos.

Un aspecto importante a recordar en este debate es que, más que el de territorio, el concepto utilizado para resaltar las cuestiones de orden simbólico-cultural es el de territorialidad. Territorialidad, además de su acepción genérica o sentido lato, por la cual se la entiende como la simple “cualidad de ser territorio”, muchas veces se concibe en sentido estricto como la dimensión simbólica del territorio.

Cuando se habla de territorialidad, se destaca el carácter simbólico, aunque éste no sea el elemento dominante ni agote las características de territorio. Es posible establecer numerosas relaciones a partir del propio sujeto de la palabra, como la noción de identidad territorial (a ese respecto, véase Haesbaert, 1999c). Esto significa que el territorio carringaría siempre, de forma indisoluble, una dimensión simbólica, o cultural en sentido estricto, y una material, de carácter predominantemente económico-político. Este abordaje “integrador”...
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

del territorio, para diversos autores difícil de encontrar en extremo en las prácticas sociales contemporáneas, es la temática que abordaremos en el próximo punto.

2.4. TERRITORIO DESDE UNA PERSPECTIVA INTEGRADORA

Encontramos aquí otro debate trascendente: el que encierra la lectura del territorio como un espacio que no puede considerarse ni estrictamente natural, ni solamente político, económico o cultural. El territorio sólo podría ser concebido a través de una perspectiva integradora entre las diferentes dimensiones sociales (y de la sociedad con la propia naturaleza). El territorio desempeñaría, de esta manera, un papel similar al que le cabía a la región como el gran concepto integrador en la perspectiva de la geografía clásica.

Entre los conceptos geográficos, se puede afirmar que el de región fue el más pretencioso, principalmente en el análisis lablacheano. Aunque también existía la tradición de privilegiar los procesos económicos en la construcción de regiones, sin duda la idea de fondo es que siempre habría, si no la conocida y difícilmente alcancable “síntesis” geográfica, cuando menos un elemento diferenciador estructurante, especie de fundamento que serviría de amalgama en la organización del espacio regional, ya fuera la naturaleza (para el “primer” La Blache), la economía (urbana, en el “segundo” La Blache) o la cultura.

Un poco de estas lecturas de la región clásica todavía se reproduce en la actualidad en los debates sobre el territorio, algunos centrados en el poder político, otros en los símbolos de la cultura y unos más en la base técnica-económica, a fin de demostrar los fundamentos de la organización territorial de la sociedad. Como se vio en los puntos anteriores, privilegiar una de dichas dimensiones sucede principalmente en función de nuestros recortes disciplinarios o de las problemáticas a las que se pretende responder.

De esta forma, si la etología tiende a poner en cuestión por qué diversos animales se comportan “territorialmente”, la ciencia política procura analizar el papel del espacio en la construcción de las relaciones de poder y la antropología aborda el tema de la creación de símbolos a través del territorio. ¿No le cabría, pues, a la geografía, por privilegiar la mirada sobre la espacialidad humana, tener una visión “integradora” del territorio, capaz de evidenciar la riqueza o la densidad de las dimensiones sociales que el espacio manifiesta?

Una de las cuestiones más serias es que, al revés de la región en la versión lablacheana de comienzos del siglo xx, difícilmente encontramos hoy en día un espacio capaz de “integrar” en forma cohesionada las múltiples esferas o lógicas económica, política, cultural, natural. De allí que algunos defensores de una visión totalizadora o integradora del territorio aboguen por su superación. Es el caso de Chivallon (1999), que defiende el uso de la noción de espacialidad para sustituir a la de territorio, definido como:

una especie de “experiencia total” del espacio que hace que se conjuguen en un mismo lugar los diversos componentes de la vida social: espacio bien circunscrito por el límite entre el exterior y el interior, entre el Otro y el sí mismo, y donde se puede leer, en la relación funcional y simbólica con el entorno material, un conjunto de idealidades compartidas (p. 5).

Nos quedan, pues, dos posibilidades: admitir varios tipos de territorios, que coexistirían en el mundo contemporáneo, dependiendo de los fundamentos vinculados al control o apropiación del espacio, es decir, territorios políticos, económicos y culturales, cada uno de ellos con su dinámica propia, o trabajar con la idea de una nueva forma de construir el territorio, si no de modo “total”, por lo menos de manera articulada/conectada, o sea, integrada.

Si se parte de un punto de vista más pragmático, podríamos afirmar que los aspectos vinculados al control, “ordenamiento” y gestión del espacio, en donde caben también las cuestiones ambientales, han sido cada vez más centrales para alimentar este debate. Nos ayudan, en cierta forma, a repensar el concepto de territorio. La instrumentación de las llamadas políticas de ordenamiento territorial torna más clara la necesidad de considerar dos características básicas del territorio: en primer lugar, su carácter político en el juego entre los macro poderes políticos institucionalizados y los “micropoderes”, con frecuencia más simbólicos, producidos y vividos en la vida cotidiana de la población; en segundo lugar, su carácter integrador: el Estado, en su papel gestor-redistributivo, y los individuos y grupos sociales,
en su vivencia concreta como los “ambientes” capaces de reconocer y abordar el espacio social en todas sus múltiples dimensiones.

Sintetizando, se abren al menos tres perspectivas:

a) Una, más tradicional, que reivindica el territorio como área de formas o, por lo menos, de relaciones de poder relativamente homogéneas, en que las modalidades de territorialización como “control del acceso” de un área (Sack, 1986) serían fundamentales, tanto para sacar provecho de sus recursos como para controlar los flujos, especialmente, de personas y bienes.

b) Otra que, al contrario de la visión más estable de territorio implícita en definiciones como la de Chivallon, anteriormente citada, promueve una relectura basada en el territorio en tanto red (los “territorios-red” comentados en el capítulo 7), centrado en el movimiento y la conexión (lo que incluye la conexión en diferentes escalas), un poco en la línea que Massey (1994) propuso en su reconceptualización de lugar.21

c) Una tercera —que incluye a la vez la concepción multiescalar y la no exclusivista del territorio (territorios múltiples y multiterritorialidad, como se subraya en el capítulo 8)— que trabaja con la idea de territorio como un híbrido, tanto entre el mundo material e ideal como entre naturaleza y sociedad, en sus múltiples esferas (económica, política y cultural).

Así como puede ser o no un concepto capaz de responder a cuestiones que integran todas las esferas sociales (aunque sea a través de la vertiente del poder en sentido lato), el territorio, desde la perspectiva histórica, puede también ser amplio, generalizable al punto de abarcar toda la historia humana —y constituir así uno de sus componentes “ontológicos”—, o ser entendido en forma más limitada, relacionado solamente con determinados contextos histórico-sociales.

Todos estos abordajes se encuentran entrecruzados. Así, si privilegiamos las cuestiones políticas y, dentro de éstas la del Estado, el territorio puede quedar limitado a las sociedades modernas, articuladas en torno a los estados-naciones. En este caso, la crisis del Estado sería la principal responsable de los procesos actuales de desterritorialización (véase, por ejemplo, el análisis ya citado de Badie, 1995). Se trata de una de las lecciones más limitadas y restrictivas del territorio.

Para otros, el territorio forma parte indisociable de la reproducción de los grupos sociales, en el sentido de que las relaciones sociales están espacial o geográficamente mediadas, y de que la territorialidad o la “contextualización territorial” son inherentes a la condición humana. Se trata de una noción más amplia de territorio que suele confundirse con la propia noción de espacio geográfico (como parece ocurrir en Santos, 1996).

El territorio, de cualquier modo, se define ante todo con referencia a las relaciones sociales (o culturales, en sentido amplio) y al contexto histórico en el que está inserto. Este sentido relacional del territorio se observa también, de alguna manera, en el abordaje más materialista de Maurice Godelier (1984). Para él, “las formas de propiedad de un territorio son a la vez una relación con la naturaleza y una relación entre los hombres”, siendo esta última “doble: una relación entre las sociedades y al mismo tiempo una relación en el interior de cada sociedad entre los individuos y los grupos que la componen” (p. 115).

Es imprescindible, por lo tanto, que contextualicemos históricamente el “territorio” con el cual trabajamos. Si nuestra lectura fuera integradora, en la que el territorio responde por el conjunto de nuestras experiencias o, en otras palabras, relaciones de dominio y apropiación en el/con/a través del espacio, los elementos-clave responsables de dichas relaciones difieren considerablemente a lo largo del tiempo. De esta manera, al contrario de Chivallon, podríamos decir que si ya no es posible la idea de territorio como “experiencia total del espacio”, que conjuga en un mismo lugar los principales componentes de la vida social, no se debe meramente a que no existe dicha integración, ya que no existe vida sin habér al mismo tiempo actividad económica, poder político y creación de significado, de cultura. Lo que hay, en efecto, es un cambio de forma, una especie de “desplazamiento”.

Podríamos afirmar, hoy en día, que la “experiencia integrada” del espacio (aunque nunca “total”, como en la antigua conjugación íntima entre las esferas económica, política y cultural en un espacio continuo y relativamente bien delimitado) sólo es posible si estamos articulados
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

la comprensión del mundo, por ejemplo en la visión kantiana del espacio y el tiempo, como en la acepción materialista mecanicista de evidencia empírica o “cosa” (objeto físico, sustrato material), disociada de una dinámica temporal. El territorio construido a partir de una perspectiva relacional del espacio se concibe como totalmente inmerso dentro de relaciones sociohistóricas o, de modo más estricto, de poder.

Aunque muchos materialistas, en especial los más mecanicistas, simplifiquen al afirmar que el territorio se restringe a la base espacio-materiol sobre la cual se reproduce la sociedad, otros, en especial diversos materialistas dialécticos, dirán que el territorio es ante todo un conjunto de relaciones sociales. Sin embargo, aquí las divergencias también pueden ser notables, desde aquellos que le conceden a la materialidad del territorio, su sustrato físico, un papel simplemente accesorio o casi nulo (una especie de escenario, reflejo o producto) ante las relaciones sociohistóricas (vistas en general en forma dicotómica con respecto a la materialidad a través de la cual se realizan), hasta los que plantean este sustrato físico como mediador, componente fundamental o incluso determinante de dichas relaciones (por ejemplo, el espacio como instancia social en Santos, 1978, y Morales, 1983).

Entre los autores que subrayan el sentido relacional del territorio, destacamos a Souza (1995) en su crítica a Raffestin:

Según parece, Raffestin no exploró suficientemente el filón que ofrece un abordaje relacional, ya que no logró discernir que el territorio no es el sustrato, el espacio social en sí, sino un campo de fuerzas, las relaciones de poder espacialmente delimitadas y que operan, por lo tanto, sobre un sustrato referencial. (Sin lugar a dudas, el ejercicio del poder puede depender muy directamente de la organización espacial, de las formas espaciales; pero en este caso hablamos de la preeminencia espacial en la defensa del territorio, y no del concepto de territorio en sí.) (Souza, 1995, p. 97, cursivas del autor).

Souza pone el énfasis en el carácter relacional, teniendo cuidado de no caer en el extremo opuesto, el de dejar de lado el papel de la espacialidad en la construcción de las relaciones sociales. Ante la preocupación por la “espaciología” o por el determinismo de las formas espaciales (revelada de modo contundente en Souza, 1988), debemos justamente estar atentos para no sugerir un exceso de “sociologización” o de “historización” (en el sentido ahora de sobrevolar la dimensión temporal, la dinámica sociohistórica), de alguna manera “desgeografizando” el territorio, abstraído de la base socio-geográfica como condi-

(en red) a través de múltiples escalas, que muchas veces se extienden de lo local a lo global. No hay territorio sin una estructuración en red que conecta diferentes puntos o áreas. Como veremos con más detalle en el capítulo 7, antes vivíamos bajo el dominio de la lógica de los “territorios-zona”, que difícilmente admitían superposiciones, mientras que hoy rige el dominio de los “territorios-red”, discontinuos a nivel espacial pero conectados y articulados entre sí de modo intenso.

Sin embargo, con la acepción que fuere, una lectura integrada del espacio social es hoy en día relativamente poco común, como se puede desprender de los propios abordajes “unidimensionales” comentados aquí. Resulta evidente en este punto la necesidad de una visión de territorio a partir de la concepción de espacio como híbrido: híbrido entre sociedad y naturaleza, entre política, economía y cultura, y entre materialidad e “idealidad”, en una compleja interacción tiempo-espacio, como nos inducen a pensar geógrafos como Jean Gottman y Milton Santos, en la no asociación entre movimiento y (relativa) estabilidad, tanto si éstos reciben los nombres de fijos y flujos, circulación e “iconografías” o lo que más nos agrade. Teniendo como telón de fondo esta noción “híbrida” (y, por lo tanto, múltiple, nunca indiferenciada) del espacio geográfico, el territorio puede concebirse a partir de la imbricación de múltiples relaciones de poder, del poder material de las relaciones económico-políticas al poder simbólico de las relaciones de orden más estrictamente cultural.

El problema es que en los discursos sobre la desterritorialización esa noción “híbrida” de territorio en general está ausente o, cuando aparece, es para justificar la propia pérdida del territorio (como en el hibridismo cultural, abordado en el capítulo 5), y los estudiosos todavía siguen echando mano, cada uno a su manera o de acuerdo con el compartimento disciplinario al que están vinculados, explícita o explícitamente, de las concepciones sectoriales o fragmentadas del tema a las que hicimos alusión en este capítulo.

2.5. LA VISIÓN RELACIONAL DE TERRITORIO EN SACK Y RAFFESTIN

Otro debate central sobre el territorio y, consecuentemente, sobre la desterritorialización, tiene que ver con su carácter absoluto o relacional. Absoluto se abordará aquí tanto en el sentido idealista de un a priori de
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

ción/componente indispensable para la realización de estas relaciones. Si aquí también la virtud está "en el justo medio", no es nada fácil encontrarla ni, menos aún, traducirla en términos conceptuales.

Proponemos una lectura un poco más condescendiente de Raffestin, en tanto, también para él, el espacio puede ser una "carta de triunfo", una situación ventajosa, y el territorio, "el campo de acción de las cartas de triunfo":

El espacio y el tiempo son soportes, o sea condiciones, pero a la vez son "cartas de triunfo". Es por ello que Lefebvre tiene toda la razón cuando dice que "el espacio es político". En todo caso, el espacio y el tiempo son soportes, pero es raro que no sean también recursos y, por lo tanto, cartas de triunfo (p. 47). El territorio es una carta de triunfo particular, recurso e impedimento, contenido y contenido, todo al mismo tiempo. El territorio es el espacio por excelencia, el campo de acción de las cartas de triunfo (Raffestin, 1993:59-60).

El hecho de ser una carta de triunfo deviene, en primer lugar, según Raffestin, de la constatación de que el espacio es finito. "Noción banal", sin duda, pero cuya consideración es relativamente reciente, vinculada a lo que los politólogos denominan "cerrado [clôture] del espacio". El espacio, al estar compuesto por "dos caras", "expresión" material y "contenido" significativo, simbólico, es un "espacio relacional, 'inventado' por los hombres" (Raffestin, 1993:48). Aquí el autor supera la diferenciación estanca propuesta en otro momento entre espacio —"prisión original"— y territorio —la "prisión que los hombres construyen para sí"— (Raffestin, 1993:144).

Podemos afirmar que el territorio es relacional no sólo desde la perspectiva de que siempre se lo define dentro de un conjunto de relaciones histórico-sociales, sino también en el sentido, resaltado por Godier, de incluir una relación compleja entre procesos sociales y espacio material, sea éste visto como la primera o la segunda naturaleza, para utilizar los términos de Marx. Además, otra consecuencia muy importante cuando subrayamos el significado relacional del territorio es la percepción de que ello no implica una lectura simplista del espacio como enraizamiento, estabilidad, delimitación o "frontera".

Justamente por ser relacional, el territorio es también movimiento, fluidez, interconexión; en síntesis y en sentido amplio, temporalidad. Como veremos en los capítulos finales, este aspecto es decisivo en la crítica a algunas posiciones recientes sobre el dominio de los procesos de desterritorialización, en especial la que disciña red —más vinculada al tiempo, a la movilidad— y territorio —que estaría en ese caso más ligado a la estabilidad, a la noción estática de espacialidad.

En tanto relación social, una de las características más importantes del territorio es su historicidad. Volviendo a este atributo, aun si se considera el territorio o la territorialidad como un constituyente inherente a todo grupo social a lo largo de toda su historia, es imprescindible diferenciarlo en la especificidad de cada periodo histórico. Esta preocupación, de maneras diferentes, aparece en dos de las interpretaciones más consistentes sobre territorio, las de los geógrafos Claude Raffestin y Robert Sack, las cuales trataremos a continuación más detalladamente, por su importancia.

Entre las diversas definiciones de territorio, como ya hemos visto, las más difundidas y que marcan la tradición del concepto son las que destacan su vinculación con las relaciones de poder, o sea, su dimensión política. Claude Raffestin, en Pour une Géographie du Pouvoir (editado en Francia en 1980 y en Brasil en 1993), y Robert Sack, en Human Territoriality (publicado en Inglaterra en 1986), son dos autores fundamentales dentro de este enfoque, pero que no restringen la dimensión política al papel de los estados, ni ignoran la indisociabilidad con las dimensiones económica y cultural de la sociedad.

Raffestin, al caracterizar lo que entiende por naturaleza del poder, sintetiza las proposiciones de Michel Foucault (1979, 1984, 1985):

1. El poder no se adquiere: es ejercido a partir de innumerables puntos;
2. Las relaciones de poder no están en posición de exterioridad en cuanto a otros tipos de relaciones (económicas, sociales, etc.), pero son inmanentes a ellas;

Podríamos resaltar las características foucaultianas de que el poder no es un objeto o cosa sino una relación, y que ésta, aunque desigual, no tiene un "centro" unitario del cual emana el poder (como el Estado en algunas posiciones marxistas muy ortodoxas). Además, es también...
"productivo", como en el poder disciplinario estudiado por el autor en relación con las prisiones, con las fábricas, con la sexualidad...

Basada en esta lectura del poder, la concepción del territorio en Raffestin se hace bastante más amplia, como el que la "prisión" que los hombres construyen para sí, o mejor dicho, el espacio socialmente apropiado, producido, dotado de significado. La idea de control del espacio se torna muy evidente a través del término "prisión", pero la territorialidad no se restringe a un conjunto de relaciones de poder, o más bien, la noción de poder de Raffestin es suficientemente vasta como para incluir también la propia naturaleza económica y simbólica del poder.

Citando a Jean-William Lapierre, Raffestin afirma que "el poder se enraíza en el trabajo. El trabajo sería ese segmento mínimo y original, definido por dos dimensiones: la energía y la información. El trabajo es la energía informada". Pero, más que energía, el trabajo es "fuerza dirigida, orientada, canalizada por un saber" (1993:56). Al apropiarse del trabajo, la sociedad capitalista lo destruye, al separar la energía de la información, el trabajo manual del intelectual, e impide al hombre disponer de una y de otra concomitantemente. De esta forma, "por ese mecanismo, los hombres perdieron su capacidad original de transformación, que pasó a las organizaciones", a las empresas:

La destrucción de la unidad-trabajo se realizó por la alienación, o sea, por el hecho de que los productos del trabajo se vuelven output cristalizados, de los que se apropia una organización específica que proyecta sus cartas de triunfo estructurales para obtener la equivalencia forzada. [...] Con todo, los hombres pueden desear retomar el control de su poder original [...] lo que significa entrar en un universo conflictivo, cuya naturaleza es puramente política. [...] De esta forma, la posibilidad del poder, y no el poder, se construye sobre la apropiación del trabajo en su cualidad de energía informada. El poder no puede ser definido por sus medios, sino cuando se da la relación en el interior de la cual éste surge (Raffestin, 1993:57-58) (1993:56).

Raffestin considera, entonces, como "cartas de triunfo" del poder la población, los recursos y el territorio. Si retomamos la crítica de Souza, aquí es mejor adoptar "materialidad del espacio" en vez de "territorio", ya que no existe territorio sin recursos y, mucho menos, sin "población". Las "organizaciones", que son capaces de combinar energía e información, puesto que se apropiaron de la "unidad-trabajo", alienando al trabajador, acaban por privilegiar la dimensión simbólica de esas cartas de triunfo del poder:

Por su acción, la organización que apunta a la extrema simplicidad, a la expresión jamás alcanzada del poder absoluto, tiende a interesarse sólo por los símbolos de las cartas de triunfo. El ideal del poder es jugar exclusivamente con símbolos. Es tal vez lo que, finalmente, vuelve frágil al poder, en el sentido de que crece la distancia entre carta de triunfo real –el referente- y carta de triunfo imaginario –el símbolo (Raffestin, 1993:60).

En verdad, más que fragilidad, de lo que se trata es de "fuerza", ya que esa "distancia" entre referente y símbolo, que hoy suele ser indiscernible al confundir completamente "realidad" y representación, transforma la dimensión "concreta" del poder y lo inserta en una maraña de relaciones simbólicas en las que el propio territorio pasa a "trabajar" más por las imágenes que producimos de él que por la realidad material-concreta que construimos en él.

Robert Sack, en vez de poner el acento en la "semiotización" del territorio (el dominio de los "territorios informacionales") efectuada por Raffestin, trabaja sobre todo en el plano material. Para Sack, la noción de territorialidad (que él emplea más frecuentemente que territorio) es más limitada: la territorialidad, esta "cualidad necesaria" para la construcción de un territorio, se incorpora al espacio cuando éste media una relación de poder que, en efecto, lo utiliza como forma para influir y controlar personas, cosas o relaciones sociales: se trata, para simplificar, del control de las personas o de los recursos por el control de un área. La frontera y el control del acceso son, pues, atributos fundamentales en la definición de territorialidad defendida por el autor.

Por otro lado, Sack mantiene de igual modo una escala muy amplia de territorio, que va del nivel personal, de una sala, al internacional, sin restringirla nunca, como lo hacen algunos politólogos, al nivel del Estado-nación. Tanto Sack como Raffestin proponen una visión de territorialidad eminentemente humana, social, por completo distinta de la difundida por los biólogos, que la relacionan con un instinto natural vinculado al comportamiento propio de los animales.

A pesar de que Sack reconoce que la territorialidad es una "base de poder", no la encara como parte de un instinto y mucho menos asocia poder exclusivamente con agresividad. Otro aspecto importante es que no toda relación de poder es "territorial" o incluye una
territorialidad. La territorialidad humana implica “el control sobre un área o espacio que debe ser concebido y comunicado”, pero ésta es “mejor entendida como una estrategia espacial para obtener, influir o controlar recursos y personas, por el control de un área y, como estrategia, la territorialidad puede ser activada y desactivada” (p. 1). El uso de la territorialidad “depende de quién está influyendo y controlando a quién y de los contextos geográficos de lugar, espacio y tiempo”. A pesar de centrarse en la perspectiva política, Sack también reconoce la trascendencia de las dimensiones económica (“uso de la tierra”) y cultural (“significación” del espacio) de la territorialidad, “íntimamente ligada a la manera como las personas utilizan la tierra, cómo ellas mismas se organizan en el espacio y cómo le dan significado al lugar”.

De modo más explícito, Sack define la territorialidad como “la tentativa, por parte de un individuo o grupo, de llegar a afectar, influir o controlar personas, fenómenos y relaciones, mediante la delimitación y afirmación del control sobre un área geográfica. Esta área se llamará territorio” (1986:6). En tanto, Raffestin, en una visión más amplia, considera como territorialidad al “conjunto de relaciones establecidas por el hombre en tanto perteneciente a una sociedad, como la exterioridad y la alteridad a través del auxilio de mediadores o instrumentos” (1988:265).

Al afirmar que la territorialidad puede ser activada y desactivada, Sack nos muestra la movilidad inherente a los territorios, su relativa flexibilidad. O sea, echa por tierra la concepción tradicionalmente difundida de territorio como algo estático o dotado de una gran estabilidad en el tiempo. Tal como ocurre con las identidades territoriales, en Sack la territorialidad vinculada a las relaciones de poder es una estrategia, o mejor aún, un recurso estratégico que puede ser movilizado de acuerdo con el grupo social y su contexto histórico y geográfico.

Las formas más familiares de territorialidad humana son los territorios jurídicamente reconocidos, empezando por la propiedad privada de la tierra, pero la territorialidad se manifiesta también en otros contextos sociales diversos. En algunos aspectos, Sack se aproxima a Raffestin; por ejemplo, al afirmar que “la territorialidad es una expresión geográfica básica del poder social. Es el medio por el cual espacio y sociedad están interrelacionados” (1986:5). Aunque existan efectos territoriales universales, independientes del contexto histórico, otros son específicos de una época. En la modernidad, por ejemplo, la territorialidad tiende a ser más ubicua y bastante mutable.

Por lo tanto, un lugar puede ser utilizado como un territorio en un momento y no en otro; en un enfoque muy diferente de Raffestin, aquí no todo espacio que ha sido socialmente apropiado/dominado se transforma en territorio, ya que:

circunscribir cosas en el espacio, o en un mapa, como cuando un geógrafo delimita un área para ilustrar dónde se localiza el cultivo del maíz o dónde está concentrada la industria, identifica lugares, áreas o regiones en el sentido común, pero no crea por sí mismo un territorio. Esta delimitación se transforma en un territorio sólo cuando sus fronteras se usan para afectar el comportamiento por el control del acceso (Sack, 1986:19).

Una región como el “Cinturón del Maíz”, en Estados Unidos, sólo se vuelve un territorio si, por ejemplo, el gobierno la transforma en una región-programa de inversiones: “en este caso las fronteras de la región están afectando el acceso a los recursos y al poder. Éstas están moldeando el comportamiento y así el lugar se vuelve territorio” (1986:19).

El autor reconoce también la existencia de diversos niveles de territorialidad, conforme los diferentes grados de acceso a las personas, cosas y relaciones, o sea, sus niveles de permeabilidad, desde una pírisión de máxima seguridad casi “impermeable” hasta la sala de espera de una estación de tren, noche y día accesible al público.

Sack reconoce tres relaciones interdependientes que están contenidas en la definición de territorialidad:

- la territorialidad implica una forma de clasificación por área (lo que restringe su noción de territorio a lo que aquí llamaremos territorios-zona, pautados por una lógica zonal o areal, excluyendo los territorios-red o de lógica reticular);
- la territorialidad debe contener una modalidad de comunicación por el uso de una frontera (“una frontera territorial puede ser la única forma simbólica que combina una proposición sobre dirección en el espacio y una proposición sobre posesión o exclusión” [1986:21]);
- la territorialidad debe implicar una tentativa de mantener el control sobre el acceso a un área y a las cosas que hay dentro de ella, o a las que se hallan afuera a través de la represión de aquellas que están en su interior (1986:22).
Sintetizando, "la territorialidad debe proporcionar una clasificación por área, una forma de comunicación por frontera y una forma de coacción o control" (p. 28). El territorio se vuelve, así, uno de los instrumentos empleados en los procesos proclives a algún tipo de estandarización –internamente a este territorio–, y de clasificación –en la relación con otros territorios. Todos los que viven dentro de sus límites tienden pues, en cierto sentido, a ser vistos como “iguales”, tanto por el hecho de estar subordinados a un mismo tipo de control (interno al territorio) como por la relación de diferencia que, de alguna manera, se establece entre quienes se encuentran en el interior y quienes se hallan fuera de sus límites.

Por ello, toda relación de poder mediada territorialmente es también generadora de identidad, ya que controla, distingue, separa y, al separar, de algún modo nombra y clasifica a los individuos y a los grupos sociales. Y viceversa: todo proceso de identificación social es también una relación política, accionada como estrategia en momentos de conflicto o negociación. Volveremos a este punto más adelante.

Mientras los “primitivos” usaban la territorialidad para delimitar y defender la tierra como abrigo y como fuente de recursos (aunque en contadas ocasiones la utilizaban para definirse a sí mismos, destaca un poco apresuradamente el autor), en el mundo moderno la dura competencia se da tanto sobre el propio espacio (en la expansión colonial, por ejemplo), como sobre las cosas y las relaciones llevadas a cabo en éste. El Estado-nación surge para promover una territorialidad, tanto en el sentido de control del acceso, como en el de clasificar e incluso nombrar a las personas según su lugar de nacimiento. Toda existencia “legal” de los individuos dependerá de su condición territorial.

Es importante recordar que, aunque siempre hace hincapié en el territorio en tanto instrumento concreto de poder, Sack no ignora su dimensión simbólica. No desconoce el papel de la cultura en la definición de la territorialidad, en especial al comparar los contextos sociales del Primer y del Tercer Mundo. Pide cautela en cuanto a asociar por completo los cambios territoriales con las transformaciones económicas y políticas. "Así como la cultura, la tradición y la historia median el cambio económico", afirma él, “éstas también median el modo como las personas y los lugares están vinculados, el modo como las personas usan la territorialidad y el modo como éstas valorizan la tierra".

De esta forma, incluso en la sociedad estadunidense se crean “países históricos” que fortalecen la idea de patria y de nación y la vida cotidiana de las personas no implica sólo un “espacio vaciable”, “frío y abstracto”, donde el acto mismo de consumir “propone crear contextos de afecto y significación”. En síntesis, “la territorialidad, como un componente del poder, no es tan sólo un medio para crear y mantener el orden, sino una estrategia para crear y mantener gran parte del contexto geográfico a través del cual experimentamos el mundo y lo dotamos de significado” (p. 219).

Tal como en Raffestin, se trata aquí de una visión ampliada del poder que incluye, por lo menos de forma indirecta, la concepción de poder simbólico tal como la entiende Bourdieu (1989). No obstante, esta relación, digamos indirecta, entre poder en sus efectos más materiales y poder en un sentido simbólico, que abarca la llamada “semiosfera” o esfera de la producción de significados, aparece de manera más explícita en Raffestin (1988). Este autor se refiere a una modernidad más “temporalizada” que “espacializada”, en la que “el territorio concreto se volvió menos significativo que el territorio informal en materia de territorialidad” (p. 183). Raffestin no concibe una “materialidad neutra”, sino inversa en nuestros sistemas de significación:

El territorio es un reordenamiento del espacio en el cual el orden está en busca de los sistemas informacionales de los cuales dispone el hombre en tanto perteneciente a una cultura. El territorio puede ser considerado como el espacio informado por la semiosfera (p. 177). […] El acceso o no acceso a la información dirige el proceso de territorialización, delterritorialización de las sociedades (p. 272). Es la teoría de la comunicación la que nos introduce en los términos de estos días la ecogénesis territorial y el proceso de T-D-R (p. 182).

Esta discusión, que muchas veces contrapone la dimensión material y la inmaterial del territorio, es sumamente relevante. Podemos decir que hay dos lecturas posibles: primero, dentro de la esfera ontológica, entre los que admiten la existencia efectiva del territorio, tanto en la visión materialista del espacio geográfico concreto, delimitable de modo empírico, como en la óptica idealista de territorio, como representación presente en la conciencia de determinada cultura o grupo social; segundo, desde la perspectiva epistemológica, entre quienes promueven la noción de territorio básicamente en tanto instrumento analítico
para el conocimiento. En este caso, como resulta obvio, el territorio no es "la" realidad y no puede ser delimitado ni en el "terreno", materialmente hablando, ni en la "cultura", en su realidad simbólica. Constituye tan sólo un apoyo o instrumento, aunque indispensable, utilizado por el geógrafo en el camino del entendimiento de la realidad (como en el abordaje de región propuesto por Hartshorne, 1939).

Según nuestro punto de vista, el territorio no debe ser considerado simplemente como un objeto en su materialidad, evidencia empírica (como en las primeras perspectivas lablacheanas de región), ni como un mero instrumento analítico o concepto (en general a priori) elaborado por el investigador. Así como no es tan sólo el fruto de un descubrimiento frente a lo real, presente de modo inexcusable en nuestra vida, tampoco se trata de una simple invención, sea como instrumento de análisis de los estudiosos o bien como parte de la "imaginación geográfica" de los individuos.

Aun si nuestro análisis se dirigiera a dichas "invenciones" o representaciones espaciales, éstas también son instrumentos/estrategias de poder, dado que con frecuencia actuamos y desarrollamos relaciones sociales (de poder, por lo tanto) en función de las imágenes que tenemos de la "realidad". Como afirma Raffestin:

la imagen o modelo, o sea, toda construcción de la realidad, es un instrumento de poder, y ello desde los orígenes del hombre. Una imagen, una guía para actuar, que tomó las formas más diversas. Hasta hemos hecho de la imagen un "objeto" en sí mismo, y con el tiempo hemos adquirido el hábito de actuar más sobre las imágenes, simulacros de los objetos, que sobre los propios objetos (1989:145).

Hay quien afirma que el carácter simbólico del territorio se está haciendo cada vez más presente, en detrimento de su dimensión material, más objetiva. Se trata de uno de los principales argumentos en favor de los procesos denominados de desterritorialización, como si el territorio y, por extensión, el propio poder en él incorporado, pudiera definirse única y exclusivamente por su dimensión más concreta.

24 Lévy (Lévy y Lussault, 2003) habla de la "opción epistemológica" como una de las nueve definiciones posibles de territorio: "aquí se trata de distinguir lo real del concepto. El 'territorio' corresponde al espacio socializado, al 'espacio geográfico', a la construcción intelectual que permite pensarlo. El objetivo es al mismo tiempo el de afirmar el carácter social del objeto y de evitar confundir lo real con el discurso que trata de construir la inteligibilidad" (Lévy y Lussault, 2003:907).

Y mientras la economía globalizada vuelve los espacios más fluidos, la cultura, la identidad, muchas veces resisten a los individuos en micro o incluso mesoespacios (regiones, naciones) en torno de los cuales ellos se unen en defensa de sus especificidades histórico-sociales y geográficas. No se trata solamente de que, de modo genérico, estemos "actuando más sobre las imágenes, los simulacros de los objetos, que sobre los propios objetos", como afirma Raffestin. La exclusión social que tiende a disolver los lazos territoriales termina produciendo, en diferentes momentos, el efecto contrario: las dificultades cotidianas por la supervivencia material llevan a numerosos grupos a aglutinarse en torno a ideologías e incluso a espacios más cerrados, con el fin de poder mantener su identidad cultural, último refugio en la lucha por preservar un mínimo de dignidad.

De cualquier modo, una noción de territorio que minimice su dimensión simbólica, aun las que resalten su carácter eminentemente político, está destinada a comprender sólo una parte de los complejos meandros de los lazos entre espacio y poder. El poder no puede restringirse de manera alguna a una lectura materialista, como si se lo pudiera localizar y "objetificar" debidamente. 23 En un sentido relacional también aquí, el poder como relación, y no como una cosa que poseemos o de la cual somos expropiados, no sólo abarca las relaciones sociales concretas sino, además, las representaciones de las que éstas son portadoras y que, de cierta forma, también producen. De este modo, no hay cómo separar el poder político, en su sentido más estricto, y el simbólico.

Crear nuevos recortes territoriales -nuevos estados o municipios, por ejemplo- es a la vez un acto de poder, en su acepción más concreta, y el reconocimiento o la creación de novedosas referencias espaciales de representación social. Con un nuevo recorte o "frontera", se puede legitimar ciertas identificaciones sociales previamente existentes o, lo que es más común, al mismo tiempo crear o fortalecer otras. Como todo proceso de representación territorial es sumamente selectivo, sólo algunos espacios serán "representativos" de la(s) identidad(es) que éstos ayudan a producir o reforzar.

Así, podemos afirmar que el territorio, en términos relacionales, o sea, en tanto componente espacial del poder, es el resultado de la constitución diferenciada entre las múltiples dimensiones de ese poder, desde
su naturaleza más estrictamente política hasta su carácter en rigor simbólico, pasando por las relaciones dentro del llamado poder económico, indissociables de la esfera jurídico-política. En ciertos casos, como el de los grandes conflictos territoriales de cariz étnico o religioso, la dimensión simbólica-cultural del poder se impone con gran fuerza, en tanto en otros, probablemente los dominantes, se trata más bien de una forma de territorialización a fin de regular conflictos dentro de la propia esfera política o de ésta con determinados agentes económicos.

Por ello, con base en la distinción entre dominio y apropiación del espacio de Lefebvre (1986), propusimos que:

El territorio implica siempre, al mismo tiempo [...] una dimensión simbólica, cultural, a través de una identidad territorial atribuida por los grupos sociales, como forma de “control simbólico” sobre el espacio donde viven (siendo también, por lo tanto, una forma de apropiación), y una dimensión más concreta, de carácter político-disciplinario [y político-económico, deberíamos agregar]: la apropiación y ordenamiento del espacio como forma de dominio y disciplinación de los individuos (Haesbaert, 1997:42).

Lefebvre (1986) caracteriza la dominación del espacio a partir de la transformación técnica, práctica, de la naturaleza. Según él, para dominar un espacio, especialmente en la sociedad moderna, en general la técnica impone formas rectilíneas, geométricas, “brutalizando” el paisaje. La dominación, que nace con el poder político, se perfeciona de modo continuo. Pero el concepto de dominación sólo adquiere significado cuando se lo contrapone, de manera dialéctica, con el de apropiación, distinción que el propio Marx, a pesar de haber diferenciado apropiación de propiedad, no había definido con claridad.

En relación con la apropiación del espacio, Lefebvre afirma:

De un espacio natural modificado para servir a las necesidades y a las posibilidades de un grupo, se puede decir que este grupo se apropió de él. La posesión (propiedad) no fue sino una condición y más frecuentemente un desvío de esta actividad “apropiadora” que alcanza su cumbre en la obra de arte. Un espacio apropiado se asemeja a una obra de arte, lo que no significa que sea su simulacro (p. 192, cursivas del autor).

Por otra parte, la relación entre apropiación y dimensión simbólica se hace todavía más evidente cuando Lefebvre se refiere a los espacios “apropiados” de forma más efectiva, como los ocupados por símbolos:

"(...) los jardines y los parques que simbolizan la naturaleza absoluta, o los edificios religiosos que simbolizan el poder y el saber, o sea, lo absoluto puro y simple" (1986:423).

A lo largo de La Production de l’Espace, encontramos varias asociaciones entre dominación y apropiación, así como otros binomios como cantidad y calidad, diferencia inducida y diferencia producida, Logos y Eros (deseo) y, especialmente, cambio y uso. Sobre estos últimos, Lefebvre comenta:

El uso reaparece en un acentuado conflicto con el cambio en el espacio, ya que aquél implica “apropiación” y no “propiedad”. Ahora bien, la propia apropiación implica tiempo y tiempos, un ritmo o ritmos, símbolos y una práctica. Cuanto más el espacio es funcionalizado, cuanto más éste se ve dominado por los “agentes” que lo manipularon transformándolo en unificacional, menos se presta a la apropiación. ¿Por qué? Porque se coloca fuera del tiempo vivido, el de los usuarios, un tiempo diverso y complejo (Lefebvre, 1986:411-412, cursivas del autor).

El autor identifica otra dura lucha entre las fuerzas racionalizadoras del “Logos”, vinculado a la dominación, y las fuerzas más subjetivas del “Eros”, ligado a la apropiación. Mientras el Logos “inventaría, clásica”, asociando saber y poder, Eros o “el gran deseo nietzscheano” trata de superar las separaciones entre obra y producto, repetitivo y diferencial, necesidad y deseo. Del lado del Logos se presentan las fuerzas que tienden a controlar y dominar el espacio: “la empresa y el Estado, las instituciones y la familia, el establecimiento y el orden establecido, las corporaciones y los cuerpos constituidos”. Del lado del Eros actúan “las fuerzas que intentan la apropiación del espacio: las diversas formas de autogestión de las unidades territoriales y productivas, las comunidades, las élites que quieren cambiar la vida y que tratan de ir más allá de las instituciones políticas y los partidos” (p. 451) y que se colocan de modo franco a favor de la idea de crear contraespacios efectivamente autónomos.

Podríamos decir que el territorio, en tanto relación de dominación y apropiación, sociedad-espacio, se reproduce a lo largo de un continuum que va desde la dominación político-económica más “concreta” y “funcional” hasta la apropiación más subjetiva o “cultural-simbólica”. Aunque sea totalmente equivocado separar estas esfera, cada grupo social, clase o institución puede “territorializarse” a través de procesos de carácter más funcional (económico-político) o más simbólico
DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER LA DESTERRITORIALIZACIÓN

(...político-cultural) en la relación que desarrollan con "sus" espacios, dependiendo de la dinámica de poder y de las estrategias que están en juego. No es necesario decir que son incontables los conflictos potenciales que pueden surgir dentro de ese juego de territorialidades.

Para Lefebvre, dominación y apropiación del espacio debieran caminar juntas, "pero la historia (la de la acumulación) es también la historia de su separación, de su contradicción. El que vence es el dominante" (1986:193). Aunque al principio haya existido apropiación sin dominación, gradualmente, con el papel creciente de los ejércitos, de la guerra y el poder político del Estado, aumentan las contradicciones y los conflictos entre esos dos procesos y es la dominación la que termina por imponerse, disminuyendo de manera drástica los espacios efectivamente "apropiados". Así, de acuerdo con el grupo o la clase social, el territorio puede desempeñar los múltiples roles de abrigo, recurso, control o referencia simbólica. Mientras que algunos grupos se territorializarán en una integración razonable entre dominación y apropiación, otros pueden estar territorializados básicamente por el sesgo de la dominación, en un sentido más funcional, no apropiativo.

El hecho de considerar el territorio en una acepción amplia, multidimensional y multiescalar, sin restringirse jamás a un espacio uniescalar como el del Estado-nación, no implica menospreciar sus especificidades geohistóricas, su diferenciación de acuerdo con los contextos históricos y geográficos en que se produce.

Aun si privilegiáramos la definición más estricta de Sack, de territorio como control de procesos sociales por el control de la accesibilidad a través del espacio, sería imprescindible verificar cómo dicho "control" cambia de configuración y de sentido a lo largo del tiempo. Mientras en las sociedades modernas "clásicas", o sociedades disciplinarías, como afirmó Foucault, dominaban los territorios-quina que implicaban la dominación de áreas (la expansión imperialista por el mundo hasta "cerrar" el mapamundi en términos de un gran mosaico estatal es el ejemplo de mayor amplitud), lo que predomina hoy en día es la importancia de ejercer el control sobre los flujos, redes, conexiones (la "sociedad de control", como la denomina Deleuze, a la que nos dedicaremos en el capítulo 6).

Territorializarse, pues, significa crear mediaciones espaciales que nos proporcionen un efectivo "poder" sobre nuestra reproducción como grupos sociales (para algunos también como individuos), po-

der que es siempre multiescalar y multidimensional, material e inmaterial, de "dominación" y "apropiación" al mismo tiempo. ¿Qué sería fundamental "controlar" en términos espaciales para construir nuestros territorios en el mundo contemporáneo? Además de su enorme variación histórica, debemos considerar su variación geográfica: obviamente, territorializarse para un grupo indígena de la Amazonia no es lo mismo que para los grandes ejecutivos de una empresa transnacional. Cada uno desarrolla relaciones con el espacio, o por medio de él, a través de las formas más diversas. Para unos, el territorio está construido más en el sentido de una zona-refugio y fuente de recursos, a nivel dominantemente local; para otros, interesa como articulador de conexiones o redes de carácter global.

Volvamos, pues, hacia la especificidad histórica del territorio y, más estrictamente, de la territorialidad contemporánea en la cual, se afirma, proliferan más los procesos de desterritorialización que de re-territorialización. ¿Qué cambió con relación al mundo moderno y a las sociedades más tradicionales? ¿Hay, finalmente, una "desterritorialización posmoderna" que va superando la "territorialización moderna", o estamos en presencia más bien de una nueva forma de territorialización, que convive junto a otras diversas formas, distintas e históricamente acumulativas?

Una de las propuestas más interesantes es la que plantea la posibilidad de construir, hoy en día, territorios en el y por el movimiento, "territorios-red" discontinuos y superpuestos, que trascienden en parte la lógica político-territorial zonal más exclusivista del mundo moderno. Las propuestas innovadoras de territorio y desterritorialización en la filosofía de Deleuze y Guattari, a pesar de nuestros reparos a una parte de su fundamentación postestructuralista y a la a veces excesiva amplitud de sus conceptualizaciones, pueden brindar algunas pistas para la articulación de esas nuevas lecturas.
3. TERRITORIO Y DESTERRITORIALIZACIÓN EN DELEUZE Y GUATTARI

...construimos un concepto que me gusta mucho, el de desterritorialización. [...] a veces debemos inventar una palabra bávara para dar cuenta de una noción con pretensiones nuevas. La noción con pretensiones nuevas es que no hay territorio sin un vector de salida del territorio, y no hay salida del territorio, o sea, desterritorialización, sin que al mismo tiempo exista un esfuerzo por reterritorializarse en otro lugar (DELEUZE en el vídeo L’abécédaire de Gilles Deleuze, filmado en 1988 por Claire Parnet).

Hablar de desterritorialización conduce obligadamente a la obra de los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari. Como afirma Deleuze en la cita introductoria, ellos tuvieron que inventar una “palabra bávara” para identificar un proceso con “pretensiones nuevas”, la entrada y la salida del territorio. Aun si se duda acerca de si fueron ellos, en efecto, los “inventores” del término, es un hecho que quienes más han puesto el acento en el territorio como proceso, como permanente “transformarse” ("devenir") y deshacerse, han sido ellos. No se trata, empero, de buscar paternidades, sino de reconocer la importancia de Deleuze y Guattari como los principales teóricos de la desterritorialización, tanto en el sentido onto-gnoseológico, de territorio en constante construcción, como en el axiológico, de un cierto “elogio” de la desterritorialización.


Nuestro análisis se concentrará básicamente en las obras El anti-Edipo (Deleuze y Guattari, s/d; publicación original, 1972), Diálogos (Deleuze y Parnet, 1987 [1977]), Mil mesetas (Deleuze y Guattari, 1980) y Qué es la filosofía (Deleuze y Guattari, 1991), aunque hacemos alguna referencia también a Kafka, por una literatura menor (Deleuze y Guattari, 1975). Tras el análisis de estos trabajos, se puede afirmar que observamos una gradual ampliación en el uso del concepto, que comenzó por una asociación con el sentido psicológico lacaniano de “territorialización”, en las primeras alusiones de Guattari al término en la década de 1960, pasando por el análisis de las desterritorializaciones en la máquina de producción de deseos del capitalismo, en los años setenta, hasta llegar a la vasta concepción natural, sociológica y filosófica de territorio en Mil mesetas y Qué es la filosofía, en las décadas de 1980-1990.

Es necesario destacar la fuerte vinculación de la obra de los autores con la geografía, principalmente (aunque no sólo) a través del concepto de desterritorialización. Debemos, ante todo, pensar la territorialización y la desterritorialización como procesos concomitantes, fundamentales para comprender las prácticas humanas. Sin embargo, no son pocos los malentendidos en la traducción de los sentidos en que se utiliza la expresión. Nuestro primer objetivo es, pues, dilucidar un poco más la concepción de des-reterritorialización tal como ellos nos la presentan, conscientes del gran potencial que nos reserva para nuevas exploraciones en el campo de la geografía. El camino que transitaríamos hacia la comprensión de esta noción pasa primero por un breve abordaje de la filosofía deleuze-guattariana en su relación con la geografía, sigue después por el concepto de territorio y, finalmente, por la concepción de desterritorialización propiamente dicha (tanto en su sentido absoluto como relativo).

1 Una versión previa y resumida de este capítulo fue publicada originalmente como artículo, escrito junto con el geógrafo Glauco Bruce, con quien compartimos la autoría y a quien agradecemos su imprescindible contribución (R. Haesbaert y G. Bruce, [2002], “A desterritorialización na obra de Deleuze e Guattari”, Revista Geografia, núm. 7, Niterói).
3.1. ¿CONCEPTOS PARA LA GEOGRAFÍA?

La relación entre Deleuze-Guattari y la geografía puede ser vista desde dos perspectivas: la primera, a través de la presencia o abordaje de cuestiones geográficas en su propia obra, aunque sin alusiones explícitas al discurso de los geógrafos; la segunda, por el discurso geográfico que hace uso de la filosofía de Deleuze y Guattari. Comenzaremos por el segundo abordaje: la mirada geográfica acerca de la obra de estos autores.

Para empezar, cabe recordar lo relativamente reciente del diálogo de la geografía con la obra de estos filósofos. Incluso en la literatura anglosajona, que es sobre todo donde ellos se encuentran presentes, el diccionario de mayor referencia (Johnston et al., 2000) y otros trabajos importantes, cuyos autores creen compartir un pensamiento "posmoderno", en especial los de Harvey (1992[1989]) y Soja (1999[1989]), aportan una lectura de autores postestructuralistas, como Foucault, y destacan su contribución al diálogo con la geografía, pero hacen poca o ninguna referencia a las obras de Deleuze y Guattari. Solamente El anti-Edipo es citado por Harvey, y Soja no cita en ningún momento a los autores.

La misma aproximación dialéctica histórico-materialista con la que los autores leyeron a Foucault podría aplicarse, con sus reconocidas limitaciones, para la lectura de Deleuze y Guattari. A pesar de serias divergencias con el materialismo dialéctico, es posible trazar varios puntos de conexión entre el marxismo y el llamado postestructuralismo. Para Hardt (1993), por ejemplo, el postestructuralismo no debe ser evaluado por las oposiciones que genera, ya que lo que éste propone es "matrices..."

4 La única referencia a Deleuze y Guattari en ese diccionario está en la entrada "riza", escrita por Nigel Thrift. Nos gustaría resaltar que, en cambio, el diccionario francés de geografía Dictionnaire de la géographie et de l'espace (Lévy y Lussault, 2003) introduce las entradas "Deleuze y Guattari" (Thierry Paquot) y "desterritorialización" (de nuestra autoría).

5 Incluso en sus últimos libros, Thirdspace y Postmetropolís, Soja (1996 y 2000, respectivamente) hace referencias puntuales a Deleuze y Guattari, ya sea en medio de otros autores o en citas rápidas, de las cuales sólo sobresale ésta, reproducida en forma idéntica en las dos obras: "Henri Lefebvre sugiere que el poder sobrevive por la producción del espacio; Michel Foucault sugiere que el poder sobrevive por la producción del espacio disciplinario; Gilles Deleuze y Félix Guattari sugieren que, para reproducir el control social, el Estado debe reproducir el control espacial. Lo que yo espero sugerir es que el espacio del cuerpo humano es tal vez el lugar más crítico para observar la producción y reproducción del poder" (1996:114 y 2000:561).

y alternativas", siendo parte de su naturaleza no colocarse en oposición binaria o contradictoria con otras formas de pensamiento.

Una de las mejores revelaciones de la profunda perspectiva socio-crítica de Félix Guattari se encuentra en el diálogo intenso entabla-do con el Partido de los Trabajadores brasileño, reproducido principalmente en la obra escrita en conjunto con Suely Rolnik en los años ochenta (Guattari y Rolnik, 1986), así como en su libro Revolução molecular: pulsações políticas do des xo (Guattari, 1987). A pesar de tener una perspectiva muy crítica en relación con Deleuze, Jameson (1999) es enfático en el reconocimiento de sus vinculaciones con el marxismo:

Piense que Deleuze está solo entre los grandes pensadores del as llamado postestructuralismo, habiéndole concedido a Marx un papel absolutamente fundamental en su filosofía, al descubrir en este encuentro con Marx el evento más energizante de sus últimos trabajos (p. 15).

Para Patton (2000), “aunque ellos no fueran marxistas en ningún sentido doctrinario, una temática anticapitalista impregna todos sus escritos [...]. Deleuze afirma su simpatía por Marx y describe el capitalismo como un fantástico sistema de fabricación de gran riqueza y de gran sufrimiento” (p. 6). Esta vinculación con el marxismo se hace evidente en las propias palabras de Deleuze:

Creo que Félix Guattari y yo, tal vez de formas diferentes, seguímos siendo marxistas. Es que no creemos en una filosofía política que no esté centrada en el análisis del capitalismo y de su desarrollo. Lo que más nos interesa en Marx es el análisis del capitalismo como sistema inmanente que no deja de expandir sus propios límites, reencontrándolos siempre en una escala ampliada, porque el límite es el propio Capital (Deleuze, 1992:212).

Aunque algunos autores como Antonio Negri propongan una “renovación” del marxismo a partir de la filosofía de Deleuze y Guattari, Patton destaca sus profundas divergencias:

A pesar de haber adoptado aspectos de la teoría social y económica de Marx, hay puntos significativos en los cuales Deleuze y Guattari abandonan las visiones marxistas tradicionales. Ellos rechazan la filosofía marxista de la historia en favor de una tipología diferencial de los macro y microagenciamientos que determinan el carácter de la vida social. Rechazan la idea de que la contradicción es el motor del progreso histórico y argumentan que la sociedad se define me-
nos por sus contradicciones que por sus líneas de fuga o desterritorialización. Rechazan cualquier consideración interna o evolucionista sobre los orígenes del Estado [...] (y) rechazan el determinismo económico (p. 6).

Más recientemente, los geógrafos han asumido de manera explícita posiciones llamadas postestructuralistas (o más comúnmente, de forma homológica, posmodernistas), desde donde observan con una mirada diferente trabajos como los de Derrida y Deleuze; es curioso que esto suceda más en el Reino Unido y Estados Unidos que en Francia, tierra de los dos filósofos.

Un rápido balance (no exhaustivo) sobre los geógrafos que se posicionan frente al pensamiento de Deleuze-Guattariano nos permitió identificar tres vertientes entre ellos:

- los que son ampliamente favorables al abordaje de Deleuziano y lo incorporan de modo pleno, entre quienes destacan Thrift (1995, 1997) y, de forma más radical, el trabajo de Doel (1999), cuyo libro *Poststructuralist geographies* se encuentra inspirado en parte (de manera exagerada, en nuestra opinión) en el “nomadismo”, el “esquizoanálisis”, los “dobleces” y la desterritorialización de Deleuze y Guattari;
- los que reconocen y defienden la perspectiva postestructuralista de Deleuze y Guattari, pero mantienen un mayor distanciamiento crítico, sin abrazarla con tanto énfasis y efectuando conexiones con el marxismo (como en Schurmer-Smith y Hannam [1994] y Gibson-Graham [1996, 1997]) o bien con la teoría de la red-actor (Whatmore, 2002);
- los que se declaran explícitamente contrarios a Deleuze y Guattari, en general a partir de una fundamentación marxista, como Peet (1998).

Siguieron la lógica del pensamiento de Deleuze y Guattari, Doel visualiza el espacio como algo siempre en proceso, un permanente “devenir”. Para él, “si algo existe, es sólo en tanto confluencia, interrupción y coagulación de flujos”. En consecuencia, no hay “última instancia” o estructura primera, solidez y fluidéz nunca están separadas, “la permanencia es un efecto especial de la fluidéz” (p. 17). Por ello, el espacio es, ante todo, un proceso, una “espacialización” (spacing).

Thrift (1995) es otro autor que defiende las posiciones de Deleuze y Guattari y uno de los que más profundiza esta lectura. En busca de una “teoría de la práctica”, parte del análisis de dos corrientes que distingue dentro del postestructuralismo. La primera, “representacional –referencial”, que engloba a autores como Derrida y Lyotard, aún se encontrará influida por un “espíritu sistemático” iluminista, en tanto que en la segunda, vinculada a pensadores como Foucault y Deleuze-Guattari, y con la cual Thrift se identifica, hay ecos de otros “teóricos de la práctica” que él admira, como Bruno Latour.

Para Thrift, “Deleuze indica modos de escribir el mundo que son continuos, que no se estabilizan en un concepto de cuadro del mundo” (p. 28). Se trata, de esta forma, de una lectura del mundo que valora los contextos, que nunca están totalmente explicados o determinados. Y se trata sobre todo de contextos espaciales: como comenta Casey (1998), Deleuze y Guattari tienen una “extrema sensibilidad” en relación con “cuestiones concretas de situación [implacement]”, lo que se manifiesta por “su convicción de que donde algo está situado tiene todo que ver con cómo está estructurado” (p. 302, cursivas del autor).

Finalmente, Thrift cree que, en el vacío de tratamiento espacial que caracteriza al postestructuralismo, Deleuze y Guattari serían las excepciones. Lo más importante es que esta espacialidad sería, ante todo, movimiento y encuentro:

En el mundo de Deleuze y Guattari sólo hay dirección y movimiento, nunca alguna estación fija o lugares finales. La espacialidad también ejerce una presión extra: el espacio se vuelve un continuo encuentro, y el pensamiento es una consecuencia del estímulo del encuentro (y no al revés) (Thrift, 1997:133).

* A este respecto, encontramos la siguiente definición del propio Deleuze: “nos parece que una sociedad se define menos por sus contradicciones que por sus líneas de fuga, ella fluye por todas partes y es muy interesante tratar de seguir, en tal o cual momento, las líneas de fuga que se perfilan” (Deleuze, 1992:212).

* Peters (2000) propone una distinción entre las dos corrientes, para lo cual pone el énfasis en “la peculiaridad filosófica del post-estructuralismo como un movimiento que comienza en Francia a fines de los años 60 y que tiene fuentes específicas de inspiración en el trabajo de [...] Nietzsche y Heidegger. El posmodernismo, en contraste, se desarrolla a partir del contexto del alto modernismo estético, de la historia de la avant-garde artística occidental que le siguieron a la crisis de representación que culminó con el cubismo, el dadaísmo y el surrealismo” (p. 17).

* Se puede discutir de esta afirmación a partir de la lectura de Casey (1998), en especial del capítulo 12 (pp. 285-281), titulado “Giving a Face to Place in the Present: Bachelard, Foucault, Deleuze and Guattari, Derrida, Irigaray”.
Schurmer-Smith y Hannam (1994), aunque de manera mucho más sutil, asumen muy explícitamente su fundamentación teórica postestructuralista. Desde la “Introducción” del libro, destacan su admiración por Deleuze y Guattari debido a “su rechazo a las estructuras simples, su cuestionamiento de la racionalidad y su priorización del deseo en la interpretación del mundo” (p. 1). Al adoptar esta filosofía, los autores, al igual que Doel, le dan más importancia al “devenir” (becoming) que al “ser”, pareciendo todo “negociable, contingente, incompleto” (p. 2). A su vez, en sus Geografías híbridas, Whatmore (2002) hace uno de los empleos a nuestro entender más sensatos de la filosofía de Deleuze y Guattari, incluso de su “desterritorialización” en un sentido aplicado, al investigar fenómenos concretos y aliar en su razonamiento la teoría de la red-actor, la bio-filosofía y otras propuestas teóricas postestructuralistas.

Un análisis reciente de la historia del pensamiento geográfico, tal vez el primero que destaca el papel de Deleuze en relación con la geografía y de manera ampliamente favorable, es el de Hubbard et al. (2002). Los autores reservan tres páginas y un apartado a la obra de Deleuze, considerada “repleta de extraordinarias metáforas y pasajes muchas veces impenetrables”, pero también —en efectorealizando la obra El anti-Edipo— una “tentativa especial de retrabajar las ideas de dos de las más importantes influencias del siglo XX —Marx y Freud— para desarrollar una filosofía materialista verdaderamente revolucionaria y crítica” (p. 90).

En otra lectura, opuesta a la de los autores comentados hasta aquí, Peet (1998), en las dos páginas de la parte de su libro sobre el pensamiento geográfico que le dedica al “esquizaranálisis” de Deleuze y Guattari, realiza una crítica contundente, apresurada desde nuestro punto de vista, a un trabajo que considera “anárquico”, “una geografía nietzscheana de fuerzas e intensidad llevadas más allá de todos los límites” (p. 212).

Todo esto permite tener una idea cabal de la polémica que rodea la obra de ambos autores. A partir del análisis de estos abordajes geográficos de la filosofía deleuze-guattariana, se puede percibir con claridad hasta qué punto se encuentra sujeta a interpretaciones divergentes e incluso diametralmente opuestas, entre el estructuralismo y el postestructuralismo, el materialismo y el idealismo, la “revolución” y el conservadurismo. Todo ello nos prepara para las dificultades que enfrentaremos al encarar el pensamiento de los autores sobre la desterritorialización.

Aunque la concepción de la desterritorialización sea central en la obra de Deleuze y Guattari, ninguno de los geógrafos que se abocaron a ellos centró su análisis en este tema. Sólo especialistas ajenos a la geografía, como Holland (1991), Kaplan (2000) y Patton (2000), pusieron de relieve específicamente la desterritorialización. Por eso, aunque no comulgemos de la misma forma con las posiciones filosóficas de nuestros dos autores, consideramos este trabajo como una contribución importante, en tanto lectura centrada en su percepción de territorio y en la dinámica de su destrucción y reconstrucción.

Desde una perspectiva diferente, la de la “geografía” en la propia obra de Deleuze y Guattari, podemos decir que ésta se encuentra ampliamente presente, de diferentes maneras. Roberto Machado (1990) destaca la “geograficidad” de la genealogía deleuzeana, al afirmar:

Su característica más elemental es el hecho de que ésta se propone más como una geografía que verdaderamente como una historia, en el sentido de que, para ésta, el pensamiento, no sólo y fundamentalmente desde el punto de vista del contenido sino de su propia forma, en vez de constituir sistemas cerrados, presupone ejes y orientaciones por los cuales se desarrolla. Lo que accarea la exigencia de considerarlo no como una historia lineal y progresiva sino que privilegia la constitución de espacios, de tipos (p. 9).

Machado habla, pues, de una “geografía del pensamiento” deleuzeana, “profundamente dualista”, basada en dos espacios heterogéneos y antagónicos, propiedad no sólo de la filosofía sino del pensamiento en general. Deleuze llega incluso a utilizar la expresión “dualidad primordial” para situar la relación entre dos tipos de espacio: el espacio liso (vectorial, proyectivo, topológico) y el espacio estrado (métrico)” (1990:11).10

--

10 Machado comenta aquí el capítulo 14 de Mil veces, “Lo liso y lo estrado”, uno de los más geográficos de los autores; Mengue (2003), por ejemplo, al comentar la “doble cara de lo social”, molar o segmentariedad rígida y molecular o segmentariedad flexible y mutante, afirma que las dualidades, en tanto oposiciones binarias, forman la
Una de las dificultades principales de trabajar con un concepto en la obra de Deleuze y Guattari, sea éste la desterritorialización, el dúo molar-molecular o el rizoma, es que el concepto para ellos es algo huidizo, literalmente “rizomático” y múltiple (“articulación, corte y superposición”), por lo que siempre hacen referencia a otros términos (tanto en su pasado como en su presente y su devenir [Deleuze y Guattari, 1992]). Pero −lo que es aún más relevante− el concepto es creado y pensado por la filosofía, no se trata del término científico:

El concepto es el contorno, la configuración, la constelación de un acontecimiento por venir. Los conceptos, en este sentido, pertenecen a la filosofía de pleno derecho, porque es ésta la que los crea, y no cesa de crearlos. El concepto es evidentemente conocimiento, pero conocimiento de sí, y lo que éste conoce es el puro acontecimiento, que no se confunde con el estado de cosas en el cual se encarna. Destacar siempre un acontecimiento de las cosas y de los seres es la tarea de la filosofía cuando crea conceptos, entidades. Erigir el nuevo evento de las cosas y de los seres, darles siempre un nuevo acontecimiento: el espacio, el tiempo, la materia, el pensamiento, lo posible, como acontecimientos... (1992:46).

Podríamos alegar que existe un “potencial idealista” en esta proposición (el concepto como conocimiento, pero conocimiento del conocimiento). No obstante, ello sería reducir el pensamiento deleuziano a un sentido clásico, representacional. Para ellos, el propio concepto es un acontecimiento, “el nuevo evento de las cosas y de los seres”. Ellos resaltan con frecuencia que no se trata de separar el contenido de la expresión, la naturaleza de la historia, lo material de lo inmaterial.

Deleuze “considera el campo que es el concepto como algo abso-
lutamente real. Es absoluto en el sentido de que no está en ningún lugar de las coordenadas de extensión de espacio-tiempo, y es también perspectivo, dado que la variación del campo aborda siempre, desde cierto ángulo, una singularidad de su propia co-presencia” (Massumi, 1996:59).

La filosofía oscilaría entre un “ignorar todo respecto al concepto” (que quedaría, por lo tanto, para el ámbito de la ciencia) y un “conocimiento de pleno derecho y de primera mano, al punto de no dejar nada de éste para la ciencia, que por otra parte no tiene ninguna ne-

11 Para una mayor profundización, sugerimos la lectura del libro ¿Qué es la filosofía? (1992), donde los autores harán la distinción entre conceptos filosóficos y conceptos científicos (que ellos denominarán funciones), así como la interpretación hecha por Patton (2000), especialmente en el capítulo 2, “Concept and Image of Thought”.

dimensión “dura” de las instituciones de poder, inseparable, sin embargo, de la dimensión plural y múltiple, “rizomática”, ajena a todo tipo de dualismo.
TERRITORIO Y DESTERRITORIALIZACIÓN

Esta se debe, en gran parte, al hecho de que Deleuze y Guattari distinguen devenir (la creación de lo nuevo) e historia. Según las propias palabras de Deleuze, “los devenires pertenecen a la geografía, son orientaciones, direcciones, entradas y salidas” (Deleuze y Parnet, 1987, en Gibson-Graham, 1996:84). Según Mengue (2003), un análisis puramente histórico omite lo “esencial”, que es la creación, lo “intempestivo”, lo inesperado y lo sorprendente:

El devenir deleuzeano necesita de la historia (de los estados de las cosas) para no permanecer indeterminado (no es separable), pero se escapa de la historia, nunca coincide ni se reduce a lo que es empíricamente constatable, observable en una sucesión histórica centrada en los tres momentos del pasado, del presente y del futuro. El devenir irrumpe en el tiempo, pero no procede de éste, no se reduce a éste (pp. 26-27).

Por más polémicas que sean estas proposiciones, debemos reconocer que hay diversos puentes para construir bajo la inspiración de la “des-reterritorialización” deleuze-guattariana, incluyendo sin duda la posibilidad de reconstituir, de recrearla, a la luz de la geografía de los eventos, de reconstruirla por otros caminos. En síntesis, nuestro objetivo es enriquecer el pensamiento geográfico a través del esclarecimiento del concepto de desterritorialización en Deleuze y Guattari, en especial como cuestión filosófica, pero también por su potencial, muchas veces implícito, en la construcción de un proyecto político y de un espacio efectivamente creativo-transformador. Patton (2000) afirma que la idea de la filosofía de Deleuze y Guattari, como formuladora de conceptos que son inseparables de la realidad vivida, implica que “la prueba de dichos conceptos” es “fundamentalmente pragmática: finalmente, su valor está determinado por los usos que se puede hacer de ellos, tanto dentro como fuera de la filosofía” (p. 6).

3.2. LAS MULTIPLICIDADES, EL RIZOMA Y LAS SEGMENTARIDADES

Los propios Deleuze y Guattari llaman a su filosofía una “teoría de las multiplicidades”, con lo que se colocan de este modo entre los polémicos autores vinculados a las llamadas filosofías de la diferencia, que tanto marcan la denominada posmodernidad. Aunque aquéllos nunca hayan utilizado el término “posmoderno” para caracterizar sus obras (Guattari llegó incluso a condenar la noción de posmodernidad), no hay dudas de que se sitúan, como mínimo, en el umbral de la modernidad. Para Mengue (2003), “el pensamiento deleuzeano ocupa una doble posición, ambivalente, con un pie situado en el ocaso de la modernidad y de la vanguardia revolucionaria, y el otro en el surgimiento de la posmodernidad que vela a la Revolución” (p. 14).

Las multiplicidades constituyen la realidad misma, con lo que proponen así superar las dicotomías entre consciente e inconsciente, naturaleza e historia, cuerpo y alma. Aunque los autores reconozcan que subjetivaciones, totalizaciones y unificaciones son “procesos que se producen y aparecen en las multiplicidades”, éstas “no suponen ninguna unidad, no entran en ninguna totalidad y tampoco remiten a un sujeto” (Deleuze y Guattari, 1995a:8). Su “modelo de realización”, por lo tanto, no es la jerarquía del árbol-raíz sino la pluralidad del rizoma.

De esta forma, Deleuze y Guattari construyen su pensamiento a través del modelo del rizoma. En éste, los conceptos no se jerarquizan ni parten de un punto central, de un centro de poder o de referencia al cual los otros conceptos deben remitirse. El rizoma funciona a través de encuentros y agenciamientos, de una verdadera cartografía de las multiplicidades. El rizoma es la cartografía, el mapa de las multiplicidades. Mientras que el modelo del árbol-raíz es “calco”, reproducción al infinito, el rizoma-canal es “mapa”, “dedicado a una experimentación anclada en lo real”, abierto, desmontable, reversible, sujeto a modificaciones permanentes, siempre con múltiples entradas, al contrario del calco, que “vuelve siempre ‘a lo mismo’” (Deleuze y Guattari, 1995a:22).

Esta propuesta rizomática del pensamiento busca contraponerse, aunque sin negarlo, al pensamiento arborescente.12 El pensamiento arborescente, o simplemente en árbol, es el que opera por jerarquización y por la centralidad, o sea, establece un centro de origen (una genealogía), como ejemplifican los autores:

---

12 No podemos entender esta contraposición como una oposición en la que un término trata de eliminar al otro, pero sí debemos percibir una relación de tensión y de complementariedad, como veremos más adelante. También es importante resaltar que no se trata simplemente de un nuevo dualismo o conjunto de modelos (árboles-raíz por rizoma-canal): “¿Otro o un nuevo dualismo? No. Problema de escritura: siempre se necesitan las expresiones anécdotas para designar algo exactamente. […] la anécdotud no es de ningún modo una aproximación, al contrario, es el paso exacto de lo que se hace. Si invocamos un dualismo es para recusar otro. Si recurrimos a un dualismo de modelos es para llegar a un proceso que recusaría cualquier modelo” (Deleuze y Guattari, 1995a:32).
cualquier punto del rizoma puede ser conectado a cualquier otro, y debe serlo. Éso no sucede en el árbol ni en la raíz, que siempre fijan un punto, un orden. El árbol lingüístico a la manera de Chomsky sigue comenzando en un punto S y procediendo por dicotomía. En un rizoma, por el contrario, cada rastro no remite necesariamente a un rastro lingüístico: cadenas semióticas de cualquier naturaleza se conectan en él de formas de codificación muy diversas, cadenas biológicas, políticas, económicas, etcétera, poniendo en juego no sólo regímenes de signos distintos, sino también estatutos de estados de cosas (1995a:15).

El árbol remite a centros de poder, a jerarquía, estructuras y relaciones binarias y biunívocas. Los autores afirman que “la lógica binaria y las relaciones biunívocas dominan todavía el psicoanálisis […] la lingüística y el estructuralismo, e incluso la informática” (1995a:13). Instituciones y aparatos de poder como el Estado, la escuela y la fábrica también se organizan de manera arborescente.

Deleuze y Guattari advertirán acerca de la relación existente entre el rizoma y el árbol. A pesar de criticar el árbol, afirman que existe una relación entre ambos, que uno traspasa al otro, modificando mutuamente su naturaleza:

Lo fundamental es que el árbol-raíz y el rizoma-canal no se oponen como dos modelos: uno [el árbol] actúa como modelo y como caño trascendente, incluso si engendra sus propias fugas; el otro [el rizoma] actúa como proceso inmanente que destruye el modelo y esboza un mapa, incluso si constituye sus propias jerarquías, incluso si suscita un canal despótico (Deleuze y Guattari, 1995a:31).

Esto quiere decir que, incluso en el rizoma, pueden existir segmentos que van a endurecerse y volverse árbol, a la vez que en el árbol es posible que ocurra el surgimiento de un rizoma. Los autores afirmaron, por ejemplo, que “las sociedades primitivas tienen núcleos de dureza que anticipan el Estado en la misma medida que lo conjuran. Y las sociedades modernas contienen inmersas en un tejido flexible sin el cual los segmentos duros no se desarrollarían” (1996:90). En su obra, las sociedades primitivas remiten al rizoma; sin embargo, podemos percibir que estas mismas poseen arborescencias dentro de sí, a la vez que las sociedades capitalistas, más identificadas con la arborescencia, necesitan del rizoma (el tejido flexible) para existir.

En otras palabras, el par rizoma-árbol se relaciona estrechamente con otro, central en la obra de los autores, las “segmentaridades” rígida y flexible o molar y molecular: “Toda sociedad, pero también todo individuo, está atravesado por dos segmentaridades a la vez: una molar y otra molecular. […] siempre una presupone la otra. En suma, todo es político, pero toda política es al mismo tiempo macropolítica y micropolítica” (Deleuze y Guattari, 1996:90, cursivas de los autores).

En Diálogos, Deleuze expresa que los individuos o grupos están constituidos por “líneas” de diferente tipo, pues a las líneas de segmentaridad molar y molecular se agregan las llamadas líneas de fuga o de desterritorialización efectiva, abstractas, las “de mayor gradiente”, que permiten superar segmentos y umbrales rumbo a lo desconocido, a lo inesperado y a lo aún no existente (Deleuze y Parnet, 1987:125).

No todos los individuos vivencian los tres tipos de líneas: las líneas de la segmentaridad rígida o molar (segmentos claramente definidos, vinculados a la familia, a la escuela, al trabajo); las de la segmentaridad flexible o molecular (reino del “devenir” y de la desterritorialización relativa) y las líneas de fuga, consideradas primordiales por el poder de transformación que traen consigo: la “desterritorialización absoluta”, que analizaremos más adelante.

Deleuze afirma que el estudio de estas tres líneas es el objetivo central de su trabajo, sea éste denominado esquizoanálisis, micropolítica, pragmática, diagramatismo, rizomática o cartografía. Es necesario remarcar la distinción entre estas líneas y, al mismo tiempo, su imbricación (en la forma de conjugación o de conexión). Se trata de una temática que retomaremos en los capítulos finales relacionada a nuestras conceptualizaciones de territorio, red y lo que denominamos “aglomerados humanos de exclusión”. La relación que Deleuze hace con las figuras del sedentario (línea molar), del migrante (línea molecular) y del nómada (línea de fuga o desterritorialización) permite visualizar, ya aquí, la fuerza que le concede a la idea de movimiento y, de cierta forma, a su enorme positividad.13 En cierto momento del texto, destaca en letras mayúsculas, al citar a Kierkegaard: “Sólo los movimientos me interesan” (Deleuze y Parnet, 1987:127).

La línea de fuga o de desterritorialización se considera el elemento esencial de la política, pero ésta es imponible. La política “es

13 Muchas veces, los autores desarrollan una visión demasiado positiva de los procesos de desterritorialización, como si éstos, moldeados por la multiplicidad de posiciones y ajenos a toda regulación centralizada, pudiesen garantizar a través de este pluralismo la proliferación de alternativas dentro de un poder no totalizante o “molar”, sino múltiple, “molecular”. Para una crítica a estas posiciones políticas, véase Mengue, 2003.
experimentación activa", ya que no podemos prefigurar su camino (Deleuze y Parnet, 1987:137). Una sociedad, más que definirse por sus contradicciones, como en el lenguaje marxista, se define por las líneas de fuga que afectan a las masas de todo tipo, por los puntos o flujos de desterritorialización.

La obra de los autores está marcada por ese movimiento de relaciones múltiples, coexistentes y, de cierta manera, complementarias. Como ya vimos, no hay un pensamiento binario, de simple oposición entre los términos; no hay oposición entre molar y molecular, rizoma y árbol. Los autores procuran pensar y crear por rizoma, buscando los encuentros, los acontecimientos y los agenciamientos.

Por agenciamiento, Guattari y Rolnik se refieren a una "noción más amplia que la de estructura, sistema, forma, etcétera. Un agenciamiento comporta componentes heterogéneos sea del orden biológico, social, maquinico, gnoseológico, imaginario" (1986:317). Al revés de las estructuras, que "están siempre vinculadas a condiciones de homogeneidad", los agenciamientos son cofuncionales, una simbiosis (Deleuze y Parnet, 1987:52). El agenciamiento es una multiplicidad que incluye tanto líneas molares como moleculares; se trata de la "unidad real mínima" que él propone en lugar de la palabra, el concepto o el significante (Deleuze y Parnet, 1987:51). Según la definición demasiado simple que Goodchild (1996) da en su "Glosario", se trata de "un conjunto de partes conectadas que tiene una consistencia" (p. 217).

Pensar estos agenciamientos es, sin duda, pensar en una geografía, una geografía de las multiplicidades y de las simultaneidades como condición para el propio movimiento, la propia historia (o el devenir), ya que el agenciamiento es territorial, ante todo. No hay historia ni devenir (creación) posibles sin esos encuentros, sin esos agenciamientos. De esta forma, para discutir la desterritorialización y la reterritorialización, primero debemos articular los conceptos que nos permiten pensar estos procesos. El primer concepto fundamental para discutir las cuestiones propuestas es el de territorio.

3.3. EL CONCEPTO DE TERRITORIO Y SUS COMPONENTES
A través de Deleuze y Guattari es posible "hacer la lectura de lo social desde el deseo, hacer el paso del deseo a lo político, en los marcos de los modos de subjeticación" (Guattari e Rolnik, 1986:316). Ellos proponen pensar el deseo como un constructivismo, renunciar al par sujeto-objeto (el que desea y el que es deseado), y entender el deseo como una fuerza activa primaria que requiere una máquina o agenciamiento (Patton, 2000). De la misma manera que en el abordaje de Foucault el poder es productivo (y no sólo represivo) y constituye de toda relación social, organizado en torno a dispositivos como la "máquina" panóptica, en Deleuze y Guattari se trata del deseo, también agenciado por "máquinas" y con un sentido productivo, constructivo.

*historia*. Esto significa que las configuraciones espaciales de una vida social son una cuestión de importancia tan fundamental para una teoría social como las dimensiones de la temporalidad, y, como ya señalé con frecuencia, para muchos fines es conveniente pensar en términos de un espacio-tiempo en vez de tratar tiempo y espacio separadamente" (Giddens, 1991:28); "La expresión, por cierto, causa un cierto extrañamiento, aunque sea natural decir que el espacio en que vivimos está impregnado de historia. [...] Podríamos, a manera de provocación epistemológica, afirmar que si la historia se hace geografía es porque, de alguna forma, la geografía es una necesidad histórica y, así, una condición de su existencia que, como tal, ejerce una coacción que, aquí, debe ser tomada al pie de la letra, o sea, como algo que co-actúa, que actúa con, es co-agente" (Gonçalves, 2002:229).

14 Goodchild (1996) define "máquina" simplemente como "un agenciamiento de partes que trabaja y produce" (p. 218). Guattari y Rolnik (1986), a su vez, afirman: "las máquinas, consideradas en sus evoluciones históricas, constituyen [...] un physis comparables al de las especies vivas. Ellas se engendran unas a las otras, se seleccionan, se eliminan, haciendo aparecer nuevas líneas de potencialidades. [...] en sentido lato (o sea, no sólo las máquinas teóricas, sociales, estéticas, etcétera), nunca funcionan aisladamente sino por agregación o por agenciamiento. Por ejemplo, una máquina técnica, en una usina, está en interacción con una máquina social, una máquina de formación, una máquina de investigación, etcétera. El deseo es maquinico porque produce, es creativo, agencia elementos. No podemos reducir esa concepción de deseo al simple maquinismo, como una herencia de algún tipo de racionalismo o como una metáfora de apología a lo mecánico como algo superior a lo humano" (p. 320).
Nunca deseamos una sola cosa, siempre deseamos un conjunto de cosas. Por ejemplo, una mujer no desea sólo un vestido, también desea personas que la miren, una fiesta donde pueda usar el vestido, un color, una textura; un músico no desea solamente un buen instrumento, también quiere armonía, sonoridad, una platea, un lugar, etcétera. De esta forma, el deseo viene siempre agenciado. En esta concepción, el deseo (más que el poder, según la visión foucaultiana) crea territorios, ya que comprende una serie de agenciamientos. Y la territorialidad, como veremos, es central en la construcción de dichos agenciamientos. Como afirma Goodchild (1996):

Cada persona tiene relaciones ecológicas con su ambiente: no es que el pensamiento domine la naturaleza, sino que es inmanente a ella y a la sociedad, y su conocimiento de dichas relaciones es una ecofobia [Guattari]. El pensamiento solamente se relaciona al ser a través de algo que se extiende externamente a los dos: un plano de deseo (pp. 65-66).

Como vimos en el capítulo 2, aunque en forma polémica, es posible abordar la territorialización incluso en el mundo de los animales. Deleuze y Guattari, al emplear el concepto desde una perspectiva filosófica tan amplia, reconocen obviamente que la importancia de constituir territorios aparece ya en el mundo natural, por lo que al hombre se le puede realmente definir, de una manera genérica en extremo, como “animal desterritorializado” (Deleuze y Parnet, 1987:134) —pero que, a la vez, para mantener la coherencia, es también territorializado, a su manera.

Deleuze, en el video “L’abécédaire de Gilles Deleuze” (1988), habla sobre la importancia del territorio para los animales y afirma que todo animal tiene “un mundo específico”, desde ambientes muy reducidos, indispensables para su reproducción, como el “territorio” de las garrafatas. Este “mundo específico” de los animales no sería extensible al hombre, que “no tiene un mundo” sino que “vive la vida de todo el mundo”. Se trata, pues, de una primera distinción entre las dos territorialidades. 

Este espacio que constituye un “pequeño mundo” exige la definición de un contexto propio, delimitado, por ejemplo, por olores que los animales llevan consigo y difunden, marcando su territorio. Al reconocer que diferentes especies animales tienen distintas relaciones con el territorio, a través de una distinción relativa entre “animales de territorio” y “animales de medio”, Deleuze afirma que “los animales con territorio son prodigiosos”.

Genosko (2002) destaca el cuestionamiento de Deleuze y Guattari a la lectura de Konrad Lorenz en relación con el territorio (de la etología), basado según éste en la agresividad, instinto cuya función es la de preservar las especies. El territorio animal sería también marca, señal, un “devenir expresivo”, como ocurre con determinados tipos de peces y aves, cuyos colores y sonidos demarcan “estéticamente” sus territorios. El punto clave sería que “el territorio (posesión) emerge con la expresión”, lo que lleva a los autores más lejos, a asociarlo, incluso entre los animales, con un “resultado del arte”:

Simplemente, si el territorio es el resultado del devenir expresivo de los componentes del medio, lo que implica que las cualidades expresivas (producidas o seleccionadas) puedan ser llamadas arte, entonces el territorio es resultado del arte, lo que pasa a ser muy diferente de basarlo en la agresividad (Genosko, 2002:50).

Así como es posible visualizar (en forma polémica) este paso de la etología al arte, también se puede pasar de la etología a la psicología. Günzel (ya citado), al reflexionar sobre la lectura de Deleuze y Guattari, analiza la perspectiva etológica de territorio, destaca la relativa estabilidad y localización que éste le garantiza al colectivo de animales y considera a partir de ello el ambiente de una persona, su “espacio de vida personal”, que termina por adquirir la connotación de un territorio a nivel psicológico.

En verdad, a pesar de que algunos autores circumscriben la visión deleuze-guattariana de territorio a un nivel meramente psicológico (como Tomlinson, 1998),17 ésta es de tal amplitud que engloba todas estas versiones y va más allá: todo es posible de ser alcanzado por el movimiento de territorialización y desterritorialización. Se trata en verdad de un vasto cambio de escala: comenzando con el territorio etológico o animal (1), pasamos al territorio psicológico o subjetivo (2) y de ahí al territorio sociológico (3) y al territorio geográfico (4) (que incluye la relación sociedad-naturaleza).

Deleuze y Guattari van todavía más lejos, con el diseño de una...

17 El autor, al comentar la diversidad de sentidos del término desterritorialización (al cual le dedica un capítulo entero de su libro), afirma que no seguirá el análisis en la línea de Deleuze y Guattari en El anti-Edipo porque éstos utilizan el término “denotando los efectos psicoculturales del capitalismo” (p. 213).
quinta esfera que, de cierta manera, está por encima y al mismo tiempo más allá de todas las demás: para ellos, territorio es un concepto fundamental de la filosofía. Decimos “de cierta manera” porque, siguiendo el razonamiento de los autores, no se trata de una simple jerarquización, un concepto que simplemente engloba a otro en una diferencia de grado o de intensidad, en los términos de Bergson (Deleuze, 1999): ante todo se trata de una diferencia de naturaleza, ya que el concepto de territorio en Deleuze y Guattari tiene otro contenido. Como afirma Félix Guattari en el libro *Micropolítica: cartografías del deseo*:

La noción de territorio aquí es entendida en un sentido muy amplio, que sobrepasa el uso que suelen hacer la etnología y la ecología [y la geografía, deberíamos agregar]. Los seres existentes se organizan según territorios que los delimitan y los articulan a los demás y a los flujos cósmicos. El territorio puede ser referido tanto a un espacio habitado como a un sistema percibido, en el cual un sujeto se siente “en casa”. El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación realizada sobre sí misma. Es el conjunto de proyectos y representaciones en los cuales va a desembocar, pragmáticamente, toda una serie de comportamientos, de energía aplicada, en los tiempos y en los espacios sociales, culturales, estéticos, cognitivos (Guattari y Rolnik, 1986:323).

Busquemos, pues, profundizar la concepción de territorio desde este punto de vista. Como ya lo indicamos, la territorialidad es una característica central de los agenciamientos. Deleuze y Guattari afirman que:

Todo agenciamiento es, en primer lugar, territorial. La primera regla concreta de los agenciamientos es descubrir la territorialidad que involucran, ya que siempre hay alguna: dentro de su tacho de basura o sobre un banco, los personajes de Beckett crean para sí un territorio. Descubrir los agenciamientos territoriales de alguien, hombre o animal: “mi casa”. […] El territorio crea el agenciamiento. El territorio excede al mismo tiempo al organismo y al medio, y la relación entre ambos; por ello, el agenciamiento va también más allá del simple “comportamiento”… (1997:218).

Es, pues, necesario entender de forma más clara esta imbricación territorial-agenciamiento. Para situar los procesos de territorialización y desterritorialización en el interior de los agenciamientos, reformulamos la síntesis propuesta por Patton (2000:44) y, con base en la Conclusión de *Mil mesetas*, construimos el siguiente esquema:

### CUADRO 3.1. LOS AGENCIAMIENTOS Y SUS “EJES”

<table>
<thead>
<tr>
<th>Eje 1 — <em>Territorialidad</em></th>
<th>Contenido — componentes no discursivos</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>(campos de interioridad)</td>
<td>sistema pragmático (acciones y pasiones)</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>componentes discursivos</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>sistema semiótico (régimen de signos)</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>agenciamientos maquinosos de cuerpos</td>
</tr>
</tbody>
</table>

<table>
<thead>
<tr>
<th>Eje 2 — <em>Desterritorialización</em></th>
<th>Sustancia — componentes de enunciación</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>(líneas de fuga)</td>
<td>sistema enunciador (régimen de signos)</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>agenciamientos colectivos de enunciación</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Los agenciamientos, de esta manera, se moldean en los movimientos concomitantes de territorialización y desterritorialización. Todo agenciamiento es territorial y se articula de modo doble en torno a un contenido y una expresión, recíprocamente presupuestos y sin jerarquía entre sí. Un territorio, por lo tanto, puede ser visto como el producto “agenciado” de un determinado movimiento en el que predominan los “campos de interioridad” sobre las “líneas de fuga” o, en otras palabras, un movimiento más centrípeto que centrífugo.

Los agenciamientos exceden los límites del espacio geográfico. Por tal motivo, el concepto de territorio de los autores es en extremo amplio, pues como todo puede ser agenciado, todo puede ser también desterritorializado y reterritorializado. La construcción del territorio, o sea, el proceso de territorialización, se relaciona, por lo tanto, con el movimiento que gobierna los agenciamientos y con sus dos componentes: los agenciamientos colectivos de enunciación y los agenciamientos maquinosos de cuerpos (o de deseo).

Los agenciamientos maquinosos de cuerpos son las máquinas sociales, las relaciones entre los cuerpos humanos, animales, cósmicos. Los agenciamientos maquinosos de cuerpos tienen que ver con un estado de mezcla y relaciones entre los cuerpos en una sociedad:

Un régimen alimentario, un régimen sexual regulan, ante todo, mezclas de cuerpos obligatorias, necesarias o permitidas. Incluso la tecnología se equivoca al considerar las herramientas por sí mismas: éstas sólo existen en relación con las mezclas que hacen posibles o que las hacen posibles (Deleuze y Guattari, 1995b:31).
Aquí es importante recordar que, al igual que en la no dicotomización geográfica entre naturaleza y sociedad, no es posible concebir el cuerpo social fuera del de la naturaleza, ya que se trata de un solo cuerpo de multiplicidades. Tal vez por eso los autores comienzan la discusión sobre el territorio a partir de la propia naturaleza, del mundo animal. Esta discusión nos remite a la noción de híbridos de Bruno Latour (1991), y tal como en la perspectiva de este autor, ofrece pistas para pensar la "proliferación de híbridos" sociedad-naturaleza que los modernos produjeron, pero que, en vez de pensarlos en su híbridismo, siguieron siendo interpretados a través de los binarismos y de las lógicas identitarias.

¿Cómo va a relacionarse el cuerpo sociotécnico con los flujos de la naturaleza? En las sociedades tradicionales, por ejemplo, esta relación se daba sin una exterioridad o dicotomía entre cuerpos. Otro ejemplo citado por los autores y que nos ayuda a pensar este agenciamiento es el agenciamiento feudal. "Se considerarán las mezclas de cuerpos que definen la feudalidad: el cuerpo de la tierra y el cuerpo social, los cuerpos del suzerano [sic], del vasallo y del siervo, el cuerpo del caballero y del caballo [...] es todo un agenciamiento maquínico" (Deleuze y Guattari, 1995b:30).

Los agenciamientos colectivos de enunciación, por otro lado, remiten a los enunciados, a un "régimen de signos, a una máquina de expresión cuyas variables determinan el uso de los elementos de la lengua" (1995b:32). Los agenciamientos colectivos de enunciación no se relacionan con un sujeto, su producción no puede hacerse efectiva en el propio socius, ya que tienen nexos con un régimen de signos compartidos, con el lenguaje, con un estado de palabras y símbolos.

En este momento es necesario prestar atención y cuidado. No podemos reducir el estado de cuerpos a los anunciados colectivos. Deleuze y Guattari dejan muy claro que los agenciamientos maquísicos de cuerpos (contenido) tienen una forma, así como los agenciamientos colectivos de enunciación (expresión) también asumen una forma; no podemos, pues, decir que los agenciamientos colectivos son la expresión de los agenciamientos maquísicos de cuerpos. No existe esta relación de reducir uno al otro, o un vínculo dicotómico entre "régimen de signos" y "estatuto de estados de cosas".  

18 "las formas, tanto de contenido como de expresión, son inseparables de un movimiento de desterritorialización que las arrasta. Expresión y contenido, cada uno de ellos está más o menos desterritorializado, relativamente desterritorializado según tal estado de su forma. A este respecto, no se puede plantear una primacía de la expresión sobre el contenido, o a la inversa. Puede suceder que las componentes semióticas estén más desterritorializadas que las componentes materiales, pero también puede suceder lo inverso. Por ejemplo, un complejo matemático de signos puede estar más desterritorializado que un conjunto de particulas; y a la inversa, las particulas pueden tener efectos experimentales que desterritorializan el sistema semiótico" (Deleuze y Guattari, 1995a:28).

19 Como éste no es el objetivo de nuestro trabajo, sugerimos al lector buscar la discusión en la obra Mí mesetas, vol. 2, capítulo 4 ("Postulados de la lingüística"), donde los autores dejan muy claro que no podemos reducir o jerarquizar los agenciamientos, sino tratar de hallar su relación recíproca. También se debe observar con atención la muy amplia concepción propuesta para términos fundamentales como "cuerpos" y "actos" (a este respecto, véase sobre todo la referencia a los estoicos en la p. 26).
Podemos afirmar, para ampliar el razonamiento de los autores, que el territorio, por formar parte de un agenciamiento y estar, a su vez, compuesto por agenciamientos maquínicos de cuerpos y agenciamientos colectivos de enunciación, de igual modo carga consigo el proceso, la dinámica fundamental de des-reterritorialización. Este punto es fundamental en la obra de los autores: los territorios siempre contienen dentro de sí agentes de desterritorialización y de reterritorialización. Más que una cosa u objeto, el territorio es un acto, una acción, una relación, un movimiento (de territorialización y desterritorialización), un ritmo, un movimiento que se repite y sobre el cual se ejerce un control.

3.4. DESSERTERRITORIALIZACIÓN Y RETERRITORIALIZACIÓN: LA CREACIÓN Y LA DESTRUCCIÓN DE TERRITORIOS

El territorio puede desterritorializarse, o sea, abrir, entrar en líneas de fuga e incluso salir de su curso y destruirse. La especie humana está viviendo un inmenso movimiento de desterritorialización, en el sentido de que sus territorios “originales” se deshacen ininterrumpidamente con la división social del trabajo, con la acción de los dioses universales que superan los marcos de la tribu y la etnia, con los sistemas maquínicos que la llevan a través, cada vez más rápidamente, las estratificaciónes materiales y mentales (Guattari y Rolnik, 1986:323).

Para simplificar, es posible afirmar que la desterritorialización es el movimiento por el cual se abandona el territorio, “es la operación de la línea de fuga”, y la reterritorialización consiste en el movimiento de construcción del territorio (Deleuze y Guattari, 1997b:224); en el primer movimiento, los agenciamientos se desterritorializan y en el segundo se reterritorializan como nuevos agenciamientos maquínicos de cuerpos y colectivos de enunciación.

El movimiento concomitante e indisociable entre desterritorialización y reterritorialización se halla expresado en el “primer teorema” de la desterritorialización o “proposición maquínica”:

Jamás nos desterritorializamos solos, sino como mínimo con dos términos: mano-objeto de uso, boca-senso, rostro-paisaje. Y cada uno de los dos términos se reterritorializa sobre el otro. De manera que no se debe confundir la reterri-

torialización con el retorno a una territorialidad primitiva o más antigua: ésta implica necesariamente un conjunto de artificios por los cuales un elemento, él mismo desterritorializado, sirve de territorialidad nueva al otro que también perdió la suya. De allí todo un sistema de reterritorializaciones horizontales y complementarias, entre la mano y la herramienta, la boca y el seno (1996:41).

Deleuze aclara mejor estos procesos cuando afirma:

Cuando nos dicen que el humanoide sacó sus patas delanteras de la tierra y que la mano es ante todo locomotora, por lo tanto prensil, éstos son los umbrales o los quanta de desterritorialización, pero cada vez con una reterritorialización complementaria: la mano locomotora como pata desterritorializada es reterritorializada en las sales que nos pide para pasar de un árbol a otro; la mano prensil como locomoción desterritorializada es reterritorializada en los elementos tomados prestados, desviados, llamados utensilios, que ella blande o propulsa. Pero el propio utensilio “vara” es una rama desterritorializada; y los grandes inventos humanos implican un pasaje a la estepa como bosque desterritorializado; al mismo tiempo el hombre es reterritorializado en la estepa (Deleuze y Parnet, 1987:134).

Otra característica importante de la desterritorialización aparece en el segundo teorema, al cuestionarse la relación que normalmente se establece entre desterritorialización y velocidad:

De dos elementos o movimientos de desterritorialización, el más rápido no es forzosamente el más intenso o el más desterritorializado. La intensidad de la desterritorialización no se debe confundir con la velocidad de movimiento o de desarrollo. De manera que el más rápido conecta su intensidad con la velocidad del más lento, la cual, en tanto intensidad, no lo sucede, sino que trabaja simultáneamente sobre otro estrato o sobre otro plano (1996:41).

Como sabemos, a través de ejemplos geográficos muy concretos, no es simplemente la velocidad del movimiento lo que provoca o intensifica la desterritorialización. Se puede admitir, incluso, no sólo una desterritorialización en la inmovilidad sino también una territorialización en la movilidad, como lo desarrollaremos con más detalle en el capítulo 6. Es interesante recordar que incluso la figura “desterritorializada” por excelencia, el nómada, tan celebrada por Deleuze y Guattari, esta misma, en sus trayectorias habituales, posee un territorio.29

29 Según Antonioli (1999), lo que diferencia al nómada del sedentario no es el hecho de no tener un territorio, sino de que éste no es cerrado, se construye sobre “un
En el tercer teorema, Deleuze y Guattari relacionan las intensidades dentro del proceso de des-reterritorialización y proponen distinguir dos tipos de desterritorialización: la relativa y la absoluta.

Se puede incluso concluir [...] que el menos desterritorializado se reterritorializa sobre el más desterritorializado. Surge aquí un segundo sistema de reterritorializaciones, vertical, de abajo hacia arriba. [...] Como regla general, las desterritorializaciones relativas (transcodificación) se reterritorializan sobre una desterritorialización absoluta (1996:41, cursivas de los autores).

La desterritorialización relativa se relaciona con el propio socius. Esta desterritorialización es el abandono de territorios creados en las sociedades y su concomitante reterritorialización. La desterritorialización absoluta remite al propio pensamiento, a la virtualidad del devenir y de lo imprevisible. Sin embargo, como veremos más adelante, los dos procesos se relacionan, uno sobrepasa al otro. Además, debemos destacar de nuevo que para los dos movimientos existen también movimientos de reterritorialización.

Según Patton (2000), la distinción hecha por Deleuze y Guattari entre la desterritorialización absoluta y la relativa se relaciona con la doble dimensión de los eventos, o “entre los eventos realizados en cuerpos y estados y el puro evento, que nunca se agota en tales realizaciones”. Así, la desterritorialización absoluta sería como “una reserva de libertad o movimiento, en la realidad o en la tierra, que es activada allí donde la desterritorialización relativa tenga lugar” (p. 136).

Primeramente, abordemos de manera más suculenta la desterritorialización absoluta, ya que, como se observará, la desterritorialización relativa es la que adquiere una mayor vinculación con las preocupaciones del geógrafo. Es importante comenzar por aclarar aquello que los autores entienden por “absoluto”. Según ellos, “lo absoluto no representa nada transcendente o indiferenciado, ni siquiera representa una cantidad que superaría cualquier otra cantidad (relativa). Expresa tan sólo un tipo de movimiento que se distingue cualitativamente del movimiento relativo” (1997b:225-226). El término absoluto es, pues, un atributo que va a diferenciar la naturaleza de este tipo de desterritorialización; no marca la superioridad o la dependencia de la desterritorialización relativa con respecto a la absoluta; por el contrario, como ya lo afirmamos y lo retomaremos más adelante, ambos movimientos se sobrepasan uno al otro.

La desterritorialización absoluta se refiere al pensamiento, a la creación. Para Deleuze y Guattari, el pensamiento se construye en el proceso de desterritorialización. Pensar es desterritorializar. Ello quiere decir que el pensamiento sólo es posible en la creación, y para crear algo nuevo es necesario romper con el territorio existente, creando otro. De esta forma, así como los agenciamientos funcionaban como elementos constitutivos del territorio, también van a producir una desterritorialización. Se requieren nuevos agenciamientos, nuevos encuentros, nuevas funciones, nuevos acuerdos. Sin embargo, la desterritorialización del pensamiento, así como la desterritorialización en sentido amplio, siempre está acompañada por una reterritorialización: “la desterritorialización absoluta no existe sin reterritorialización” (1992:131). Esta reterritorialización es la obra creada, el nuevo concepto, la canción terminada, el cuadro finalizado.

Deleuze y Guattari afirman que “pensar no es un hilo tensado entre un sujeto y un objeto, ni una revolución de uno alrededor de otro. Pensar se hace más bien en la relación entre el territorio y la tierra” (1992:113). Ellos quieren pensar los encuentros, los agenciamientos que se producen entre los flujos y las intensidades de deseo del socius y de qué forma éstos se inscriben en la propia tierra. Además, sostienen, para que el pensamiento exista es necesario un suelo, un medio, la propia tierra.

En última instancia, la tierra es la gran desterritorializada, ya que “pertenece al cosmos” (1997b:225), por donde los flujos y las intensidades van a recorrer y fijarse:

Los cuerpos y el ambiente son atravesados por velocidades muy diferentes de desterritorialización, por velocidades diferenciadas, cuyas complementariedades forman continuos de intensidad, pero también dan origen a procesos de reterritorialización. En última instancia, la propia Tierra es la desterritorializada (“el desierto crece...”), y es el nómada, el hombre de la tierra, el hombre de la desterritorialización, aunque él sea también lo que no se mueve, lo que permanece vinculado al ambiente, desierto o estepa (Deleuze y Parnet, 1987:134).

No podemos, por lo tanto, olvidarnos del primer teorema de la desterritorialización: nunca nos desterritorializamos solos sino por
lo menos de a dos y, principalmente, toda desterritorialización está acompañada de una reterritorialización. ¿Dónde ocurre la reterritorialización de la tierra? Esta reterritorialización se da de dos formas: en la construcción de territorios sociales (referentes al proceso de desterritorialización relativa) y en el plano de la inmanencia de un pensamiento. Según los autores, “la desterritorialización es absoluta cuando la tierra entra en el plano puro de la inmanencia de un pensamiento-Ser, de un pensamiento-naturaleza con movimientos diagramáticos infinitos” (1992:117).

A través de la Conclusión de Mil mesetas, en la que los autores sintetizan algunos de sus conceptos básicos, se puede percibir la complejidad de las dinámicas de desterritorialización absoluta. Además de la distinción entre las desterritorializaciones relativa y absoluta, aparece la diferenciación entre un sentido negativo y uno positivo de la desterritorialización. De esta manera, la desterritorialización relativa es negativa cuando se encuentra “recubierta por una reterritorialización que lo compense”, y positiva cuando “se apoya a través de las reterritorializaciones, que sólo juegan un papel secundario”. En verdad, la desterritorialización relativa es “de hecho” la negativa, ya que nunca corresponderá a una “línea de fuga” en sentido propio por los autores.

La desterritorialización absoluta se relaciona con la relativa en un sentido positivo, “cada vez que ésta efectúa la creación de una nueva tierra, o sea, cada vez que conecta las líneas de fuga, las conduce a la potencia de una línea vital abstracta o traza un plan de consistencia” (Deleuze y Guattari, 1997b[1980]:226). Pero la desterritorialización absoluta puede adquirir también un sentido positivo o uno negativo. La desterritorialización absoluta negativa es un “absoluto limitativo”, cuando “las líneas de fuga no están apenas bloqueadas o segmentadas, sino que se convierten en líneas de destrucción y de muerte” (1997b:226). La desterritorialización, tanto la relativa, en términos de las líneas flexibles pero también segmentarizadas (moleculares) que comporta, como la absoluta, en sus líneas de fuga que cruzan umbrales rumbo a la creación de realidades efectivamente nuevas, constituyen de esta forma lo negativo y lo positivo:

no sólo podemos descubrir en una línea flexible los mismos peligros que en la rígida, sólo que miniaturizados, dispersos o en especial molecularizados: pequeñas comunidades edificias remplazaron a la familia Edipo, relaciones móviles de

fuerza se apoderaron de los mecanismos de poder [...] y lo peor todavía puede venir: son las propias líneas flexibles que producen o encuentran sus propios peligros, un umbral cruzado demasiado rápido, una intensidad se vuelve peligrosa porque esto no podría ser soportable. Usted no tomó las precauciones suficientes. Éste es el fenómeno del “agujero negro”: una línea flexible cae en un agujero negro del cual será incapaz de salir (Deleuze y Parnet, 1987:138).

Deleuze cita como ejemplos de estos “agujeros negros” de la desterritorialización los microfascismos analizados por Félix Guattari, que surgen incluso fuera del papel organizador del Estado y, en el nivel psicológico, la esquizofrenia. Finalmente, otro peligro que él señala para la línea de fuga es el de caer en “líneas de abolición, de destrucción, de los otros y de sí mismo” (p. 140).

Deleuze y Guattari muestran la intrincada interrelación entre todos estos diferentes tipos de desterritorialización, en la que cada uno puede desembocar en el otro, bajo la forma de simples conjugaciones o bien, más enfáticamente, de conexiones. Creación y destrucción, sin embargo, son fundamentales para entender los sentidos positivo y negativo que pueden surgir de la desterritorialización absoluta.

3.5. LA DESTERRITORIALIZACIÓN RELATIVA O LA DESTERRITORIALIZACIÓN DEL SOCUS

Destacamos la desterritorialización relativa por la importancia de los vínculos que permite tender con el abordaje geográfico. En verdad, merecería un tratamiento más detallado, pero como se relaciona con el decursus de este trabajo, los sucesos comentaes que siguen son suficientes para los propósitos de este capítulo. Tomaremos como base el libro El anti-Edipo, en el que Deleuze y Guattari desarrollan una verdadera geo-historia de la desterritorialización, desde las sociedades tradicionales hasta la sociedad capitalista.

Deleuze y Guattari (s/d) ponen el énfasis en el proceso de desterritorialización porque es así como entienden la creación del Estado y la dinámica del capitalismo. Afirman que el Estado y el capital operan por desterritorialización y sobrecodificación. Pero mientras el

... pasajes de sobrecodificación se asocia a la de código, que “se emplea en una acepción muy amplia: puede estar relacionado tanto con los sistemas semióticos como...
Estado y las sociedades capitalistas se constituyen por el proceso de desterritorialización, las sociedades precapitalistas son en efecto territórias porque su relación con la tierra es totalmente distinta.

Se identifican tres grandes tipos de "máquinas sociales": la máquina territorial primitiva, la máquina despótica y la máquina capitalista. Aunque no se las vea de modos excluyentes ni sucesivos (como en la sucesión de modos de producción en el sentido marxista más tradicional), cada una de ellas es la dominante en determinado tipo de sociedad.

Al recorrer la construcción de su razonamiento, podemos decir que los autores comienzan por remitirse a la "unidad primitiva, salvaje, del deseo y de la producción", que es la tierra. Ésta se constituye no sólo en el "objeto múltiple y dividido del trabajo sino también [en] la entidad única indivisible, el cuerpo pleno que se rebate sobre las fuerzas productivas y se apropia de ellas como si fuese su presupuesto natural o divino" (Deleuze y Guattari, s/d:144). Esta "máquina territorial", afirman, es "la primera forma de socius, la máquina de inscripción primitiva, 'megamáquina' que cubre un campo social" (p. 144). Su funcionamiento "consiste en declinar alianza y filiación, declinar los lineajes sobre el cuerpo de la tierra, antes de que haya un Estado" (s/d:150).

Es interesante observar que Deleuze y Guattari califican las territorialidades precapitalistas como dotadas de cierta flexibilidad, lo que forma parte, podríamos decir, de su discurso muchas veces condescendiente con el socius premoderno:

los segmentos sociales tienen en este caso cierta flexibilidad, de acuerdo con las tareas y las situaciones, entre los dos polos extremos de fusión y escisión; una gran comunicabilidad entre heterógeenos, de modo que el amoldamiento de un segmento con el otro se puede hacer de múltiples maneras; una construcción local que impide poder determinar de antemano un dominio de base (económico, político, jurídico, artístico) (1996:84-85).

Esa flexibilidad es un atributo de dichas sociedades debido a que no existe un aparato de poder trascendente que delimite en forma rígida y despótica la organización social. Mientras los autores les atribuyen flexibilidad a las sociedades precapitalistas, afirman que las sociedades capitalistas modernas poseen una segmentariedad dura, en que la organización social está sobrecodificada por un aparato despótico y trascendente del poder, una máquina despótica que desterritorializa y disciplina los cuerpos (como en la sociedad disciplinaria de Foucault [1984]).

Las territorialidades precapitalistas crean otras relaciones con la tierra. Los agraciavimientos maquinos de cuerpos y los agregamientos colectivos de enunciación están fijados en la tierra. No hay una exterioridad, una separación entre los cuerpos sociales, técnicos, políticos, artísticos y los cuerpos de la naturaleza. Lo que ocurre es que la máquina primitiva subdivide a la población, pero lo hace en una tierra invisible donde se inscriben las relaciones conectivas, disyuntivas y conjuntivas de cada segmento con los otros (por ejemplo, la coexistencia o la complementariedad del jefe del segmento con el protector de la tierra) (s/d:150).

Se trata, por lo tanto, de dos relaciones muy distintas con la tierra: mientras en las comunidades tradicionales la tierra-divinidad era casi un "comienzo y un fin" en sí misma, integrando un corpus con el hombre, en las sociedades estatales la tierra se transforma gradualmente en un simple mediador de las relaciones sociales, en que frecuencia el "fin" último, como en la lectura hegeliana, será tarea del Estado.

Esto significa que el Estado y el capital impusieron un intenso proceso de desterritorialización de las sociedades precapitalistas. En lo que se refiere al capitalismo, los autores afirman:

en El capital, Marx muestra el encuentro de dos elementos "principales": por un lado, el trabajador desterritorializado, transformado en trabajador libre y desprotegido, que tiene que vender su fuerza de trabajo; por el otro, el dinero decodificado, transformado en capital y capaz de comprarlo. Estos dos flujos, de productores y de dinero, implican varios procesos de decodificación y de territorialización con orígenes muy diferentes. Para el trabajador libre: desterritorialización del suelto por privatización; decodificación de los instrumentos de producción por apropiación; privación de los medios de consumo por disolución de la familia y de la corporación; finalmente, decodificación del trabajador en provecho del propio trabajo o de la máquina. Para el capital: desterritorialización de la riqueza por abstracción monetaria; decodificación de los flujos de producción por el capital mercantil; decodificación de
los estados por el capital financiero y por las deudas públicas; decodificación de los medios de producción por la formación del capital industrial, etcétera (s/d:233-234).

Se percibe aquí el poder desterritorializador del capital, ya sea en un sentido extremadamente negativo –para el trabajador “libre y desprotegido” reducido a la fuerza física para la producción–, o en un sentido positivo –para los capitalistas, que de esta forma encuentran los mecanismos abstractos que agilizan la acumulación.

Al contrario de la mayoría de las interpretaciones, que conciben el Estado como una especie de “fundador” de la territorialización, por lo menos en su sentido moderno, para Deleuze y Guattari el surgimiento del Estado representa el primer gran movimiento desterritorializador. Se trata de una perspectiva interesante, dado que la geografía y la ciencia política siempre trabajaron con la idea del Estado territorializador, vinculado al control político, jurídico, administrativo y militar, y articulado a través de un territorio determinado. Esta idea parece demostrar una ambigüedad de la noción de territorialidad. La ambigüedad desaparece si entendemos que, para Deleuze y Guattari,

cuando la división se refiere a la propia tierra adecuada a una organización administrativa, agraria y residencial, no podemos ver en ello una promoción de la territorialidad sino, por el contrario, el efecto del primer gran movimiento de desterritorialización en las comunidades primitivas. La unidad inmanente de la tierra como motor inmune se ve sustituida por una unidad trascendente de naturaleza muy diferente que es la unidad del Estado: el cuerpo pleno no es el de la tierra, sino el del Déspota, el Inengendrado, que se ocupa tanto de la fertilidad del suelo como de la lluvia del cielo y de la apropiación general de las fuerzas productivas (s/d:150).

La territorialidad del Estado se concreta en este proceso de desterritorialización (dentro de la proposición del primer teorema). El Estado se reterritorializa en el proceso de sobrecodificación, o sea, construye nuevos agenciamientos, sobrecodifica los agenciamientos territoriales que conformaban las sociedades precapitalistas, configurando nuevos agenciamientos maquínico de cuerpos y agenciamientos colectivos de enunciación.

Luego de exponer estas organizaciones sociales distintas, en que los procesos de desterritorialización y reterritorialización poseen naturalezas y agenciamientos diferentes, podemos detenernos en ejemplos más concretos de desterritorialización y reterritorialización en las sociedades capitalistas contemporáneas. Como ya señalamos, Deleuze y Guattari afirman que la desterritorialización relativa tiene que ver con el propio socio. Esto quiere decir que la vida es un constante movimiento de desterritorialización y reterritorialización, o sea, siempre estamos pasando de un territorio a otro, abandonando territorios, fundando nuevos. Lo que varía es su escala espacial y su temporalidad.

En el cotidiano, la dinámica más común es que pasemos constantemente de un territorio a otro. Se trata de una des-reterritorialización cotidiana, en la cual se abandona, pero no se destruye, el territorio abandonado. Por ejemplo, el obrero de una fábrica de automóviles, en el transcurso del día, atraviesa básicamente dos territorios: el familiar y el del trabajo. En cada uno de estos existen agenciamientos maquínico de cuerpos y agenciamientos colectivos de enunciación muy diferentes. En la familia los cuerpos están dispuestos en las figuras del padre, de la madre y del hijo. Un triángulo jerárquico, inmerso en la castración, el Edipo y las copias: el hijo es calcado y remitido al padre; observado y calcado en la cama y en los brazos de la madre; el régimen alimentario y el régimen sexual a los que nos hemos referido antes son agenciamientos que componen la familia: vergüenza del cuerpo, sexualidad oprimida, hora de cenar, todos juntos a la mesa. En la fábrica, los cuerpos son otros, los agenciamientos colectivos de enunciación son otros. Es un cuerpo técnico-científico, un aparato disciplinario, control del tiempo y el cuerpo, jerarquía de funciones; son enunciados diferentes: el color verde para aumentar la producción, la sirena que avisa la hora de dejar de trabajar.

Otro ejemplo muy interesante es el del peón-golondrina que vive en los suburbios de las ciudades: este trabajador se encuentra en constante proceso de desterritorialización y reterritorialización. Hasta la llegada de la época de la cosecha, vive en los suburbios y está inmerso en un conjunto gigante de agenciamientos maquínico de cuerpos y colectivos de enunciación, totalmente diferentes de los agenciamientos que experimentaría como trabajador rural asalariado. Como morador urbano, posee una determinada dinámica en su territorialidad. En el suburbio, puede construir una serie de territorios y transitar en cada uno de éstos a lo largo del día, como el obrero de la fábrica. Es evidente que sus territorios serán otros, pero la dinámica del paso por varios de ellos es semejante.
Existe su territorio de morador, donde conoce los códigos territoriales y las relaciones de poder que hay en su “comunidad”. Existe el territorio del trabajo, mucho más difícil de delimitar que el del obrero fabril. Un día es albañil; otro día, portero, guardia de seguridad, etcétera. Cuando llega la época de la cosecha, él se desterritorializa, abre los agenciamientos y se reterritorializa en el trabajo agrícola. Cuando termina la cosecha, se desterritorializa, abre los agenciamientos de la vida urbana.

En este momento, debemos promover el encuentro entre desterritorialización absoluta y desterritorialización relativa. Anteriormente, habíamos afirmado que ambas se sobrepasaban una a la otra y que el pensamiento precisa de un medio: la propia tierra. “Lo que queda es que la desterritorialización absoluta sólo puede ser pensada según ciertas relaciones, por determinar, con las desterritorializaciones relativas, no solamente cósmicas, sino geográficas, históricas y psicosociales” (1992:117). Para que exista pensamiento, es necesario un encuentro. El mayor ejemplo citado por los autores es el de la filosofía. Deleuze y Guattari argumentan que,

...para que la filosofía naciera, fue necesario un encuentro entre el medio griego y el plano de inmanencia del pensamiento. Fue necesaria la conjunción de dos movimientos de desterritorialización muy diferentes, el relativo y el absoluto, el primero de ellos ya operando en la inmanencia. Fue necesario que la desterritorialización absoluta del plano del pensamiento se amoldara o se conectara directamente con la desterritorialización de la sociedad griega (1992:122).

Este pensamiento trabaja buscando identificar los encuentros. Es fundamental identificar allí lo que fue necesario que se encontrara, se conectara, se rompiera, para que el pensamiento y el socio se constituyeran como tales: en síntesis, qué territorios se requirió destruir y cuáles otros construir para que esa realidad emergiera.

Deleuze y Guattari afirman que la filosofía “es una geofilosofía exactamente como la historia es una geohistoria, desde el punto de vista de Braudel” (1992:125). Estas afirmaciones son fruto de un pensamiento que se produce a partir de los encuentros, de los agenciamientos maquinicos de cuerpos y colectivos de enunciación, de la construcción del plano de inmanencia del pensamiento, que a su vez también está poblado por conceptos.

De esta manera, los autores nos ayudan a construir tanto una geografía del socio, que nos interesa más directamente, como una geografía del pensamiento, en el entendido de que ambas se sobrepasan una a la otra, tal como la desterritorialización absoluta y la relativa. “Pero es en los campos sociales concretos, en los movimientos específicos”, resalta Deleuze, “donde los movimientos comparativos de desterritorialización, los continuums de intensidad y la combinación de flujos que forman, deben ser estudiados” (Deleuze y Parnet, 1987:155).

Por mayores que sean nuestras reservas en relación con algunos presupuestos filosóficos (y sus repercusiones políticas) u en lo que respecta a nociones como la de la “desterritorialización absoluta” (porque geográficamente nunca es “absoluta”), este abordaje sin duda nos ayuda a demostrar la importancia de la geografía, dado que allí ésta se torna una condición para la propia historia y no una mera situación o disciplina “accesoria”.

Deleuze y Guattari afirman que la geografía no se contenta con brindar una materia y lugares variables para la forma histórica. No es sólo humana y física, sino mental, como el paisaje. La geografía arranca a la historia del culto a los orígenes, para afirmar la potencia de un “medio” (lo que la filosofía encuentra entre los griegos, decía Nietzsche, no es un origen sino un medio, un ambiente, una atmósfera ambiente: el filósofo deja de ser cometa...). La arranque de las estructuras, para trazar las líneas de fuga que pasan por el mundo griego, a través del Mediterráneo. En fin, arranca a la historia de sí misma para descubrir los devenires, que no son la historia incluso cuando recaen en ella (1992:125).

Así como la historia ha sido predominantemente “escrita desde el punto de vista de los sedentarios, y en nombre de un aparato unitario de Estado […] incluso cuando se hablaba de los nómadas” (1995:35), la geografía menospreció las dinámicas des-reterritorializadoras como centro de su análisis. Deleuze y Guattari, en la radicalidad de su pensamiento, en la riqueza (y ambivalencia) de sus metáforas-conceptos, son cuando menos una llamada de alerta ante este giro brusco y necesario. Aunque tengamos que retirar al “nomadismo” su carácter metafórico algo romántico y ahistórico (Kaplan, 2000; véase el capítulo 6), se trata de un indicador de la indudable centralidad que los estudios espaciales piden para los fenómenos de los desplazamientos y las desconexiones, en especial frente a nuestra nueva experiencia “posmoderna” del espacio-tiempo.
Para entender la desterritorialización, propusimos en un primer momento reflexionar sobre los abordajes conceptuales vinculados con su “raíz”, el territorio, en tanto que éste sólo se define, como lo destacan Deleuze y Guattari, en relación con la territorialización, su contraparte indisoluble. Concluimos con la percepción de que, aunque adoptemos una conceptuación genérica de territorio, ligada a la idea de “control" social del movimiento en el y por el espacio, en sentido lato, o sea, al mismo tiempo como dominio concreto y como apropiación simbólica, en los términos de Lefebvre (o en los sentidos funcional y expresivo, según Deleuze y Guattari), este tipo de control debe estar siempre contextualizado de modo histórico y geográfico, o sea, debe ser visto en su especificidad espacio-temporal. Trabajamos aquí con la idea de que lo que denominamos en la actualidad desterritorialización, mucho más que representar la extinción del territorio, se relaciona con una negación a reconocer o con una dificultad para definir el nuevo tipo de territorio que está surgiendo, más múltiple y discontinuo.

En concreto, es posible afirmar que la desterritorialización, como la “otra mitad” de la dinámica de territorialización, resulta una constatación banal, ya que siempre estuvo presente a lo largo de toda la historia humana. Sucedía que el empleo del término e incluso el debate sobre la transformación territorial, o del territorio relacionado con el movimiento de la sociedad, son relativamente recientes. Aunque algunos de los presupuestos para el debate tengan raíces muy antiguas, como lo hemos podido ver a través de la obra de Émile Durkheim en la transición del siglo XIX al XX, el discurso sobre la desterritorialización ganó relevancia sólo en las últimas décadas, en especial en la década de 1990, relacionado con aquello de que muchos denominaron el advenimiento de una “condición de la posmodernidad”, frente a la cual suele considerarse como fundadoras a las filosofías postestructuralistas como la de Deleuze y Guattari.

Situar de manera histórica la concepción de desterritorialización significa, pues, colocarla dentro de debates más amplios, especial-

CUADRO 4.1. LA MODERNIDAD/POSMODERNIDAD EN SUS MÚLTIPLES PERSPECTIVAS

<table>
<thead>
<tr>
<th>Crisis actual</th>
<th>Posición política</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Valor</td>
<td>Conservadora</td>
</tr>
<tr>
<td>Amplitud</td>
<td>Negativa</td>
</tr>
<tr>
<td>Total</td>
<td>A. Gellen</td>
</tr>
<tr>
<td>Parcial*</td>
<td>“Neoconservadora”</td>
</tr>
<tr>
<td>POS-MODERNOS</td>
<td>Maffesoli</td>
</tr>
<tr>
<td>Parcial*</td>
<td>M. Yudice</td>
</tr>
<tr>
<td>MODERNOS</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Total</td>
<td>Daniel Bell</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Fukuyama</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

* Cambios parciales, en una sola dimensión social, generalmente cultural.

Para muchos el posmodernismo, al romper con una época, inaugura una nueva sensibilidad, una nueva lectura y una nueva experiencia de mundo, directamente vinculadas a los novedosos paradigmas tecnológicos que desestabilizan las antiguas certezas y los antiguos lazos de la sociedad con el espacio. De esta forma, ocurriría un descentramiento del individuo en relación con las comunidades bien delimitadas, los contactos se efectuarían cada vez más a distancia, prescindiendo de la continuidad física. Este descentramiento e inestabilidad “des-localizada” son, para algunos, una marca esencial de la posmodernidad.

Sin embargo, para otros, que entienden la posmodernidad no a partir de la idea de ruptura (como lo hacen Lyotard, 1986[1979] y Vattimo, 1990), sino de la continuidad e incluso en el marco de una radicalización de las características de la modernidad (como Habermas, 1990 [1985] y Giddens, 1991), aquellos rasgos ya se venían gestando en la modernidad, era en la que, desde la Revolución industrial, “todo lo sólido” tiende a “desvanecerse en el aire”, como lo expresó Berman (1986) retomando la conocida expresión acuñada por Marx. Para Baudrillard, por ejemplo, el discurso posmoderno acenúa los rasgos fundamentales de la modernidad, que se define por el “movimiento más la incertidumbre”:

El movimiento se realiza en múltiples formas, vistas por muchas personas o bien como trampas o bien como máscaras del desorden. El vocabulario posmoderno se adapta a ese inventario especulador de la “deconstrucción” y de las simulaciones. Hace algunos años se viene formando progresivamente la lista de las desapariciones: del campo a la ciudad, de los grupos de relaciones entre individuos, de éstos a los espacios de la cultura y del poder, todo fue condenado a la extinción, a la realidad mínima. […] Las apariencias, las ilusiones y las imágenes, el “ruído” de la comunicación desvirtuada y efímera se transformaron poco a poco en los elementos constitutivos de una realidad que no es una, pero que se percibe y acepta bajo estos aspectos (Baudrillard, 1997:11).

Pero mientras la modernidad estaba políticamente marcada por el mito de la revolución, o por lo menos de la innovación permanente, del cambio, la posmodernidad estaría vinculada a la repetición (o “re-plicación”), a lo antihistórico, al presente continuo, en fin, a una “era del conformismo generalizado”, según el punto de vista severamente crítico de Cornelius Castoriadis (1990).

El proyecto de autonomía individual (el “individuo-sujeto”, producto central de la modernidad) y de secularización-inmanencia (que implica la no subordinación a un orden superior o [sobre]natural), asociado al sentido “desterritorializador” de la desacralización de la naturaleza y del mundo, nunca se realizó por completo. Aunque estas características se hayan difundido ampliamente y estén cargadas de esa perspectiva desterritorializadora, no hay duda de que, aun rompiendo con las territorializaciones tradicionales, de cuño comunitario, la modernidad funda su propia reterritorialización.

Para algunos autores, como Michel Maffesoli (2001 [1997]), el propio individuo puede ser el elemento central de dicha reterritorialización: “es posible […] que el individuo, sostenido por la ideología individualista, sea la ‘territorialización’ por excelencia de la modernidad” (p. 81), y que “desde una perspectiva universalista, queriendo ir más allá de los diversos ‘territorios’ comunitarios, la modernidad exacerbó el ‘territorio’ individual, estigmatizando el nomadismo (p. 89).

Si hay de hecho un distintivo de la modernidad en relación con la temática central de este trabajo, éste es de su constante des-reterritorialización, en un ritmo nunca antes percibido. Esto se asocia, más que nada, con su carácter inherentemente reflexivo (Beck, Giddens y Lash, 1997) y ambivalente.1

1 En las palabras de Kumar:

La modernidad en general es concebida como un concepto abierto. Implica la idea de continuación ininterrumpida de las cosas. Ello está implícito en su rechazo al pasado como fuente de inspiración o como ejemplo. La modernidad no es tan sólo fruto de la Revolución, en especial de la americana y de la francesa, pero es en sí, básicamente, revolucionaria, una revolución permanente de ideas e instituciones (Kumar, 1997:92).

1 Castoriadis (1990) define el periodo moderno como el de la lucha e imbricación mutua entre dos “significaciones imaginarias”: la autonomía, por un lado; la expansión ilimitada del ‘dominio racional’, por el otro. Hoy, con la crisis del proyecto de autonomía y de la oposición al capitalismo, la posmodernidad no sería sino una “época de conformismo generalizado”. A pesar de los muy diferentes grados de crítica al capitalismo, autores como Castoriadis, Habermas y Giddens comparten la misma idea de la ambivalencia de la modernidad, un “arma de doble filo” entre autonomía y heteronomía, razón instrumental y razón crítica. Para Giddens, la modernidad representa, por un lado, seguridad, oportunidad y confianza; por el otro, peligro y riesgo. Mientras para Habermas (1990[1985]) es un proyecto todavía inacabado, para Castoriadis (1990) se trata, intrínsecamente, de un proyecto que nunca terminará, en la medida que debe estar siempre dispuesto a reformular (en otras palabras, reflexionar sobre) sus principios y reevaluar sus presupuestos.
El carácter "revolucionario" de la modernidad, pero en su sentido desestructurante/desestabilizador de los espacios –en una palabra, desterritorializar–, también se reveló como ambiguo. Para Baudrillard (1989), la modernidad, "aunque esté articulada sobre las revoluciones, no es la revolución. Es, como dice Lefebvre, 'la sombra de la revolución frustrada, su parodia'". En tanto, según la visión de Octavio Paz, la revolución, mito moderno por excelencia, en su calidad de fundación unilateral de lo nuevo tiene un rostro distinto: a la vez que "rompe con el pasado y establece un régimen racional y justo, radicalmente diferente del antiguo", es vista como "un retorno al inicio", "al momento del origen, antes de la injusticia" o al instante en que, como dice Rousseau, "un hombre marcó los límites de un pedazo de tierra y dijo: 'esto es mío'" (Paz, 1989:8). En el fondo, un proceso único de des-reterritorialización.

A la vez que imagina destruir o transformar toda la territorialidad previamente existente, la "revolución" moderna elabora un territorio mítico fundado en orígenes comunitarios, "un momento del tiempo cíclico" que trata de rescatar una igualdad y una fraternidad eternas, como en el parásito de una visión teológica del mundo. Para Deleuze y Guattari (1991:97): "La revolución es la desterritorialización absoluta en el punto mismo en el que ésta apela a la tierra nueva, al pueblo nuevo".2

La creciente racionalización, de esta forma, vino acompañada por la creación de nuevos mitos, tanto el de la revolución como el del dominio técnico-racional del mundo. En la práctica, la estandarización y la mercantilización llegaron a un grado nunca visto, alcanzaron prácticamente todas las esferas de la vida y se radicalizaron en la posmodernidad por su ampliación inédita hacia las esferas estética y simbólica-cultural. De forma paralela a la creciente exclusión socioeconómica aliada a procesos como la "financiación" del capital (Chesnais, 1996), se produce una "inclusión simbólica", en que gran parte de esa masa de excluidos comparte los mismos anhelos, la misma ideología de la sociedad de consumo a la que en efecto sólo acceden las capas más privilegiadas.

Vinculado por muchos a la fuerza de las transformaciones tecnológicas, el sentido revolucionario de la modernidad aparece también asociado con los cambios de modelo tecnológico. Para Habermas

2 Sobre la concepción de desterritorialización absoluta (y relativa), véase el capítulo anterior.

(1983 [1968]), en el actual estadio de la sociedad capitalista (se refería a finales de la década de 1960), en que "ciencia y técnica se vuelven la principal fuerza productiva" (p. 330), "el desarrollo del sistema social parece estar determinado por la lógica del progreso técnico-científico" (p. 331). En éste, la conciencia tecnocrática, vulnerable a la reflexión, transformada "tan sólo en ideología", no sólo justifica el interés de dominación sino que elimina la necesidad de emancipación, afectando el propio interés emancipatorio humano como un todo (p. 335).

De esta manera, la desterritorialización, asociada al mito de la revolución y al dominio del universo científico-tecnológico inherente a la reproducción capitalista, sería una marca de la sociedad moderna y no simplemente un rasgo fundamental de la posmodernidad contemporánea. Como afirma Ortiz (1996), "la modernidad es tal vez la primera civilización que hace de la desterritorialización su principio. Es descentrada (lo que no quiere decir fragmentada, como pretenden algunos autores)" (p. 67).

Latouche (1994 [1989]) tal vez haya sido el autor que llevó más lejos la tesis de la modernidad desterritorializada. Para él, la configuración de una "sociedad-mundo" ocurrió, en primer lugar, gracias a un "mecanismo" (no exclusivamente económico) de intercambios cada vez más intensificados. "Como única 'sociedad' basada en el individuo, no tiene fronteras verdaderas. El proyecto civilizatorio de la modernidad no tiene sujeto propio, ni base territorial definida de manera estricta", y el móvil de este universalismo es "la competencia entre los individuos y la búsqueda de la performance" (p. 53). La desterritorialización sería de la misma "naturaleza y esencia" que la acumulación del capital, sin vinculación con una "patria". Exagera, incluso, al hablar de un "paradigma desterritorializado" (p. 46) producido por Occidente y con el cual éste se identificaría profundamente.

También Ortiz defiende el carácter desterritorializador de la modernidad a través de la figura del Estado-nación. Entiende la modernidad como "organización social a la cual le corresponde un estilo de vida, un modo de ser", en el que el mundo técnico-industrial desplaza las relaciones sociales "de los contextos sociales de interacción" y las reestructura "por medio de extensiones indefinidas de tiempo-espacio. Los hombres se desterritorializan, favoreciendo una organización

5Aunque minoritarios, hay autores que defienden la idea de una posmodernidad profundamente reterritorializadora, como en el neotribalismo de Michel Maffesoli (1987), comentado en el próximo capítulo.
racional de sus vidas", lo que se hace efectivo sólo porque el "sistema técnico" de la sociedad "permite un control del espacio y del tiempo" (p. 45).

Esta tesis, sin embargo, no está exenta de contraposiciones. Para Giddens (1991),
De cualquier manera, las sociedades modernas (estados-naciones) tienen, en ciertos aspectos, una clara limitación. Pero todas esas sociedades están también entrelazadas con conexiones que sobrepasan el sistema sociopolítico del Estado y el orden cultural de la "nación". Virtualmente, ninguna de las sociedades premodernas estaban tan claramente limitadas como los estados naciones modernos. Las civilizaciones agrarias tenían fronteras, en el sentido que los geógrafos le atribuyen al término, aunque las comunidades agrícolas menores y las sociedades de cazadores y recolectores normalmente se diluyen en grupos en torno a éstas y no fueran territoriales en el mismo sentido que las sociedades basadas en el Estado (Giddens, 1991:23).

En cierto sentido, por lo tanto, la sociedad moderna sería la más territorializada, una verdadera "sociedad territorial", o sea, con fronteras más definidas y un mismo patrón de ordenamiento territorial, el del Estado-nación, efectivamente universalizado, en contraposición a la multiplicidad y la flexibilidad territorial (a veces muy relativa) de las sociedades premodernas. Como veremos, esta crisis del dominio de la territorialidad universal y uniformizada es una de las marcas fundamentales de una desterritorialización "posmoderna" contemporánea.

No obstante, es necesario destacar que el Estado territorial tuvo desde su nacimiento un papel ambiguo: controlar y clasificar, a través del espacio, pero no simplemente para retener entre sus fronteras (cuyo carácter es sobre todo funcional-instrumental, o sea, están dotadas de una flexibilidad controlada). Se trata siempre de una concesión relativa debido a que el Estado fue un gestor fundamental del capitalismo, ha tenido en su poder los medios más eficaces de acción militar y ha constituido el vehículo principal para instrumentar (aunque de forma extremadamente parcial) los ideales universales de autonomía y ciudadanía. Dada la importancia de la "desterritorialización estatal" en el discurso de la posmodernidad, esta cuestión se retomará en el punto 5.2.

Por otro lado, es importante recordar que, a pesar de ser dominante, la lógica territorial estatal no es, obviamente, la única gran marca del carácter territorial de la sociedad moderna. Por ejemplo, en la concepción de la sociedad moderna en tanto sociedad disciplinaria, Foucault (1984) se remite a los "espacios disciplinarios", moldeados por la lógica de los micropoderes (no reductibles al poder jerarquizado a partir del Estado y de las clases dominantes), en la construcción del control y la vigilancia sociales.

En este caso, el control "territorial" tiene como objetivo principal el disciplinamiento de los cuerpos, procediendo para ello a una disposición ordenada en el tiempo y el espacio. Se trata de un principio de vigilancia, pautado en la figura arquitectónica del Panóptico de Jeremy Bentham (véase, al respecto, Silva [org.], 2000). En la actualidad, el paisaje de esa sociedad disciplinaria, ordenada en el nivel espacio-temporal, hacia una sociedad de control, organizada sobre todo en términos informacionales, puede ser otro argumento en favor de los discursos de la desterritorialización, como veremos en el capítulo 6.

"Modernidad radicalizada", "sociedad postindustrial", "sociedad de control"... Se sea cual fuere el término que utilicemos para caracterizar la época contemporánea, debemos enunciar los elementos del cambio. Compartimos, de este modo, la interpretación de la posmodernidad como una condición o lógica cultural vinculada de diversas formas a la "modernidad radicalizada" y, por su sesgo económico, al capitalismo posfordista o flexible, como lo han destacado autores como Jameson (1984) y Harvey (1989). No obstante, de ninguna manera se trata de un simple "resultado" de las condiciones materiales, en una perspectiva filosófica estrictamente materialista, ya que esta "lógica cultural" también es responsable de una serie de transformaciones en la sociedad.

Harvey, desde una posición materialista más pronunciada, hace una asociación muy nítida entre posmodernidad y capitalismo de acumulación flexible. Jameson confirma su tesis del posmodernismo como "la lógica cultural del capitalismo tardío", asociando las corrientes culturales del realismo, modernismo y posmodernismo con las tres etapas del capitalismo de Ernst Mandel: capitalismo mercantil, capitalismo monopólico o imperialista y capitalismo multinacional o "tardío", hasta aquí, su forma más pura, moldeado por la sociedad de consumo, denominada por algunos -de modo equivocado, según la visión del autor- "sociedad postindustrial".

De esta manera, para Jameson, "[...] lo que venimos llamando espacio posmoderno (o multinacional) no es meramente una ideología cultural o una fantasía, sino una realidad genuinamente histórica (y
socioeconómica), la tercera gran expansión original del capitalismo por el mundo” (p. 75). Según esta lógica económico-cultural posmoderna, habitamos más la sincronía que la diacronía –el espacio, ya no más el tiempo, se vuelve nuestra referencia fundamental; el presente (lo “nuevo”, lo moderno), ya no más el pasado (lo “antiguo”, la tradición). Dice el autor:

Piensó que es posible argumentar, al menos empíricamente, que nuestra vida cotidiana, nuestras experiencias psíquicas, nuestros lenguajes culturales, se encuentran hoy en día dominados por las categorías de espacio y no de tiempo, como se encontraban en el período anterior del alto modernismo (Jameson, 1996[1984]:43).

De este modo, el presente se cosifica, ante la ausencia de una relación coherente entre pasado, presente y futuro. Se trata de una “esquizofrenia” en la que se vive una serie de “puros presentes, no relacionados en el tiempo”, que rompe la cadena de significación en puros significantes materiales presentificados (Jameson, 1996:53). Harvey (1992[1989]) agrega que “el carácter inmediato de los acontecimientos, el sensacionalismo del espectáculo (político, científico, militar, así como de diversión) se vuelven la materia de la cual la conciencia ha sido formada” (p. 57).

De allí que el peso contemporáneo de los procesos de diferenciación en detrimento de los procesos de unificación. Descartada la idea de progreso y orden temporal, la historia es “robada” y reunida en pedazos aparentemente conexos, de lo cual el eclectismo de la arquitectura, en tanto lenguaje estético privilegiado de la posmodernidad, es uno de los ejemplos más contundentes. En ésta, “los reflejos distorsionados y fragmentados de una superficie de vidrio a otra pueden considerarse como paradigmas del papel central del proceso y de la reproducción en la cultura posmoderna” (Jameson, 1996:63). La propia planeación urbana no se concibe más como totalidad: la ciudad es abordada en sus múltiples fragmentos, en su “polifonía” puesta, en sus constantes procesos de diferenciación interna.

Por último, una cuestión central y muy problemática de este espacio fragmentado o, en otras palabras, “desplazado”, es su representación: el mundo globalizado se volvería irrepresentable (aunque no incensurable, resalta Jameson). Las transformaciones del “hiperespacio posmoderno” trascienden “definitivamente la capacidad del cuerpo humano individual de autolocalizarse, para organizar perceptivamente el espacio de sus inmediaciones, y para cartografiar cognitivamente su posición en un mundo exterior representable” (p. 97). La nueva máquina posmoderna “no representa el movimiento, pero puede solamente representarse en movimiento” (p. 100).

Vivimos en una “confusión espacial y social […]”. La forma política del posmodernismo, si hubiera una, tendrá como vocación la intervención y el diseño de mapas cognitivos globales, tanto en una escala social como espacial” (Jameson, 1996:121). De esta forma, la concepción de espacio desarrollada por el autor indica que “un modelo de cultura política apropiado a nuestra propia situación necesariamente tendrá que plantear los problemas del espacio como su cuestión organizativa fundamenta” (p. 76).

Esta crisis en las representaciones espaciales puede asociarse también, de alguna forma, a la desterritorialización. Pero, así como en nuestra crítica de la desterritorialización la consideramos más como “mito”, aquí podemos decir también que la “no representabilidad” del mundo es otro mito, en el sentido de que se trata ahora de darnos cuenta con qué nueva “cartografía” (o geografía) estamos trabajando, o mejor dicho, de qué nueva experiencia de espacio-tiempo hablamos.

Massey (1993a) parte de la idea del espacio como una “dimensión” (en ningún caso estática u opuesta al movimiento) dotada de los tres “moments” identificados por Lefebvre (espacios percibido o “llevado a la práctica”, concebido o representado y vivido a través de sus imágenes y símbolos) y de su relación indisoluble con la dimensión temporal, en que una (re)define a la otra. A partir de esta concepción, la autora advierte sobre la despolitización del discurso posmoderno, lo que incluye una crítica al sentido “irrepresentable” del espacio propuesto por Jameson. Mientras algunos autores, como Ernesto Laclau (1990), ven el espacio como estático, por lo tanto, una regularidad sin movimiento o “desplazamiento”, que impide así el surgimiento de lo nuevo o “la posibilidad de lo político”, Jameson hace recaer las dificultades de lo político en el aspecto opuesto, el “caos” o el “desplazamiento” espacial contemporáneo.

Para Massey, el espacio como “caos irrepresentable” de Jameson contradice un viejo tema de discusión de la geografía acerca de la dificultad de trabajar con la yuxtaposición de fenómenos en el espacio, en contraposición a la mayor facilidad que existiría si se tratara de yuxtaposiciones en el tiempo. Esto se debía, “en parte, a que en el
espacio se puede seguir en cualquier dirección y, en parte, a que en el espacio las cosas cercanas no necesariamente están conectadas" (Massey, 1993a:158). Pero el tiempo tampoco se reduce "a la seguridad confortadora de una historia que es posible contar". La coherencia y la lógica no son específicas de la temporalidad, a no ser aquella temporalidad que a Jameson le gustaría que se restaurara, el "tiempo/historia bajo la forma de Gran Narrativa" (p. 158).

El problema se refiere también a la concepción del tiempo como "coherencia secuencial", ya que lo histórico plantea de hecho problemas semejantes a los de la representación geográfica. De esta forma:

tanto para Laclau como para Jameson, tiempo y espacio son cierre/representabilidad causal, por un lado, e irrepresentabilidad por el otro. [...] Lo que los une y que considero debe ser cuestionado, es la real contraposición entre espacio y tiempo. Se trata de una contraposición que hace difícil pensar lo social en términos de las reales multiplicidades del espacio-tiempo (Massey, 1993a:158).

De allí la paradoja: en plena "era del espacio", tenemos también la era de la "desterritorialización", que en este caso significa, de forma más amplia, "desespacialización". Si seguimos con el razonamiento de Jameson y de otros autores, eso no se debe a que el espacio "desapareció" sino a que éste adquirió tal peso, que, visto de manera desproporcionada y dicotomizada, "suplantó al tiempo". Tiempo y espacio se habrían disociado tanto que lo que domina, en verdad, es un espacio deshistorizó, un espacio sin tiempo: "[...] vivimos la pura sinco-

nía", dice Jameson, un presente perpetuo: el "puro" espacio que, por no existir nunca como tal, si se le aisla del tiempo sencillamente desaparece. Dominados por el espacio sin tiempo -o, en la perspectiva inversa, por el tiempo sin espacio-, perdemos el "verdadero" espacio, que es el espacio densificado por la historia y abierto a las nuevas posibilidades del futuro.

4 Moreira (1993) utiliza la interesante metáfora del espacio como "el cuerpo del tiempo" para definir dicha indissociabilidad.
a cabo. La economía depende mucho de las condiciones físicas en las cuales se instala la producción y "la significación aparece como una cualidad de las cosas profundamente arraigada y encajada en el territorio de una determinada cultura" (Werlen, 2000:15).

En las segundas y, de manera más notoria, en las sociedades globalizadas de la modernidad tardía o radicalizada, se produce el fenómeno del "desanclaje", definido por Giddens como "el 'desplazamiento' [lifiting out] de las relaciones sociales de contextos locales de interacción y su reestructuración a través de extensiones indefinidas de espacio-tiempo" (1991:29). No obstante, debemos considerar esta disyunción espacio-tiempo de manera relativa, ya que, por ser indisolubles, espacio y tiempo, o mejor dicho el espacio-tiempo, en realidad están sufriendo una mutación, aparentemente representada en el momento actual por esta especie de "desanclaje". Tal como la desterritorialización, que es solamente una cara de la dinámica conjunta de retrerritorialización, el desanclaje espacio-temporal representa una de las caras del proceso de reanclaje, sobre nuevas bases históricogeográficas.

Uno de los rasgos fundamentales que caracterizan la modernidad radicalizada (según los términos de Giddens) es la base tecnológica, fundada por la informatización, que habría "desencajado" espacio y tiempo de tal forma que ya no podemos delimitar grupos sociales y culturales a partir de una base territorial bien definida. El contacto multi o transcalar, de lo local a lo global, complejizó mucho las relaciones sociales e hizo que las escalas tradicionalmente bien definidas y dominantes, como el del Estado-nación y la "región", se transformaran más en niveles de intermediación que en escalas centrales de referencia.

Según Giddens, habría hoy dos tipos de mecanismos de desanclaje. El primero es el de las "fichas simbólicas", medios de intercambio que circulan sin considerar ambientes de características específicas de grupos o conyunturas particulares, como el dinero y las tarjetas de crédito. El segundo es el de los "sistemas expertos" (o experts), en que un conjunto de conocimientos o técnicas permite usufructuar innumerables tecnologías y servicios por la simple confianza en el "conocimiento experto" de los experts que los conciben.

En ambos mecanismos, la confianza es el elemento fundamental, ya que nadie tiene un conocimiento efectivo de las técnicas o los sistemas de información frente a los cuales se ve colocado. Fichas simbólicas y sistemas expertos "son mecanismos de desanclaje" porque eliminan las relaciones sociales de las mediaciones de contexto. Ambos tipos de mecanismos de desanclaje presuponen, aunque también promueven, la separación entre tiempo y espacio como condición del distanciamiento tiempo-espacio que ellos efectúan. Un sistema experto desencaja de la misma manera que una ficha simbólica, brindando "garantías" de expectativas a través del tiempo-espacio distanciados (Giddens, 1991:136).

Según Giddens, esta problemática disociación, el "alargamiento" o distanciamiento tiempo-espacio, es esencial para el dinamismo de la modernidad por lo menos por tres motivos:

1) Es la principal condición de lo que Giddens denomina proceso de desanclaje: "La separación entre tiempo y espacio y su formación en dimensiones estandarizadas, 'vacías', penetran las conexiones entre la actividad social y sus 'anclajes' en las particularidades de los contextos de presencia" (Giddens, 1991:28).

2) Este distanciamiento proporciona la base de los mecanismos para la organización racionalizada, capaz de conectar lo local y lo global, algo que era impensable en las sociedades más tradicionales.

3) "la historicidad extrema asociada a la modernidad depende de formas de 'inserción' en el tiempo y en el espacio que no estaban disponibles para las civilizaciones precedentes" (p. 28). Se lleva a cabo una apropiación unitaria del pasado, y este pasado único, con el relevamiento planetario, se vuelve pasado mundial: "tiempo y espacio son recombinados para formar una estructura histórico-mundial genuina de acción y experiencia" (el tiempo-espacio mundial).

De este modo, se puede leer allí la desterritorialización como dinámica de "vaciamiento" del espacio en relación con el tiempo, o vice-
versa: ya no existe más, obligatoriamente, la necesidad de que el contexto, en su sentido tradicional de entorno inmediato o condiciones ambientales directas, sea el elemento principal para comprender las relaciones sociales (o socioespaciales); en realidad, lo que se modifica es la concepción misma de “contexto”. Cada vez más la dinámica social se lleva a cabo en relación con otros niveles espaciales, otros puntos de referencia, con frecuencia ajenos por completo a las circunstancias locales o de contacto cara a cara.

Todo ello significa, sin embargo, que no se trata exactamente ni de un “vaciamiento” ni de una separación, como supone el término “desanclaje”, sino de una especie de “alargamiento”, en los términos del propio Giddens, de interrelaciones más extensas por ser discontinuas, lo que permite asociar espacios muy distantes en una misma temporalidad. Se trata, en fin, de espacio-tiempos más múltiples, de combinaciones mucho más imprevisibles y espacialmente más fragmentadas.

Las relaciones que antes se hacían “aquí y ahora”, conjugadas en un mismo tiempo-espacio, pueden estar espacialmente disociadas, “desencajadas”, para “reencajarse” en otra configuración o escala espacial. Si es posible asociar “desanclaje” con desterritorialización, entonces el “reanclaje” sería la reterritorialización. Según Giddens:

El correlato del desplazamiento es el reanclaje [reembedding]. Los mecanismos de desanclaje quitan las relaciones sociales y los intercambios de información de contextos espacio-temporales específicos, pero a la vez propician nuevas oportunidades para su reinserción [...]. El mismísimo proceso que lleva a la destrucción de los barrios más antiguos de la ciudad y su remplazo por enormes edificios de oficinas y rascacielos permite frecuentemente el ennoblecimiento de otras zonas y la recreación de la localidad. [...] El propio significado del transporte que ayuda a disolver la conexión entre la localidad y el parentesco brinda la posibilidad para el reanclaje, volviendo fácil visitar parientes “cercanos” que están muy lejos (p. 142).

4.2. COMPRESIÓN TIEMPO-ESPACIO

Es interesante percibir que mientras Giddens habla de un distanciamiento o “alargamiento” espacio-temporal en relación con los contextos locales de interacción, Harvey (1989 [1998 en la edición en español]) alude a una “compresión tiempo-espacio” para referirse al encogimiento del espacio por el tiempo (o por la velocidad). Es como si tuviésemos dos perspectivas diferentes dentro de un mismo fenómeno –enfocado, por lo tanto, desde ángulos distintos: en el primer caso, lo local se “alarga” o se “desencaja” en dirección a lo global; en el segundo, lo global se estrecha o encoge, se comprime, acercándose al nivel local (lo que se hace visible en la ilustración que Harvey utiliza de un aviso publicitario en el que la Tierra va encogiéndose a lo largo del tiempo). Para Giddens, el foco inicial es lo local, las “relaciones de copresencia” que se vuelven relaciones sin rostro, “alargadas” o globalizadas; para Harvey, el foco primero es lo global, la compresión del tiempo-espacio a raíz de innovaciones tecnológicas crecientes que “encogen” el mundo, de modo que incluso en el nivel local éste puede ser reproducido, de alguna forma.

Harvey (1989) discute la compresión tiempo-espacio desde una perspectiva histórica, al mostrar cómo los nuevos sistemas de transporte y comunicación revolucionaron nuestras experiencias espacio-temporales a lo largo de la historia del capitalismo. Hace la primera referencia a este proceso al comentar las bases del posfordismo o capitalismo de acumulación flexible. Su flexibilidad estaría íntimamente asociada a un nuevo episodio de la compresión tiempo-espacio en el mundo capitalista:

se redujeron los horizontes de tiempo de la toma de decisiones tanto públicas como privadas, en tanto la comunicación satelital y la caída de los costos de transporte hicieron cada vez más posible expandir inmediatamente dichas decisiones sobre un espacio cada vez más amplio y diversificado (p. 147).

Así, al repetir de manera amplificada formas de “compresión” ya presentes en otros momentos del capitalismo (como a inicios del siglo XX en Viena, por ejemplo), la posmodernidad, en el sentido de que está acompañada por el cambio en el modelo de acumulación fordista por el posfordista, asistió a la aceleración de fenómenos como el ciclo productivo, la racionalización de las técnicas de distribución y, consecuentemente, el consumo, incluyendo el creciente consumo de servicios. Por ello, nuestra “condición posmoderna” sería un momento inédito de intensificación de la compresión tiempo-espacio:

Aunque las respuestas económicas, culturales y políticas puedan no ser exactamente nuevas, su ámbito –en aspectos importantes– difiere de las que se
dieron antes. La intensidad de la compresión del espacio-tiempo en el capitalismo occidental a partir de los años sesenta, con todos sus elementos congruentes de transitoriedad y fragmentación excesivas en el dominio político y privado, así como en el social, de hecho parece indicar un contexto específico que confiere a la condición de la posmodernidad el carácter de algo un tanto especial (Harvey, 1992:276).

El telón de fondo que Harvey emplea para interpretar la compresión espacio-tiempo es el materialismo histórico. De esta forma, tal como Jameson, Harvey argumenta que nuestra actual experiencia "posmoderna" de compresión espacio-tiempo, como parte de la histórica sucesión de otras "oleadas" de acumulación, en su afán de "aniquilar el espacio" y reducir el tiempo de rotación de los productos, permite entender la crisis cultural de representación del espacio y el tiempo:

Si hay una crisis de representación del espacio y del tiempo, deben crearse nuevas maneras de pensar y de sentir. Parte de todo trayecto para salir de la condición de la posmodernidad tiene que abarcar exactamente ese proceso (1992:288).

Existen, no obstante, algunas limitaciones teóricas que es necesario registrar. A veces, parece haber una disociación entre lo concreto y lo representado, que es justamente el presupuesto de una opción por el materialismo y, dentro de éste, por la base económica de la sociedad. Los "movimientos estéticos" de la posmodernidad, de modo invariable terminan siendo explicados, "en última instancia", por la crisis de acumulación capitalista bajo las condiciones del posfordismo y su momento perturbador de compresión tiempo-espacio.

Hay poco margen para lo múltiple, imprevisible o inexplicable en este entramado lógico-dialéctico en que las "respuestas" a la compresión están completamente desacreditadas, ya sea el deconstructivismo (al reducir "el conocimiento y el significado a un montón desordenado de significantes" [p. 315]), las acciones micropolíticas (capillismos "estrechos y sectarios") o las expresiones "frenéticas" que reflejan esa compresión tiempo-espacio, como los escritos de Baudrillard y Virilio ("ellos parecen estar diabólicamente inclinados a fundirse con la compresión del espacio-tiempo y a reproducirlo en su propia retórica extravagante" [p. 316]).

No se trata, obviamente, de criticar la perspectiva filosófica materialista tout court, sino de cuestionar el tipo de análisis que, al tomar el punto de partida a priori por el mundo material, termina muchas veces por disminuir o menospreciar el poder del campo "ideal" o, para Harvey, de las "representaciones". Además, al colocar lo material como "base" a priori, acaba por deslizarse a menudo hacia interpretaciones que dicotomizan las relaciones material-ideal, lo que suele generar consecuencias involutivas, como la separación "moderna" entre espacio y tiempo (de alguna forma inaugurada por Kant) y sus correlatos, como fijación y movimiento. La realidad social en la que construimos nuestros espacios (y territorios) no es ni "material" ni "ideal", "en última [o primera] instancia", o sea, defendemos una filosofía (así como una concepción de territorio) no materialista ni idealista, sino material e "ideales" al mismo tiempo. Empresa difícil, pero que conviene tratar de emprender. Como ya lo afirmaba Cornelius Castoriadis en relación con la dialéctica:

Una dialéctica "no espiritualista" también debe ser una dialéctica "no materialista" en el sentido de que se refusa a establecer un ser absoluto, sea tanto como espíritu como materia o como la totalidad, ya dada de pleno derecho, de todas las determinaciones posibles. Esta dialéctica debe eliminar el cierre y la totalización, rechazar el sistema completo del mundo. Debe distanciarse de la ilusión racionalista, aceptar con seriedad la idea de que existe lo infinito y lo indefinido, admitir, sin no obstante renunciar al trabajo, que toda determinación racional es tan esencial como lo que se analizó, que necesidad y contingencia están continuamente imbricadas una en la otra, que la naturalidad, fuera de nosotros y en nosotros, es siempre otra cosa y más de lo que la conciencia construye (Castoriadis, 1982:70).

El alargamiento y la compresión del espacio-tiempo "posmodernos" priorizan, como ya lo hemos señalado, dos juegos de escalas o dos caminos geográficos posibles: el que va de lo local a lo global y el que recorre el trayecto inverso, de lo global a lo local, lo que comprueba que los dos movimientos son concomitantes y configura, de alguna forma, aquello que quienes autores (como Robertson, 1995, y Swyngedouw, 1997) denominan procesos de "glocalización", procesos que no sólo relacionan e imbrican dinámicas locales y globales sino que crean nuevas condiciones, ni locales ni globales en sentido estricto, más bien una conjugación singular, lo "glocal".

No se trata, pues, de una simple "diferenciación combinada", ni de perspectiva ni de dirección, en la que el mismo proceso que permite a lo local "alargarse" en lo global admite la "compresión" de lo
global en lo local. Con un poco más de atención, percibimos que ambas expresiones pueden incorporar sentidos propios. "Desanclaje" o "alargamiento" indican o en cierto modo son sinónimos de disociación y "estiramiento", mientras que "compresión" puede sugerir mayor proximidad, asociación más íntima, condensación. Por otro lado, el "desanclaje" parece más fácil de revertir que la "compresión", ya que ésta indica no sólo una asociación, si se mantienen las características originales como en el término "desanclaje", sino un cambio de naturaleza. Tal vez por eso encontramos el término "reanclaje" en Giddens, pero no "descompresión" en Harvey.

Las palabras son siempre simplificaciones extremas de nuestros conceptos, pero pueden estar repletas de significados. "Desencajar" y "alargar" (debemos tomar las dos expresiones de forma conjunta) significan la posibilidad de "desprenderse", liberarse, en este caso, de las presiones locales, y tener acceso a otros espacios, escalas o situaciones por completo diferentes de la nuestra. "Comprimir", espacialmente hablando, significa la posibilidad de traducir en zonas más pequeñas fenómenos más amplios desde el punto de vista geográfico. Lo que une estas dos posibilidades es la multiplicidad de espacios-territorios que abarcan.

Como siempre se trata, en verdad, no de un espacio separado del tiempo sino de un solo espacio-tiempo, podemos invertir los factores y obtendremos resultados análogos: el tiempo también "se alarga" en el espacio, en la medida que un mismo instante se proyecta por la Tierra entera, por ejemplo, o "se comprime", en el sentido de que un tiempo "global" puede instantáneamente transformarse en un tiempo "local". Concebida como la "cuarta dimensión" del espacio, en la visión einsteiniana, la mayor velocidad del tiempo (con la proliferación de fenómenos "en tiempo real") permite hablar de un alargamiento y encogimiento tanto del espacio como del tiempo.

Es posible percibir a través de los discursos de Giddens y Harvey que tanto uno como otro hablan, para jugar con las palabras, de una disociación-associada entre tiempo y espacio, o mejor dicho, de un espacio-tiempo que se disocia para reconfigurarse sobre nuevas bases, sobre nuevas "localizaciones" en sentido amplio. Para aquellos que relacionan desespacialización con desterritorialización, esto sería lo mismo que decir que una desterritorialización implica siempre una nueva territorialización. Pero, como veremos en el próximo punto, se trata en realidad de una lectura muy simplificada de la desterritori-

4.3. GEOMETRÍAS DE PODER Y DIFERENTES FORMAS ESPACIALES

Una crítica importante a la concepción de la compresión del espacio-tiempo ha sido planteadada por Massey (1993b), para quien el concepto de Harvey carece de precisión. A pesar de no cuestionar el trasfondo materialista del autor ("defender su mayor complejidad no es de ningún modo ser antimaternalista") (p. 61), Massey rechaza su econo-

mismo que, centrado en el "capital", oculta múltiples influencias como las vinculadas a la etnicidad y al género. También argumenta a favor de la mayor diferenciación social en cuanto a cómo viven la compresión del tiempo-espacio los diferentes individuos en distintas espacialidades y condiciones sociales. A partir de la noción de espacio como "complejo entramado de relaciones de dominación y subordinación, de solidaridad y cooperación", relevo de poder y simbolismo (Massey, 1993a:157), desarrolla uno de sus conceptos centrales, el de las geometrías de poder: las "geometrías de poder de la compresión espacio-tiempo" (the power-geometries of time-space compression).

Para Massey, diferentes individuos y grupos sociales se hallan situados de manera muy distinta con relación a los flujos e interconexiones que supone la compresión del tiempo-espacio. La cuestión es explicitar, por lo tanto, los distintos meandros del poder donde están situados. Ciertamente no se trata de un desconocimiento por parte del materialismo histórico de Harvey, pues es inherente a este pensamiento la crítica a las profundas desigualdades sociopolíticas engendradas por el capitalismo. La cuestión es que Harvey, al no precisar el concepto, deja de explicitar este importante elemento de su análisis. Así, afirma Massey:

Ese punto tiene relación no solamente con la cuestión de quién se desplaza y quién no se desplaza, aunque éste sea uno de sus elementos importantes; tiene que ver también con el poder en relación con los flujos y el movimien-

to. Diferentes grupos sociales tienen distintas relaciones con esta movilidad.
igualmente diferenciada: algunos están más implicados que otros; algunos inician flujos y movimientos, otros no; algunos están más en la extrema receptora que otros; algunos están efectivamente aprisionados por ésta (Massey, 1993b:61).

Además de esta enorme desigualdad entre los actores involucrados, debemos destacar también la diferenciación entre los distintos sectores de la sociedad y de la propia economía. Mientras el capital financiero puede sacar provecho de una especie de “compración total”, circulando en “tiempo real” alrededor del mundo, las mercancías de consumo cotidiano aún precisan de un tiempo razonable para ser transportadas de un país a otro. Algunos objetos se mueven mucho más rápidamente que otros, afectando la vida de todos los que dependen de dicha “movilidad”. Mientras ciertos productos en efecto se liberan del problema causado por la distancia, otros adquieren nuevo valor justamente por depender de esas distancias y volverse, de esa forma, relativamente menos accesibles.

Junto con el reconocimiento de la complejidad que entraña la compresión del tiempo-espacio a partir de la diferenciación de sus sujetos y objetos, así como de las relaciones de poder profundamente desiguales que están en juego, como destaca Massey, es importante concentrarse en otra cuestión teórica, tanto o más relevante que ésa. Nos referimos al reconocimiento de que la compresión del tiempo-espacio tiene que ver sólo con una de las “formas” con las que el espacio social se manifiesta, la que se refiere de manera más directa a lo que Shields (1992) denomina relación de presencia y ausencia, uno de los tres componentes “paradigmáticos” de la espacialización de la sociedad, junto con la diferenciación o contraste y la inclusión y exclusión o dentro y fuera. En realidad, preferimos llamar de manera más simple a estas tres características: presencia, desigualdad (lo que Bergson denomina diferencias de grado) y exclusión (relacionada con una lectura de la “diferencia” en sentido estricto o diferencia de naturaleza).

Shields argumenta que, en el análisis de los cambios provocados por la posmodernidad, lo que efectivamente se puede demostrar en forma empírica son sólo cambios ocurridos en la espacialización de la presencia y ausencia. Según el autor, “inclusión y exclusión y diferenciación espacial siguen siendo aparentemente inmutables” (p. 187). Las desigualdades y la exclusión socioespacial, decimos nosotros, fueron precisamente intensificadas. Así, si hubo una ruptura entre las experiencias del tiempo-espacio de la modernidad hacia la posmodernidad, ésta ocurrió antes que nada en la esfera de la presencia y ausencia: “la diferencia en la espacialización de la presencia y ausencia es lo que justifica hacer una distinción entre modernidad y posmodernidad” (p. 181).

Partiendo de la concepción de extranjero de Simmel (Simmel, 1971[1908]), Shields plantea la cuestión de la síntesis en apariencia paradójica entre distancia y presencia, y recuerda que, a pesar de que normalmente asociamos presencia y proximidad, ausencia y distancia, lo extranjero es siempre lo distante-presente. En sentido temporal, hay una relación entre presencia y ahora [nowness], el presente. Pero si el pasado se ve como “una serie de ‘ahorras’ en continuo pasaje”, se trata de “un ahora que pasó”, volviéndose así una ausencia “concebida como un tipo de presencia” (p. 187). Con mayor razón aún, lo espacialmente distante se puede tornar “presente”, en una desociación entre presencia aquí (espacial) y presencia ahora (temporal). De esta manera, la ausencia se transforma en una no presencia, definida como está, siempre, en su relación con la presencia.

Desterritorialización como “fin de las distancias”, por ejemplo, no sería otra cosa sino un enfoque muy parcial que, además de confundir territorialidad y espacialidad, concebiría el espacio tan sólo a partir de los procesos de compresión del tiempo-espacio, o sea, desde su “forma” vinculada a la presencia-ausencia. Nada nos diría de la intensificación de los procesos de diferenciación (“desigualización”) ni de la exclusión socioespacial en curso.

En síntesis, “el posmodernismo desestabiliza la estructura metonímica que relaciona presencia y ausencia con proximidad y distancia. Una unión sintética de distancia y presencia, de lo extranjero y de lo íntimo, se vuelve conceivable y realizable” (Shields, 1992:192). De manera en apariencia contradictoria, podemos afirmar que lo cercano-presente (el aquí y ahora) pasa a tener mayor importancia, o mayor “visibilidad” y valor estratégico, justamente por el sentido contrastivo, o sea, por el surgimiento de su antípoda, lo distante-presente. Las propias fronteras habrían cambiado de sentido.

las fronteras pueden haberse vuelto más que líneas que definen lo que está cercado de lo que no lo está, lo ordenado de lo no ordenado, o lo conocido

7 “La ausencia permanece contenida en la red de la presencia de modo muy semejante a aquel en que la posmodernidad permanece dentro de la órbita de la modernidad y es definida por ésta” (Shields, 1992:188).
de lo desconocido. Las fronteras marcan el límite donde la ausencia se torna presencia. Pero dichas fronteras parecen estar disolviéndose. Aparecen menos como barricadas impermeables y más como umbrales, a través de los cuales tienen lugar las comunicaciones y donde interactúan cosas y personas de diferentes categorías –local y distante, nativo y extranjero, etcétera. (Shields, 1992:195).

Se trata tanto de la compresión del tiempo-espacio, en la acepción más abstracta de un distante que se vuelve cercano a través de los recursos tecnológicos de que disponemos, como de la experiencia de contacto con el otro, el extranjero, este “distante cercano” prácticamente en cada esquina de las grandes ciudades.

Como veremos en el curso de nuestra argumentación, si la llamada desterritorialización, o mejor dicho des-reterritorialización, está vinculada de modo estrecho con el fenómeno de la compresión del tiempo-espacio, obviamente también, y de manera aún más enfática, se halla presente en este enmarañado de “geometrías de poder” (en plural) de una sociedad compleja enormemente desigual y diferenciada.

En otras palabras y con un alcance más amplio, así como no hay “un” proceso de compresión del espacio-tiempo, involucrado como está en las múltiples geometrías de poder, tampoco hay “una” territorialización, sino múltiples formas de re-territorialización, ya sea en el sentido de muchas, diferentes y contiguas (lo que asociaremos a la noción de “múltiples territorios”) o como una efectiva experiencia “multiterritorial”, conjunta e indisociable (la que denominaremos “multiterritorialidad”). La multiterritorialidad, por lo tanto, como fenómeno proporcionado de manera más efectiva por la condición de la posmoderno, está íntimamente ligada a esa nueva experiencia y concepción del espacio-tiempo.

5. MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Aunque nuestro objetivo no sea exactamente realizar una “deconstrucción” de los discursos sobre la desterritorialización, tomaremos como base, en este capítulo, sus principales vertientes interpretativas a partir de autores que entraron de manera más directa en este debate. Así, con base en sus trabajos, distinguimos al menos tres grandes dimensiones sociales desde las cuales se aborda la desterritorialización: la económica, menos común (por la propia tradición predominante que enfoca el territorio a partir de su naturaleza política, como vimos en el capítulo 2), la política y la perspectiva simbólica o cultural en sentido más estricto.

Distinguir entre una desterritorialización de “matriz” predominantemente económica, otra de matriz política y una tercera de matriz cultural no significa adoptar una posición estructuralista que diferencia de forma clara esos componentes, en realidad dimensiones o perspectivas de lo social, identificadas así fundamentalmente porque los discursos sobre la desterritorialización en general asumen esa separación.

Explica o implícitamente, esas dimensiones se vinculan a diferentes concepciones de territorio. Podemos ampliar la cuestión afirmando que se trata de respuestas diferentes a un mismo proceso de des territorialización. Si concebimos territorio en su sentido amplio de dominación o apropiación del espacio, en términos de las múltiples relaciones de poder, es factible afirmar que los objetivos o las razones de esta dominación y control (o descontrol, en el caso de incluir la desterritorialización) pueden ser muy diversos y abarcar factores de orden económico, político y cultural.

Es sorprendente que la discusión más estrictamente social de la desterritorialización se encuentre casi ausente en esos discursos. Y son justamente los vínculos entre desterritorialización y “exclusión” socioespacial los que situamos entre los más relevantes para su análisis (véase el capítulo 7). Es probable que ello se explique porque el territorio y la territorialización siempre se enfocan en un sentido más
limitado, por el cual se busca responder a problemáticas específicas vinculadas a cuestiones económicas, políticas o culturales, más que a problemáticas sociales que implicarían una noción de territorio más integradora, implícita cuando se habla de los procesos de “exclusión social”, ya que aquí estudiaremos a ésta como un fenómeno amplio y complejo, de naturaleza a la vez económica, política y cultural.

Para algunos, la problemática que se plantea es la movilidad creciente del capital, del trabajo y de las empresas: la desterritorialización sería un fenómeno en especial de tipo económico. Para otros, la gran cuestión es la permeabilidad creciente de las fronteras nacionales –la desterritorialización sería así un proceso primordialmente de tipo político. Por último, para los más “culturalistas”, la desterritorialización estaría ligada, sobre todo, a la diseminación de una hibridización de culturas, que disuelve los vínculos entre un territorio determinado y su correspondiente identidad cultural.

5.1. LA DESTERRITORIALIZACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA ECONÓMICA

En el ámbito específico de la economía, que como ya vimos no es el de mayor tradición en los debates sobre territorio, podemos observar que el fenómeno de la desterritorialización aparece en varios análisis, aunque la mayoría de las veces en forma implícita o con otros nombres. El grado de fragmentación y la fragilidad que alcanzaron el campo del trabajo y la producción en las últimas décadas pueden ser considerados, sin embargo, componentes esenciales para configurar lo que la mayoría de los autores denomina como procesos de desterritorialización, incluso en su sentido extraeconómico.

Tal como vimos en relación con el debate sobre la (pos)modernidad, muchos autores también asocian el tema de la globalización, directa o indirectamente, con procesos de desterritorialización. Así, los principales mecanismos de destrucción de barreras o de “fijaciones” territoriales se dirían principalmente a través de las relaciones económicas, capitalistas, en especial en lo que se convino en llamar globalización económica y, con mayor énfasis, en el campo financiero y en las actividades vinculadas de modo más directo al “ciberespacio”. Se pueden identificar por lo menos tres perspectivas de desterritorialización desde el punto de vista económico:

- En el sentido más amplio, la desterritorialización se concibe prácticamente como sinónimo de globalización económica o, por lo menos, como uno de sus vectores o características fundamentales, ya que se va conformando un mercado mundial con flujos comerciales, financieros y de informaciones cada vez más independientes de bases territoriales bien definidas, como las de los estados naciones.
- En una interpretación poco más limitada, se pone de relieve uno de los momentos del proceso de globalización, el del capitalismo posfordista o capitalismo de acumulación flexible, flexibilidad que sería responsable del debilitamiento de las bases territoriales o, más ampliamente, espaciales en la estructuración general de la economía, en especial en la lógica locacional de las empresas y en el marco de las relaciones laborales (precarización de los vínculos entre trabajador y empresa, por ejemplo); de allí también la propuesta de desterritorialización como sinónimo de “deslocalización”, que subraya el carácter “multilocacional” de las empresas, cada vez más autónomas en cuanto a las condiciones locales/territoriales de instalación.
- En un sentido aún más limitado, desterritorialización sería un proceso asociado especialmente a un sector específico de la economía globalizada, el financiero, en donde la tecnología informática volvería más evidentes tanto la inmaterialidad como la instan- taneidad (y la superación del obstáculo de la distancia) en las transacciones, permitiendo así la circulación de capital (puramente especulativo) en “tiempo real”.

Respecto a la historia, existen referencias indirectas al fenómeno de la desterritorialización desde antes de la modernidad occidental. Pero es en el periodo moderno, dentro de una dinámica capitalista cada vez más acelerada, cuando el proceso en efecto cobra fuerza. Así, para discutir la desterritorialización desde el punto de vista de quienes la priorizan en tanto fenómeno de orden económico, podemos partir en primer lugar del debate sobre la globalización, ya que no pocos autores asocian de manera directa globalización (u “orden global”, como expresó Milton Santos) y desterritorialización.

1 Podríamos incluir también aquí a aquellos sectores de la economía (servicios, especialmente) estructurados cada vez más en torno al llamado teletrabajo, que hasta puede prescindir de la sede física de la empresa (a este respecto, véase Ferreira, 2003).
Probablemente, el primer gran autor que otorgó una clara importancia a la fundamentación económica del proceso global-desterritorializador fue Karl Marx. En su discurso, la ausencia del término no impide el análisis profundo de las formas con las que el modo de producción capitalista "desterritorializa" los modos de producción preexistentes para reterritorializar según su propia dinámica. Las referencias más distintivas del movimiento de des-territorialización capitalista son la expropiación del campesinado, transformado en trabajador "libre" en medio de fenómenos como la apropiación privada de la tierra y la concentración de la propiedad, y, en el otro extremo de la pirámide social, la velocidad con que los estratos más privilegiados de la burguesía destruyen y reconstruyen el espacio social, bajo la conocida afirmación de que "todo lo que es sólido se desvanece en el aire, todo lo que es sagrado es profanado".

La noción marxista de "trabajador libre" abarca, de diferentes formas, una noción implícita de desterritorialización debido a que esos "vendedores de su propia fuerza de trabajo" son:

 trabajadores libres en el doble sentido, porque no pertenecen directamente a los medios de producción, como los esclavos, los siervos, etcétera, ni los medios de producción les pertenecen, como por ejemplo el campesino económicamente autónomo, etcétera, estando, por el contrario, libres, sueltos y desprovistos de ellos. [...] La así llamada acumulación originaria no es más, pues, que el proceso histórico de separación entre producto y medio de producción [léase: desterritorialización] (Marx, 1984:262).

En otras palabras, según el punto de vista del materialismo histórico podemos decir que la primera gran desterritorialización capitalista se relaciona con su propio origen, su "punto de partida", que es la acumulación originaria de capital, que separa al productor de los medios de producción. Se trata de la "expropiación al pueblo del campo de sus tierras" y su transformación en trabajadores libres rumbo a convertirse en asalariados en las ciudades. La disociación entre trabajador y "control" (dominio y apropiación) de los medios de producción (desde la tierra para cultivar hasta la fábrica o los instrumentos para producir) es la gran desterritorialización, imprescindible, de cualquier manera, para la construcción y la reproducción del capitalismo.

Negrí y Hardt (2001:348) reconocen tres aspectos primarios ya presentes en el propio Marx, que marcan el carácter "desterritorializante e inmanente" del capitalismo:

- la liberación de poblaciones de sus territorios en el proceso de la acumulación originaria, lo que crea un "proletariado 'libre'";
- la unificación del valor en torno al dinero, su equivalente general, referencia cuantitativa frente a la cual prácticamente todo emplea a valuarse;
- el establecimiento de un conjunto de leyes "históricamente variables inmanentes al funcionamiento mismo del capital", como las leyes de tasas de interés, tasas de explotación y de realización de la plusvalía.

Estos fueron algo así como prerrequisitos para el proceso gradual de globalización que se definiría, más que nada, por la ruptura de fronteras, límites y condicionamiento locales, por la expansión de una dinámica de concentración y acumulación de capital a escala mundial, en una integración y un cosmopolitismo generalizados. Como profetizaban Marx y Engels:

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. [...] Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas nativas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. [...] En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas (Marx y Engels, 1998:43).

Sin embargo, aun con toda su vocación global, tan bien retratada en este fragmento de El manifiesto comunista, el capitalismo no alimenta solamente la dinámica des territorializadora. Es evidente que al crear la nueva "interdependencia" y al conectar, económicamente y culturalmente, las regiones más lejanas, se está estructurando una nueva organización territorial, una especie de "territorio-mundo" articulado a escala global.
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Podemos decir que el capitalismo nace siendo ya virtualmente global, o sea, sin una base territorial limitada, bien definida, pero que para realizar con efectividad su vocación globalizadora recurre a diferentes estrategias territoriales, en especial la que invoca al ordenamiento geográfico estatal. La interferencia “cíclica” del Estado, siempre como un arma de doble filo, en la contradicción que le es inherente entre la defensa de intereses públicos y privados, como mínimo viene a complicar seriamente este juego entre apertura y (relativo) cierre de fronteras.

Hirst y Thompson (1998), por ejemplo, cuestionan el paso de la economía internacional hacia la economía globalizada. Para ellos, las grandes potencias, en especial Estados Unidos, “siguen siendo el único garante posible del sistema de libre comercio mundial […]; por lo tanto, la apertura de los mercados globales depende de la política americana”, en la que el dólar continúa siendo “el intermediario del comercio mundial” (p. 33). La comparación entre una economía internacional y una globalizada, que para ellos todavía no se manifestó en sentido estricto,

lo opuesto de una economía globalizada no es una economía volcada hacia adentro, sino un mercado mundial abierto, basado en las naciones comerciales y regulado, en mayor o menor grado, por las políticas públicas de los estados-nación y por las agencias supranacionales. Una economía así ha existido de una u otra forma desde 1870, y continúa existiendo, a pesar de grandes contratiempos, el más serio de los cuales fue la crisis de los años treinta. La cuestión es que esto no debería confundirse con una economía global (p. 36).

De esta manera, a pesar de algunas generalizaciones exageradas en las interpretaciones de Hirst y Thompson, la máxima de que “el capital no tiene patria” debe ser relativizada. Aunque nunca se haya planteado como un verdadero obstáculo para realizar la acumulación a escala mundial, a pesar de su papel redistributivo el Estado siempre actuó, en sucesivos ciclos de intervención, a fin de regular la dinámica de los mercados, en general en calidad de socio o como una “escala de gestión” indispensable para el buen desempeño de los flujos comerciales y financieros. El discurso de la desterritorialización y, en consecuencia, de una globalización irrestricta en un mundo realmente “sin fronteras” se vincula hoy en día, en gran parte, con los argumentos políticos de aquellos que defienden el proyecto neoliberal.

Uno de los pocos autores que estructuran una teoría en torno a la relación entre capital y territorio (que es básicamente un territorio estatal) en la reproducción capitalista es Giovani Arrighi, en particular en su libro El largo siglo XX (Arrighi, 1996 [1994]). Arrighi propone una distinción e incluso una oposición entre un proceso que podemos llamar más desterritorializado y estrictamente “capitalista” y otro más territorializado y de naturaleza “estatista”. El autor interpreta el conflicto entre la dinámica del capital (espacio económico) y la “organización relativamente estable del espacio político” a partir de dos “modos opuestos de gobierno o de lógica del poder”, dos estrategias geopolíticas, podríamos decir, que él denomina “capitalismo” y “territorialismo”.

Los gobernantes territorialistas identifican el poder con la extensión y la densidad poblacional de sus dominios, concibiendo la riqueza/el capital como un medio o un subproducto de la búsqueda de expansión territorial. Los gobernantes capitalistas, por el contrario, identifican el poder con la extensión de su control sobre los recursos escasos y consideran las adquisiciones territoriales un medio y un subproducto de la acumulación de capital (p. 33).

Arrighi se guía por la regla general marxista DMD’ para definir las fórmulas TDT’ y DTD’ en relación a las dos lógicas, la capitalista y la territorialista:

Según la primera fórmula, el dominio económico abstracto, o el dinero (D), es un medio o un eslabón intermedio en un proceso dedicado a la adquisición de territorios adicionales (T’−T = + delta T). De acuerdo con la segunda fórmula, el territorio (T) es un medio o un eslabón intermedio en un proceso dedicado a la adquisición de medios de pago adicionales (D’−D = + delta D) (p. 33).

Así, mientras en el “territorialismo” el objetivo de la gestión estatal es “el control del territorio y de la población”, siendo el control del capital circulante un medio, en el “capitalismo” la relación se invierte: “el control del capital circulante” es el fin, “el control del territorio y de la población es el medio” (p. 34). Aquí queda claro el carácter más desterritorializador del “capitalismo”, dado que su preocupación por las bases territoriales de reproducción decrece, en favor de la circulación y los flujos. Arrighi destaca, sin embargo, que es muy importante entender que las dos lógicas, capitalista y territorialista, funcionan históricamente en conjunto, “relacionadas entre sí en un contexto espacio-temporal determinado” (p. 34).
El origen de la dialéctica entre capitalismo y territorialismo estará en el “subsistema regional de ciudades-estado capitalistas del norte de Italia” en la Edad Media, “enclaves anómalos” que se multiplicaron en el espacio político del sistema de gobierno medieval” (p. 36). “El Estado más poderoso del subsistema, Venecia, es el verdadero prototipo del Estado capitalista”, en el cual el poder estatal estaba en manos de una poderosa oligarquía mercantil capitalista y donde “las adquisiciones territoriales eran sometidas a criterios de análisis de costo-beneficio” (p. 37).

Para los geógrafos, el problema básico en las reflexiones de Arrighi es que, a la vez que éste se preocupa por discutir teóricamente la concepción de “capital” que subyace a la “lógica de poder” capitalista, desde una perspectiva sistémica de inspiración marxista, el concepto de territorio o incluso de su proposición más explícita, el territorialismo, parecen estar por encima de cualquier malentendido teórico. El territorio, como es común en las discusiones fuera del ambiente geográfico, aparece como una especie de dato, espacio físico, base material de la actividad humana. Lo que ocurre en este caso es que no se trata simplemente de “un concepto más” en el interior de la propuesta teórica del autor, sino de uno de sus componentes fundamentales, estructurales. Aunque Arrighi considerara deficientes los debates sobre el territorio, debería remitirse a los autores que más empeñó pusieron en su discusión. O cuando menos explicitar la conceptualización en la cual se apoya, aunque fuese su propia formulación.

Nos vemos obligados, también aquí, a deducir de qué “territorio” habla el autor. O, más aún, a qué “territorialismo” se refiere, ya que por lo menos en la geografía esta concepción posee un sentido muy negativo y no se refiere, o se refiere sólo en parte, a la interpretación propuesta por el autor. Prévert (en Brunet et al., 1993), por ejemplo, define territorialismo como “mal uso de la territorialidad, derivación por la cual se sobrelleva un territorio de pertenencia, al punto de pretender excluir a toda persona considerada como extranjera, y eventualmente de extenderlo en detrimento de los vecinos: el territorialismo tiene que ver con terrorismo”. Se trata de un territorio naturalizado, ahistórico, “animalizado”, como si tuviésemos naturalmente un “derecho al suelo” (p. 481).

Cuando Arrighi, al criticar a Schumpeter, afirma que la lógica estrictamente territorialista (como en la China imperial) no es “ni más ni menos ‘racional’ que una lógica de poder estrictamente capitalista”, sino tan sólo una “lógica diferente”; esta diferencia se advierte en el hecho de que “el objetivo de las actividades de gestión del Estado y de la guerra” es “el control del territorio y de la población” (p. 36). Aquí territorio parece tener su connotación más banal y de sentido común vinculada a “tierra”, “pedazo de suelo”, y como si el territorio pudiera aparecer separado de la población.

En un momento determinado de su reflexión, Arrighi vuelve compleja su lectura espacial (aunque no exactamente “territorial”) al problemar el binomio espacio-de-los-lugares y espacio-de-los-flujos, términos muy caros también a Manuel Castells (1999) en su análisis de la sociedad en red:

Historicamente, el capitalismo, como sistema mundial de acumulación y gobierno, se desarrolló simultáneamente en los dos espacios. En el espacio-de-los-lugares […] triunfó al identificarse con determinados estados. En contraste, en el espacio-de-los-flujos triunfó no por identificarse con ningún Estado en particular, sino por construir organizaciones empresariales no territoriales que abarcaban el mundo entero (p. 84).

Una vez más, nos encontramos ante una especie de dicotomía entre lugar y flujo o, en otras palabras, territorio y “no territorio” (o red), procesos (implicitos, en este caso) de territorialización y desterritorialización. Arrighi, no obstante, insiste en demostrar, incluso con ejemplos de temporalidades muy diversas (genoveses en el siglo xvi, empresas estadunidenses a fines del siglo xx), hasta qué punto el capitalismo convivió siempre con esos dos espacios. Guiándonos por nuestra tesis, desarrollada más adelante, de que en realidad son dos concepciones distintas de territorialidad, veremos que no se trata sencillamente de contraponer territorio a red u “organizaciones territoriales” a “no territoriales”, sino de entender las diferentes formas con las que éstas se estructuran territorialmente a lo largo del tiempo.

En otro punto, Arrighi distingue la lógica de las compañías de comercio y navegación de los siglos xvii y xviii y las multinacionales del siglo xx. Uno de los aspectos fundamentales es justamente su base territorial:

las primeras eran organizaciones parcialmente gubernamentales y parcialmente empresarias, que se especializaban territorialmente, excluyendo a todas las otras organizaciones similares. En contraste, las empresas multinacionales del siglo xx son organizaciones estrictamente comerciales, que se es...
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

De esta manera, mientras las compañías de comercio y navegación eran limitadas en número, ya que poseían territorios de acción exclusivos en donde no toleraban la competencia, las multinacionales admiten el principio de la “transterritorialidad”. Aquí la concepción del territorio parece hacerse compleja, y las “organizaciones empresariales no territoriales” globales pasan a conformarse en “múltiples territorios” (la “multiterritorialidad”) a la que aludimos en la conclusión de este trabajo o, desde una concepción más polémica, “transterritorialidad”. En realidad, el “territorio” que aparece la mayor parte del tiempo a lo largo de las reflexiones de Arrighi no es ni el territorio-tierra del sentido común, ni el territorio-red de las empresas transnacionales, sino el territorio estatal o del ejercicio de la soberanía del Estado, la concepción más tradicional y restringida de territorio. Por ello es posible distinguir territorialismo y capitalismo. Existe siempre una lógica política o estatal, planteada implícita o explícitamente, por detrás del concepto de territorialismo.

Latasche (1989) es uno de los autores que destaca de modo muy explícito la fuerza del capital o de la dinámica económica en los procesos de desterritorialización. Afirma, por ejemplo, que “el más importante de los fenómenos generadores del crecimiento, la acumulación del capital, en su naturaleza y esencia, no tiene vinculación con una patria. El territorio y la nación de los actores tienen poca importancia para el capital” (p. 100). Agrega, no obstante, que la alianza del capital y el Estado-nación nunca fue simplemente un pacto sellado entre dos personajes. “Transnacional en esencia”, el capital nació para desterritorializar. Hoy en día, “una política de nacionalismo económico basada en el espacio nacional pierde todo sentido”, en una “época de desterritorialización de la economía” (p. 101). Según el autor, la “desterritorialización” de la economía no se limita al crecimiento de las empresas multinacionales. […] Junto al movimiento de las únicas inversiones extranjeras directas y las inversiones en cartera, están los joint-ventures, las ventas directas de fábrica, los contratos de licenciamiento, los acuerdos de división de la producción, las subcontrataciones internacionales. […] Otros fenómenos como el “fin de los campesinos” y la mundialización de las telecomunicaciones también contribuyen a la ruptura de los vínculos entre la economía y la base territorial (p. 103).

Estas múltiples caras de la dimensión económica del discurso sobre la desterritorialización muestran, además, su vinculación indisoluble con procesos de carácter más estrictamente político y cultural. Latasche también pone de realce el poder que los cambios culturales o de “transculturación” tienen sobre la economía global, al ayudar a desacelerar el peso de la territorialización nacional en el control de la dinámica económica:

La “desterritorialización” no es solamente un fenómeno económico que vacía de sustancia a la nacionalidad económica: tiene impactos políticos y culturales; en tanto que los fenómenos autónomos de “transculturación” tienen, a su vez, un efecto económico y ayudan a acelerar la declinación de la nacionalidad económica (p. 103). Con los satélites de telecomunicaciones y la informática, la mundialización es inmediata. La estandarización de los productos culturales escape a todo tipo de enraizamiento. […] La pérdida de la identidad cultural […] contribuye a desestabilizar política y económicamente la identidad nacional (p. 105).

Junto a una desterritorialización centrada en torno a la concepción genérica de globalización económica, encontramos una segunda perspectiva, más delimitada, que toma en cuenta de modo fundamental el tipo de acumulación “flexible” instaurado a partir de la década de 1980, a través del capitalismo posfordista. Como vimos en el capítulo anterior, su importancia es clara en las interpretaciones materialistas de la posmodernidad, principalmente en aquellos autores que, como Harvey y Jameson, consideran a la posmodernidad como la “lógica cultural” del capitalismo tardío o de acumulación flexible. Harvey construye incluso un cuadro en el que se hace explícita la correlación entre el posfordismo y la desterritorialización, la cual se puede sintetizar abajo (cuadro 5.1).

En el cuadro 5.1, entre las características asociadas a la “posmodernidad flexible”, señalamos en cursivas a aquellas que tienen que ver más directamente con procesos que, en diferentes lecturas, pueden estar asociados a la desterritorialización. Verdaderamente, no se ha utilizado ninguna de las características de la modernidad para corroborar los discursos sobre la desterritorialización. Así, queda claro que puede tratarse de un fenómeno “posmoderno” también en su abordaje económico.
CUADRO 5.1. "MODERNIDAD FORDISTA" Y "POSEMORDERNIDAD FLEXIBLE"

<table>
<thead>
<tr>
<th>Economías de escala</th>
<th>Economías de objetivo</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Jerarquía/homogeneidad</td>
<td>Anarquía/diversidad</td>
</tr>
<tr>
<td>Vivienda pública</td>
<td>Desalojados</td>
</tr>
<tr>
<td>Capital productivo/universalismo</td>
<td>Capital ficticio/localismo</td>
</tr>
<tr>
<td>Poder estatal/sindicalismo</td>
<td>Poder financiero/individualismo</td>
</tr>
<tr>
<td>Estado de bienestar social</td>
<td>Neocorporativismo</td>
</tr>
<tr>
<td>Ética/mercancía-dinero</td>
<td>Estética/dinero contable</td>
</tr>
<tr>
<td>Producción/originalidad</td>
<td>Reproducción/pastiche</td>
</tr>
<tr>
<td>Obrero/vanguardismo</td>
<td>Administrador/comercialismo</td>
</tr>
<tr>
<td>Centralización/totalización</td>
<td>Descentralización/deconstrucción</td>
</tr>
<tr>
<td>Síntesis/negociación colectiva</td>
<td>Antítesis/contratos locales</td>
</tr>
<tr>
<td>Producción masiva</td>
<td>Producción en pequeños lotes</td>
</tr>
<tr>
<td>Política de clase</td>
<td>Movimientos sociales, grupos de interés</td>
</tr>
<tr>
<td>Trabajador especializado</td>
<td>Trabajador flexible</td>
</tr>
<tr>
<td>Reproducción mecánica</td>
<td>Reproducción electrónica</td>
</tr>
<tr>
<td>Intervencionismo/industrialización</td>
<td>Neoliberalismo/desindustrialización</td>
</tr>
</tbody>
</table>


Storper es uno de los pocos geógrafos que desarrolla de forma explícita un concepto de desterritorialización de base económica, del que destaca principalmente el factor "localización":

Una actividad puede definirse como territorializada cuando su efectivización económica depende de su localización (dependencia del lugar) y cuando dicha localización es específica de un lugar, o sea, tiene raíces en recursos no existentes en muchos otros espacios o que no se pueden crear o imitar fácil y rápidamente en los lugares que no los tienen (1994).

En consecuencia, la disminución de esta dependencia de las actividades económicas en relación con sus localizaciones o a los recursos y especificidades del "lugar" (tomado aquí en un sentido locacional) llevaría a la desterritorialización. El autor destaca, sin embargo, que "la internacionalización no está eliminando la territorialización sino que, por el contrario, puede estar sustentada por ésta en ciertos aspectos", pues no existe correspondencia automática alguna entre internacionalización y desterritorialización. Para él, "parece que ciertas actividades productivas clave, en especial las de mayores contenidos de especialización, conocimiento o tecnología, continúan fuertemente arraigadas en zonas territoriales centrales" (p. 15). En compensación, actividades más "tradicionales", especialmente aquellas que incorporan fuerza de trabajo de baja calificación y salarios bajos, serían más proclives a la "fluidez" locacional.

En un trabajo más reciente, Storper (2000) identifica, entre lo que él denomina cuatro niveles de la globalización, "la globalización a través de la desterritorialización (cadenas de commodity globales)", en que las manufacturas y los servicios básicos son fácilmente trasladados, y que no exigen muchos requisitos para su instalación, o sea, "tienen un bajo nivel de territorialización y un alto nivel de fluidez internacional" (p. 49). Estas actividades se realizarían a través de "redes desterritorializadas" puesto que implican un nivel limitado de place-specific assets (ventajas específicas de un lugar), o sea, de "ventajas físicas o intangibles que se encuentran arraigadas en el ambiente de lugares particulares, impidiendo la transferencia de la producción hacia otros lugares" (p. 49). Storper comenta también la importancia de esta "desterritorialización", especialmente en términos del impacto que provoca en los mercados de trabajo de los países periféricos, al estimular la competencia por los salarios bajos y aumentar las desigualdades sociales.

En este discurso, la desterritorialización de corte económico adquiere su connotación más específica, asociada básicamente al comportamiento "multilocacional" de las grandes empresas, tanto en el sentido más general de una mayor flexibilidad de localización como en el de su articulación interna y en su relación con otras empresas, capaces como son de administrar la producción a través de la subcontratación en redes "flexibles" con otras empresas situadas en diferentes rincones del planeta.

Es verdad que las posibilidades de localización se ampliaron dentro de la nueva estructura de producción. Más opciones, mayor flexibilidad de localización, en especial las proporcionadas por los nuevos circuitos de comunicación y transporte, no significan, sin embargo, una localización establecida de manera libre. Justamente esta mayor flexibilidad (según el sector) hizo que empezaran a tomarse en cuenta otros factores en las políticas de localización.

Las políticas a escala nacional, regional y local, así como los datos de infraestructura (ahora con una sobreenvaloración de la infraestructura técnico-informática), siguen siendo fundamentales en la opción
de las empresas por tal o cual localización. Además, la reducción o incluso la ausencia de barreras arancelarias y la disponibilidad de fuerza de trabajo barata y no organizada continúan siendo centrales, sobre todo en aquellos sectores considerados por Storper como “desterritorializados”. Por último, fenómenos como la llamada “guerra de los lugares” (Santos, 1996), para ofrecer las condiciones más ventajosas en términos de subsidios, infraestructura, mano de obra e imagen, muestran que el espacio –y el territorio–, en vez de disminuir su importancia, muchas veces amplía su papel estratégico, precisamente por concentrar aún más en determinados puntos las ventajas buscadas por las grandes empresas y por intensificar la diferenciación de ventajas que se presentan en cada sitio.

Esta articulación de la globalización con “regionalizaciones” y especificidades económicas locales aparece con mayor énfasis en la siguiente reflexión de Pierre Veltz (1996):

Desde el punto de vista geográfico, la globalización no es la aparición de una red de unidades perfectamente interdependientes, sustituibles [...] y sin vinculación con los territorios. El proceso de globalización toma formas geográficas muy variadas. Puede apoyarse sobre una división del trabajo expandida en el seno de una red muy amplia. Pero también puede acenturarse en concentraciones privilegiadas y en mecanismos de “regionalización” (en distintas escalas). Ello se debe a dos razones, que se hallan en el centro de una misma problemática de esta obra: primero, porque la globalización, como estrategia del dominio (y no de la supresión) de la diversidad, supone una articulación fina con las especificidades locales de los mercados y más generalmente de los contextos sociopolíticos; luego, porque las interacciones de base territorial se vuelven nuevamente, en el contexto actual de la competencia por diferenciarse, un factor esencial de performance (pp. 111-112).

Resulta interesante verificar hasta qué punto el discurso sobre la desterritorialización es complejo y ambiguo incluso en el interior de una misma perspectiva, como la que privilegia la dimensión económica de la sociedad. Así, exactamente en el extremo opuesto al de las actividades económicas más tradicionales, en donde Storper identifica su desterritorialización, se encuentra otro abordaje, el que percibe la desterritorialización económica vinculada a los circuitos del capital financiero globalizado.

Si partimos de la definición de territorio de Robert Sack, comentada en el capítulo 2 y que se basa en el control de la accesibilidad, es evidente que los circuitos económicos, en particular los financieros, son aquellos que generan algunas de las redes menos “territorializadas” y, consecuentemente, más globalizadas y fluidas del planeta. Para los más radicales, como O’Brien (1992), antes citado, éstas llevan en realidad a un “fin de la geografía”, con la expansión de las redes financieras instantáneamente activadas a escala global.

Es muy interesante verificar que uno de los primeros discursos explícitos sobre desterritorialización tiene esa vinculación con los flujos del capital financiero. Henri Lefebvre (Lefebvre, 1984) fue uno de los primeros autores en utilizar el término “desterritorializado” (entre comillas, es importante destacar), referido a la dinámica en red del sistema bancario internacional:

la realización de la plusvalía dejó de suceder únicamente en el interior de una zona próxima al punto de producción confinado a un sistema local de transacciones bancarias. En vez de eso, este proceso tiene lugar a través de una red bancaria mundial como parte de las relaciones abstractas (la manipulación de la palabra escrita) entre agencias económicas e instituciones. La realización de la plusvalía ha sido, se puede decir, “desterritorializada”. El espacio urbano, aunque haya perdido su antiguo rol en este proceso, sigue, no obstante, asegurando el mantenimiento de la vinculación entre los diferentes flujos involucrados: flujos de energía y trabajo, de mercancías y capital. Hablando de manera práctica, la economía puede definirse como la vinculación entre flujos y redes (pp. 400-401).

Lejos de defender el “fin de la geografía”, Lefebvre acaba por formular la que viene a ser una de las contribuciones más exitosas en cuanto a la dimensión espacial en la filosofía y las ciencias sociales. Desterritorialización como “conquista” o “anulación” del espacio significa siempre, también y en especial, una nueva producción del espacio.

El discurso del “fin de la geografía” sólo aparece más tarde, en los años noventa, cuando se piensa que la propalada fluidez global haría caer las barreras de la distancia (Virilio, 1997; Cairncross, 2000 [1997]), al promover los mercados “libres” conectados al instante. En este sentido, una crítica muy consistente sobre la desterritorialización relativa al “fin de la geografía” a través de los mercados financieros es la realizada por el geógrafo político Gerard Ó Tuathail (1998b).

Ó Tuathail parte de tres argumentos generales sobre la desterritorialización vinculada a la integración financiera global. La primera
se refiere al carácter ideológico de los discursos de la desterritorialización, que conforma la interpretación formulada por el propio capitalismo informatizado en torno a las virtudes de la libertad que proporcionan los mercados abiertos y transparentes, estimuladores de la expansión de las capacidades humanas. La segunda es que, en vez de tratarse tan sólo de la desterritorialización, lo que ocurre es “un reacomodamiento del complejo identidad-frontera-orden que da al pueblo, al territorio y a la política su significado en el mundo contemporáneo” (p. 143). No se refiere solamente a que la des-territorialización se produce de manera conjunta con la reterritorialización, sino también que “ambas son partes de procesos continuos y generalizados de territorialización” (p. 143). Finalmente, Ó Tuathail argumenta que el mapa geopolítico en la actualidad se encuentra, a la vez, más integrado o conectado y más dividido y desplazado, en función de las desigualdades crecientes y de las tendencias dominantes en términos de informatización globalizada. La ciudad global de nuestro tiempo conforma un inmenso apartheid social entre conectados y desconectados.

Contribuyeron a esta “desterritorialización” financiera global el fin del sistema de Bretton Woods, al inicio de la década de 1970, que abatió el dólar al patrón-oro, la desregulación de los mercados financieros a finales de los años setenta y ochenta y la introducción de las tecnologías de la información, al permitir acelerar las transacciones on-line, en un mercado que funciona las 24 horas del día, además del surgimiento de nuevos actores y productos (fondos de pensión, derivados, securitización). Para Ó Tuathail, no obstante, todos estos cambios no significan el camino inexorable hacia el “fin de la geografía”, que:

es implícitamente una tesis sobre mercados y de qué manera los mercados financieros globales están evidentemente destinados a aproximarse al “mercado perfecto” —un mercado caracterizado por la completa transparencia, ausencia de fricción de integración y perfecta información— invocado por los actuales teóricos del área (p. 146).

Entre los autores que más radicalizaron el discurso de la desterritorialización como consecuencia directa del proceso de globalización económica están Keniche Ohmae, “gurú” de muchos globalistas y ex consultor de corporaciones multinacionales que escribió El mundo sin fronteras (Ohmae, 1990) y El fin del Estado nación (Ohmae, 1996[1995]), y el ya citado Richard O’Brien (1992), con su controvertida tesis de la integración financiera global y el “fin de la geografía”.

Ohmae y O’Brien trabajan claramente al servicio del ideario económico dominante que promueve el libre mercado y la “extinción” de las trabas impuestas por el Estado-nación. Aquí, pues, el discurso del fin de las fronteras y de los territorios (de los estados-naciones) tiene una clara connotación normativa, pues no pretende tanto comprender lo que está ocurriendo, sino defender lo que se debe construir para una competitividad ideal, para un capitalismo “perfecto”, la erradicación de las fronteras e incluso del Estado es el escenario que se necesita privilegiar.

Pero es interesante percibir que no se trata de dejar a un lado otros factores geográficos, como la proximidad, por ejemplo. Según las palabras del propio Ohmae:

Incluso en una era dedicada a la información, los trabajadores calificados, las extensas redes de proveedores, etcétera —los ingredientes de lo que Porter [Michael Porter en La ventaja competitiva de las naciones] denomina el “diamante” de la competitividad— de hecho funcionan mejor cuando son geográficamente cercanos. [...] Sin embargo, no se concluye automáticamente que, para ser eficaces, dichos agrupamientos geográficos tengan que coexistir dentro de las fronteras de un Estado-nación individual y, por lo tanto, participar del mismo interés nacional [...] esos agrupamientos necesarios funcionan igualmente bien —y tal vez aún mejor— cuando trascienden las fronteras políticas y, de esta forma, están libres de la carga del interés nacional (Ohmae, 1996:58-59).

A partir del anhelado fin del Estado-nación, Ohmae defiende el surgimiento de entidades espaciales puramente económicas, los “estados-regiones”, que sólo por accidente se encuadran dentro de fronteras nacionales. Constituyen unidades económicas óptimas para la inversión extranjera en un mundo globalizado sin trabas geográficas. Aun así, para esta optimización a favor del gran capital, serían estados-regiones definidos según parámetros geográficos, “suficientemente pequeños como para que sus ciudadanos compartan intereses como consumidores, pero de tamaño suficiente como para justificar economías no de escala [...] sino de servicios: a saber, la infraestructura de comunicaciones, de transportes y de servicios profesionales esenciales para la participación en la economía global” (p. 84). Incluso se propone una franja promedio en cuanto a la cantidad de habitantes.
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

O'Brien también asocia su tesis del “fin de la geografía” con competencia, pero admite la persistencia (necesaria, hasta cierto punto) de mecanismos reguladores “territorializados”, como el de la política estatal o de entidades supranacionales, como la Unión Europea. Vinculando geografía y localización, afirma que la “localización” seguirá teniendo importancia mientras subsistan las barreras físicas, mientras “viajar” signifique gasto de tiempo y mientras persistan las diferencias sociales y culturales, lo cual, podemos agregar, seguramente nunca dejará de suceder. Incluso para el sistema financiero globalizado, las diferencias locales/nacionales (en las tasas cambiarias y de interés, por ejemplo) siguen siendo muy importantes.

Para O’Brien, sin embargo, el “fin de la geografía” asociado a la pérdida de poder del Estado sobre el control de los flujos económicos, especialmente el flujo de capitales, y sobre las grandes corporaciones transnacionales, es un hecho; O’Brien defiende esta desregulación de los mercados financieros, así como la construcción de mercados “libres”, por considerarlos más eficientes y racionales.

En este sentido, afirma Ó Tuathail, el discurso de la desterritorialización aparece como parte integrante de la ideología neoliberal, en especial porque devalúa el poder “limitado” (a escala territorial) del Estado y enaltece las virtudes de la fluidez de los mercados. O sea, se trata menos un discurso intelectualmente bien articulado y más uno con trasfondo político, adaptado de modo estratégico a los intereses de los proyectos neoliberales.

Acerca de la ausencia, en dichas argumentaciones, del debate sobre la dinámica concomitante de reterritorialización, Ó Tuathail es enfático: “La integración financiera global, en realidad, produjo un nuevo complejo geopolítico de territorio, tecnología, estados y mercados a escala global”, que tiene como eje básico una serie de centros financieros globales. Por último, la volatilidad y la gran selectividad espacial del capital financiero diseminan la exclusión de amplias zonas del planeta, incapaces de construir la infraestructura indispensable y las condiciones socioeconómicas para su reproducción, o capaces de mantener el capital puramente especulativo sólo durante cortos periodos de tiempo.

Incluso en lo que se refiere al flujo de capitales “en tiempo real” y a la “extraterritorialidad” (como la denominan algunos) de los paraísos financieros, no se trata de desterritorialización sino de una nueva territorialidad, lo que aquí denominamos “territorios-red”. Como afirma Machado (1996), a partir del análisis de la actual dinámica económico-territorial del capital financiero globalizado, en especial en relación con la “territorialidad específica” de los paraísos fiscales (affshore heavens), los cambios indican que:

el sistema está llegando a otro nivel de complejidad, en que el concepto de “territorio” ya no podrá fundamentarse exclusivamente en los principios de la geometría euclidiana de superficie plana, continua (terrestre) y de extensión de superficie (p. 62).

Sea como discurso ideológicamente comprometido, sea como evaluación sectorial de procesos como la flexibilización “posfordista”, la fluidez del mercado financiero (y el dominio de la inmaterialidad del “capital ficticio”) o la deslocalización de las actividades productivas, la desterritorialización, desde una lectura de corte predominantemente económico, por lo normal se aborda de manera muy parcial y con una sobreentendida perspectiva unilateral (economicista) y ahística de territorio.

Como ya lo afirmamos al comienzo de este capítulo, es interesante verificar que ninguna de estas perspectivas enfoca la desterritorialización como proceso de “exclusión” socioespacial, fenómeno que abordaremos al final de este trabajo (capítulo 7). La “exclusión”, en su dimensión socioeconómica, se debe justamente a la flexibilización del capital por la incorporación de nuevas tecnologías que ahorran mano de obra y por la precarización de las relaciones laborales; a la acumulación de capital concentrada en el sector financiero-especulativo, cada vez más divorciado del sector productivo, y a la crisis del Estado de bienestar social que ya no actúa como válvula de escape en épocas de crisis económica, tanto mediante garantías securitarias (de seguridad social) como con la propia generación de empleos.

Podemos, pues, concluir este inciso afirmando que si existe una desterritorialización desde el punto de vista económico, ella estará mucho más vinculada a los procesos de expropiación, precarización y exclusión introducidos en la lógica de la acumulación capitalista, que a las simples esferas del capital “ficticio”, de la deslocalización de las empresas o de la flexibilización de las actividades productivas. Ante todo, es necesario distinguir “desterritorialización por quién y para quién”. Generalmente estos discursos sobre la desterritorialización —ya sea de la globalización del capitalismo (de acumulación flexible),
de la flujedad del capital financiero o de la “deslocalización” de las grandes empresas—sólo sirven para ocultar la desterritorialización real, la de aquellos que, sometidos a esa “libertad improductiva” y a la flexibilidad de las relaciones del trabajo, terminan por no tener empleo o son obligados a subordinarse a condiciones de trabajo cada vez más degradantes.

Desmitificados los discursos usuales de la desterritorialización en su matriz económica, es fácil percibir que aquélla incluye como partes indissociables otras dimensiones socioespaciales vinculadas al papel del Estado-nación y de las fronteras, a la identidad cultural de las poblaciones y al llamado “ciberespacio”. La división por puntos efectuada aquí, en los que se distinguen estas esferas, debe entenderse por tanto sólo como instrumento de análisis a fin de resaltar la multiplicidad de enfoques con que se ha abordado la desterritorialización.

5.2. LA DESTERRITORIALIZACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA POLÍTICA

Una de las áreas donde el tema de la desterritorialización adquirió mayor importancia es la ciencia política, y en su interfaz con la geografía, la geografía política. No es de sorprender, ya que poder (especialmente, poder político) y espacio son, como hemos visto en el capítulo 2, la relación más difundida y aceptada en la concepción de territorio. De forma aún más acotada, el concepto más tradicional de territorio es aquel que vincula espacio y soberanía nacional, o sea, territorio como área o espacio de ejercicio de la soberanía de un Estado.

Aunque este punto esté centralizado en las discusiones sobre desterritorialización a partir de la pérdida de poder de los territorios estatales, es muy importante, primero, hacer mención a otra interpretación que no concibe al Estado tan sólo como un agente territorializador o como una condición territorializada. Deleuze y Guattari, como ya lo vimos, tienen una interpretación distinta, que considera al Estado sobre todo como un agente desterritorializador.

La aparición del Estado sería responsable del primer gran movimiento de desterritorialización, en tanto aquel determina la división de la tierra a través de la organización administrativa, agraria y habitacional. El Estado fija al hombre a la tierra, pero lo lleva a cabo de forma despótica, organizando los cuerpos y los enunciados de otras maneras:

en vez de ver en el Estado el principio de una territorialización que inscribe a la gente según su residencia, debemos ver en el principio de residencia el efecto de un movimiento de desterritorialización que divide la tierra como un objeto y somete a los hombres a la nueva inscripción imperial, al nuevo cuerpo pleno, al nuevo socius (s/d:202).

Desde la perspectiva de los autores, el Estado inicialmente se constituye por la desterritorialización de las comunidades precapitalistas, mediante la que destruye sus agenciamientos, sus territorios, y sustituye el principio de la inmanencia (la tierra como cuerpo pleno en que las sociedades precapitalistas se territorializan) por el de la trascendencia, en el que el Désputa Divino asume todos los principios de organización del socius.

En las sociedades tradicionales, se trata de la formulación más elemental de una territorialidad, la que depende estrictamente de los medios o recursos provistos por la tierra, el medio donde el grupo social está inserto, y que lo transforma, así, en un “presupuesto natural o divino” de la existencia humana, como afirman los autores. Esta “máquina territorial” es “la primera forma de socius, la máquina de inscripción primitiva, ‘megamáquina’ que cubre un campo social” (s/d:144). Su funcionamiento “consiste en declarar la alianza y la filiación, declinar los linajes sobre el cuerpo de la tierra, antes que alí aparezca un Estado” (p. 150).

El Estado es territorial en otro sentido, en el que, “según la fórmula de Engels”, “subdivide, no la población sino el territorio” y remplaza la organización gentilica por una organización geográfica” (p. 150). Aparece así una oposición entre la “máquina despótica”, la “megamáquina del Estado”, sobrecodificada y desterritorializada, y una “máquina territorial primitiva”. La inscripción de las personas por su residencia, impuesta por el Estado, puede ser considerada como una “seudoterritorialidad” (“producto de una efectiva desterritorialización”) o incluso, para júbilo de los que prefieren invertir las denominaciones, una “territorialidad del Estado”:

el Estado comienza (o recomienza) en dos actos fundamentales: una afirmación de territorialidad, por fijación de residencia, la otra afirmación de liberación, por abolición de las pequeñas deudas. Pero el Estado procede por eufemismo. La seudoterritorialidad es el producto de una efectiva desterritorialización que remplaza los signos de la tierra por los signos abstractos, y que hace de la propia tierra una propiedad del Estado, o de sus más ricos servidores y funcionarios (y
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Desde este punto de vista no hay grandes cambios cuando es el Estado el que garantiza la propiedad privada de una clase dominante que se distingue de él. La abolición de las deudas, cuando se da, es un medio de mantener el reparto de las tierras, de impedir la aparición de una nueva máquina territorial, eventualmente revolucionaria y capaz de plantear o de tratar el problema agrario en toda su amplitud (pp. 203-204). [...] la residencia o territorialidad del Estado inaugura el gran movimiento de desterritorialización que subordina todas las filiaciones primitivas a la máquina despótica (problema agrario) (p. 205).

Lo que importa, más que percibir las diferencias entre un movimiento “territorializador” y otro “desterritorializador”, es situar de manera histórica los sentidos profundamente diferentes de una territorialidad “primitiva” o tradicional, “primitiva”, muy concreta, y una más abstracta, “sobrecodificada”, impuesta por el Estado y después también por el modo de producción capitalista. En medio de estos patrones, tenemos aún lo que Deleuze y Guattari denominan “maquin” o “máquina despótica del Estado”, el modo de producción asiático, en el lenguaje marxista.

Para Deleuze y Guattari, ese Estado produce una territorialidad que no destruye por completo la territorialidad tradicional de las comunidades “primitivas”, sino que la integra como “pieza u órgano de producción” en la nueva máquina despótica. Se trata, pues, de una des-reterritorialización compleja, pues al mismo tiempo que destruye las territorialidades previas, las reincorpora y produce una nueva forma territorial de organización social.

El Estado despótico, tal como aparece en las condiciones más puras de la producción denominada asiática, tiene dos aspectos correlativos: por un lado, sustituye la máquina territorial, forma un nuevo cuerpo pleno desterritorializado; por el otro, mantiene las antiguas territorialidades, las integra como piezas u órganos de producción en la nueva máquina. Su perfección es inmediata, porque su base de funcionamiento son las comunidades rurales dispersas, máquinas preexistentes autónomas o semiautónomas en relación con la producción; pero desde el punto de vista de la producción, reacciona sobre éstas produciendo las condiciones de los grandes trabajos que exceden el poder de las diferentes comunidades (p. 205).

Esa “segunda inscripción” del Estado se superpone, pero deja subsistir a “las viejas inscripciones territoriales, como ‘ladrillos’ sobre una nueva superficie, [...] que les garantiza su integración en la unidad superior y su funcionamiento distributivo, conforme los designios de grupos de este mismo nivel, estas actividades, tributo, esclavitud generalizada)” (p. 206). Estos “grandes trabajos” se refieren, entre otros, a las obras hidráulicas de gran tamaño, responsables, según algunos autores (especialmente el geógrafo alemán Karl Wittfogel), del fuerte papel del Estado dentro del modo de producción asiático.

Wittfogel (1957) utilizaba incluso la expresión “sociedades hidráulicas” para definir a las sociedades orientales en las cuales, según su polémica interpretación, había una especie de combinación contradictoria entre comunas autónomas, autosuficientes económicamente, y un Estado fuerte, verdadero propietario de la tierra, al cual le competía el desarrollo y la administración de las obras hidráulicas de gran escala indispensables para la producción.

Dicha reterritorialización “estatal despótica” dependía también de un tipo específico de urbanización, comentado por Marx y Engels en sus Grundrisse (o Elementos fundamentales para la crítica de la economía política). Mientras en el feudalismo europeo las ciudades eran independientes desde un punto de vista político y fueron gradualmente imponiéndose sobre el campo, del cual recibieron más tarde a los trabajadores “liberados” con la apropiación privada de la tierra, en la sociedad asiática, marcada por la estabilidad, la ciudad debió su creación en gran parte al Estado y se desarrolló de manera paralela al dominio de las aldeas autárquicas, donde la posesión comunal de la tierra se asociaba a una apropiación del excedente bajo la forma de tributo para el Estado. El dominio de éste sobre la sociedad civil impedía el surgimiento de las condiciones para el desarrollo de clases sociales y la acumulación de capital.

En realidad, el Estado tiene un papel reterritorializador fundamental, en tanto actúa para controlar flujos de diferentes órdenes:

Una de las tareas fundamentales del Estado es la de estrujar el espacio sobre el que reina... Es una preocupación vital de todo Estado no sólo extinguir el nomadismo sino controlar las migraciones y, de manera más general, establecer una zona de derechos sobre todo un “exterior”, sobre todos los flujos que atraviesan el ecumen. Si esto lo ayuda, el Estado no se disocia de un proceso de captura de flujos de todo tipo, poblaciones, mercancías, dinero o capital, etcétera... el Estado nunca cesa de descomponer, recomponer y transformar el movimiento o de regular el discurso (Deleuze y Guattari, en Urry, 2000:196).
Contextualizar desde una perspectiva histórica y geográfica estas dinámicas de des-reterritorialización pasa, de esta forma, a ser fundamental. Lo que podemos desprender de estas reflexiones sobre la ambigüedad del papel reterritorializador o desterritorializador del Estado es, primero, que el Estado es una entidad muy genérica que debe ser situada históricamente y, segundo, que carga siempre, de modo indisociable, con el papel de destructor de territorialidades preexistentes, más diversificadas, y de fundador de nuevas, en torno a un patrón político-administrativo más universalizante. Por lo tanto, de inicio disponemos de elementos críticos importantes para condenar el discurso que defiende en forma dicotómica y genérica la desterritorialización a partir de la disminución de los poderes del Estado territorial en el mundo denominado posmoderno.

Contrariamente al análisis deleuziano-guattariano, que propone una “máquina territorial” mucho más impregnada en las sociedades tradicionales que en las estatales modernas, la desterritorialización que aquí llamamos “política”, por privilegiar esta dimensión de lo social, se vincula de manera directa a una concepción de territorio como creación (y sustentación) del Estado moderno.  

Es sorprendente cómo el antiguo y limitado concepto de territorio en tanto espacio de soberanía o de jurisdicción del Estado se halla todavía presente, en especial entre los autores de la ciencia política. Para Flint (2001), por ejemplo, la desterritorialización es la característica que define la “nueva condición geopolítica” (p. 1), que debe ser concebida como “el proceso de declinación de la soberanía estatal en el dominio específico de su poca capacidad de lidiar con los flujos de mercancías, informaciones y personas a través del espacio” (p. 2).

Mansbach (2002) también incurre en este reduccionismo, al referirse a la poca relevancia del territorio en el mundo contemporáneo. A pesar de que el autor reconoce la importancia de otros “espacios políticos”, o sea, de la dimensión espacial del poder en sentido amplio, el territorio, en tanto base de la construcción del Estado y de la ciudadanía modernos, estaría en camino de desaparecer. A pesar de resaltar que el territorio no agota nuestras interpretaciones sobre el espacio social, el autor reconoce que se trata ahora de “conceptiones no territoriales de espacio” (p. 108).

Resulta paradójico que Mansbach concuerde con autores que admiten la declinación de la “idea de geografía” como base para la organización de la política y la economía. Una vez más, estamos ante el regreso del debate sobre la dimensión espacial, para hablar de su irrelevancia. Entonces, se vuelve “lógico” comprender que el tan proclamado (y cuestionado) discurso sobre el “fin del Estado” y el “mundo sin fronteras” se tornó el eje de lo que aquí venimos denominando “desterritorialización política”. Autores como Bauman (2003), sin embargo, destacan la necesaria distinción entre poder y política: en tanto el gran poder sería en la actualidad “extraterritorial”, en manos de las “fuertes del mercado”, la política, todavía básicamente territorial-estatal (“local”), perdería cada vez más su fuerza.

Una vertiente interpretativa, más circunscrita teóricamente al ámbito de la geografía política, realiza una clara asociación entre la desterritorialización y la posmodernidad. Ó Tuathail (1998a, 1999) propone diferenciar entre lo que él denomina como geopolítica moderna y geopolítica posmoderna, cuyas características las sintetiza de la siguiente manera (Ó Tuathail, 1998a: 28):

<table>
<thead>
<tr>
<th>Geopolítica moderna</th>
<th>Geopolítica posmoderna</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Visualizaciones cartográficas: mapas</td>
<td>Visualizaciones telemáticas: sig</td>
</tr>
<tr>
<td>Adentro/afuera, local/internacional</td>
<td>Redes globales, glocalización</td>
</tr>
<tr>
<td>Este/Oeste</td>
<td>Jihad/McWorld</td>
</tr>
<tr>
<td>Poder territorial</td>
<td>Poder telemático</td>
</tr>
<tr>
<td>Enemigos territoriales</td>
<td>Peligros desterritorializados</td>
</tr>
<tr>
<td>Postura rígida, fija</td>
<td>Respuesta rápida, flexible</td>
</tr>
<tr>
<td>Estado, hombre geopolítico</td>
<td>Redes, colectivos ciborg</td>
</tr>
<tr>
<td>“espacialidad estado-céntrica”</td>
<td>“condición sin frontera, quiebra</td>
</tr>
<tr>
<td>(estados soberanos, territorialmente</td>
<td>del Estado y desterritorialización”</td>
</tr>
<tr>
<td>delimitados)</td>
<td>(1998:18)</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Destacamos en cursivas los adjetivos de las expresiones “poder territorial” y “enemigos territoriales”, que se contraponen a “peligros desterritorializados”, porque se relacionan más directamente con los discursos de la desterritorialización. En realidad, todas estas características están interconectadas. La definición clara de fronteras, distinciones tales como las de exterior e interior, Occidente y Oriente, la diferenciación que hace el autor entre Estado y red, todo ello tiene que ver con su razonamiento propuesto acerca de que la territorialización se...
vincula más al mundo moderno y la desterritorialización a la posmodernidad.

No obstante, más que una distinción binaria, Ó Tuathail destaca que se trata de un mundo confuso, dotado de gran complejidad. Denomina a esta nueva geopolítica como fast geopolitics (geopolítica de la rapidez), como una derivación de la idea de que el movimiento y la "cronopolítica", como expresa Paul Virilio, se están imponiendo sobre la geopolítica "territorial" de comienzos del siglo XX, centrada en conceptos fijos como heartlands-rimlands, estados, bloques, etcétera. Crea también la expresión global floumotions (flujos + formaciones) para entender los "eventos estructurados por donde fluye información en aceleración de alta velocidad" (Ó Tuathail y Luke, 1998:73).

Para Newman (1998), el discurso posmoderno en la geopolítica se centra en el debate sobre "el impacto de la globalización en la soberanía del Estado y la desterritorialización del Estado" (p. 4, las cursivas son nuestras). Ello significa la íntima asociación entre los procesos de globalización –básicamente económica– y los de desterritorialización política o estatal, como ya destacamos en el punto anterior a través del abordaje "neoliberal" de Ohmae y O'Brien.

Algunos autores, en especial investigadores vinculados al área de las relaciones internacionales, con una visión muy limitada y un tanto dicotómica, diferencian el nexo establecido entre política y territorio de aquel que hay entre economía (global) y flujos "desterritorializados", de forma que reproducen también aquí el dualismo territorio-red, cuya discusión retomaremos en el capítulo 7. Strange (1996), en el mismo rumbo de Bauman (op. cit.), que distingue "política territorial del Estado" y "poder extraterritorial" de las "fuerzas de mercado", llega a proponer una distinción entre "política territorial" (del Estado) y "economía no territorial" (de las corporaciones transnacionales): la progresiva integración de la economía mundial, a través de la producción internacional, ha alterado la balanza de poder de los estados en dirección a los mercados mundiales. Este cambio ha llevado a la transferencia de algunos poderes en relación con la sociedad civil, de los estados territoriales a las corporaciones transnacionales no territoriales (p. 46).

Es probable que este discurso dicotómico se relacione también a la precariedad del diálogo entre los politólogos, más específicamente del área de las relaciones internacionales, la economía y la geografía.
En un ámbito más amplio que el de las empresas transnacionales, incluso las responsabilidades antes catalogadas como "monopolio" del Estado, como es el caso de la "violencia legítima", en muchos casos pasaron a ser *terrorizadas* (con la contratación de milicias y seguridad privadas) o sencillamente dejaron de existir. Muchísimas son las zonas del planeta en donde se instaló una especie de "vacio de poder", por no hablar de la fuerza creciente de los circuitos del crimen organizado, tanto del narcotráfico como del contrabando o el terrorismo internacional.

Para Ó Tuathail (1999), una serie de amenazas de tipo global representaría el mejor indicio de que el Estado está perdiendo poder. Dichas amenazas, que en forma polémica denominan como "des-territorializadas" (en este caso con guión, al revés del esquema que aparece en Ó Tuathail, 1998b), así como los "peligros globales", de carácter planetario, identificados en documentos oficiales por el gobierno de Clinton, parecen ser el terrorismo transnacional, la proliferación de armas de destrucción masiva, la degradación ambiental, el tráfico de drogas, armas y migraciones sin control de los refugiados. Su sentido ambivalente radicaría en el hecho de que, a pesar de tratarse de problemas "globales, transnacionales y postterritoriales" (expresión igualmente muy discutible), se les siente como amenazas nacionales, como se vio con claridad en las actitudes del presidente George Bush en relación con el terrorismo y con Iraq.

Dentro de la perspectiva de la globalización, uno de los elementos más destacados para explicar la desterritorialización política se relaciona con la difusión de las nuevas tecnologías de información y el ciberespacio. Es también Newman (1998) quien re cuerda que:

El impacto de la globalización económica y del ciberespacio de la información es visto como el principal factor en producir la desterritorialización del Estado y la correspondiente remoción de las fronteras (p. 6).

Entre los cambios más serios en el papel del Estado frente a la gestión corporativa de las grandes empresas, Strange (1996) destaca las telecomunicaciones:

En la cima de su poder sobre la sociedad, los estados reivindicaron y ejercieron el derecho a controlar los medios por los cuales se comunicaban la información: correo, telégrafo y teléfono. Alrededor de la última década, comenzó una rápida declinación de este poder, desencadenada por una combinación de cambio tecnológico, demanda del mercado y cambios políticos en Estados Unidos, a través de intereses económicos legitimados por la ideología económica de la empresa privada (p. 101).

El vasto poder adquirido por las llamadas telecoms (compañías de telecomunicación) y las agresivas disputas que se sucedieron en la definición de sus zonas de control de mercado por todo el mundo son claras evidencias de este nuevo agente des-territorializador.

Juntamente con el análisis de las empresas responsables del control o difusión de la información por el mundo, se encuentra el tipo de tecnología que implican y la manera como se difunde la información, o sea, la formación de lo que se convino en llamar ciberespacio en el nuevo espacio técnico-informacional.

Por lo tanto, dentro de los procesos de globalización económica es fundamental discutir el papel del ciberespacio en el mensajero del dominio o de la "soberanía territorial" de los estados y, consecuentemente, de sus fronteras. El ciberespacio es central tanto en la comprensión de la fluidez financiera (punto anterior) y el debilitamiento de las fronteras, como de la aceleración de los procesos de "híbridización" cultural (a discutirse en el próximo inciso). Si bien debe tenerse cuidado de no caer en un "determinismo tecnológico", es indispensable reconocer el papel creciente de las tecnologías informacionales en los procesos de desterritorialización. Por ese motivo, el tema recibirá un tratamiento aparte en el próximo capítulo, cuando encaremos un debate más amplio que relaciona desterritorialización con movilidad.

La más fundamentada interpretación teórica de base política (o político-económica) que se utiliza de la desterritorialización, como uno de sus conceptos centrales, es la elaborada por Negri y Hardt a través de su concepción de "Imperio" (Negri e Hardt, 2001[2000]). La obra de Negri y Hardt, así como la de Giovanni Arrighi, analizada en el punto anterior, se sitúa en la interfaz entre la dimensión política y la económica de la desterritorialización, con la diferencia de que, al contrario de la de Arrighi, privilegia la perspectiva política.

Ya en el prefacio de la obra, los autores destacan la centralidad de la noción de desterritorialización en su concepción de "Imperio":

La transición hacia el Imperio surge en el crepúsculo de la soberanía moderna. En contraste con el imperialismo, el Imperio no establece un centro territorial de poder, ni se basa en fronteras o barreras fijas. Es un aparato
de descentralización y desterritorialización de lo general que incorpora gradualmente al mundo entero dentro de sus fronteras abiertas y en expansión. El Imperio administra entidades híbridas, jerarquías flexibles y permutas plurales por medio de estructuras de mando reguladoras. Los diferentes colores nacionales del mapa imperialista del mundo se unieron y se mezclaron en un arco iris imperial global (pp. 12-13, cursivas del autor).

El discurso de la globalización que conduce al fin de las fronteras o al borderless world (mundo sin “fronteras o barreras fijas” o con “fronteras abiertas y en expansión”), relativamente banal, resurge aquí con otra consistencia y perspectiva teórica, fundamentada en cruces como el del materialismo dialéctico (Marx) con el postestructuralismo (Deleuze y Guattari).

Para los autores, el cambio de la “moderna geografía imperialista del mundo y la realización del mercado global” señalan un cambio en el propio modo de producción capitalista. Hay tal mezcla entre los “tres mundos” –o periferias y centros– que difícilmente logramos diferenciar. A pesar del dominio de ese movimiento desterritorializador, sin embargo, “el capital parece enfrentarse con un universo ameno, en el que no se reconoce ni siquiera un Estado-nación hegemónico, como ocurriera en la noción clásica de imperialismo.5

En ese “Imperio” descentralizado y desterritorializado, como será de prever, la red es la forma básica de organización, tanto de la estructura económica como de la distribución de poder. Nuevamente observamos allí la asociación a veces simplista entre desterritorialización y globalización, desterritorialización y red, “flujos e intercambios globales”, y el correspondiente dualismo entre red y territorio. También en este caso encontramos el amplio uso del concepto de desterritorialización sin la discusión respectiva sobre la concepción de territorio a la que éste se refiere.

La propia resistencia al “Imperio”, la “organización política alternativa” o “contra el Imperio” (p. 15), se construiría a partir de una “nueva cartografía”, una “geografía” aún por escribirse “en la lucha y en los deslizos de la multitud” (p. 16), pero que, se podría decir con certeza, posee también su base en la red: al final, este polémico “poder de la multitud” no puede ser representado sólo por su (falta de) forma en tanto “maza” (o lo que denominaremos más adelante “aglomerados de exclusión”).

Para entender el des-orden mundial responsable de la “problemática del Imperio”, Negri y Hardt parten de su dimensión jurídico-política. Este orden es, por tanto, una formación jurídica que no surge espontáneamente de la interacción de fuerzas globales radicalmente heterogéneas, por la “mano neutral y oculta del mercado mundial”, ni “por una sola potencia y un solo centro de racionalidad transcendente para las fuerzas globales” (p. 21, cursivas de los autores).

Las raíces históricas de esta “desterritorialización” del Imperio son, pues, de naturaleza geopolítica y se ubican en el mismo punto en el cual otros autores sitúan la crisis de la soberanía estatal contemporánea. Según los autores, las primeras crisis del orden westfaliano, que en 1648 sentó las bases de la territorialidad estatal mundial, fueron las guerras napoleónicas, el Congreso de Viena y el establecimiento de la Santa Alianza. De cualquier modo, dicen ellos, cuando ocurrió la primera gran guerra y al crearse la Liga de las Naciones, este orden ya estaba definitivamente en crisis.

De europeo el orden pasó a ser global, con la fundación de las Naciones Unidas a fines de la segunda gran guerra. “Las Naciones Unidas […] pueden ser vistas como el auge de ese proceso constitutivo, una culminación que revela las limitaciones del concepto de orden internacional al mismo tiempo apunta más allá de éste, rumbo a un concepto de orden global”. Surge, así, “una nueva fuente positiva de producción jurídica, eficaz a escala global, un nuevo centro de producción normativa que puede desempeñar un papel jurídico soberano” (p. 22). Por un lado, está el reconocimiento de la soberanía de los estados-naciones, con sus acuerdos y tratados; por el otro, “dicho proceso de legitimación sólo es eficaz en tanto transfiere derecho soberano hacia un verdadero centro supranacional” (p. 23).

Sin embargo, la desterritorialización que caracteriza al Imperio

MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

...debe mantenerse también en su relación con el imperialismo, la forma más "tradicional" de organización del capitalismo. Negri y Hardt recurren a la polémica distinción deleuze-guattariana entre espacio liso y espacio estrado para afirmar:

El imperialismo es la máquina de estratificación global, que canaliza, codifica y territorializa los flujos de capital, bloquea ciertos flujos y facilita otros. El mercado mundial, por el contrario, requiere un espacio liso de flujos no codificados y desterritorializados (2001:354).

Tal como lo predijo Rosa Luxemburgo, el imperialismo era al mismo tiempo el medio de difusión más eficaz para el capitalismo y su limitación. Por ello, Negri y Hardt sostienen que "si el imperialismo no hubiera sido derrotado, habría sido la muerte del capital", ya que la realización plena del mercado globalizado es, obligatoriamente, la negación del imperialismo, con la consiguiente declinación de los estados-naciones que le daban sustentación.

Los autores cuestionan posiciones como las de los teóricos del sistema-mundo (Wallerstein, Arrighi), quienes afirman que el capitalismo es inherentemente globalizador y que no hay exactamente algo nuevo en las transformaciones económicas del siglo XX. La atención hacia estas "dimensiones universales o universalizantes ab origine", del desarrollo del capitalismo, no debe impedirnos ver la ruptura o el cambio de la producción capitalista contemporánea y las relaciones globales de poder. De manera paralela a la "irreversible declinación" de los estados-naciones, la globalización estaría en camino a "proyectar una configuración única supranacional de poder jurídico" (p. 26).

El punto de partida para la noción de Imperio como "una nueva noción de derecho, o mejor dicho, un nuevo registro de autoridad y un proyecto original de producción de normas e instrumentos legales de coerción que hacen valer contratos y resuelven conflictos" (p. 23) se tornó, no obstante, muy problemático, en especial luego de los hechos del 11 de septiembre de 2001 y las reacciones neorrealistas (por lo tanto, "neoterritorialistas", en el sentido de revalorar la lógica territorial estatal) del gobierno estadounidense.

4 "Es un grave error abrigar cualquier tipo de nostalgia de los poderes del Estado-nación o restituir cualquier política que celebre la nación. Ante todo, esos esfuerzos son inútiles, porque la decadencia del Estado-nación [...] es un proceso natural e irreversible" (Negri y Hardt, 2001:357-358).

...El Imperio entendido como "espacio ilimitado y universal" con un "derecho válido para todo el espacio de la 'civilización'" (p. 29), tal como ya ocurrió en el Imperio romano, tendiente, pues, a "barrer" el espacio geográfico (por lo menos en su perspectiva jurídico-política), y que tiene como fuente la Organización de las Naciones Unidas, profundamente debilitada luego del conflicto iraquí de 2003, todavía parece un tanto lejos de estructurarse. Incluso en el terreno de los valores y la ética (véase el ascenso de los valores religiosos en varios frentes), estamos distantes de un Imperio "ilimitado" y "desterritorializado".

Es necesario, entonces, destacar aquello que podemos denominar como "contradiscuro de la desterritorialización en el plano político". A la argumentación de la desterritorialización, Newman (2000) contrapone la importancia del territorio y sus delimitaciones, principalmente a través del fortalecimiento de las identidades étnicas y nacionales. Para él, las nuevas configuraciones geopolíticas se están construyendo en el propio proceso de reterritorialización, y no como resultado de la desterritorialización, tanto a través del surgimiento de nuevas fronteras y limitaciones territoriales, como mediante la construcción de espacios virtuales de identidad, dentro de nuevos moldes espaciales formados por las "narrativas territoriales" centradas en lo simbólico y lo mítico.

Para Newman, hay dos tipos principales de reterritorialización en curso: el primero, la reterritorialización que emerge a partir de la globalización económica y el ciberspaço, pero que, a excepción de una pequeña élite de "ciudadanos globales", no llega a modificar la relación básica entre ciudadanía y Estado; el segundo, el surgimiento de movimientos étnico-nacionalistas en busca de redefiniciones político-territoriales.

El autor, en una lectura de territorio a veces todavía excesivamente tradicional, no concuerda ni siquiera con la tesis de que los territorios hoy en día están más vinculados a espacios multicompartidos o a aquello que aquí hemos denominado multiterritorialidad. Para él, basta con tratar de sugerir la noción de "territorios compartidos" para musulmanes y serbios en Bosnia, griegos y turco-chipriotas en Chipre, hutus y tutsis en Ruanda o judíos y árabes en Palestina: "esto puede sonar muy democrático, puede estar basado en conceptos universales de derechos humanos e igualdad, de multiculturalismo e identidades compartidas, pero no está basado en la realidad de conflicto prolongado, animosidad, odio y desconfianza" (Newman, 2000:30).

En verdad, todo eso que con frecuencia aparece con el rótulo de "desterritorializado" representa más bien la construcción de un nuevo
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

desorden territorial más complejo, que en ningún caso, por la simple pérdida o cambio de poder de las fronteras nacionales, se reduce a una "desterritorialización estatal", como muchos recalcan. Las fronteras estatales, como varios trabajos lo vienen demostrando, terminan rearticulándose bajo esta nueva realidad social, además de surgir otros tipos de "fronteras". Tras partir de una concepción de frontera como fenómeno multidimensional y dinámico, Paasi y Newman (1998) elaboran una serie de argumentos a favor de su relevancia:

- la "desaparición de las fronteras" afecta sólo a una parte muy limitada de la humanidad, la mayoría está inserta en (re)particiones territoriales;
- el surgimiento del ciberespacio y de la globalización económica no sólo "abrió fronteras" sino que creó otras, al facilitar y fortalecer los contactos entre los miembros de una diáspora, por ejemplo;
- la destrucción de barreras fronterizas es sobre todo un fenómeno de base económica, que no se extiende al flujo de inmigrantes en la homogeneización de los espacios culturales.

Es importante destacar ese papel contradictorio del Estado contemporáneo que, a la vez que libera las fronteras para la libre circulación de capitales —e incluso de mercancías, en numerosos casos—, actúa con un movimiento inverso en lo que respecta al control de la circulación de la fuerza de trabajo o de los refugiados políticos, impidiendo cada vez más "muros" por el mundo con el fin de impedir la entrada de inmigrantes.

Además, es indispensable recordar que, como no debemos restringir nuestra noción de territorio a su acepción estatal, debe expandirse también la propia concepción de frontera, y si ésta pierde (relativamente) poder en una escala (la nacional-estatal, por ejemplo), puede llegar a ganar relevancia en otras (como la local, en el caso de los guechos y "comunidades" más cerradas, o la supranacional, en el de organizaciones políticas como la Unión Europea).

Una de las cuestiones en las que se hace más evidente este relieve político de la escala local, y que seguramente se volverá aún más relevante en el futuro, es la "seguridad". Se trata también aquí de una problemática ambivalente, ya que como afirma Bauman:

5 No entrarémos aquí, obviamente, en la compleja cuestión del "poder local" y sus límites. Para una introducción a la polémica, véase Vainer, 2002.

MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Por un lado, todo se les puede hacer a los lugares lejanos unos de los otros sin cambiar de lugar [en que el territorio se vuelve un peso y ya no es más un recurso en la lucha por el poder]. Por el otro, es poco lo que se puede prevenir en relación con nuestro propio lugar, por más vigilantes y cuidadosos que seamos en resguardarlo (2003:100).

Al mismo tiempo, sin embargo, en lo que respecta a la experiencia diaria compartida por la mayoría, una consecuencia particularmente significativa de la nueva red global de dependencias, combinada con el gradual pero inexorable desmantelamiento de la red institucional de seguridad [...] es paradójicamente [...] el aumento del valor del lugar (2003:100, cursivas del autor).

A pesar de que Bauman reconoce que "la única función dejada en manos de los gobiernos de los estados" es "la vigilancia del territorio administrado",6 los llamados "circuitos paralelos" de la seguridad privada proliferan como nunca, beneficiándose más, obviamente, a aquellos que se encuentran en la cúspide de la pirámide social. La "defensa del lugar", "condición necesaria de toda seguridad", con frecuencia se asocia con una "cuestión barrial, un 'asunto comunitario'":

Donde el Estado fracasó, la comunidad —la comunidad local, una comunidad corporizada en un territorio habitado por sus miembros y nadie más (nadie que "no forme parte")— podrá brindar aquel "estar seguro" que el mundo más extenso claramente consipa para destruir (Bauman, 2003:102).

Acompañada por una privatización de los espacios públicos, esta "política del miedo cotidiano" (Zukin, 1995) genera la formación de nuevos territorios como "comunidades del barrio seguro" o "guechos voluntarios" (Bauman, 2003:105), que analizaremos más atentamente en el capítulo 6, cuando discutamos la "desterritorialización en la inmovilidad". De cualquier manera, se trata aquí de una reinvención del territorio en el nivel político, amalgamado por una concepción diferente de "comunidad" que rebasa con amplitud el ideal de "sociedad" del Estado moderno.

Aunque Newman no desarrolle uno de sus argumentos iniciales, el de que el territorio está reestructurándose también sobre bases más simbólicas, en un "espacio tanto virtual como real" (p. 31), concluye de forma enfática contra la desterritorialización:

6 Agrega que "otras funciones ortodoxas fueron abandonadas o pasaron a ser compartidas, y es así que sólo en parte son monitoreadas por el Estado y sus órganos, y no de manera autónoma" (Bauman, 2003:90).
El discurso posmoderno centrado en la desterritorialización del Estado y en la desaparición de las fronteras en su sentido tradicional es culturalmente específico de la narrativa norteamericana y europea occidental, y todavía hay que verificar hasta qué punto se volverá relevante para otras regiones a medida que los impactos mismos de la globalización y de la aproximación política se vuelvan más difundidos (Newman, 2000:31). La geopolítica debería focalizarse en la diferenciación geográfica de dichos procesos, a lo largo de un continuum de la desterritorialización a la reterritorialización, y en el modo como la globalización afecta en forma desigual las diferentes actividades estatales (Newman, 1999:5).

Como señala muy acertadamente y con amplitud Ó Tuathail (1998b), el objetivo debe ser “teorizar críticamente las territorialidades polimorfas producidas por las máquinas sociales, económicas, políticas y tecnológicas de nuestra condición posmoderna, más que rechazar esta complejidad y reducirla a dramas singulares de territorialización resistente o de desterritorialización permanente” (p. 90). Sin embargo, en esta complejidad política, económica y tecnológica, es necesario agregar aquello que suele llamarse la “política de la identidad”, una cultura política que, como afirma Campbell (1996), debe “moverse hacia más allá de la problemática de la soberanía, con el foco puesto en la segmentariedad geopolítica, en sujetos estabilizados y con poder económico”, a fin de “comprender la significación de los flujos, de las redes, tejidos y formaciones identitarias allí insertas” (p. 19). Por ello también es muy relevante abordar la perspectiva cultural o simbólica con la que se viene tratando la desterritorialización.

5.3. LA DESSERTORIALIZACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA CULTURAL

En el punto anterior vimos que, tradicionalmente, pensar el territorio a lo largo de la historia del pensamiento en las ciencias sociales, en especial entre geógrafos y politólogos, es ante todo pensarlo en términos políticos y culturales. Bayart (1996) muestra la íntima relación entre dichas esferas y critica los abordajes culturalistas:

Es muy evidente que la acción política es automáticamente una acción cultural. [...] Pero el culturalismo es precisamente incapaz de dar cuenta de este cuasi-sinónimo porque éste define las culturas de manera sustancialista y porque postula entre éstas y la acción política una relación de exterioridad, sobre el modo de la causalidad única (1996:10).

Por otro lado, no hay ninguna actividad, incluso las materiales, que no sea al mismo tiempo productora de sentido y de símbolos, ya que “comprender un fenómeno social, económico y político lleva a descifrar su ‘razón cultural’, tal como nos lo enseñó una corriente anticulturalista de la antropología: en definitiva, ‘es la cultura la que constituye la utilidad’” (Bayart, 1996:25).

A partir de esta perspectiva de “cultura política”, material y simbólica al mismo tiempo, procuraremos analizar los discursos que enfocan la desterritorialización a partir de su dimensión cultural. Como ya vimos al abordar las diferentes concepciones de territorio, algunos autores con tendencias culturalistas afirman que la propia configuración cultural precede o se impone a la naturaleza política de los territorios. No obstante, no se trata de remplazar una visión materialista por una idealista sobre los procesos de desterritorialización.

Prioritaria o no, preceda o no a la política, la dimensión cultural siempre estuvo presente en los procesos de formación territorial. La carga identitaria o simbólica en aquello que Anderson (1989) denominó “comunidades imaginadas” (pero nunca sólo imaginadas), aparecería en la actualidad con un énfasis raramente visto. Los territorios modernos por excelencia, los del Estado-nación, estarían marcados por una “comunidad imaginada” reproducida en la figura de un individuo nacional-universal capaz de imponerse sobre las diversas “comunidades” basadas en la diferenciación étnica de los grupos sociales. A la par, mientras tanto, se reinventan símbolos e identidades nacionales, estructurados para consolidar la homogeneización de la nueva “nación-Estado”. De allí que la creación de los estados-naciones modernos y, en consecuencia de las sociedades nacionales, desde el punto de vista cultural sea un movimien- to ambivalente, a la vez desterritorializador y reterritorializador, al igual que como lo vimos respecto a la dimensión política.

Podemos comenzar retomando el tradicional discurso de sustitución

7 Por ejemplo, los ya citados Bonnemain y Cambréz (1995), para quienes “la existencia e incluso la imperiosa necesidad de toda sociedad humana de establecer una relación fuerte, o incluso espiritual, con su espacio de vida, parecen estar claramente establecidas. [...] El poder del lazo territorial revela que el espacio está investido de valores no solamente materiales sino también éticos, espirituales, simbólicos y afectivos. Es así que el territorio cultural precede al territorio político y, con más razón, precede al espacio económico” (p. 10).
de la *Gemeinschaft* por la *Gesellschaft*, de la “comunidad” (étnica, de grupo) por la “sociedad” (“nacional”), según las palabras de Tönnies. Un esquema general que sintetiza esta distinción, en los términos planteados por el autor, nos permite deducir mejor las diferentes “territorialidades” que implica cada modelo y verificar por qué suele argumentarse que el segundo sería más “desterritorializador” que el primero:

<table>
<thead>
<tr>
<th>Naturaleza de la asociación</th>
<th><em>Gemeinschaft</em> (comunidad)</th>
<th><em>Gesellschaft</em> (sociedad)</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Vida real y orgánica</td>
<td>Estructura imaginaria y mecánica</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Organismo vivo</td>
<td>Agregado mecánico y artefacto</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>De personas (más rural), antigua (como denominación y fenómeno)</td>
<td>De Estado (más urbano), nueva</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Paternidad</td>
<td>Relaciones contractuales</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Por sangre, de lugar, espiritual (parentesco, vecindad, amistad)</td>
<td>Construcción artificial, racional. Los individuos “se mantienen esencialmente unidos a pesar de todos los factores disyuntivos”</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Construcción afectiva, “natural” u “original”. Los individuos “se mantienen esencialmente unidos a pesar de todos los factores disyuntivos”</td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

A pesar de todas las observaciones y las críticas realizadas al razonamiento dualista de tal distinción, ésta aún se revela como un referente válido justamente para poder pensar las interacciones y ambigüedades que oculta la separación, así como la diversidad interna a cada condición. Por ejemplo, Tönnies afirma que:

La *Gemeinschaft* por sangre, denotando unidad de ser, se desarrolla y se diferencia en *Gemeinschaft* de localidad, que se basa en el hábitat común. Una diferenciación posterior lleva a la *Gemeinschaft* espiritual (“mental”) que implica solamente cooperación y acción coordinada para un objetivo común. *Gemeinschaft* de localidad puede ser concebida como comunidad de vida física, del mismo modo que *Gemeinschaft* espiritual expresa la comunidad de la vida mental [...], la verdaderamente humana y extrema forma de comunidad (1961[1887]:194).

Es interesante percibir en el punto de vista del autor esa condición “territorializada” un tanto ambigua de las estructuras “comunitarias”. Al mismo tiempo que los tres tipos “están íntimamente interrelacionados en el espacio y en el tiempo” (p. 195), es la *Gemeinschaft* mental o espiritual, siempre dotada de un profundo lazo religioso, la que se considera “verdaderamente humana” y la forma más “extrema” de comunidad. Este razonamiento algo nostálgico de la vida comunitaria tradicional en disolución revela un sentido ambivalente en relación con el territorio: a la vez que la *Gemeinschaft* de localidad (“una relación común establecida a través de la propiedad colectiva de la tierra”) se halla estrechamente relacionada con las otras dos, es la espiritual la que se impone como más relevante.

A veces tenemos la impresión de que, al contrario de lo que muchos afirman, el carácter simbólico de los lazos “comunitarios” era más fuerte que el carácter territorial o de vinculaciones con el espacio material, en tanto que en la *Gesellschaft* estatal la territorialidad sería más importante que los “laços espirituais”. En realidad, esta impresión se debe al hecho de que normalmente disociamos e incluso dicotomizamos las dimensiones simbólico-expressiva y material-funcional del territorio. *La Gemeinschaft* en general (ya que no se trata de una regla universal) presenta estas dos esferas completamente vinculadas e imposibles de disociar, mientras que la modernidad (también “en general”) parte de presupuestos disociativos y confiere al territorio un carácter más funcional que simbólico, a tal punto que éste rige las relaciones mismas de producción.

*La Gemeinschaft* no puede prescindir de importantes referencias espaciales, o sea, de una territorialización en el sentido simbólico-cultural, ya que su “vínculo común” está “representado por lugares sagrados y deidades veneradas” (p. 195). En resumen, habría una jerarquización de elementos, desde los lazos étnicos hasta los espaciales e intelectuales:
La verdadera fundación de la unidad y, consecuentemente, la posibilidad de Gemeinschaft es, en primer lugar, la proximidad de las relaciones y la mezcla de sangre, en segundo lugar la proximidad física, y finalmente —para los seres humanos— la proximidad intelectual (Tönnies, 1961:196-197).

En este sentido, parece ser evidente que el dominio de la Gemeinschaft es desterritorializador, ya que supone la disolución de esta “unidad” que sólo es posible en espacios más restringidos y articulados localmente. La proposición durkheimiana se invierte aquí y la solidaridad mecánica pasa a ser la de los estados y las “sociedades”, y no, como en Durkheim, la solidaridad orgánica. Se trata, en realidad, de dos visiones distintas sobre el papel del Estado y la sociedad moderna: la de Tönnies, defensora de elementos comunitarios más “tradicionales”, y la de Durkheim, partidario de la solidaridad “moderna” en que la propia complejización de la división social del trabajo es un elemento “orgánico” de cohesión social (Durkheim, 1995).

Esta ambigüedad interpretativa muestra que el modelo es mucho más complejo y ambivalente de lo que el esquema dual indica. Si tomamos la noción “comunitaria” de sociedad nacional de Anderson, podemos decir que en realidad las sociedades (nacionales), a la vez que disuelven antiguos lazos “territorializadores”, crean otros nuevos, al principio más generales y abstractos, ciertamente, pero que con el tiempo revelan su profundo sentido reterritorializador. Sin hablar de la gran diferenciación interna con los Estados-naciones, unos más forjados en el llamado “derecho de sangre” y más cercanos, por lo tanto, a la Gemeinschaft tönnesiana, otros moldeados en el “derecho de suelo”, más universalista y más típicamente gessellschaftiano.

Como se puede desprender de la discusión realizada al final del punto anterior, el desorden territorial denominado posmoderno carga consigo una globalización que dice ser homogeneizadora y niveladora de culturas, y una fragmentación (para algunos, “localización”) que abarca no solamente territorios estatales nacionales, con un carácter político más pronunciado, sino también otros de fuerte connotación identitaria, muchas de ellos difusores de una verdadera etnización de la territorialidad.

Uno de los primeros discursos sobre la desterritorialización en el sentido político-cultural, en términos de “desarraigo geográfico”, inti-

mamente asociado al de las nociones de Gemeinschaft y Gessellschaft, fue propuesto por Simone Weil (1949), cuando el Estado (o la nación, en los términos de la autora) parecía estar reemplazando todas las otras “comunidades territoriales”. Entre los diferentes tipos de desarraigo, la autora distingue “el desarraigo que se podría denominar geográfico, o sea, en relación a las colectividades que corresponden a territorios”:

El sentido mismo de colectividad casi desapareció, excepto apenas para una, para la nación. Pero existen, existieron muchas otras. Algunas menores, a veces muy pequeñas: ciudad o conjunto de villorrios, provincia, región; algunas engloban varias naciones; algunas engloban varias partes de naciones. La nación sola remplazó a todas ellas. La nación, o sea, el Estado; pues no se puede encontrar otra definición para la palabra nación sino el conjunto de territorios que reconocen la autoridad de un mismo Estado. Se puede decir que en nuestra época el dinero y el Estado remplazaron a todos los otros vínculos [attachements] (p. 129).

La condición “desarraigadora” de la Gessellschaft en relación con la Gemeinschaft también se revela aquí ambigua en extremo. Según la perspectiva adoptada, podemos encontrar la formación de la “nación” moderna (fundada en la identidad nacional) como un proceso destructor de territorialidades (de las fidelidades territoriales preexistentes, como comenta Weil) o como reconstructor, en otro nivel de escala. O sea, lo que predomina, más que una desterritorialización en rigor, es una reterritorialización en otra escala, donde el Estado-nación se impone de manera universal y pretendidamente exclusivista como patrón de ordenamiento territorial globalizado.

Además de esta desterritorialización en tanto “desarraigo” cultural promovido por los estados-naciones, encontramos las lecturas más recientes, presentes en los discursos de la posmodernidad. Muchos antropólogos y sociólogos han proclamado la desterritorialización como característica central de los procesos culturales contemporáneos, en todas las escalas. Kaplan, por ejemplo, al asociar desterritorialización cultural y compresión tiempo-espacio (aunque no utilice explícitamente el término), afirma:

Un mundo que lleva personas, información, objetos y imágenes a través de enormes distancias y a alta velocidad desestabiliza las convenciones de identidad tradicionalmente encontradas en la cultura del Primer Mundo en la
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

primera mitad de este siglo. "Desterritorialización" es un término para el desplazamiento de identidades, personas y significados que es endémico al sistema del mundo posmoderno (Kaplan, 1990:358).

Appadurai (1996) destaca de manera aún más enfática:

Existe una necesidad urgente de concentrarse en la dinámica cultural de lo que ahora se llama desterritorialización. Este término se aplica no solamente a ejemplos obvios como el de las corporaciones transnacionales y los mercados financieros, sino también a grupos étnicos, movimientos sectarios y formaciones políticas, que operan cada vez más bajo formas que trascienden límites e identidades territoriales específicos. La desterritorialización [...] afecta las lealtades de los grupos (especialmente en el complejo contexto de las diásporas), su manejo transnacional de moneda y otras formas de riqueza e inversión, y las estrategias de los estados (p. 49).

Esta desterritorialización actuaría en las más diversas escalas, incluida la familiar:

La tarea de la reproducción cultural, incluso en sus ámbitos más íntimos, tales como el de las relaciones marido-esposa y padre-hijo, se vuelve a la vez politizada y expuesta a los traumas de la desterritorialización, ya que los miembros de la familia juntan recursos y negocian sus puntos de vista y aspiraciones comunes en arreglos espaciales a veces fracturados (Appadurai, 1996:44).

Es interesante observar cómo en los últimos años, bajo la égida de la posmodernidad, se difundió la noción de un mundo culturalmente desterritorializado, mientras que antes se hacía poca alusión a esta "territorialización" cultural de la modernidad. Una vez más, es como si de manera súbita hubiésemos descubierto la importancia de los componentes espaciales en la construcción de la cultura, pero sólo para entender hasta qué punto estos componentes se vienen debilitando.

Así, pues, ahora se habla de "desprendimiento" (detachment) cultural en relación con lugares específicos (como en la "desterritorialización" cultural de Tomlinson, 1999), "culturas desterritorializadas" (Featherstone, 1997), hibridismo cultural generalizado e incluso de "no lugares", sin identidad ni historia (Augé, 1992). Podemos identificar entonces como cuasi-sinónimos de desterritorialización a la desvinculación cultural de espacios específicos y la mezcla de identidades o el hibridismo como norma cultural dominante.

Uno de los autores que más ha abordado la cuestión de la desterritorialización, desde un punto de vista cultural y enfatizando justamente estos dos puntos, es el sociólogo argentino Néstor García Canclini (1990, 1995, 1997). Para el autor, dos de los procesos responsables de los cambios socioculturales contemporáneos son "la reformulación de los patrones de asentamiento y convivencia urbanos" (1995:27), al desvincular el lugar de vivienda y el de trabajo, lo que transforma en policéntrica la mancha urbana, y "la redefinición del sentido de pertenencia y de identidad", que sustituye las lealtades locales y nacionales por las "comunidades transnacionales o desterritorializadas de consumidores (los jóvenes en torno al rock, los teleespectadores que siguen los programas de CNN, MTV y otras redes transmitidas por satélite)" (1995:28, las cursivas son nuestras).

La desterritorialización, de esta manera, se considera como resultado del debilitamiento de las lealtades locales y nacionales a favor de las comunidades transnacionales o, en los términos del autor, "comunidades desterritorializadas de consumidores". Para García Canclini, "lo que es novedad en la segunda mitad del siglo xx es que estas modalidades audiovisuales y masivas de organización de la cultura acabaron subordinadas a criterios de ganancia empresariales, así como a un ordenamiento global que desterritorializa sus contenidos y sus formas de consumo" (1995:28-29, las cursivas son nuestras). Esta desterritorialización vinculada a la uniformización mercantil de las formas de consumo implica también el paso de un mundo de "identidades modernas" hacia uno de "identidades posmodernas" (expresión "cada vez más incómoda", reconoce él). Así:

Las identidades modernas eran territoriales y casi siempre monolingüísticas. Se fijaron subordinando a las regiones y etnias dentro de un espacio más o menos arbitrariamente definido, llamado nación [...]. Por otro lado, las identidades posmodernas son transterritoriales y multilingüísticas. Se estructuran menos desde la lógica de los estados que de los mercados; en vez de basarse en las comunicaciones orales y escritas que cubrían espacios personalizados y se efectuaban a través de interacciones próximas, operan mediante la producción industrial de cultura, su comunicación tecnológica y el consumo diferido y segmentado de los bienes. La clásica definición socioespacial de identidad, referida a un territorio particular, necesita complementarse con una definición sociocomunicacional [sic] (1995:35-36, cursivas del autor).

A veces García Canclini parece caminar dentro de la misma lógica general de "redescubrimiento" de la dimensión territorial de la so-
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

ciedad para afirmar su poca relevancia. Pero hay en él más sutileza
y frecuentemente se puede divisar una visión más relacional entre
espacio (o territorio) y sociedad; por el contrario, "una definición socio-
espacial de identidad" está "complementada" -no sustituida- por la
"definición sociocomunicacional". La xenofobia reactiva de los "refu-
gios nostálgicos" aún implica arraigos territoriales promotores de la
violencia y, si queremos cambiar este contexto, debemos "combinar el
arraigo territorial de barrios o grupos con la participación solidaria
en la información y con el desarrollo cultural proporcionado por los
medios de comunicación masiva, en la medida que éstos hagan pre-
sentes los intereses públicos" (1995:115, las cursivas son nuestras).
Con la revaloración de ciertos ambientes culturales, el autor divisa
la "reterritorialización", a través de movimientos sociales y
medios de comunicación que ponen el énfasis en la cultura local-regional.

En fin, la tensión entre desterritorialización y reterritorialización
es uno de los caminos más propicios para entender las entradas y
salidas de la modernidad:

Las búsquedas más radicales acerca de lo que significa estar entrando y sa-
liendo de la modernidad son las de quienes asumen las tensiones entre des-
territorialización y reterritorialización. Con esto me refiero a dos procesos:
la pérdida de la relación "natural" de la cultura con los territorios geográficos
y sociales, y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas,
parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas (1997:288).

Para entender estos procesos, el autor parte de la "transnacio-
nalización de los bienes simbólicos" (p. 288) y de las "migraciones
multidireccionales" (p. 290). Al llevar aún más lejos su razonamiento
geográfico, García Canclini reclama, como Roger Rouse (en García
Canclini, 1997:314), una nueva cartografía para revelar estos nuevos
espacios en constante "des-reterritorialización". Ella estaría, por ejem-

PxB

no sólo la relación interindividual, sino también la que me vincula a un terri-
torio, a una ciudad, a un medio ambiente natural que comparto con otros.
Éstas son las pequeñas historias de la vida cotidiana: tiempo que se cristaliza en

mientes, que forman un tercero, está también la propia identificación
con el espacio transfronterizo, un espacio en cierta forma fluido,
"deslizante", en constante movimiento. Podemos visualizar en este
espacio-tiempo lo que más adelante analizaremos como una identi-
dad sociocultural construida en el y con el movimiento, un territorio
construido por el movimiento. Además, al mostrar los fuertes lazos
mantenidos por una comunidad del interior de México (Aguililla)
con ciudades de Estados Unidos, a través de sus grupos de migrantes,
se manifiesta allí lo que luego, en la conclusión de este trabajo,
llamaremos "multiterritorialidad".

Otro trabajo de gran interés relativo a la dimensión cultural de los
procesos de desterritorialización es obra del sociólogo francés Michel
Maffesoli. El autor, dentro de una concepción (muy cuestionable) de
postmodernidad, que se contrapone claramente a la de modernidad
y la percibe en forma muy optimista, cree que lo que está ocurriendo
en la actualidad es un "reencantamiento del mundo" que "tiene como
cemento principal una emoción o una sensibilidad vivida en común" (1987:42).

En este caso, la ecuación anterior defendida por García Can-
clini parece invertirse: el mundo "posmoderno" no es predominantemen-
te desterritorializador sino reterritorializador. Las "tribus", en su
revaloración de la vida cotidiana, de la "frivolidad y superficialidad"
que "hace posible cualquier forma de agregación" (1987:127), pro-
 voca la aproximación (la "promiscuidad") y, debido a que "se com-
parte un mismo territorio (sea éste real o simbólico), vemos nacer
la idea comunitaria y la ética que es su corolario" (1987:24). Como
contrapunto, en una línea semejante a la del "desarraigo geográfico"
de Simone Weil, se puede inferir que la desterritorialización es el des-
encantamiento del mundo "moderno", el debilitamiento de la vida
comunitaria, el individualismo y la masificación.

Esta visión culturalista y también, de algún modo, nostálgica del
territorio, al enaltecer el ideal comunitario presente-territorio-mito,
leva a Maffesoli a dar énfasis a la "proxemia", el sentido relacional
de la vida social, "el hombre en relación", incluso con el ambiente
cultural y las artes.
españo. A partir de allí, la historia de un lugar se transforma en historia personal. Por sedimentación, todo lo que es insignificante [...] se transforma en lo que Nietzsche llamó “diario/figurativo” [...] Diario que nos enseña “que podemos vivir aquí porque vivimos aquí” (pp. 169-170).

Al partir del par historia-mito y de la herencia helenística, Maffesoli afirma que mientras las “potencias que rigen el mundo” producen la historia, las ciudades y sus territorios producen y se alimentan de los mitos. "Para retomar una imagen espacial, a la extensión (extendere) de la historia se le opone la ‘in-tensión’ (in-tendere) del mito, que privilegiará lo que se comparte a través del mecanismo de atracción/repulsión, inherente a él” (1987:170). Para el autor, “la experiencia de lo vivido en común es la que fundamenta la grandeza de la ciudad” (p. 171). Remitiéndose a Florencia, recuerda que “el noble, por oportunidad o debido a alianzas políticas, puede variar, cambiar de afiliación territorial. El comerciante, por las exigencias propias de su profesión, no deja de circular. El pueblo, a su vez, es el que persevera en su espacio”, se siente “más responsable por la ‘patria’, tomando este término en su sentido más simple, […] territorio de sus padres”, “ese amor por el prójimo y por el presente”, “la memoria de la continuidad” (p. 173).

En el cosmopolitismo y el arraigo, el “hombre relacional”, al acentuar lo espacial, lo territorial, se vuelve “una mezcla de apertura y de reserva”, pero en la cual la “afabilidad” de los contactos cotidianos puede ser “indicio de una poderosa autorreferencia” (p. 174). Maffesoli cree que una “heteronomía tribal” está remozando la “autonomía individual” burguesa, en un “retorno de la inversión afectiva, pasional, de la cual conocemos el aspecto estructuralmente ambiguo y ambivalente” (p. 175). Se sabe, obviamente, que esta tendencia se halla inserta en una “dialéctica masa-tribus”, en la que “la masa [más cercana a la desterritorialización, podríamos agregar] es el polo englobante, y la tribu [reterritorializadora] el polo de la cristalización particular, en que toda la vida social se organiza en torno de estos dos polos en un movimiento sin fin” (p. 176).

Las múltiples “tribus” a las que cada uno puede pertenecer revelarían múltiples territorialidades, efímeras, que asumimos a lo largo de nuestra vida cotidiana, multiplicidad facilitada por los contactos vía Internet o Minitel (el sistema francés que antecedió a Internet). Se estaría anunciando una nueva racionalidad a la vez “centrípeta”, estática y dinámica, entre masa y tribu, segregación y tolerancia, en la que “el coeficiente de pertenencia no es absoluto, cada quien puede participar de un infinidad de grupos, invirtiendo en cada uno de ellos una parte importante de sí” (p. 202). El “antiguo mito de la comunidad” se reactualiza a través del “paradigma de la red” (p. 208), el único capaz de dar cuenta de este intercambio permanente entre masa y tribu, puntos (o nodos) de agregación y líneas de circulación. Con certeza, excepto una cierta nostalgia comuninistas, antes ya destacada, Maffesoli aquí se refiere con otras palabras a un nuevo proceso de reterritorialización o, para utilizar nuestro término, a la “multiterritorialidad” de nuestro tiempo.

Lo que Maffesoli no advierte con el énfasis necesario es que este “retorno de una inversión afectiva, pasional”, no tiene sólo el aspecto ambivalente y, para él, muy positivo de esta nueva “multiterritorialización” (concepción nuestra). Innumerables manifestaciones contemporáneas muestran también territorializaciones cerradas, estancas, “territorialismos”, sobre todos los que recurren a lo que podemos llamar etnización de la vida y el territorio.

La polémica teoría del “choque de civilizaciones” de Samuel Huntington (1997) parece ser el polo extremo al que llegaron las interpretaciones que acompañan esa vertiente “cultural-territorialista”, en evidente contrapunto con la teoría de la desterritorialización de sello cultural. La propuesta central de Huntington es que “la cultura y las identidades culturales [así como sus bases territoriales en términos de grandes espacios civilizatorios] […] están moldeando los patrones de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo posguerra fría” (1997:18-19).

Para Huntington —quien trabaja en una escala completamente diferente de la abordada por Maffesoli, la escala-mundo—, más que una desterritorialización, lo que sucede en el mundo posguerra fría es una reterritorialización en torno de las mayores unidades culturales-territoriales, las “civilizaciones”. Su teoría es muy simplista, desde la delimitación territorial de estas civilizaciones, como si aún fuese posible delimitar áreas culturales continuas (la mayoría de las “civilizaciones”) y homogéneas, hasta el punto clave de que los conflictos básicos pasarían a producirse en las “líneas de fractura” o de contacto entre las diferentes civilizaciones.

Para una discusión más profunda sobre la relación entre red y desterritorialización, véase el punto 7.1.
MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

Resulta interesante verificar cómo se difunden por el mundo, en escalas múltiples, los procesos de reterritorialización que podríamos denominar “culturalistas”, por el énfasis que dan a las identidades (étnicas, religiosas, lingüísticas). Aunque Huntington tenga cierta razón en lo que se refiere a las “líneas de fractura” de algunas grandes “civilizaciones”, la verdad es que existen movimientos “territorialistas” de base cultural en las escalas más diversas, desde el “gueto” urbano hasta el plano regional y nacional, y en este último no sólo en el sentido clásico de territorios continuos bien delimitados.

Lo “nacional”, especialmente dentro de las lógicas “posmodernas” contemporáneas, no siempre aparece acompañado por recortes territoriales uniformes y contiguos. Las propuestas para la formación de los estados de Bosnia-Herzegovina y de Palestina son muy demostrativas de este proceso desterritorializador en torno de espacios fragmentados y concebidos de acuerdo con una pretendida homogeneidad socioespacial de identidades étnico-nacionales.

Se busca una reterritorialización tanto en lo que respecta a nuevos territorios que respalden antiguos grupos étnicos cuyas tradiciones muchas veces necesitan ser “reinventadas” (en los términos de la “inven-ción de las tradiciones” de Hobsbawm y Ranger, 1984), como en lo concerniente a territorios que, en su propia configuración, inventen identidades y prácticamente representen la fundación de nuevos grupos o entidades culturales. Este vaivén entre espacio y cultura, territorio e identidad muestra, sin embargo, que la identidad (en este caso étnico-territorial) no es “una simple manipulación simbólica o ideológica. La identidad étnica tiene un valor performativo, en el sentido de que efectivamente termina por orientar el comportamiento de los actores sociales y por brindarles sentido y una posibilidad de movilización” (Rivera, 1999:53). Como los procesos contemporáneos de etnización cargan con gran frecuencia con un discurso territorial para legitimarse, es justo afirmar que el territorio a menudo aparece como un territorio etnizado.

Un caso citado por Rivera ilustra bien lo que se puede denominar etnización de una noción geográfica, muy común en la actualidad, y que corre en sentido diametralmente opuesto a de los procesos de desterritorialización. Se trata del movimiento de la Liga Norte Italiana por la autonomía o independencia de Padania, que incluye a la vez la invención de un territorio y de una tradición y una identidad “padanas”. El nombre Padania se creó a partir de “planicie padana” (del río Po) y ha sido notoriamente manipulado a favor de la legitimación de los intereses de las clases dominantes del norte de Italia, más rico, en sus reivindicaciones federalistas y separatistas frente al centro y al sur del país, más pobres. Así, se puede afirmar que es posible tanto la “geografización de una concepción étnica”, hoy predominante, que se evidencia en conflictos como los de Palestina, Bosnia y Congo-Ruanda, como la etnización de una noción geográfica, como en el caso de Padania.

De esta forma, la desterritorialización en territorios marcados de modo profundo por rasgos étnico-culturales implica, sobre todo, la destrucción de lo que Said denominó “geografías imaginarias”, ya que la identidad, en este caso, depende fundamentalmente de esas referencias a un determinado recorte geográfico, tengan éstas un carácter más concreto o más simbólico.

Una vez discutida la importancia de abordar el territorio y la desterritorialización a partir de una dimensión cultural, entendida como cultura política, es posible proponer un abordaje de la desterritorialización desde los diferentes niveles de interacción cultural que esta implica. De esta forma, tendríamos territorios culturalmente más cerrados –cuyos grupos podrán ser considerados al mismo tiempo como territorializados (de manera interna) y como desterritorializantes (en relación con grupos de otros territorios y excluidos de éstos)–, así como territorios culturalmente más híbridos, en tanto permiten/facilitan el diálogo intercultural y tal vez hasta posibiliten el surgimiento de nuevas formas, múltiples, de identificación cultural.

Lo que sucede es que, para diversos autores, la hibridización cultural es la mejor evidencia de que vivimos dentro de un proceso de desterritorialización. La frontera misma, más que una “línea de fractura” que separa identidades culturales (o “civilizatorias”) claras, como en la visión de Huntington, se transforma en el locus del hibridismo, de la imbricación de culturas, como señala García Canclini en sus estudios, ya citados aquí, sobre la zona de Tijuana, en la frontera entre México y Estados Unidos. Kraniauskas (1992) comenta que, en este contexto, “la frontera, como un espacio de encuentros y encuentros culturales híbridos, una ‘neoterritorialidad’, se torna paradójica” (p. 149), lo que permite hablar incluso de una especie de epistemología de frontera”

10 Este “cemento entre las clases” promovido por la identidad puede ser tanto un factor de dominación, algo nítido en el caso de Padania, como un factor de resistencia, tal como ocurre entre los inmigrantes, contra la estigmatización y la exclusión, en los movimientos “black” de Inglaterra y “beur” de Francia (Rivera, 1999).
(a partir de los trabajos tanto de García Canclini como de Bhabha [1994]).

Krasniauskas (1992, 2000), citando a Deleuze y Guattari –para quienes el capitalismo “se halla continuamente reterritorializando un momento que desterritorializa con la otra” y produciendo “neoterritorialidades” como la de la frontera, antes consignada–, critica un cierto binarismo en las posiciones de García Canclini con relación a esos procesos (tratados como dos, individualizables, como se han de entender en una cita y lo comentamos), así como un dejo de culturalismo, por la ausencia de una perspectiva más enfática en términos de economía política.

Justamente, esta perspectiva histórica económica-política y la contextualización geográfica de los discursos sobre el hibridismo cultural, de alguna manera más nítidos en los abordajes llamados “multiculturales”, es lo que reivindican Coombes y Brah (2000) en _Hybridity and Its Discontents_.

Una de las diferencias entre los modos con los que son abordados el hibridismo y el multiculturalismo es que el multiculturalismo contiene siempre una dimensión política ausente en los debates sobre hibridismo, en los cuales el término oculta un descriptor exclusivamente cultural, y en los que, en forma crucial, frecuentemente la cultura es representada como autónoma de toda determinación política y cultural. El libro tiende, pues, a destacar la necesidad de historizar el concepto de hibridismo y de reconocer los contextos geopolíticos en los que circulan los términos del debate (p. 2).

La hibridización debe ser vista en sus diversas modalidades o, para usar aquí la expresión de Massey, en sus múltiples “geometrías de poder”, o sea, se la vive de muy diferentes maneras según el grupo social, la etnia, el género y el contexto histórico y geográfico que abordemos. En tanto término descriptivo “paraguas”, hibridismo:

falla en términos de diferenciar entre las distintas modalidades de hibridismo, tales como imposición colonial [...] u otras interacciones como asimilación obligatoria, cooptación política, mimetismo cultural, explotación económica, apropiación de arriba hacia abajo, subversión de abajo hacia arriba (Stam, 1999:60).

Interpretada en el sentido de “cultura política”, como se destacó en el comienzo de este punto, qué sentido tendría, pues, la hibridización en la definición de la desterritorialización y, al mismo tiempo, de la construcción de nuevas territorialidades? Debemos partir del presupuesto de que el término híbrido y sus correlatos, hibridismo e hibridización, tan en boga en nuestros días, no representan exactamente una novedad. “Culturas híbridas”, según los más críticos en relación con el término, siempre existieron, por el simple hecho de que toda nueva cultura brota de la mezcla entre distintas identidades y conjuntos de valores culturales previamente dominantes.

Algunas sociedades y espacios viven el hibridismo de manera más pronunciada, o se encuentran más abiertas o se van forzadas a efectuar intercambios y mezclas culturales más intensos. Es el caso de Latinoamérica, tal vez el más “híbrido” de los continentes, uno de los mejores ejemplos de “territorialidades híbridas”, concebido en el violento escenario colonial a partir de la penetración de culturas indígenas, ibéricas, africanas, hindúes (en el Caribe y en la Guyana) e italo-germánicas (especialmente en el Cono Sur).11

Stam (1999) advierte que términos como “mestizaje”, “indianismo”, “diversidad”, “creolidad” y otros se han usado desde hace largo tiempo en los estudios latinoamericanos, pero sólo en tiempos recientes se incorporaron como síntomas del discurso posmoderno o postcolonialista. En el movimiento modernista brasileño de comienzos del siglo XX, especialmente en el de la “antropofagia” del escritor Mário de Andrade, encontramos ya el discurso de la hibridización:

De esta forma, el canibalismo ritual, durante siglos el verdadero nombre del salvaje, del otro abyecto, se transforma con los modernistas brasileños en un tropo anticolonialista y en un término de valor (Stam, 1999:59).

Esto no quiere decir que en Latinoamérica el hibridismo cultural haya significado simplemente un proceso de desterritorialización; por el contrario, es posible afirmar que ésta es la mejor evidencia de que territorialización y desterritorialización no pueden utilizarse sino en forma conjunta. La compleja dinámica social que dio origen a lo que hoy en día denominamos Latinoamérica, entre conflictos, acuerdos y síntesis de culturas, tuvo como resultado una reterritorialización singular desde una perspectiva histórica. O sea, aunque reconozca-

11 Este preconizado hibridismo, muchas veces impuesto, no impide sin embargo el fortalecimiento de movimientos sociales con fuertes bases identitarias; véase el reciente reurgir del movimiento negro y del movimiento indígena, principalmente en los países andinos y en México.
mos la colonización como un proceso violento y, por lo tanto, profundamente desterritorializador, sobre todo en lo que se refiere a la expropiación de las comunidades amerindias y al tráfico de esclavos, hondamente desterritorializados, dio como resultado determinados tipos de amalgama que, justo por su calidad de mezcla o sincretismo, reveló ser un eficaz mecanismo de reterritorialización.

Como afirma Tomlinson (1999):

es importante recalcar que la desterritorialización no es un proceso lineal, de una sola mano, sino un proceso caracterizado por el mismo push-and-pull dialéctico de la globalización misma. Donde existe desterritorialización también hay reterritorialización. [...] la desterritorialización es una condición ambigua que combina beneficios y costos con varias tentativas de reestablecer una “casa” cultural. [...] todos nosotros, como seres humanos, estamos corporeizados y físicamente localizados. En este sentido material fundamental, los vínculos de la cultura con la localización tal vez nunca lleguen a estar completamente rotos y la localidad sigue ejerciendo sus reivindicaciones por una situación física en nuestro mundo vivido. De esta forma, la desterritorialización no puede significar el fin de la localidad, sino su transformación en un espacio cultural más complejo (pp. 148-149).

A la hibridización, concebida como un proceso de doble mano, o sea, tanto desterritorializador como reterritorializador, sólo se puede entender realmente cuando se la contextualiza geográfica e históricamente, como ya lo enfatizamos. Si en el pasado colonial eran las zonas periféricas las que sufrían la más acentuada hibridización, en un proceso muchas veces forzado y sin grandes opciones, ahora son los propios países centrales los que, de modo voluntario o involuntario pero casi siempre de manera positiva para sus economías, experimentan en forma más directa la diversidad cultural, mediante la asimilación –o simplemente “la guetificación”– de las culturas periféricas o de sus ex colonias. Las migraciones, en este sentido, cumplen un papel fundamental. Aunque no sean tan relevantes en términos de número como lo fueron en el pasado, representan sentidos y consecuencias cualitativamente muy importantes y distintos.

En lugar del europeo –español, portugués, italiano, alemán, inglés, irlandés, polaco, judío...– y del africano –bantú, sudanesé...– en América, el europeo y el asiático en Australia, el europeo y el árabe en el África subsahariana, ahora es el “latino” en Estados Unidos, el brasileño y el peruano en Japón, el indio, el paquistaní y el bengali en
6. DESTERRITORIALIZACIÓN Y MOVILIDAD

Así como normalmente se aborda al territorio desde diferentes perspectivas (como se vio en el capítulo 2), y cada una de dichas concepciones termina por asumir una correspondiente especie de "desterritorialización" (ya sea desde una óptica más económica, política o cultural, como vimos en el capítulo anterior), también existen definiciones más integradoras, como la que aquí defendemos, y que consideran al territorio —o a los procesos de territorialización— como fruto de la interacción entre las relaciones sociales y el control del o por el espacio, el cual implica relaciones de poder en sentido amplio, al mismo tiempo de manera más concreta (dominación) y más simbólica (un tipo de apropiación).

En una visión más tradicional, ese "control" se realiza en particular sobre áreas o zonas, las cuales son demarcadas a través de un límite o frontera, ya sea que se encuentren éstos más o menos definidos. "Desterritorializar" podría significar, entonces, disminuir o debilitar el control sobre esas fronteras (como vimos para el caso de las fronteras nacionales), con lo que aumenta así la dinámica, la fluidez, en suma, la movilidad, tanto de personas como de bienes materiales, capital o informaciones.

Analizamos también, en el capítulo 4, que el discurso de la desterritorialización, como una de las marcas de la posmodernidad, se vincula a la aceleración del movimiento que llega hasta el extremo de realizar "la aniquilación del espacio por el tiempo", en la expresión exagerada de Marx, o la "compresión tiempo-espacio", según los términos de Harvey. En estas interpretaciones, sin embargo, el territorio y la desterritorialización conforman una dimensión espacial o geográfica, que frecuentemente aparece como desvinculada de su contraparte indisoluble, la dimensión temporal e histórica.

Fruto muchas veces de una concepción del espacio —y en consecuencia del territorio— más estática y casi atemporal, el discurso de la desterritorialización se transforma así en el discurso de la(s) movilidad(es), tanto de la movilidad material, donde destacamos la de las personas, como de la inmaterial, en especial la que está directamente relacionada con los fenómenos de compresión tiempo-espacio, propagada por la informatización a través del ciberespacio. Todo esto como si el territorio no incorporara también la idea de movimiento, y como si hoy en día no pudiéramos encontrar la reterritorialización en el interior de la propia movilidad (o, según los términos de Deleuze y Guattari, en la repetición del movimiento).

En las temáticas del "nomadismo" y las migraciones (punto 6.1), de la inmovilidad humana (punto 6.2) y del ciberespacio (punto 6.3) se efectúa uno de los debates más importantes sobre la desterritorialización, en especial el que pone en jaque la idea preconcebida de que movilidad es sinónimo de desterritorialización, de la misma forma que estabilidad o poca movilidad significaría obligatoriamente territorialización. A través de una concepción más dinámica de territorio que incorpora la noción de territorio-red, por ejemplo, podemos concebir una especie de territorialización "en el movimiento".

Si retomamos a Deleuze y Guattari en su "segundo teorema" de la desterritorialización, debemos reconocer que "de dos elementos movimientos de desterritorialización, el más rápido no es forzosamente el más intenso o el más desterritorializado" (1996:41). En verdad, como veremos, así como la territorialización se puede construir en el movimiento, uno sobre el cual ejercemos nuestro control o con el cual nos identificamos, la desterritorialización también puede darse a través de la "inmovilización" por el simple hecho de que los "límites" de nuestro territorio, incluso cuando se encuentran claramente establecidos, pueden no haber sido definidos por nosotros y, más grave aún, estar bajo el control o el mando de otros.

6.1. MOVILIDAD HUMANA Y DESTERRITORIALIZACIÓN

Más que una sociedad sin territorialidad, sin lugar, la movilidad generalizada genera una sociedad cuyos territorios se construyen a partir del movimiento y en la cual el lugar se fundamenta en la diferencia de las movilidades (Bourdieu, 2001:69).

Uno de los fenómenos más frecuentemente vinculados con la desterritorialización es el referido a la movilidad creciente de las personas, ya sea como "nuevos nómadas", "vagabundos", viajeros, turistas,
inmigrantes, refugiados o como exiliados, expresiones cuyo significado suele ir más allá de su sentido literal y ampliarse hasta conformar metáforas poderosas (o ambivalentes y, por lo tanto, controvertidas). Toda una cultura de viajes e incluso una *travelling theory* empezó a despuntar a partir de la creciente movilidad “posmoderna”. No obstante, ¿hasta qué punto es posible vincular la movilidad geográfica con la desterritorialización?

En primer lugar, es importante destacar que no entendemos movilidad ni en el sentido estricto de mero desplazamiento “objetivo” y genérico de un lugar a otro, ni en el extremo opuesto—como abstracción o incluso simple metáfora en la que todo es posible de “movilidad”. Si seguimos el punto de vista geográfico de Jacques Lévy,

Se puede definir la movilidad como la relación social ligada al cambio de lugar, o sea, como el conjunto de modalidades por las cuales los miembros de una sociedad abordan la posibilidad de que ellos mismos u otros ocupen sucesivamente varios lugares. Según dicha definición, excluimos otras dos opciones: la que reduciría la movilidad al mero desplazamiento [...], eliminando así sus dimensiones ideales y virtuales, y la que le daría un sentido muy general a este término, jugando con las metáforas (tal como la “movilidad” social) o con extensiones incontroladas (la comunicación, por ejemplo) (Lévy, 2002:7).

Como la movilidad se relaciona directamente con los diferentes sujetos que la proponen o con los actores que la llevan a cabo, debemos aclarar de qué sujetos y, por lo tanto, de qué movilidad estamos hablando. Optamos por trabajar aquí con el nómada, figura-símbolo de cierta posmodernidad; el vagabundo, de alguna manera su correspondiente “moderno” y, por su relevancia geográfica contemporánea, el migrante. Mientras los primeros tienen una fuerte carga cultural de marginalidad o de subversión (a pesar de la centralidad, aunque sea metafórica, que el nómada posmoderno viene a asumir), el migrante es parte integrante—o está en busca de integración—de una (pos)modernidad marcada por la flexibilización—y precarización—de las relaciones laborales.⁠²⁰⁰¹


² No está de más recordar aquí que uno de los conceptos más difundidos de movilidad, para algunos de carácter economicista, se vincula a la movilidad del trabajo, en cuya discusión Gaudemar (1976) es uno de los autores clásicos.

Deleuze y Guattari llevaron a cabo también una asociación entre desterritorialización y territorialización y las figuras del sedentario, el migrante y el nómada que, retomando temas ya comentados en el capítulo 3, puedes sintetizarse en el cuadro 6.1.

**CUADRO 6.1. SEDENTARIO, MIGRANTE Y NÓMADA EN DELEUZE Y GUATTARI**

<table>
<thead>
<tr>
<th>Territorialización</th>
<th>Desterritorialización</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Relativa</td>
<td>Absoluta</td>
</tr>
<tr>
<td>Línea molar</td>
<td>Línea molecular</td>
</tr>
<tr>
<td>Rígida, arborescente</td>
<td>Flexible, rizomática</td>
</tr>
<tr>
<td>Classes; binarismo</td>
<td>Masas</td>
</tr>
<tr>
<td>Cuantitativa,</td>
<td>Cualitativa,</td>
</tr>
<tr>
<td>extensiva, macro</td>
<td>intensiva, micro</td>
</tr>
<tr>
<td>estabilidad</td>
<td>movimiento</td>
</tr>
<tr>
<td>Plano de organización</td>
<td>Plano de inmanencia</td>
</tr>
<tr>
<td>Máquinas de sobrecodificación</td>
<td>Máquinas abstractas, no codificadoras</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Como ya lo destacamos, ellos ponen el énfasis en el papel positivo de la desterritorialización y desarrollan una lectura a veces idealizada del nómada y su universo de movimiento y libertad. La separación a veces demasiado dualista entre línea molar/estabilizadora-desterritorializante y línea molecular/“movilizadora”-desterritorializante puede volverse problemática. La lógica del sedentario, su “línea molar”, sería rígida como la estructura del Estado que lo sedentariza a través de sus “máquinas de sobrecodificación”. Las “líneas de fuga” rumbo a las vastas transformaciones parecen estar siempre vinculadas a grandes movimientos:

Una sociedad [...] se define primero por sus puntos de desterritorialización, sus flujos de desterritorialización. Las grandes aventuras geográficas de la historia son líneas de fuga, o sea, largas expediciones a pie, a caballo o en barco: la de los hebreos en el desierto, la de Geserico, el vándalo, cruzando
el Mediterráneo, la de los nómadas a través de la estepa, la Larga Marcha de los chinos, es siempre sobre una línea de fuga que nosotros creamos, no ciertamente porque imaginamos que estamos soñando sino, por el contrario, porque allí trazamos lo real, y porque creamos un plan de consistencia. Huir, pero al huir procurar un arma (Deleuze y Parnet, 1987:135-136).

Es importante destacar que, incluso si se concede prioridad a las “líneas de fuga” y a la desterritorialización (dominios del devenir y, por lo tanto, de la creación), el sentido de “procurar un arma” debe asociarse a la reterritorialización, como en la combinación entre masa (desterritorializadora, molecular) y clase (reterritorializadora, molár). “La primacía de las líneas de fuga no debe ser entendida cronológicamente en el sentido de una generalidad eterna”, ya que está siempre relacionada al mismo tiempo con una reterritorialización, “monetaria, sobre los nuevos circuitos; rural, sobre los nuevos modos de explotación; urbana, sobre las nuevas funciones, etcétera” (p. 136).

De esta forma, el “nomadismo” deleuziano, asociado a la desterritorialización, no representa ni un “estado primitivo” históricamente determinado, ni una “generalidad eterna” que debe ser seguida en forma inexorable. Se trata más que nada de la ruptura con el pensamiento jerárquico occidental dominante. Braidotti (1994) lo define como “el tipo de conciencia crítica que se resiste a la fijación en los modos de pensamiento y comportamiento socialmente codificados” (p. 5). No se trata de una “fluidez sin fronteras, sino más bien de una aguda conciencia de la no inmutabilidad de las fronteras. Es el deseo intenso de continuar traspasando, transgrediendo” (p. 36), en una identidad siempre contingente. O, como afirma Antonioli (1999):

Contra el “territorio” como dominio estable de una facultad humana (sensibilidad, entendimiento, imaginación, razón), Deleuze propone “la dimensión ‘demoniaca’ de un pensamiento nómade”, y los demonios, al contrario de los dioses, no poseen territorio ni códigos (p. 53).

Para Antonioli, Kant es el “sedentario” frente al “demonio” nómade de Nietzsche. El pensamiento nómade

no requiere un sujeto pensante universal, sino una “tribu” de pensadores singulares: no se funda sobre una totalidad englobante, sino que se desplaza a través de un medio como los espacios lisos (estepa, desierto o mar), espacio que no se puede medir, pero en el cual sólo podemos repartirnos de forma provisoria, “una tribu en el desierto en lugar de un sujeto universal bajo el horizonte del ser englobante” (p. 53).

Esta concepción de un “nomadismo errático” en un “espacio liso”, contrapuesta a la idea de territorio como “dominio estable” y “espacio estriado”, es problemática en extremo porque, además de dejar traslucir un pensamiento dicotómico, muchas veces es muy ambigua en términos metafóricos (aunque Deleuze y Guattari nieguen trabajar con metáforas) y unilateralmente positiva. Kaplan (1996) se queja de la “indiferenciación temporal y espacial”. Tal como lo vimos en relación con el hibridismo cultural, no existe la necesaria preocupación por la contextualización histórico-geográfica:

cuando Deleuze y Guattari plantean una “nomadología” contra la “historia”, están revelando una nostalgia por un espacio y un sujeto fuera de la modernidad occidental, independiente de toda cronología y totalización. Esta celebración de la desterritorialización vincula la valoración modernista euroamericana del exilio, de la expatriación, de la desfamiliarización y del desplazamiento con los discursos coloniales de las diferencias culturales en una filosofía que parece criticar las bases de aquella verdadera tradición (p. 89).

Ang (1994) va más allá en su crítica, al reflexionar acerca del carácter despolitizado de la concepción de diferencia que dicho discurso contiene:

la tendencia formalista posmoderna de sobregeneralizar la idea global corriente de la llamada subjetividad nomádica, fragmentada y desterritorializada. [...] la “nomadología” sólo sirve para descontextualizar y aplazar la diferencia, como si todos “nosotros” fuésemos de modo similar viajeros, dentro del mismo universo posmoderno, con el peligro de reificiar, a un nivel convenientemente deshistoriado, el infinito y permanente flujo en la formación del sujeto, poniendo de esta forma en primer plano lo que Lota Mani denomina una noción de diferencia abstracta, despolitizada e internamente indiferenciada (pp. 4-5).

Aunque no estemos de acuerdo con el sentido general de “despoliticización” en el abordaje deleuziano, que tantas movilizaciones políticas inspiró (al menos en el ámbito de la micropolítica, como lo demuestra Mengue, 2003), de todas maneras debemos evitar el riesgo de dicha reificación de una diferencia abstracta y deshistorizada.

Como consecuencia de la diseminación de dicho “nomadismo” en tanto característica de una posmodernidad genéricamente "liberado-
ra", tenemos, por otro lado, la visión simplista ya antes comentada (capítulo 4) de una modernidad unilateralmente “controladora”, vinculada al “sedentarismo” y a la fijación, capitaneados sobre todo por el Estado. Mientras lo posmoderno se hallaría bajo el dominio de la desterritorialización, la modernidad estaría marcada por la retterritorialización. Más curioso aún, el propio nómada cambiaría de modo radical de sentido entre la interpretación negativa “moderna” (condición a ser superada por la sedentarización) y la positiva, “posmoderna” (condición a ser defendida por el valor libertario y creador de la desterritorialización). Es cuestionable este abordaje del nómada concebido de manera simplificada como “desterritorializado”.

Creswell (1997) advierte acerca de que la figura del nómada cambia completamente de valor en los discursos modernos a los posmodernos. En tanto en la modernidad el nómada era una figura amenazadora que rompía con un modelo más saludable de vida, se va transformando en “la metáfora geográfica por excelencia de la posmodernidad” (p. 360), cuyo resultado es la “romantización problemática de una figura marginal” (p. 365). Como para el nómada “no hay lugar sino el del movimiento en sí mismo” (p. 364), podemos decir que éste se retterritorializa por la “desterritorialización” o, en otras palabras, su territorialidad está construida en su propia movilidad espacial, incluso por el hecho de que no se trata de un movimiento puro, sino un movimiento complejo sin rumbo. Como dice Braidotti (1994:22),

Nómada no quiere decir sin techo o desplazamiento compulsivo; es más bien la figuración para el tipo de sujeto que abandona toda idea, deseo o nostalgia de fijarse. Esta figuración expresa el anhelo de una identidad hecha de transiciones, transformaciones sucesivas y cambios coordinados, sin y contra una unidad esencial. [...] su modo es el de los patrones de movimiento definidos, estacionales, a través de rutas sobre todo fijas. Se trata de una cohesión engendrada por repeticiones, movimientos cíclicos, desplazamiento rítmico.

En este sentido, curiosamente, como destacaremos más adelante, incluso desde una lectura deleuziana no se trata de un individuo desterritorializado, ya que el territorio también se lo puede definir como repetición del movimiento, entendida ésta como una especie de movimiento “bajo control”. Lo que importa aquí es la presencia de un proceso de dominio o apropiación que dota al espacio de función y expresividad. El espacio del nómada, en su movimiento repetitivo y bajo control, es este espacio-territorio funcional-expresivo o, según las palabras de Deleuze y Guattari, este ritmo cualitativamente diferenciado.

Creswell pareceequivocarse en su distinción entre migrante y nómada, ya que, según él, sólo al primero aún le interesarían cuestiones clave como de dónde se viene y hacia dónde se va. Varios estudios, tanto de antropólogos como de geógrafos, muestran que existe siempre un elevado grado de previsibilidad en los caminos del nómada, en donde la mayoría repite de manera periódica los mismos trayectos. Los nómadas tibetanos, por ejemplo, recorren las planicies teniendo como puntos de referencia los templos budistas, aliendo pastoreo y peregrinación religiosa. O sea, lo que distingue su territorio de los territorios estatales no es tanto “el control del movimiento” –que las dos lógicas, por medios muy distintos, en cierto modo implican–, sino la centralidad del movimiento como forma de vida, casi como un fin en sí mismo.

Creemos que, de la misma forma que Deleuze y Guattari, el autor amplió tanto la noción de nómada que ésta incorporó en el mismo plano otra figura, más radical en su falta de compromiso con el significado del movimiento, el vagabundo. A través de él, podemos ver que el pensamiento moderno está más cargado de ambigüedades de lo que piensa Creswell, pues dentro de la misma modernidad que defiende la territorialización y el control de la movilidad ya desempata una nueva especie de “modernidad” que valora lo efímero, lo discontinuo y la imprevisibilidad del movimiento, como los que vive el vagabundo.

Park, en un capítulo de su libro The City, en 1925, comenta que, junto a la vinculación con la tierra y los lugares, el hombre tiene otra “ambición característica”, la de “moverse libre y desembarazado en la superficie de las cosas mundanas, y vivir, como puro espíritu, sólo en su mente y en su imaginación” (p. 156). Alude entonces a la figura del vagabundo, definido como aquel que está “siempre en movimiento, pero sin un destino”, por lo cual, “naturalmente, nunca llega”. A pesar de “haber ganado su libertad, perdió su dirección” (p. 159).

Se ve, pues, que es el vagabundo (y no el nómada) quien encarna el verdadero movimiento por el movimiento en sí, sin un sentido definido. Park advierte que, para que exista “permanencia y progreso” (como si uno fuera el prerequisito del otro), los individuos deben estar “localizados”, simplemente porque ésta es la condición para
la comunicación, “ya que sólo a través de la comunicación se puede mantener el equilibrio móvil [moving equilibrium] al que denominamos sociedad” (p. 159). Park comenta, lacónico, que la única contribución importante de los vagabundos fue la poesía, y aun así las mejores fueron escritas cuando estaban en prisión. Finalmente, asocia al vagabundo con la frontera americana, considerándolo la mejor expresión de este “espíritu de la vieja frontera”: “El vagabundo, de hecho, es simplemente un hombre de la frontera [frontiersman] tardío, un hombre de la frontera en un tiempo y en un lugar en que la frontera está desapareciendo o no existe más” (p. 160).

Lo mismo que se dijo acerca del nómada “desterritorializado” posmoderno puede haber sido dicho del vagabundo “desterritorializado” moderno. Lo que cambia, fundamentalmente, es el grado con el que se difunden estos razonamientos. El “nomadismo” es una característica más dominante en el pensamiento contemporáneo, incluyendo el nivel filosófico, de lo que fuera el “vagabundo” para el pensamiento moderno, en el que aquel debe ser considerado como parte de un simple “momento de transición” (el vagabundo como frontiersman, especie de personaje de un determinado tiempo-espacio de desafíos y desbrazamiento), bien como contraposición (a veces encarado como un componente indeseado y, por lo tanto, opuesto a la modernidad) o bien como la “otra cara”, indisociable, constituyente de la propia ambivalencia del movimiento inherente a la modernidad.

La tercera figura, el migrante, Deleuze la asocia con la desterritorialización relativa, y su movilidad es de alguna forma no sólo “[relativamente] controlada” sino también “direccionalizada”, incluso por la definición más simple de “inmigrante”, siempre referida a la transposición de una frontera constituida políticamente. Como se trata del “individuo móvil” predominante en nuestro tiempo, desde una perspectiva de movilidad con una permanencia mayor en términos relativos (al menos en su acepción de su “residencia”), le dedicaremos mayor espacio. La asociación entre desterritorialización y migración, a pesar de estar presente de manera más explícita que explícita, es una constante en la literatura vigente. ¿En qué sentido podemos no

La misma multiplicidad de factores que desencadena los flujos migratorios debe relacionarse al tipo o al nivel de desterritorialización que está en juego. A través de la figura del migrante podemos, entonces, entender mejor las diversas formas con las que se analiza la
desterritorialización, como –en parte y de manera crítica– se hizo en el capítulo anterior.

El migrante que se desplaza ante todo por motivos económicos, inmerso en los procesos de exclusión socioeconómica, puede experimentar distintas situaciones de desterritorialización. Puede haber abandonado un empleo mal remunerado para buscar otro cuya retribución sea más justa; puede querer obtener mayores beneficios debido a la diferencia en el poder adquisitivo de la moneda de un país en relación con otro o incluso, simplemente, aquello que implica su condición más privilegiada; puede estar buscando invertir capital o intentar crecer sus negocios en tierra extranjera. Cada una de estas situaciones implica niveles diferentes de desterritorialización, vinculados a las distintas posibilidades que el migrante enfrenta en relación con el “control” de su espacio, o sea, a su reterritorialización, lo que incluye también, obviamente, el tipo de relación que sigue manteniendo con el espacio de partida.

Existen migraciones relacionadas con problemas ecológicos o de degradación ambiental, si es posible separarlas de las cuestiones políticas y socioeconómicas. Las dramáticas sequías y la desertificación, por ejemplo, agravadas por la lógica capitalista vigente, han llevado a millares de africanos de la zona del Sahel a emigrar hacia zonas ecológicamente más favorables. Aquí, la territorialización en tanto “control del espacio” abarca fuertes elementos de orden “natural”, por el mero hecho de que, debido al nivel socioeconómico y tecnológico de ciertos grupos sociales, no hay posibilidades de “dominar” o apropiarse de zonas donde las condiciones físicas son muy adversas. Como ya lo afirmamos en la discusión sobre las concepciones “naturalistas” del territorio, no se trata de rescatar un discurso “determinista”, sino de reconocer la especificidad de la dinámica sociedad-naturaleza, especialmente en determinados contextos políticos y socioculturales.

Para ciertos grupos, como los agricultores pobres o las naciones indígenas expropiadas, la territorialización también puede ser vista como la búsqueda de tierra cultivable o que disponga de los recursos mínimos requeridos para la supervivencia del grupo. Numerosos migrantes están justamente en esta condición. Emigran para encontrar tierras que puedan utilizar (dimensión económico-funcional del territorio) y a través de las cuales puedan reconstruir o manifestar su identidad cultural (dimensión simbólica o expresiva del territorio). Los grupos afectados por las represas que se ven obligados a emigrar hacia nuevos sitios también enfrentan este tipo de desterritorialización, lo que resulta evidente en casos como el de la presa de las Tres Gargantas, en China, que desplazó a más de un millón de personas, un proyecto impuesto por el gobierno de Pekín que prácticamente no consultó a la población afectada.

En un sentido político, más estricto, las migraciones todavía se rigen ampliamente por la territorialidad de los Estados-naciones. Ya hemos comentado aquí que uno de los papeles que indiscutiblemente el Estado aún trata de ejercer, e incluso puede llegar a verse fortalecido en el futuro, es el control de los flujos migratorios. Aunque las fronteras están más abiertas a la circulación del capital financiero o a los flujos de mercancías (éstos, muchas veces, dentro de una “reterritorialización” en términos de los bloques económicos), por lo general se han cerrado para el flujo de personas.

En muy diversos casos, al transformarse en chivos expiatorios ante la crisis de gobernabilidad, las condiciones de los migrantes terminan siendo aún más frágiles, principalmente al toparse con legislaciones que endurecen las restricciones territoriales de ingreso, circulación y permanencia. El reciente recludamiento del movimiento terrorista vino a agravar aún más el problema, pues se tejieron vinculaciones genéricas y apresuradas entre migraciones y terrorismo internacional. Sin embargo, no hay duda de que, con relación al control del flujo de personas, la tendencia clara de la territorialización, en un sentido funcional, es que se revigoren las tentativas de control a través de los territorios-zona, áreas con fronteras bien definidas, aunque también sea cada vez más frecuente la creación de nuevas estrategias en red para burlar dichos controles.

Entre tanto, en lo que se refiere al Estado, ya sea que esté más o menos debilitado, no existe únicamente la mayoritaria visión negativa en cuanto a las migraciones. Aunque raras, también puede haber algunas repercusiones positivas respecto a la reterritorialización de ciertos grupos, sobre todo los organizados más firmemente en torno a las llamadas diásporas de articulación global. Algunos estados, por ejemplo, han enfocado su atención en el potencial económico e incluso político de las diásporas, instituyendo nuevas leyes que beneficien a los migrantes en tanto grupos culturalmente identificados con su país de origen. Una de las medidas más interesantes fue la que tomó la India, al instituir la figura del Indio No Residente, al cual se le conceden diversos beneficios como si fuese un ciudadano similar.
desterritorialización y movilidad

a los demás residentes en el territorio nacional. Algo semejante propuso Hungría para las minorías húngaras residentes en zonas vecinas, aunque en este caso la legislación tuvo que ser revisada debido a las acusaciones de los países vecinos de que ello constituiría una afrenta a sus soberanías nacionales.

Por lo tanto, no es necesariamente por salir de su territorio de origen, incluso en el caso de las migraciones internacionales, que los migrantes se transforman de forma automática en “desterritorializados”, y lo mismo ocurre respecto a su identidad en términos de nacionalidad o de grupo étnico. Aunque sea de modo simbólico, es posible mantener o recrear lo que Said (1990) denominó nuestras “geografías imaginarias”. Son los grupos en diáspora los mejores representantes de esa “reterritorialización” a nivel cultural (véase el análisis de la multiterritorialidad de las diásporas en el capítulo 8).

Obviamente, la identidad en su sentido reterritorializador no constituye tan sólo un trasplante de la identidad de origen, sino una amalgama, un híbrido, en que la principal interferencia puede generarla la lectura que el Otro realiza del individuo migrante. Póvoa Neto (1994), por ejemplo, destaca el papel de la migración y de las representaciones que se hacen del migrante fuera de su región en la (re)construcción de la identidad, tras analizar el caso de los migrantes nordestinos en el sudeste brasileño.

Una vez más, es indispensable destacar que esa entidad abstracta denominada “migrante” es, en realidad, una sumatoria de las más diversas condiciones sociales e identidades étnico-culturales. Para sintetizar, debemos hablar de desterritorialización del migrante como un proceso sumamente complejo y diferenciado, diferenciación que aparece acoplada:

a) a las clases socioeconómicas y a los grupos culturales a los que está referida;
b) a los niveles de desvinculación con el territorio en el sentido de: presencia de una base física mínimamente estable para la supervivencia del grupo, lo que incluye su acceso a infraestructuras y servicios básicos; acceso a los derechos ciudadanos fundamentales, garantizados aún hoy sobre todo a partir del territorio nacional donde el migrante se halla inserto; mantenimiento de su identidad sociocultural a través de espacios específicos, sea para la reproducción de sus ritos o bien como referentes simbólicos para la “reinvención” identitaria.

Al evaluar estos niveles de desterritorialización para cada grupo o clase social, percibimos claramente que lo que se denomina desterritorialización para la élite planetaria que se desplaza con facilidad nada tiene que ver con el desplazamiento compulsivo de las clases más pobres. Es arriesgado emplear un mismo calificativo, como el de “migrante”, para designar al joven desesperado que trata de viajar de Senegal a Francia en el tren de aterrizaje de un avión y, a la vez, al alto ejecutivo de una empresa multinacional que cambia de residencia de Estados Unidos a Japón, y mantiene su movilidad casi cotidiana viajando en primera clase en las grandes compañías aéreas mundiales.

Como afirmábamos en otro trabajo, en primer lugar, debemos distinguir entre la desterritorialización de los grupos dominantes y la de las clases más expoliadas, ya que:

Desterritorialización, para los ricos, puede confundirse con una multiterritorialidad segura, dotada de flexibilidad y basada en experiencias múltiples de una movilidad “opcional” (la “topoligamia” o “casamiento” con varios lugares, a lo que se refiere Beck, 1999). No obstante, para los más pobres, la desterritorialización es una multi o, en el límite, una a-territorialidad insegura, en que la movilidad es obligatoria [cómo se les da como posibilidad], resultado de la falta total de […] alternativas, de “flexibilidad”, en “experiencias múltiples” imprevisibles en busca de la simple supervivencia física cotidiana (Haesbaert, 2001:1.775).

Es importante recordar, sin embargo, que el mero hecho de que el pobre “desterritorializado” tenga la opción de la movilidad o, en otras palabras, de migrar, le puede garantizar una especie de “capital espacial” frente a aquel que permanece allí donde fue desterritorializado, dado el enorme valor que la sociedad contemporánea le otorga al movimiento, a la fluidez, a la idea o perspectiva de cambio y, más que esto, a la posibilidad de tener acceso a (o de poner en acción/recrear) diferentes territorios.

Muchas veces, ello no es más que una posibilidad remota ya que, como sabemos, movilidad espacial no significa, de manera obligatoria, movilidad social y, en un mundo donde el movimiento es la regla, la fija y la estabilidad pueden terminar transformándose de alguna manera también en una especie de “carta de triunfo” o de “recurso”. Debemos
optar, pues, por utilizar el calificativo “desterritorializado” más para los migrantes de clases subalternas en su relación de “exclusión” (o de inclusión precaria, como veremos en el capítulo 7) en el orden socioeconómico capitalista, que para las clases privilegiadas, en las que con frecuencia desterritorialización se confunde con mera movilidad física.

6.2. DESTERRITORIALIZACIÓN EN LA INMOVILIDAD

Hasta aquí vimos que la movilidad espacial no es, por sí sola, un indicador de desterritorialización. Numerosos grupos sociales pueden estar “desterritorializados” sin desplazamiento físico, sin niveles de movilidad espacial pronunciados, pues para ello basta el hecho de vivir una precarización de sus condiciones básicas de vida o la negación de su expresión simbólica-cultural. Los viejos habitantes de una favela muy precaria pueden estar tan desterritorializados como los migrantes pobres en constante desplazamiento. De este modo, para sintetizar el presente debate sobre la relación entre movilidad y desterritorialización, podemos afirmar que así como movilidad no significa necesariamente desterritorialización, inmovilidad o relativa movilidad tampoco significa de forma obligatoria territorialización.

Bauman (1999), mediante la contraposición no muy feliz entre “globalización” y “localización”, afirma:

Todos nosotros estamos en movimiento, contra nuestro gusto o por designio. Estamos en movimiento aunque físicamente estemos inmóviles: la inmovilidad no es una opción realista en un mundo en permanente cambio. Y sin embargo los efectos de esta nueva condición son radicalmente desiguales. Algunos de nosotros se vuelven plena y verdaderamente “globales”, algunos se fijan en su “localidad”, trance que no es ni agradable ni soportable en un mundo en el que los “escenarios” dan el tono y ponen las reglas del juego. Ser local en un mundo globalizado es señal de privación y degradación social. Las incomodidades de la existencia localizada se fundan en el hecho de que, con los espacios públicos situados más allá del alcance de la vida localizada, las localidades están perdiendo la capacidad de generar y negociar sentidos, volviéndose cada vez más dependientes de las acciones que dan e interpretan sentidos, acciones que ellas no controlan… (p. 8).

Es interesante cómo se puede percibir una verdadera inversión de los procesos: mientras antes “territorializarse” implicaba definir fron-
constante dentro de las redes globales aglutinadoras de dichos espacios, en la conformación nítida de territorios en red (véase el próximo capítulo). Aun si no tomáramos en consideración el hecho de que esta reterritorialización se lleva a cabo en torno a territorios redes propios, que reúnen “lugares” muy específicos, el simple hecho de que la mayoría de esas personas desarrolla una percepción aguda de la “globalidad” en formación convierte al propio globo, de alguna forma —o cuando menos algunos “circuitos” en su entorno— en su nuevo “territorio”.

En segundo lugar, la movilidad de esos individuos más globalizados se topa con restricciones porque les resulta imposible desplazarse hacia donde se les antoja. Basta visualizar el mapamundi de las zonas abiertas y cerradas al turismo internacional en cada estación (no olvidemos que las reuniones y convenciones de dicha élite empresarial global en general se realizan en grandes centros internacionales de negocios o en resorts sofisticados de zonas apreciadas por el turismo global). Cada momento se recomponen todo un conjunto de territorios mundialmente vedados a la penetración y circulación de la élite planetaria, sea como hombre de negocios, sea como simple turista. El ascenso del movimiento terrorista internacional y la violencia urbana asociada a fenómenos como el narcotráfico acentuaron aún más este “acceso restringido” en relación con los más ricos (y también con los no tan ricos) del planeta.

Incluso intelectuales globetrotters, como algunos de nosotros, pueden de alguna forma hallarse insertos en ese proceso de reterritorialización en el movimiento a través de circuitos globalizados. Bauman (1999) se remite a un comentario de Agnes Heller: “Incluso las universidades extranjeras no son extranjeras. Después de dar una conferencia, se puede esperar las mismas preguntas en Singapur, Tokio, París o Manchester. No son lugares extranjeros ni son la tierra de uno”. Una compañera de viaje, sin residencia fija, no por eso se siente “desterrada”: “Por ejemplo, sabe dónde se encuentra el interruptor eléctrico, ya conoce el menú, sabe interpretar los gestos y alusiones, comprende a los demás sin mayores explicaciones” (Heller, en Bauman, 1999:99). En este sentido, los intelectuales globalizados conforman otro estrato de reterritorializados a través de redes planetarias aglutinadoras de espacios muy selectos (universidades, bibliotecas, centros de convenciones, hoteles), y constituyen una delgada parcela más de un territorio mun- do todavía muy embrionario.

Virilio (1994) propuso la denominación “nuevos nómadas” para caracterizar no a esos intelectuales globalizados o a esos ejecutivos de grandes corporaciones multinacionales, cuyo desplazamiento o incluso cambio de empleo se produce siempre dentro de un circuito de “riesgos calculados/controlados”, sino a los “globalizados de abajo”, aquellos que, en su calidad de trabajadores de empleos temporales y sin estabilidad, viven viajando o cambiando de ciudad en busca de trabajo. Incluso en varias ciudades de los países centrales ya existen locales o albergues específicos para este tipo de trabajador. Se trata de una faz diferente de los desterritorializados posmodernos que, por la precarización de sus condiciones de trabajo, acababan por ser obligados a movilizarse permanentemente en busca de empleo. Ellos sí se ven orillados a moverse, y a hacerlo hacia donde encuentren mejores condiciones de supervivencia, sin una dirección definida con anterioridad, y, por lo tanto, sin un control claro de este movimiento. Es a ellos y no a los grandes businessmen de la globalización a quienes podemos referirnos como grupos relativamente desterritorializados.

En cuanto a la dinámica inversa, la desterritorialización con una reducida (o casi nula) movilidad, que también podemos denominar desterritorialización in situ, se trata de un proceso bastante más común de lo que normalmente se piensa. En términos muy generales, serán dos los motivos principales:

- el hecho de que bajo las dinámicas globalizadoras, que implican una constante movilidad de todo orden, generalmente territorialisarse significa, de algún modo, integrarse en este flujo de conexiones globales, y quien está “fijo” o no participa de manera más activa en esos flujos (sin opción de cambio) puede terminar perdiendo el control sobre sus bases territoriales de reproducción y referencia;
- el capitalismo globalizado viene acompañado de un proceso creciente de “exclusión” —o precarización— socioespacial, debido al cual una masa cada vez más grande de personas queda al margen de los beneficios del sistema económico, sin tener siquiera la opción de cambiar de lugar en busca de mejores condiciones de supervivencia (como lo hacen numerosos migrantes).

Muchos son los procesos desterritorializadores que alían movilidad y reclusión. Tal vez el mejor ejemplo histórico sea el de los esclavos
africanos en América, que luego de una masiva desterritorialización, acompañada por una gran movilidad espacial, sufrieron otro tipo de desterritorialización por los espacios en condiciones de verdaderas prisiones donde fueron colocados.

Casos extremos de este tipo de desterritorialización merecen ser citados con mayor detalle. Se trata de microespacios o espacios en donde se desarrollan, en el lenguaje de Foucault, micropoderes capaces de des-reterritorializar a las personas en su inmovilidad. Las prisiones tal vez sean el ejemplo más evidente. Colocados en un presidio, podemos decir que los individuos se encuentran, por lo menos en un primer momento, casi completamente desterritorializados.

La clausura espacial (cada uno en su lugar) y el control del tiempo (cada actividad en su rígido horario), características fundamentales de lo que Foucault denominó espacios disciplinarios (junto con otros sitios como cuarteles, escuelas, manicomios y hospitales), están presentes en la prisión, donde se separa y clasifica a cada presidiario con el fin de “deterritorializarlo” a nivel individual, a la vez que lo reterritorializa dentro de la sociedad disciplinaria vigente.

El espacio de la prisión, al mismo tiempo que participa de procesos de territorialización como un territorio (de acceso fuertemente controlado) que “protege” a quien está fuera de él, en especial en el sentido del orden institucional dominante, no es considerado un territorio en relación a los presidiarios o, cuando menos, no en relación a los recién llegados, totalmente carentes de referencias socioespaciales capaces de rearticulárlos en torno a una nueva territorialidad.

Es interesante recordar que incluso la reterritorialización por medio de la lógica disciplinaria “tradicional” de las cárcel se halla hoy en día subvertida por la situación de crisis y auténtica calamidad en la que se encuentran estas instituciones, sobre todo en los países periféricos con altos índices de violencia, como Brasil.4 Allí, las modalidades de desterritorialización son las más sorprendentes y, por un lado, “antidisciplinarias”, cuando menos en la acepción positiva que Foucault le otorgaba al poder disciplinario, o sea, en su significación socialmente productiva (si es que ésta existió alguna vez en el caso de las prisiones). Por otro lado, es posible encontrar también, de forma igualmente imprevista, situaciones de reterritorialización que permi-

ten a muchos presidiarios recrear dentro de las prisiones un mundo casi “paralelo”, de múltiples territorialidades (lo cual incluye innumerables modos de resistencia), como se puede ver en las imágenes contundentes de la película brasileña Carandiru.

Justamente es la sobrepopulación de las cárcel, su promiscuidad y violencia, y no la separación o el aislamiento de cada preso, lo que en ese caso actúa como factor decisivo de desterritorialización. Al mismo tiempo, se instituyen nuevas relaciones de poder y la prisión puede transformarse en un “territorio” (o en varios territorios, cuando está comandada por diferentes facciones), no de las estructuras oficiales de poder sino de las redes creadas por los “poderes paralelos” (expresión muy problemática) como las del narcotráfico. También en este caso vemos que la des-reterritorialización en curso hace surgir nuevos territorios-red (cuya construcción se facilita a través del acceso a las innovaciones tecnológicas, como los teléfonos celulares), en extremo complejos en su diseño espacial y sus estrategias de organización.

Para romper con esas reterritorializaciones (en red) a partir de las prisiones se instituyen nuevos tipos de cárcel, “prisiones modelo” o “de máxima seguridad”, en donde lejos de “resocializar” al presidiario se le aísla por completo, a conjugar la clausura física5 con la vigilancia “virtual”, o sea, los principios de la sociedad disciplinaria y de aquella que Deleuze denomina sociedad de control, dominada por las nuevas tecnologías de información (véase próximo punto).

La primera cárcel de este tipo en Brasil, el Centro de Readaptación Penitenciaria de Presidente Bernardes, en el estado de San Pablo, versión brasileña de las prisiones de máxima seguridad (“supermax”) estadunidenses, une el enclaustramiento casi total (presos encerrados en sus celdas 22 horas y media por día, sin ninguna actividad recreativa o educativa, acceso a la TV, diarios o revistas) con la vigilancia omnipresente (23 cámaras cuya ubicación desconocen los presidiarios) y un “regimen disciplinario diferenciado”. Con el fin de confundir a los presos, dicho régimen no se caracteriza por mantener el rígido patron de “cada acción en su momento” y “cada uno en su lugar”, sino justamente por la ruptura de la rutina: la hora y media de sol cambia cada día y los presidiarios pasan a una celda diferente cada quince días.

4 Sólo para ilustrar, la población carcelaria de Brasil pasó de 95 000 presidiarios, en 1995, a 295 000, en 2003, de los cuales 77% no estudia (datos divulgados por el periódico Folha de São Paulo del 26/10/2003).

5 La celda del traficante Luiz Fernando da Costa, el famoso Fernandinho Beira-Mar, en la prisión “de máxima seguridad” de Presidente Bernardes, en el estado de San Pablo, se hallaba tan aislada y distante de las otras que, aunque gritara, el presidiario más cercano no lo podría oír.
días. Sostiene la psicóloga Carla Bonadio Audi, en declaraciones a la revista Veia (22/10/2003), que “privar al individuo de sus referencias provoca una sensación de ruptura con el mundo externo. El preso se siente aislado y despojado de su estatus anterior”, o sea, en un violento proceso de desterritorialización.

De cualquier forma, en todos estos ejemplos la desterritorialización nunca aparece disociada de su contraparte, la territorialización. O, por lo menos, lo que algunos sienten como la más violenta desterritorialización, otros pueden percibirlo como la territorialización más extrema. Tal vez el ejemplo más radical sea el del gueto de Varsovia, (re)creado por el nazismo para recluir y luego diezmar a los judíos polacos, y de sus congéneres “funcionalmente” más estructurados, los campos de concentración.

En el gueto de Varsovia podemos visualizar a qué extremo pueden llegar, conjugados, los procesos de territorialización y desterritorialización, completamente indiscutibles, uno al servicio del otro. Si territorializarse implica siempre una relación de poder, concreta y simbólica a la vez, una relación de poder incorporada en el espacio, o sea, un control del espacio y, a través de este control, de procesos sociales, es evidente que, como toda relación de poder, la territorialización se distribuye en forma desigual entre sus sujetos y clases sociales, y, en consecuencia, hay también ganadores y perdedores, controladores y controlados, territorializados que desterritorializan mediante una reterritorialización bajo su mando y desterritorializados en busca de otra reterritorialización, de resistencia y, por lo tanto, diferente de la impuesta por sus desterritorializadores.

Esta constatación, más que un mero juego de palabras, es de enorme importancia, ya que implica identificar y colocar en primer plano a los sujetos de la des-reterritorialización, o sea, quién desterritorializa a quién y con qué objetivos. Permite también percibir el sentido relacional de dichos procesos, desarrollados en tramas múltiples en las que se conjugan de manera permanente distintos puntos de vista y acciones que promueven lo que podemos llamar territorializaciones desterritorializantes y desterritorializaciones reterritorializadoras.

El ejemplo de los territorios creados por los nazis para la desterritorialización masiva más extrema y abominable de la historia moderna ilustra bien esas diferentes connotaciones que pueden adquirir los procesos de des-reterritorialización. En el caso del gueto de Varsovia, millares de personas eran desplazadas de sus hogares para vivir en una misma zona de la ciudad, cada vez más exigua y bajo condiciones sanitarias crecientemente desplorables (desterritorializadas porque perdían el control sobre sus vidas al perder el control sobre su espacio de reproducción). Junto con los campos de concentración, se trata de uno de los casos más evidentes de cómo la desterritorialización puede actuar por inmovilización. Quien originalmente residía en el barrio judío no tuvo que desplazarse. Fue desterritorializado in situ, mediante el proceso rápido e incontrolable de precarización social que se sucedió, con sobreexplotación de viviendas, hambre, enfermedades endémicas como el tifus, etcétera.

El enclaustramiento físico, tanto en un gueto urbano como en su forma más extrema, un campo de concentración, representaba para los nazis un tipo de “territorialización” al revés, o sea, desde el punto de vista del que está del lado de afuera, “protegido” del “contagio” con los grupos aislados en su interior. Por lo tanto, territorializarse puede ser tanto un proceso de autoenclaustramiento (como en las llamadas gated communities estadunidenses o en los condominios cerrados brasileños) como de aislamiento que sometemos a los demás desterritorializándolos (como en las prisiones, en los campos de concentración y, de alguna manera, en los guetos, que por otro lado también pueden ser un modo de autoenclaustramiento).

Bauman (2003) distingue el “verdadero” gueto del “gueto voluntario” o “cuasi gueto”. La libertad de movilidad y el sentimiento de seguridad son allí fundamentales:

Los guetos reales son lugares de los cuales no se puede salir […]; el principal propósito del gueto voluntario, por el contrario, es impedir la entrada de intrusos: los de adentro pueden salir cuando lo desean (p. 166). Es la situación “sin alternativas”, el destino sin salida del habitante del gueto, lo que hace que la “seguridad de lo igual” se sienta como una jaula de hierro (para usar la célebre metáfora de Max Weber) […] Esta falta de elección en un mundo de libre elección es lo que muchas veces se detesta más que el descuido y la sordidez de la vivienda no elegida. Los que optan por las comunidades cerradas tipo gueto pueden vivir su “seguridad de lo igual” como un hogar; las personas confinadas en el verdadero gueto viven en prisiones (p. 167).

Es muy interesante recordar aquí la conjugación que se da entre dos términos aparentemente contrapuestos: gueto y diáspora (la cual será retomada en el capítulo 8). Ambos pueden desempeñar tanto un
papel desterritorializador como (re)territorializador. Como afirma Kirshenblatt-Gimblett (1994):

Los términos diáspora y gueto forman un par interconectado. Lo que es responsabilidad de uno se le atribuye (y a menudo vincula) al otro: el extraño y el marginal emanan de éstos. Como modelos de la experiencia judía (y no sólo como condiciones históricas), diáspora y gueto preceden al sionismo y fueron de diferentes formas un rasgo constitutivo de la preocupación del Iluminismo Judío en relación con la emancipación y la integración judías. La tensión entre la coterриториabilidad de la diáspora y el aislamiento del gueto produce una serie de paradoxas en el tema de la diferencia (p. 340).

A la vez que la diáspora se desencadena como un movimiento de dispersión obligatoria y, por lo tanto, desterritorializador, una de sus modalidades de reterritorialización es el gueto, pero no simplemente el gueto en su sentido más estricto, como imposición de un grupo para el debilitamiento del otro o como única alternativa, precaria, de su supervivencia como grupo. En los guetos o “cuasi guetos” de diásporas, según las condiciones económicas y la fuerza cultural del grupo migrante, podemos tener un significado menos “desterritorializador” de gueto, que participa como forma de cohesión, autodefensa y protección de una identidad cultural y un grupo, o sea, en un sentido claramente reterritorializador.

Otro fenómeno que ilustra bien la inversión de la asociación que por lo normal se realiza entre movilidad-desterritorialización e inmovilidad-territorialización es el de la difusión de la epidemia global del síncope respiratorio agudo severo (SARS, por sus siglas en inglés), también llamado neumonía asiática, y los mecanismos utilizados para su control, que reprodujeron territorialidades en su sentido funcional más tradicional (el cierre de zonas mediante el control de límites o fronteras).

Por lo menos al comienzo, los principales agentes difusores del virus del SARS fueron hombres de negocios o individuos más globalizados, o sea, aquellos para los cuales la movilidad frecuente forma parte de su proceso de territorialización. La introducción del virus en Hong Kong, por ejemplo, habría sido realizada por un businessman hospedado en un hotel de lujo de la ciudad, o sea, en uno de los relais (“paradores”) del territorio-red que construye en sus trayectos regulares alrededor del mundo, pero donde directa o indirectamente tiene contacto, tal vez sólo por proximidad física, con las clases urbanas subalternas, los trabajadores del sector de servicios. Muchos de éstos pueden haber sido contagiados por el simple contacto vía objetos, como los botones de los ascensores.

Uno de los mecanismos que mostraron ser más eficaces en la lucha contra la difusión del virus fue el aislamiento espacial de las personas contaminadas o sospechosas de contagio, tanto en lugares específicos, por ejemplo en determinados hospitales, como en sus propias casas. Millares de personas –sólo en Toronto, en un momento dado, sumaron once mil– fueron restringida por completo su circulación, o sea, les fue impuesta una “territorialización desterritorializadora” de manera a veces draconiana. Un oficial chino llegó a afirmar que debían “encadenar” a la cama a aquellas personas que se negaran a seguir las estrictas normas de cuarentena establecidas por el gobierno, o sea, un claro proceso de desterritorialización in situ (en tanto pérdida de control de sus espacios de movilidad).

Lo que importa allí es quién delimita o controla el espacio de quién y las consecuencias de este proceso. En este caso, detener el control sería territorializar(se). Perderlo sería desterritorializar(se). Cuando somos nosotros los que definimos el territorio de los otros, de manera impuesta, ellos de hecho no están territorializándose, ya que ser “territorializado” por otros, en especial cuando es completamente contra nuestra voluntad y sin opción, significa desterritorializarse. Así, “reterritorialización” implica un movimiento de resistencia a la desterritorialización impuesta por el movimiento de territorialización dirigido por otros. O sea, yo puedo “delimitar” mi territorio simplemente a través de la delimitación del territorio del otro. En este sentido, incluso con una “territorialización” (física) en apariencia bien definida, el otro está de hecho desterritorializado, ya que no ejerce un efectivo dominio y apropiación sobre su territorio.

La gran cuestión que hoy se plantea es de qué tipo de “control” se trata cuando hablamos de territorialización como un proceso social de control de movimientos mediante el control del espacio. Y, también, de qué espacio hablamos. En condiciones denominadas de posmodernidad, como vimos, los cambios se producen en primer lugar en nuestra experiencia de espacio-tiempo. No se trata de trabajar con una concepción de espacio bi (o tri) dimensional de matriz newtoniana, sino con un espacio relacional (con su cuarta dimensión relativizadora que es el tiempo), que cada vez más forma parte de una dinámica compleja no sólo en términos de la nueva temporalidad que
contiene, sino también en lo que se refiere a las nuevas interacciones entre objetos e imágenes, materialidad e inmaterialidad, real (material o inmaterial) y virtual (inmaterial-potencial).

Tendríanos un espacio cada vez más forjado mediante las representaciones que nos hacemos de él, al grado de que algunos autores, como Jean Baudrillard, defienden la tesis de que estamos actuando más sobre simulacros, viviendo una “hiperrealidad” o un “hiperespacio”, que sobre la realidad “en sí”. De cualquier forma, los espacios que a través de sí mismos nos están siendo vehículos, al mismo tiempo, de acciones concretas y procesos de simbolización, a través de nuevos usos, funciones y expresividades. Uno de los núcleos más importantes de generadores de estas nuevas funciones y esos nuevos símbolos es el que llamamos ciberespacio. Aunque éste sea un tema vasto y complejo, que merece incluso un trabajo aparte, glosaremos en el próximo punto algunas consideraciones muy generales al respecto.

6.3. SOCIEDAD DE CONTROL, CIBERESPACIO Y DESTERRITORIALIZACIÓN

Deleuze (1997[1990]), en un texto breve pero denso y muy provocador, parte de la sociedad disciplinaria foucaultiana y de la crisis de las instituciones básicas que la sostienen (familia, escuela, fábrica, ejército, sistemas carcelario y hospitalario), para afirmar que estamos entrando en otro tipo de sociedad que, en una terminología no muy apropiada, él denomina “sociedad de control”. No muy apropiada porque “control” es un término genérico y también, en cierto modo, constituye la marca dominante en la sociedad disciplinaria.

Como afirmó el propio Foucault, la sociedad moderna es una “sociedad disciplinaria por oposición a las sociedades propiamente penales”, antes dominantes, e instaura así “la era del control social” (Foucault, 1991:86). Lo que en verdad debemos distinguir es qué tipos de control están ahora dominando, sin duda controles más ve- lados, sutiles y diseminados (para algunos, “desterritorializados”) y, de manera paralela, qué tipos de territorio (reterritorializaciones) se producen como espacios en donde (o a través de los cuales) se realiza este control.

Mientras en la sociedad disciplinaria lo que importaba era la individualización en su sentido más concreto, el “confinamiento”, cada uno

en su “célula” controlada en términos espaciales y temporales, ahora se trata de la radicalización del principio panóptico del “ver sin ser visto”: en lugar de la torre central de vigilancia, adonde los detenidos no logran ver al centinela pero tienen la sensación de estar siendo vigilados de modo constante, tenemos la difusión del control vinculada a la parafernalia tecnológica, tanto por la continuidad del principio de “pocos vigilando a muchos” (en que se remplaza incluso la figura del centinela por las computadoras), a través de cámaras omnipresentes que nunca sabemos exactamente dónde están, como por el nuevo proceso “sinóptico” de “muchos vigilando a pocos” (Mathiesen, 1997), vinculado a la creciente difusión de los medios de comunicación masiva, en especial la televisión.

Mientras el panóptico era de carácter local, el sinóptico de Mathiesen es de tipo global. En el comentario “desterritorializante” de Bauman (1999),

el acto de vigilar desprende a quienes vigilan de su localidad, los transporta por lo menos espiritualmente al ciberespacio, en el cual ya no importa la distancia, por más que físicamente permanezcan en el lugar. Ya no importa más que los blancos del Sinóptico, que ahora dejaron de ser los vigilados y pasaron a ser los vigilantes, se muevan o se queden parados. Están donde estén y vayan a donde vayan, pueden conectarse —y se conectan— a la red extraterritorial que hace que muchos vigilen a pocos. El Panóptico forzaba a las personas a la posición en la que podrían ser vigiladas. El Sinóptico no necesita de coerción: seduce a las personas para que vigilen (p. 60).

Uno de los ejemplos más contundentes de esas nuevas formas de “seducción para vigilar” en las sociedades de control nos lo proporciona el teletrabajo, en que el control del trabajador, que puede desarrollar sus tareas en su misma casa y “a cualquier hora”, se inserta en remplazo del estricto control de su tiempo-espacio, característico de las sociedades disciplinarias (y su espacio-tiempo fabril), mediante la introyección de la autovigilancia, un “autocontrol” que se define simplemente de acuerdo con los resultados o metas establecidos por la empresa. Es importante resaltar que todo este proceso se desarrolla en el interior del sistema más “flexible” (y precario) de las relaciones laborales en el posfordismo.

Una interpretación más apresurada, centrada en la desaparición o en la ubicuidad de torres y vigías, podría detectar allí un proceso

6 Respecto a esta relación entre teletrabajo, espacio-tiempo y desterritorialización, véase Ferreira, 2003.
nítido de desterritorialización. Pero lo que de hecho cambia son los medios. Las bases materiales del territorio –para empezar, en cierto sentido, por los propios cuerpos– siguen siendo una esfera de acción y un objeto mayor de control. Las imágenes que generan las cámaras de vigilancia, que filman regularmente a los individuos, tienen como primer objetivo “mapear” y, así, controlar los espacios de circulación. Una vez más, no se trata del simple dominio de una “desterritorialización” por la “virtualización” del ciberespacio, sino –como hemos visto respecto a las cárceles de máxima seguridad en el punto anterior– de múltiples combinaciones cuyo objetivo último es siempre controlar cuerpos y mentes, los cuales no existen sin la conexión indisoluble entre materialidad e inmaterialidad.

La individualización promovida por las sociedades disciplinarias corre paralela a la masificación, dos polos de un mismo conjunto moldeado en el lenguaje de la marca o el número. Es en este contexto donde nace la “biopolítica” foucaultiana, un poder o tecnología reguladora de la vida y de las masas o “población” que se superpone al poder o a la tecnología disciplinaria de los cuerpos. Foucault (2002) identifica “dos series” integradas e insertas a lo largo de la modernidad occidental, “la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones y la serie población-procesos biológicos-mecanismos reguladores” (pp. 298).

Según Foucault, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII empieza a haber una preocupación no sólo por las técnicas de poder disciplinarias centradas en el cuerpo individual, sino en especial por “la vida de los hombres”, dirigida “no al hombre-cuerpo, sino al hombré-vivo”, al hombre-especie:

la disciplina procura regir la multiplicidad de los hombres en tanto que está formada por cuerpos individuales a los que se puede vigilar, adiestrar y castigar. La nueva tecnología […] se dirige a la multiplicidad de los hombres en la medida en que constituye una masa global, recubierta por procesos específicos de la vida (nacimiento, muerte, reproducción, enfermedad). […] una “biopolítica” de la especie humana (Foucault, 2002[1976]:289).

Las sociedades de control en cierta forma reafirmarían esta biopolítica, desarrollándola al extremo. Autores como Negri y Hardt (2001) hacen incluso una asociación directa entre los límites de la modernidad (y el consecuente advenimiento de la posmodernidad), biopolítica y sociedad de control. En ésta,

Los comportamientos de integración social y de exclusión propios del mando están cada vez más interiorizados en los mismos súbditos. El poder ahora se ejerce mediante máquinas que organizan directamente el cerebro (en sistemas de comunicación, redes, información, etc.) y los cuerpos (en sistemas de bienestar, actividades monitoreadas, etc.) con el objetivo de un estado de alienación independiente del sentido de la vida y del deseo de creatividad (p. 42).

Teniendo como objeto de poder la propia vida y su reproducción, la biopolítica se extiende “en red” prácticamente por todos los intersticios de la sociedad (o mejor dicho, de ésta vista como “población”, para ser coherente con Foucault), al confundirse en una sola entidad a vigilantes y vigilados. Más allá de la “marca” y el “número”, Deleuze afirma que lo que importa ahora son las “contraseñas”: “el lenguaje numérico del control está hecho de cifras [códigos] que marcan el acceso a la información, o su denegación”. El par masa-individuo da lugar a “muestas, datos, mercados o ‘bancos’” (Deleuze, 1992:222).

Deleuze aun se remite al dinero, considerado quizás el mejor ejemplo de esa transformación, al pasar del cambio basado en el patrón oro (hasta el fin del Acuerdo de Bretton Woods, en 1971) a la fluidez del capital financiero de cambio flotante, por no hablar de la proliferación de lo que podríamos denominar dinero-contraseña, a través de la multiplicación de tarjetas que utilizamos como formas abstractas y globalizadas de pago.

Cada sociedad también es manejada a través del uso de determinado tipo de máquina:

Las antiguas sociedades de soberanía manejaban máquinas simples: palancas, rondanas, relojes; pero las sociedades disciplinarias recientes estaban equipadas con máquinas energéticas, con el peligro pasivo de la entropía y el peligro activo del sabotaje; las sociedades de control operan a través de máquinas de una tercera especie, máquinas de informática y computadoras, cuyo peligro pasivo es la interferencia, y el activo, la piratería y la introducción de virus (Deleuze, 1992:223).

En una metáfora interesante, afirma que el espacio que acompaña a estas transformaciones pasa de las galerías del topo a los senderos abiertos de la serpiente. De esta forma, mientras “el hombre de la disciplina era un productor discontinuo de energía”, “el hombre del control es más bien ondulatorio, que funciona en órbita, en un haz [red] continuo” (pp. 445-446). Esta red, posibilitada sobre todo por
los circuitos de las nuevas tecnologías de la información, no es obligatoriamente física, material. La menor carga material de los mecanismos de control informatizados llevaría, así, a una especie de “determinización” por el ciberespacio. Cabe entonces discutir no sólo la dimensión físico-territorial, sino también la simbólica o, en este caso, “virtual”, marca característica de las sociedades de control.

Podríamos afirmar que se trata de otra forma de desterritorialización en la inmovilidad (física). En realidad, las nociones mismas de movilidad e inmovilidad se confunden. El poder vía nuevas tecnologías de la información permite ejercer “control” sobre territorios muy distantes, y la discontinuidad de nuestros territorios se vuelve más usual. Dirigir una empresa a distancia o, incluso, en un plano diferente, “dirigir un cuerpo” a distancia, por ejemplo mediante una sofisticada operación quirúrgica, ya no es más parte de la ficción. Nuestras acciones (o, cuando menos, las de determinados grupos privilegiados) se vuelven, por lo tanto, mucho más poderosas, de acuerdo, obviamente, con medio informacional que está a nuestro alcance. Vale decir, antes de accionar estos mecanismos de interferencia y ejercer el control que éstos proporcionan, debemos dominar los medios, o sea, tener acceso a la tecnología y conocer su lenguaje, o mínimamente “disponer de una contraseña”.

En este caso no se busca, como en las prisiones o los campos de concentración, controlar una zona o área mediante su rígida delimitación y a través del control de acceso en sus “fronteras”. Aquí el territorio, en su dimensión concreta y funcional, adquiere otra configuración. Los requisitos materiales para la articulación territorial no desaparecieron, pero son más selectos, densos o, mejor aún, se encuentran más “condensados” o “comprimidos”: para jugar con las palabras, ésa sería otra característica más de la “compresión” espacio-tiempo. Las redes de energía eléctrica y de telefonía, o simplemente el equipo de cómputo (alimentado de energía por batería) y el aparato del teléfono (en una zona cubierta por la “señal”), son suficientes para “conectarse” con el resto del mundo, o mejor dicho, con los demás que también se encuentran conectados alrededor del mundo.

Ello no significa simplemente que haya disminuido el “peso” de la materialidad en los procesos sociales más relevantes ni que, por eso mismo, haya habido una desterritorialización (en el sentido más simplista de la palabra, casi como sinónimo de “desmaterialización”), sino que los espacios pasaron a condensar dicha materialidad en zonas o redes mucho más restringidas en el plano físico, verdaderos “condensadores tecnológicos” de acción, de movimiento de la sociedad.

Esa enorme condensación físico-espacial tiene repercusiones muy serias en varios niveles. Puntos restringidos (como una antena para teléfonos celulares o una conexión de línea telefónica) adquieren un papel estratégico fundamental en la organización del espacio social. A través de éstos se pueden hacer y deshacer conexiones, abrir y cerrar la circulación de diferentes flujos inmateriales, en especial de informaciones y capitales, además de permitir que se desencadenen otros, innumerables, efectos de carácter material.

Así como hay gran cantidad de autores que todavía se guían por esta lógica material-mecanica que concibe el territorio (y el espacio, en sentido más genérico) como una materialidad bien delimitada y, por lo tanto, individualizable, en el otro extremo, están aquellos que son partidarios de una postura idealista sobre el territorio y proclaman que no existe una desterritorialización por el simple hecho de que el territorio está en vías de construcción sobre otras bases, ahora puramente abstractas, como en las “comunidades virtuales” de Internet.

Aquí proponemos una interpretación intermedia, coherente con la noción propuesta al comienzo de este trabajo, que entiende en todos los casos el territorio (y, consecuentemente, la espacialidad donde se va construyendo) como un híbrido entre materialidad e inmaterialidad, funcionalidad y expresividad, por el simple hecho de que estas dimensiones son inseparables y de que los procesos de territorialización y desterritorialización sólo pueden darse a través de una perspectiva conjugada entre ellas de modo permanente.

La mayor diferencia es que, mientras en las sociedades disciplinarias la dimensión concreta del espacio era la dominante, a través de un control de tipo extensivo sobre las relaciones sociales, por medio del control del espacio y el tiempo (disciplinamiento en territorios-zona continuos y contiguos), ahora junto al predominio de una dimensión más abstracta (o “informacional”, como ya lo refería Raffestin), 7 a través de una interacción compleja con las antiguas formas de control, se trata de un control espacial de tipo intensivo, o sea, sumamente concentrado en algunas zonas muy restringidas en el plano físico, con-

7 Hoy en día, "el acceso o no acceso a la información [transformada en una mercancía y en un "recurso de base"] dirige el proceso de territorialización, desterritorialización" (Raffestin, 1988:272).
densadores tecnológicos que tengan mucho más densas y estratégicas ciertas partes del espacio.

Ahora se pretende más controlar líneas y puntos, o mejor dicho, flujos y conexiones, en síntesis, redes, que zonas y fronteras (los “territorios-zona” en un sentido más tradicional). Pero como lo que predomina es la carga inmaterial de esos flujos y es posible conectarse a la red desde posiciones o lugares muy diferentes, se vuelve mucho más difícil y complejo el control territorial. Esta (muy relativa) “independencia” de los soportes materiales y la maleabilidad generada por los flujos in materiales, así como la mayor flexibilidad en las localizaciones de los agentes que aquélla proporciona, llevaron a varios estudiosos a denominar el proceso como desterritorialización.

El ciberespacio, dominio de las redes, sería un “lugar desterritorializado” singular, “porque no es homogéneo y es discontinuo en la distribución física de sus actores sobre la superficie terrestre” (Giorda, 2000:42), como si el territorio no pudiera incorporar características como la heterogeneidad/multiplicidad y la discontinuidad. O, según la definición de Lévy (1999).

El ciberespacio (al que también llamaré “red”) es el nuevo medio de comunicación que surge de la interconexión mundial de las computadoras. El término designa no solamente la infraestructura de la comunicación digital sino también el universo océánico de informaciones que ésta alberga, como a los seres humanos que navegan y alimentan dicho universo (p. 17). Define el ciberespacio como el espacio de comunicación abierto por la interconexión mundial de las computadoras y de las memorias de las computadoras (p. 92).

Pierre Lévy (1996, 1999) es probablemente el principal teórico de la “desterritorialización” en el ciberespacio. La esencia de esta mutación sería la virtualización. Tras investigar el origen del término, él se remite al latín medieval, en el cual virtualis deriva de virtus, que significa “fuerza”, “potencia”. Así, “en la filosofía escolástica, es virtual lo que existe en potencia y no en acto. […] Lo virtual no se opone a lo real sino a lo actual: virtualidad y actualidad son sólo dos maneras de ser diferentes” (p. 15). En otras palabras, “lo real se asemeja a lo posible; en cambio, lo actual no se asemeja en nada a lo virtual: le responde” (p. 17).

La virtualización puede definirse como el movimiento inverso de la actualización. […] La virtualización no es una desrealización (la transformación de una realidad en un conjunto de posibles), sino una mutación de identidad, un desplazamiento del centro de gravedad ontológico del objeto considerado: en vez de definirse principalmente por su actualidad (una “solución”), el ente pasa a encontrar su consistencia esencial en un campo problemático. […] la virtualización fluidifica las distinciones instituidas, aumenta los niveles de libertad, crea un vacío motor. Si la virtualización fuera tan sólo el paso de una realidad a un conjunto de posibles, sería desrealizante […]. La virtualización es uno de los principales elementos de la creación de realidad (p. 18).

Lévy habla de virtualización incluso como sinónimo de desterritorialización al afirmar, por ejemplo, que “la economía contemporánea es una economía de la desterritorialización o de la virtualización” (p. 51), o en un sentido más general:

Cuando una persona, una colectividad, un acto, una información se virtualizan, se vuelven “no presentes”, se desterritorializan. Una especie de desanclaje los separa del espacio físico o geográfico comunes y de la temporalidad del reloj y del calendario (p. 21).

Una de las principales modalidades de la virtualización es, pues, “el desprendimiento del aquí y el ahora”, o sea, “lo virtual, con frecuencia, ‘no está presente’”, lo que provoca constantes confusiones entre virtual e “irreal”. Aunque él no lo comente de esta forma, esto significa que la virtualización y el ciberespacio son los mejores ejemplos de la “compresión” o el “desanclaje” del tiempo-espacio en el que vivimos. Sin embargo, como apuntamos en el capítulo 4, esos procesos vinculados a la presencia-ausencia son sólo una de las diferentes características o formas en que la dinámica de la desterritorialización se manifiesta.

La cuestión aquí es que la noción de desterritorialización en Lévy, al confundirse con virtualidad, nos trae implicaciones muy problemáticas. En primer lugar, desterritorialización equivaldría a desmaterialización, ya que aunque no todo elemento inmaterial es virtual, todo lo virtual es no material. En este caso, considerar el territorio como “sustrato material” de la sociedad, por ejemplo, sería de una simplificación extrema. Por otro lado, asociar desterritorialización con la “no presencia” de la virtualización significa, de igual modo, sobrealzar la dimensión concreta del territorio como un “aquí y ahora” bien delimitado, pues no admite un territorio construido a través de conexiones (en red) que articulan espacios en la discontinuidad.

Según la reflexión del autor, no se trata de la ausencia de la relación, indisoluble y omnipresente, entre materialidad e inmateria-
lidad o entre actual y virtual, como queda bien evidenciado en los siguientes planteamientos:

La aceleración de las comunicaciones es contemporánea de un enorme crecimiento de la movilidad física. [...] Las personas que más hablan por teléfono son también las que más encuentran a otras personas en carne y hueso (p. 23). Los operadores más desterritorializados, más desgajados de un arraigo espacio-temporal preciso, los colectivos más virtualizados y virtualizantes del mundo contemporáneo son los de la tecnocracia, las finanzas y los medios de comunicación. Son también los que estructuran la realidad social con mayor fuerza, e incluso con mayor violencia (Lévy, 1996:21).

El problema es que, paradójicamente, la mayoría de las veces falla la ligazón, también indisoluble, entre desterritorialización y reterritorialización. Vista a la vez como desmaterialización o “desespacialización” y como “no presencia”, la desterritorialización “leyana” se acerca a la misma simplificación ya señalada que considera el territorio a través de una concepción muy tradicional del espacio, casi absoluta, espacio-superficie concreto, debidamente localizado, delimitado, estable, “arraigado”, casi sin movimiento, la cual separa de esta forma con nitidez tiempo y espacio, territorio y red, desterritorialización y su otra mitad, la territorialización. Además, si encaramos su argumentación desde el punto de vista más amplio de la “desespacialización”, se trata de priorizar sólo la espacialidad a partir de la relación entre presencia y ausencia y no, como propone Shields (1992), también por la diferenciación (desigualdades socioespaciales) o por la óptica de la inclusión-exclusión (el adentro y el afuera), como se comentó en el capítulo 4.

La virtualización no es, por lo tanto, simplemente desterritorializadora porque puede estar (o siempre está) impregnada de procesos concomitantes de reterritorialización. Así como no es posible delimitar una frontera entre lo real y lo virtual, en que uno se redefine en la relación con el otro, tampoco hay una frontera clara entre territorialización y desterritorialización, en que un proceso es retrasado por el otro. La virtualización debe ser concebida más como una dinámica actuante en la reterritorialización, o sea, en la construcción de nuevos territorios, tengan éstos mayor carga funcional o simbólica, sean más estables o estén en movimiento constante.

Es curioso que Pierre Lévy, incluso a pesar de examinar los cambios ocurridos en nuestras experiencias y concepciones de espacio y tiem-

po, y de poner el énfasis en la complejidad del nuevo espacio-tiempo, continúe razonando muchas veces con una concepción extremadamente simplista y tradicional cuando se refiere al territorio8 y, como consecuencia, también a la desterritorialización. Así, observamos una contradicción nítida en la asociación que realiza entre virtualización y desterritorialización, ya que mientras la primera implica una noción reexaminada y más compleja, la desterritorialización es moldeada a partir de una noción de territorio que lo define como lo fijo (la “sedentarización”) o incluso como la simple dimensión material y “localización” bien definida de las relaciones sociales, condición histórica dominante en las sociedades más tradicionales.

Aun asumiendo esta visión reduccionista que asocia ciberespacio, desterritorialización e inmaterialidad, debemos reconocer la complejidad de las relaciones entre este “espacio informacional” y el “espacio material”, como afirma Graham (1998). Para este autor, se manifiestan allí tres vertientes interpretativas:

Primero, está la perspectiva de la sustitución y la trascendencia: la idea de que la territorialidad humana, y la dinámica de la vida humana basada en el espacio y en el lugar, puede de algún modo ser remplazada por el uso de nuevas tecnologías. En segundo lugar, está la perspectiva de la co-evolución, cuyo argumento es el de que tanto los “espacios” electromagnéticos como los espacios territoriales necesariamente se producen juntos, como parte de una continua reestructuración del sistema político-económico capitalista. Finalemente, está la perspectiva de la recombinación, que se vale de estudios recientes de la teoría de la redactor. Aquí el argumento es que se necesita una visión enteramente relacional de las vinculaciones entre tecnología, tiempo, espacio y vida social (p. 187).

Como ya se presupuso aquí, podemos ampliar este razonamiento y pensar la desterritorialización como un movimiento que, lejos de estar haciendo desaparecer los territorios, o incluso de correr “paralelo” a un movimiento territorializador, en general más tradicional, debe ser interpretado como un proceso relacional, des-reterritorializador, en que el propio territorio se torna más complejo: por un lado, más híbrido y flexible, inmerso como está en los sistemas en red, multiescales, de las

8 Lévy (1998:115-123) si llega incluso a distinguir el “territorio” como uno de los cuatro espacios antropológicos atemporales: la Tierra (nómada), el territorio (sedentaria), el espacio de las mercancías (desterritorializante, sobre todo en el capitalismo) y el espacio del saber (virtual). El territorio, dominante en el mundo campesino, “insitúa con la Tierra una relación de dependencia y destrucción, la domina, la fija, la encierra, la inscribe y la mide” (p. 117).
nuevas tecnologías de la información y, por otro, menos flexible, marca
do por los innumerables muros que separan a “incluidos” y “excluidos”, etnia “x” y etnia “y”, grupos “más” y “menos” seguros (o violentos).

Polere (1999) realiza una crítica muy justa a ese razonamiento de la “desespacialización” y del dominio inexorable de las redes en la socie
dad posmoderna o “informacional”, inserto en la mayoría de los dis
cursos sobre la desterritorialización. El autor refuta la tesis de que el contex
to material y, por consiguiente, la espacialidad de los fenómenos no interfiere o tienen cada vez menor interferencia en los procesos sociales, a través de un “ciberespacio” inmaterial o virtual globalizado, “en que al espacio se lo define como un impedimento a la interacción entre las sociedades locales [...] en] un mundo desterritorializado, de comunicación y de interacción generalizadas” (p. 28).

El mundo “real” evolucionaría, así, rumbo a un mundo ideal. Pero este mi
to de la ubicuidad y de la “existencia desencarnada” se desha
cce cuando se percibe que lo ubicuo y desencarnado es la imagen, no nosotros mismos. La mundialización (término que los franceses pre
fieren a globalización) tiene lugar en “diferentes planos encajados: el de una sociedad con su espacio, del hombre con el mundo material, del individuo con su cuerpo” (Polere, 1999:19).

Uno de los principales problemas de este discurso de la desterritorializa
dación “informacional” es justamente éste, el de no percibir que los verdaderos sujetos del proceso no son “ubicuos y desencarnados”, y que lo que aparece como “desterritorialización” en una escala puede representar reterritorialización en otra. El objetivo central o primero de la reproducción y el control social son siempre los individuos-suje
tos, no sólo en su calidad de conciencias idealizadoras sino también como corporeidades o materialidades.

En este sentido, el control de los cuerpos –o de las “masas”– pasa a tener un nuevo papel todavía relativamente poco valorado en las nuevas estrategias territoriales. En una interpretación muy osada, es como si el territorio, como unidad espacial funcional y expresiva, en una sociedad cada vez más individualista, estuviera siendo comprimi
do en la “unidad espacial mínima” que es el cuerpo; en otras palabras, el cuerpo en tanto entidad relacional, inserta en un universo diná
mico y complejo de relaciones sociales, o incluso algo cercano a un indivíduo-territorio, como indica Maffesoli (2001).

Deleuze y Guattari (1987), exageran el concepto y hablan de “terri
torialización” del cuerpo, “colocar mi territorio en mi propio cuerpo” (p. 320). Lefebvre, por su parte, a pesar de abordar el espacio y no el territo
torio en un sentido más estricto, comenta:

Antes de producir efectos en el ámbito material (utensilios y objetos), antes de producirse (alimentándose de esa materialidad) y de reproducirse (mediante la generación de otro cuerpo), cada cuerpo vivo es un espacio y tiene su espa
cio: se produce en el espacio y produce el espacio (Lefebvre, 1986[1974]:199, cursivas del autor).

Valentine (2001), también a partir de la categoría de espacio, afir
ma: “El cuerpo no solamente está en el espacio, es espacio”, como “una superficie, [...] marcada y transformada por nuestra cultura”, como un “ser sensible, la base material de nuestra conexión con y de nues
tre experiencia del mundo”, y como la frontera de la psique (p. 23). Expresiones como “superficie marcada por la cultura” y “frontera” constituyen alusiones a rasgos de “territorialidad” presentes a través del espacio del cuerpo.

Una de las dimensiones de la biopolítica propuesta por Foucault y otros autores (véase, por ejemplo, Heller y Rieckmann, 1996) destaca la importancia del control sobre los cuerpos (no simplemente indivi
dualizados) como un legado de las sociedades disciplinarias que no desaparece sino que se sofisticó y, de alguna forma, se “masifica” en las sociedades de control. Ya no tenemos más allá la centralidad del control del / por el espacio, en su sentido más amplio, sino de los / por los cuerpos, no sólo como entidades físicas, corpóreas, sino también como “reservorios de información” (como fuentes de datos y experi
dimentos genéticos, por ejemplo):

El control de la sociedad sobre los individuos no se lleva a cabo solamente me
diante la conciencia o la ideología, sino también en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, la biopolítica es lo que más importa, lo biológico, lo somático, lo físico (Foucault, 1994:210).

En este sentido, podríamos decir incluso que se debe relativizar la distintión que hizo Foucault (1978) para caracterizar el pasaje “moderno” de un “Estado territorial” a un “Estado de población”. Mientras el primero se preocuparía básicamente por dominar el “te
rritorio”, el segundo le daría prioridad al control de la “población”. Si consideramos que no hay separación entre territorio y población, y que sólo cambió la centralidad entre esos dos elementos constitu-
yentes del territorio, o sea, al pasar de la tierra hacia la población, podemos afirmar que el “Estado de población” siguió siendo un “Estado territorial”, con la gran diferencia de que su perspectiva pasó a concentrarse en un nuevo elemento más dinámico, la población –en este caso, en tanto cuerpos en movimiento–, más que en su elemento más estático, la tierra.

Desde un punto de vista más concreto, la difusión de enfermedades como la del SARS en un circuito globalizado, comentada aquí, y el problema cada vez más frecuente de la violencia y la seguridad (en nombre de la cual se cometen tantos equívocos), asociada a la verdadera obsesión por mapear y controlar el flujo de personas, tanto las crecientes olas de inmigrantes y refugiados en las fronteras como las masas de excluidos relacionados a la violencia y la inseguridad en las grandes ciudades, demuestran de manera acabada la importancia creciente que sigue teniendo (y que probablemente tenderá aún más en el futuro) el control territorial en tanto control de la “población”. En un mundo de mayor movilidad, incluso la brindada por el ciberespacio, territorializarse implica cada vez más “administrar” la disposición y la circulación de los cuerpos en el espacio, más no de cuerpos individualizados sino de la “masa” potencialmente incontrolable que éstos componen, ante todo cuando se trata de lo que aquí denominamos “aglomerados humanos de exclusión”.

7. TERRITORIOS, REDES Y AGLOMERADOS DE EXCLUSIÓN

7.1. TERRITORIOS, REDES Y TERRITORIOS-RED

Otro discurso corriente es el que asocia desterritorialización y red. La estructuración de una sociedad en red no es, obligatoriamente, sinónimo de desterritorialización, ya que en general significa nuevas territorializaciones, aquellas en que el elemento fundamental en la formación de territorios, casi al punto de confundirse con éstos, es la red. Como vimos a través de las propuestas de Deleuze y Guattari, así como en el debate anterior sobre desterritorialización y movilidad, es posible identificar un “territorio en el movimiento” o “por el movimiento”.

Tal vez ésta sea la gran novedad de nuestra experiencia espaciotemporal posmoderna, en que controlar el espacio indispensable para nuestra reproducción social no significa (solamente) ejercer control sobre zonas y definir “fronteras”, sino en especial vivir en redes, donde nuestras propias identificaciones y referencias espacio-simbólicas se efectúan no sólo en el arraigo y la (siempre relativa) estabilidad, sino en la propia movilidad: una parte significativa de la humanidad se identifica en el y con el espacio en movimiento, es posible decir. Así, territorializarse significa también, hoy en día, construir o controlar flujos/redes y crear referentes simbólicos en un espacio en movimiento, en el y por el movimiento.

No obstante, los territorios construidos a través de la movilidad humana, como vimos, no son exactamente una novedad, presentes como están ya entre los pueblos nómadas, en su configuración de una especie de “control” o “experiencia integrada” del espacio a través de las redes, o sea, mediante la estructuración de un territorio-red en términos más tradicionales. Como afirmó Bonnemaison (1981), un territorio, antes de ser una frontera, es primero un conjunto de lugares jerarquizados, conectados a una red de itinerarios. […] La territorialización […] engloba al mismo tiempo aquello que es fijación [arraigo] y aquello que es movilidad, en otras palabras, tanto los itinerarios como los lugares (pp. 253-254).
Lo que ocurre en nuestros días es que esta forma de territorio, moldeada fundamentalmente a través del elemento “red”, pasó a dominar. Según Bourdin (2001), quien comenta a Balligand y Maquart:

siempre hubo territorios discontinuos, los de los comerciantes y sus monarcas, los de las peregrinaciones y sus iglesias de romería, “territorios-redes” de los cuales el Imperio de Venecia ofrece una perfecta ilustración. Hoy, este tipo de territorio domina, dando un significado diferente a los recortes tradicionales, sobre todo políticos (p. 167).

Entre tanto, lo que hay de nuevo no es solamente una diferencia de grado, la intensidad con la que se expandió el modo de organización en red o reticular; sino también su carácter cualitativamente diferente; o sea, existe una diferencia de naturaleza, comenzando por el tipo de red y por su articulación, hoy por completo distintos, sobre todo a partir del fenómeno de la compresión tiempo-espacio.

La comunicación instantánea globalizada revolociona la formación de territorios por medio de la configuración de redes, que pueden incluso prescindir de algunos de sus componentes materiales fundamentales, como los “conductos” o simplemente ductos.1 De esta manera, con una mayor carga inmaterial o, más exactamente, mediante la combinación en forma más compleja de lo material y lo inmaterial, las redes contemporáneas, en tanto componentes de los procesos de territorialización (y no tan sólo de desterritorialización), configuran territorios discontinuos, fragmentados, superpuestos, muy diferentes de la territorialización dominante en la modernidad clásica.

Como ya comentamos, Deleuze y Guattari (1997) hablan de un territorio como “acto”: “el territorio es de hecho un acto que afecta los medios [milieux] y los ritmos, que los ‘territorializa’. El territorio es el producto de la territorialización de los medios y de los ritmos” (p. 120). El territorio, de este modo, no es solamente objeto, “cosa”, sino sobre todo acción, ritmo, movimiento que se repite. Además, expresamos que Santos (1996) habla del territorio como sistema de objetos y acciones, de fijos y fluidos, pero que no se trata, no obstante, sólo de objetos y acciones en un sentido funcional, ya que esos objetos y esas acciones también están siempre cargados de diferentes significados, o sea, son también simbólicos o, como quieren Deleuze

1 Nos referimos aquí a las infraestructuras materiales, tales como caminos y ferrocarriles, ductos en sentido estricto (gasoductos y oleoductos, por ejemplo), líneas (de energía), cables (telefónicos), etcétera.

y Guattari, “expresivos”: “hay territorio cuando el ritmo se torna expresivo”, dicen ellos.

Por otro lado, no se trata simplemente de priorizar lo expresivo sobre lo funcional, sino de reconocer su imbricación permanente. Si el territorio hoy, más que nunca, es también movimiento, ritmo, flujo, red, no consiste en un movimiento cualquiera ni de uno con características meramente funcionales: también es un movimiento dotado de significado, de expresividad, o sea, con un significado determinado para el que lo construye y para el que saca provecho de éste.

Los territorios tampoco son unidades homogéneas o “totalidades”. Están compuestos de elementos diferentes que proporcionan configuraciones específicas. Para Deleuze y Guattari (1997a), el territorio “tiene una zona interior de domicilio o de albergue, una zona exterior de dominio, límites o membranas más o menos retráctiles, zonas intermedias o incluso neutralizadas, y reservas o anexos de energía” (pp. 120-121). Desde este abordaje, resulta más fácil visualizar un territorio creado según una lógica zonal o de superficie, como un área delimitada por fronteras. Dicho abordaje también sugiere un territorio en el sentido más tradicional, al establecer una especie de jerarquía entre interior y exterior, “vivienda”, “zonas intermedias” y “anexos”. Deleuze y Guattari, en efecto, no se inspiran aquí en un territorio con características más rizomáticas, que probablemente, en su interpretación, se asociarían más a procesos desterritorializadores.

Sin embargo, si pensamos que además de dominios internos y exteriores, viviendas, membranas y anexos, los territorios se componen de unidades espaciales como zonas o áreas, puntos y líneas o, en una lectura no euclidiana, nodos y redes, podemos pensarlos en términos de las diferentes composiciones que estos elementos proporcionan. El problema es que diversos autores, geógrafos y no geógrafos, efectúan una lectura a nuestro entender dicotómica entre territorios y redes, como si fuesen dos unidades distintas e incluso antagónicas, sin percibir siquiera que la red puede ser vista como un elemento constituyente del territorio.

El sociólogo Bertrand Badie (1995), por ejemplo, desarrolla todo su razonamiento sobre el “fin de los territorios” a partir de una diferenciación nítida, dualista, podemos decir, entre territorio y red. Uno es la contigüidad, el otro la liberación de los apretones espaciales; uno es el cierre, el otro la apertura; uno es la fidelidad exclusiva, el otro la fidelidad móviles:
El mundo de las redes opone al principio de la territorialidad un modo diferente de articulación de los individuos y de los grupos. El primero está fundado en la contigüidad y la exhaustividad, el segundo en las relaciones libres de los aprehensos espaciales. Uno implica el cierre y la exclusión, el otro la apertura y la inclusión. En un caso, las relaciones construidas son eminentemente políticas, fundadas en la fidelidad ciudadana, en el otro son funcionales y suponen fidelidades móviles, no jerarquizadas, frecuentemente sectoriales y volátiles (p. 185).

Incluso el filósofo Bruno Latour (1991), a través de una perspectiva diacrónica, considera territorio y red como dos unidades distintas, que corresponden de cierta forma a lo que aquí podemos identificar como diferentes dominancias históricas de los territorios-zona y los territorios-red. De este modo, él asocia el territorio con los "preamdernos" y la red con los "modernos" (p. 184). También afirma que no es posible reducir las redes a lo global y los territorios a lo local, ya que "local y global son conceptos bien adaptados a las superficies y la geometría, pero muy mal a las redes y a la topología" y porque "los dos extremos, lo local y lo global, son mucho menos interesantes que los agenciamientos intermedios aquí llamados redes" (p. 161).

Las redes, en tanto "líneas conectadas y no superficies", se extienden por casi todos los lugares, "y se expanden tanto en el tiempo como en el espacio, sin llenar el tiempo y el espacio (Stengers, 1983)" (Latour, 1991:160). A pesar de que prioriza de modo constante las mediaciones y los hibridismos (natural-social, local-global), Latour propone respetar la diferencia entre "redes ampliadas" y "territorio" (p. 162) y rechazar el territorio de los "premodernos" a la vez que se preservan (o se "salvan") "las redes ampliadas de los 'modernos'" (p. 184). Finalmente, en otra proposición polémica también para los antropólogos, cuestiona si la antropología no "estaría reducida para siempre a los territorios, sin poder seguir las redes" (p. 158).

Otro autor que efectúa una distinción en sentido correlativo, aunque utiliza el término "lugar" y no "territorio", es el sociólogo Manuel Castells (1996), en sus concepciones de espacio de flujos (que dominan la "sociedad en red") y espacio de los lugares. La diferencia principal entre ambos sería la desarticulación física, o mejor dicho, la contigüidad espacial, ausente en el caso de los flujos y presente en el de los lugares, espacios diversificados en términos de funciones y expresiones, dotados de fuerte memoria colectiva e interacción social.

Berque (1982), en forma análoga, aunque no se refiere explícita

CUADRO 7.1. LAS DIFERENTES MÉTRICAS SEGÚN JACQUES LÉVY

<table>
<thead>
<tr>
<th>Métrica interna</th>
<th>Topografía</th>
<th>Horizonte</th>
<th>Razuma</th>
<th>Espacios fluidos</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Métrica de los límites</td>
<td>Topográfica</td>
<td><em>Pays</em></td>
<td>Red</td>
<td>Espacios duros</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Topológica</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

TERRITORIOS, REDES Y AGLOMERADOS DE EXCLUSIÓN

mente al territorio, habla de un espacio lineal, que "se organiza por la definición de un cierto número de puntos de referencia y por la confluencia de estos puntos en red", y un espacio areolar que, por el contrario, "se organiza sin referencia previa, cada lugar en su contexto siendo en sí mismo su razón de ser". El primero privilegiaría la "circulación", el segundo la "vivienda", "el espacio lineal sería sobre todo extrínseco, el espacio areolar sobre todo intrínseco" (pp. 118-119).^2

Con un razonamiento semejante, pero teóricamente más desarrollado, a lo que Berque llama "espacio areolar y espacio lineal", el geógrafo Jacques Lévy lo denomina "méticas" —o "maneras de medir y de tratamiento de la distancia"— topográfica y topológica, respectivamente (Lévy y Lussault, 2003:607). Las métricas, que en la geografía comienzan con las medidas euclidianas convencionales (metro, kilómetro), se extienden a las distancias-tiempo y llegan hasta medidas subjetivas representadas en "cartas mentales". Lévy reúne estas métricas en dos grandes familias, sintetizadas en el cuadro 7.1.

que de ningún modo se restringen a la velocidad o a medidas estándar que reducirían “el desplazamiento a la velocidad, la movilidad al desplazamiento y la distancia a la movilidad” (p. 608). Así, la métrica se vuelve una forma de medir la distancia y a la vez un modo de gestión: “elegir una métrica en detrimento de otra es tomar un partido técnico, un partido político, un partido de aménagement” (p. 609).

En otras palabras, estas métricas tienen que ver con priorizar una concepción absoluta o una relativa/relacional del espacio, lo que implica discutir su asociación con el tiempo, la visión euclidiana que concibe un espacio bi o tridimensional sin la “cuarta” dimensión relativizadora que es el tiempo, la visión no euclidiana que entiende al espacio indisceworldemente vinculado al tiempo, que entra así con su cuarta dimensión.

De acuerdo con Harvey (1969), el espacio absoluto es el que tiene una existencia independiente de la materia, como en la perspectiva kantiana, un a priori usado de modo intuitivo por la experiencia y no su producto. El espacio no es una cosa o un hecho, no por qué sea fruto de un conjunto de relaciones, de coexistencias, sino simplemente porque es un a priori, una especie de trama ideal formada de puntos, líneas y superficies, a prioris geométricos para entender el espacio.

Como comenta Harvey (1969:197), Euclides comienza por definir sus conceptos básicos (punto, “que no posee ninguna parte”, línea, “longitud sin anchura”, superficie, “que posee solamente anchura y longitud”), conceptos que, de esta manera, hoy se considerarían “primitivos” al prescindir de definiciones. El éxito de la geometría euclidiana proviene de la facilidad con la que puede interpretarse y de la amplitud de su uso, aplicable aún hoy a varios fenómenos empíricos. Su mayor problema es que se inspira en una concepción absoluta del espacio, y al separar de tal forma el espacio del tiempo aquél termina siendo una completa abstracción.

Asociamos aquí el “espacio absoluto” y “sin temporalidad” con las lecturas más tradicionales de territorio, tomado como un tipo de territorio-zona homogéneo, disociado de la idea de movimiento, en una tri o, la mayoría de las veces, bi-dimensionalidad de puntos, líneas y superficies, sin la relatividad y la “profundidad” que sólo se pueden lograr mediante su indiscokable condición temporal. Este “territorio-zona” más estático puede ser visto como “absoluto” no sólo en un sentido epistemológico (en términos de geometría euclidiana o como a priori kantiano), sino también en términos ontológicos, como reali-

dad casi sin movimiento, reducida básicamente a sus formas, en tanto materialidades atemporales.

A esa superada concepción zonal o “areal” de territorio, superficie relativamente homogénea y casi sin movimiento, le debemos agregar otra, más compleja, en que la red aparece como uno de sus elementos constituyentes, “territorializadores”. En este caso, la red, junto a las superficies o “zonas”, compondrían en forma indiscokable el contenido territorial. El territorio-zona sólo se definiría como tal por la predominancia de las dinámicas “zonales” sobre las “reticulares”, pero no por su disociación. O sea, el territorio-zona no establece en ningún momento una relación dicotómica o dual con su contraparte, el territorio-red. Además, es muy interesante destacar, antes que nada, que al utilizar las denominaciones “territorios-zona” y “territorios-red” se trata más de referentes teóricos, especies de “tipos ideales” que no es posible identificar por separado en la realidad efectiva.

En una concepción reticular del territorio o, de manera más estricta, de un territorio-red, podemos pensar la red no sólo como otra forma (abstracta) de composición del espacio, en el sentido de “conjunto de puntos y líneas”, desde la perspectiva euclidiana, sino también como un componente territorial indispensable que resalta la dimensión temporal-móvil del territorio y que, conjugada con la “superficie” territorial, pone de manifiesto su dinamismo, su movimiento, su perspectiva de conexión (“acción a distancia”, como destaca Machado, 1998) y de “profundidad”, con lo que relativiza la condición estática y dicotómica (en relación con el tiempo) que muchos le conceden al territorio en tanto territorio-zona en un sentido más tradicional.

Massey (1993b) destaca también las implicaciones políticas de esa inseparabilidad entre espacio y tiempo:

lo espacial es parte integrante de la producción de la historia, y de este modo la posibilidad de la política, tanto como lo es lo temporal para la producción de la geografía. Inotables entonces acerca de la inseparabilidad del tiempo y el espacio, en su constitución conjunta a través de las interrelaciones entre fenómenos, en la necesidad de pensar en términos de espacio-tiempo (p. 159).

Las dos métricas enunciadas por Jacques Lévy serían, por lo tanto, inseparables. A nuestro entender, el problema se relaciona con las denominaciones que el autor utiliza, la métrica euclidiana o topográfica que da origen a territorios, la no euclidiana o topológica, que origi-
na redes. Dos métricas que componen entidades diferentes: mientras que en la primera la prioridad sería la de un espacio euclídeo, continuo y bidimensional, en la segunda tendríamos un espacio discontinuo y lacunar, no euclídeo, que incorpora de manera enfática, según nuestro punto de vista, la dimensión relacional del tiempo y menos, menos, del movimiento.

En realidad, son múltiples las métricas posibles, ya que se debe tomar en cuenta la dimensión subjetiva de las decisiones y/o de las percepciones de tiempo y espacio. Como Lévy (2002) comenta de manera apropiada:

Todavía seguimos siendo tributarios de la “tiranía euclídea” [...], que tiene la ventaja de ofrecer un instrumento cómodo y universal, pero que corre permanentemente el riesgo de hacernos perder de vista la pluralidad de las métricas. Las distancias-costo, las distancias-tiempo y todas las distancias complejas que dependen de lo político, de las relaciones sociales o de lo psíquico no deben colocarse más en una posición jerárquica inferior. No son “deformaciones” del “verdadero” espacio, sino otras caras igualmente esenciales de una verdad sofisticada. Es así que cuando se les pregunta a los usuarios del automóvil y de los transportes públicos, queda claro que los adeptos de uno y de otro no definen el tiempo de la misma manera, simplemente porque, lo sabemos desde Leibniz, el tiempo (así como el espacio) no se puede disociar de su “contenido”, que también es su continente (pp. 8-9).

Por detrás de todos estos diferentes razonamientos que, de una u otra forma, distinguen territorio de red, se deja traslucir una dicotomía que se puede sintetizar de modo esquemático como lo muestra el cuadro 7.2.

En consecuencia, tiene origen allí una visión dicotómica entre territorialización y desterritorialización que a veces asocia no sólo unilateralmente la desterritorialización con las redes, sino que las carga de una connotación negativa, como si la movilidad fuese siempre un mal y el “arrago”, la territorialización, un bien, lo que recuerda la distinción clásica de Tönnies entre Gemeinschaft y Gesellschaft.5

5 En nuestros trabajos iniciales sobre el tema de la desterritorialización (Hæsbaert, 1994, 1995), partimos de la asociación entre territorialización y desterritorialización y territorio y red (1995:177) con el fin de criticar esta visión dicotómica que impide ver en la red su doble papel desterritorializador-territorializador (p. 199). Así, afirmábamos que “nunca tendríamos territorios que puedan prescindir de las redes (cuando menos para su articulación interna) y viceversa: las redes, en diferentes niveles, necesitan territorializarse, o sea, requieren de la apropiación y delimitación de territorios para su actuación” (1994:209).

<table>
<thead>
<tr>
<th>Territorio</th>
<th>Red</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>intrínseco</td>
<td>extrínseca</td>
</tr>
<tr>
<td>(más introvertido)</td>
<td>(más extrovertida)</td>
</tr>
<tr>
<td>centrífugo</td>
<td>puntos (nodos) y líneas</td>
</tr>
<tr>
<td>áreas, superficies</td>
<td>rompe límites</td>
</tr>
<tr>
<td>delimita</td>
<td>(flujos)</td>
</tr>
<tr>
<td>(límites)</td>
<td>desarraigo</td>
</tr>
<tr>
<td>arraigo</td>
<td>más inestable</td>
</tr>
<tr>
<td>más estable</td>
<td>espacio reticular</td>
</tr>
<tr>
<td>espacio areolar</td>
<td>(“circulación”) (Berque)</td>
</tr>
<tr>
<td>(“vivienda”)</td>
<td>espacio de flujos (Castells)</td>
</tr>
<tr>
<td>espacio de lugares</td>
<td>métrica topográfica</td>
</tr>
<tr>
<td>euclidiana</td>
<td>no euclidiana (J. Lévy)</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Al contrario de varios geógrafos que distinguen e incluso oponen territorio y red, defendemos aquí una idea como la de Raffestin (1988). Él ha propuesto una tipología simple pero pertinente sobre la interacción de elementos que componen el territorio, que denomi-"invariantes territoriales": tramas, nodos y redes, privilegiados de modo diferente conforme la sociedad en la que estamos insertos. Así, en una distinción algo evolucionista, cuestionable, identifica cuatro tipos de sociedades o “civilizaciones”: dos “tradicionales”, una de transición y una “racional”, moderna, y pasa de la que valora más las tramas, “el territorio recorrido” o la “dimensión horizontal”, a la que valora más las redes, teniendo como intermedio el papel creciente de los nodos representados por los núcleos urbanos.

Así, con base en las lógicas areolar y reticular de Berque y, de forma más elaborada, en las métricas euclidiana y no euclidiana de Lévy, que aquí preferimos denominar lógica zonal y lógica reticular, respectivamente, simplificamos la tríada de invariantes identificadas por Raffestin en torno a dos elementos básicos: la “zona” (que él llama trama) y la red, conjunción de conexiones o nodos (no sólo puntos) y flujos (no sólo líneas), “redes” que, según los términos de Raffestin, aparecen separadas de los polos o nodos.

Tendríamos entonces dos formas o lógicas básicas de territorialización: una, por la lógica zonal, de control prioritario de zonas y límites o fronteras; otra, por la lógica reticular, de control prioritario
de flujos y polos de conexión o redes. La diferencia entre zonas y redes se origina, como ya lo hemos señalado, en dos concepciones y prácticas diferentes del espacio: una que privilegia la homogeneidad y la exclusividad, otra que pone de manifiesto la heterogeneidad y la multiplicidad, incluso en el sentido de admitir las superposiciones espacio-temporales. Como afirma Lévy:

Los espacios de control de acceso exclusivo son relativamente bien identificables (estados, “zonas tapones” de los individuos...) y constituyen una pequeña parte de los tipos de objetos geográficos que se puede encontrar hoy en el mundo. En mi opinión, no se les debe, por lo tanto, dar un lugar demasiado primordial en las taxonomías (Lévy y Lussault, 2003:910).

Sin embargo, más que dos concepciones distintas y en el mismo plano de comparabilidad conceptual, lo que importa aquí es mostrar que el territorio se encuentra en un nivel diferente de reflexión teórica, y que la red puede corresponder incluso a uno de sus momentos constituyentes. Así, como ya se dijo, el territorio-zona y el territorio-red, como especies de “tipos ideales”, de hecho nunca se manifiestan de modo totalmente diferente.

Una de las críticas más incisivas sobre la distinción entre territorio y red proviene de Polere (1999), quien resalta, además del problema epistemológico, la cuestión axiológica que involucra. Se invierten, pues, los polos: del “buen” territorio (“comunitario”) y de la “mala” red (“societal”, para aludir a Tönnies), ahora se trata del “mal” territorio y de la “buena” red. Para este autor, Bertrand Badie (al cual le podríamos agregar a Bruno Latour) asocia la lógica territorial con:

el particularismo, el cierre, el rechazo al intercambio y la intolerancia; el sentimiento de pertenencia y el hecho identitario en general son deslegitimados. El “mal” territorio se opone sistemáticamente a la “buena” red, lo que nos introduce la figura inevitable de la política francesa, tal como ésta se encuentra en muchas obras de ciencias sociales. La oposición red-territorio en el pensamiento de la sociedad-mundo reformula la famosa dupla sociedad-comunidad de Ferdinand Tönnies y hace del primer término el agente de una emancipación del individuo y, de segundo, una pertenencia alienante (p. 29), que lleva a la retribalización retrógrada.

La red constituye, pues, el “antiterritorio”. Esto significa:

un juicio moral perfectamente extraño al espíritu científico: las redes serían un invento moderno [...] y los territorios el arcaísmo. Por lo tanto, no hay lugar para oponer red a territorio; el territorio es una forma social, mientras que la red es esencialmente un modo de estructuración de los lazos sociales o de la interacción; la sociedad puede perfectamente definirse como una red de redes sociales no exclusivas que se desarrollan en un mundo material, y las propias redes están siempre más o menos territorializadas (p. 90, nota 15).

Aunque Polere exagere un poco en su distinción entre territorio y red (forma x modo de estructuración), no quedan dudas de que hablamos no sólo de diferencias de grado o cuantitativas, en términos de “métricas” en el sentido de su comparabilidad, sino también de diferencias de naturaleza, de niveles distintos de reflexión: la red es uno de los modos de organización presente en todo territorio, como espacio social, puede o no estar centralizado en este modo de estructuración.

En cuanto a la “territorialidad” de las redes o, en un sentido coherente con el razonamiento más simplista citado aquí, a su materialidad, éstas también deben ser consideradas siempre “más o menos territorializadas”, como defiende Polere. Aunque algunos autores distingan redes materiales e inmateriales, o incluso redes técnicas y sociales en rigor; la verdad es que nunca encontraremos, de no ser en un nivel metafórico, redes completamente “desterritorializadas” en el sentido de su total inmaterialidad. Incluso una “comunidad virtual”, como ya hemos comentado, debe ser entendida como sostenida, de alguna manera, en las redes técnicas que hacen posible su existencia.

Incluso entre los sociólogos, en general parúrdarios de la “no espacialidad” de las redes, existen quienes se quejan de los riesgos de esta lectura desmaterializada. Poche (1996) es uno de quienes más se sorprende con esta visión tanto “desterritorializada” como atemporal de la red, que según su lectura representa un “seudoconcepto” utilizado para:

expresar la manera “no espacial” por la cual los seres humanos se comunican, de ciudad en ciudad, obviamente, pero sin que las nociones de lugar, de distancia, de relais (con más razón, de traducción, de disfras, de distancia cultural, etcétera) tengan intervención. La red no solamente es un no lugar,

4 O incluso “redes estratégicas”, técnico-funcionales, y “redes de solidaridad”, como propone Randolph, 1993, inspirado en la distinción de Habermas entre razón instrumental y razón comunicativa.
también es un no tiempo; se funda tanto en la fantasía de la instantaneidad como en la de la ubicuidad (p. 59).

Ésta es una observación muy pertinente para nuestra argumentación, ya que en tanto la red está “desespacializada”, sirve claramente como contrapunto para el territorio, como si uno pudiera remplazar al otro. El problema aquí es que sólo existe la red como “dimensión temporal” disociada de la esfera espacial, como en la visión dicotómica entre territorio-espacio y red-tempsmovimiento. La crítica contundente de Poche va dirigida también a otro discurso, ya abordado aquí, el de aquellos que sobrevaloran el papel de la tecnología informacional (y de la “virtualidad” del ciberespacio) en la constitución de las redes.

Un razonamiento como éste podría llevarnos a un descédrito mayor de la idea de red. Sin llegar a este extremo, sin embargo, nuestra intención es por el contrario la de quitar el poco ese carácter de “seudo” concepto y precisar algunas de sus propiedades, por lo menos desde un punto de vista geográfico, que podrá ayudarnos en las reflexiones que seguirán en torno al debate sobre desterritorialización y multiterritorialidad.

Algunas distinciones nos parecen importantes en relación con la red, considerada como elemento constituyente de todo proceso de territorialización. En primer lugar, tal como el territorio en un sentido más amplio, la red nunca debe ser tomada como un “todo” homogéneo y ahistórico. A pesar de que se la considera –según el punto de vista de Raffestin– como una “invariante” territorial, la red está constituida por elementos que se diferencian a lo largo del tiempo. Así, debemos cuando menos distinguir entre sus puntos (o vértices) y sus líneas (o arcos), tanto respecto al tipo de ductos y relais (estaciones intermedias) como al de flujos que circulan por ella. Éstos son fundamentales para entender el papel ambivalente de las redes, al mismo tiempo territorializador (cuando son más centrípetas o introvertidas) y desterritorializador (cuando son más centrífrugas o extrovertidas en relación con determinado territorio).

Una característica contemporánea que genera una configuración espacial completamente diferente y que promueve la discontinuidad espacial, es la compresión del tiempo-espacio y la consecuente inmateria- lidad creciente tanto de los flujos como de los “ductos” que componen las redes. Aunque todavía existan ductos materiales de fundamental importancia, como los sistemas de electricidad y los cables submarinos, son cada vez más fuertes los flujos inmateriales que circulan exigiendo sólo antenas o satélites que ocupan puntos minúsculos en la superficie de la Tierra o por encima de ella.5

Para nuestros propósitos, la característica más importante de las redes es su efecto a la vez territorializador y desterritorializador, lo cual provoca que los flujos que circulan por ellas tengan un efecto que puede ser tanto de sustentación, más “interno” o constructor de territorios, como de desestructuración, más “externo” o desarticulador de territorios. De esta manera, las redes (aunque, atención: no solamente las redes en sí, sino como formas o medios constituidos o movilizados por determinados sujetos) son más o menos desterritorializadoras de acuerdo con diferentes factores, que incluyen su carácter estratégico-functional o simbólico-expresivo, pues territorializarse es siempre una conjugación (diferenciada) entre función y símbolo, acción concreta y valoración simbólica, lo cual hace que las redes básicamente técnicas, por ejemplo, desarrollen muchas veces un alcance más limitado (más estrictamente funcional, diríamos) de territorialización.

No debemos, pues, confundir las redes territoriales, en sentido propio, con las redes en su acepción más específica de redes físicas o técnicas. Contrariamente a los autores que utilizan el término redes territoriales como sinónimo de redes físicas o técnicas (“redes técnicas territoriales”, según los términos de Bakis, 1993), dotadas de una materialidad más evidente, empleamos el término para destacar el papel de las redes en los procesos (re)territorializadores, o sea, en la construcción de territorios en su sentido de control o dominio material y apropiación simbólica.

Así, por ejemplo, redes técnicas o instrumentales como las redes viales o de telecomunicaciones de un país pueden ser, más que funcionales, “redes territoriales” en tanto fortalecen la unidad o la “integración” de un territorio, en este caso, el del Estado-nación. Pero, como en todo proceso de desterritorialización, éstas nunca son solamente territorializantes. Las conexiones con el exterior, a veces privilegiadas

5 Es curioso, sin embargo, percibir que incluso con esa increíble condensación de los “ductos” (meros puntos o antenas de conexión) existen problemas concretos: la disputa por el espacio para el lanzamiento de nuevos satélites ya es encarnizada, con algunas de las órbitas prácticamente congestionadas, y escenarios donde las nuevas antenas de telecomunicación encuentran cada vez más resistencia de las poblaciones que se consideran perjudicadas, tanto por sus efectos en la salud como en lo relativo a la contaminación visual.
en comparación con las conexiones internas, representan procesos concomitantes de desterritorialización, o sea, en este caso, de pérdida de control del Estado en relación con las dinámicas internas en el territorio nacional.

En un mundo en proceso de globalización cada vez más desordenado por flujos de distinta naturaleza que alimentan redes de todo tipo, hay una “multiplicación y banalización de territorios en red” (Bakis, 1993:87). A pesar de que nunca existió una organización social sin redes (sean sociales en sentido estricto o físicas), es a partir de la globalización que éstas dominan, con nuevas “capacidades” y ritmos, generando una difusión creciente de flujos inmateriales que, a través de la conexión en la discontinuidad, “introducen aspectos geopolíticos nuevos y subrayan la necesaria actualización de la nación misma de territorio” (Bakis, 1993:89).

Según Bakis, el propio Estado-nación es de cierta manera un “territorio en red”, a través de sus redes administrativas, pero los casos más espectaculares están constituidos por los territorios contemporáneos de las empresas multinacionales.

La geografía de estas empresas [multinivelamientos] literalmente explotó entre diferentes sitios, entre diferentes países y continentes. Pero sus territorios tienen “existencias” muy reales, caracterizadas por un funcionamiento global en que los diferentes lugares participan en tiempo “real” en el movimiento del conjunto, donde existe también una cultura propia, a pesar de la distancia geográfica y de su dispersión por varios continentes. […] Se creó un territorio específico, territorio que no funciona en la escala de los diferentes estados en los cuales ésta [la empresa] dispone de establecimientos (Bakis, 1993:90).

En este caso, algunos autores prefieren el término, más condensado, “territorio-red” en lugar de “territorio en red”, pero con el mismo significado. Partiendo del estudio empírico de la red de migración gaucha en el interior de Brasil, en 1994 propusimos, paralelamente a la noción de “región-red”, la de territorio-red:

Los territorios en este fin de siglo son siempre, también, a diferentes niveles, “territorios-red”, porque están asociados en menor o mayor grado a flujos (externos a sus fronteras) articulados en forma jerárquica o complementa-

4 A este respecto, véase también el análisis de Corrêa (1997) sobre corporaciones y espacio.

Para Veltz (1996), “la imagen de un ‘territorio en red’ –territorio a la vez discontinuo y estratificado [feillezé], puesto que las redes son múltiples, se superponen y se imbrican– se expresa como un contraste con la de los buenos viejos ‘territorios de las zonas’” (p. 61). Basado en la nueva geografía económica delineada a partir de la globalización y el capitalismo flexible, Veltz afirma que:

Las imágenes que espontáneamente se asocian con la noción de territorios-red ciertamente hacen referencia a las redes de comunicación y en particular a los efectos que producen los transportes de alta velocidad (avión, TGV). Dichas redes crean al mismo tiempo nuevas conexiones y efectos “túneles” para las zonas atravesadas pero no servidas […] muy perturbadoras desde el punto de vista de la continuidad territorial (p. 90).

El autor considera que, aparte de esos efectos de las nuevas tecnologías de transportes y comunicaciones, el territorio-red incorpora propiedades más inmateriales, topológicas. Destaca, en especial, dos de esas características: “la predominancia de las relaciones horizontales (polo-polo) sobre las relaciones verticales (polos-hinterland)” y “el carácter de trama (no piramidal, no arborescente) de las relaciones” (p. 64). Es interesante recordar aquí que algunos estudios prefieren considerar a estos espacios como regidos por relaciones sociales más horizontalizadas y no jerárquicas, como “rizomas” más que “redes” en el significado más tradicional.

Esta distinción se relaciona, por lo menos parcialmente, con la que Veltz propone al diferenciar “territorios de redes” y “territorios en red”. La verdadera novedad sería que en el segundo caso territorio-red “cada polo se define como punto de entrecruzamiento y de conmutación de redes múltiples, nodo de densidad en una gigantescas imbricación de flujos que es la única realidad concreta, pero que también es un desafío a la representación y a la imaginación” (p. 65).

Sí, como afirma Souza (2002), “al contrario de lo que se podría pensar, el territorio no es una ‘prisión’, que se debe contrastar con la ‘versatilidad’ de las redes” y si “el territorio protege” y “la red articula”, dentro de “una dialéctica cierre/apertura, en la que los dos polos son imprescindibles” (p. 247, cursivas del autor), en el territorio-red o en
red podemos decir que el control (la "protección") se produce a través del movimiento articulado (la red). Para Souza, el territorio-red representa un "puente conceptual" que reúne la contigüidad espacial del territorio "en el sentido usual" y la discontinuidad de las redes, formando así un territorio discontinuo7 que, de acuerdo con la escala, es "una red que articula dos o más territorios discontinuos" (1995:94), como ocurre en el caso de los territorios-red de diferentes facciones del narcotráfico, que estructuran su poder a través de la conexión entre varias favelas en disputa en el municipio de Río de Janeiro.

El efecto más importante de esta perspectiva conceptual es de orden político, ya que permite superar la noción "exclusivista" de poder presente en la idea clásica de territorio, con lo que admite así la visualización de diferentes formas territoriales, superpuesta y discontinua, de articulación del poder o de distintos tipos de relación de poder (Souza, 1995).

En un trabajo más reciente, Souza reconoce que el territorio-red no pierde su carácter "zonal" o de área debido a que "corresponde al área de influencia, esencialmente informal y de límites nebulosos, de un poder organizado en red". Esta influencia se ejerce a través de la articulación de varios puntos o "nudo" de la red (2002:428). En la visión que defendemos aquí, habría un largo continuum entre el territorio-zona más tradicional, como superficie de límites bien definidos, y la red en sentido estricto, que no obligatoriamente funge como articuladora directa de un territorio, pasando por el territorio-red al que nos referimos aquí.

En un trabajo anterior (Haesbaert, 2002a), hemos identificado tres grandes perspectivas teóricas en la relación entre territorio y red: una subordinará la red al territorio (como en muchas lecturas de la geografía más tradicional); otra, en forma dicotómica, separa claramente territorio y red (como en el abordaje de Bertrand Badie) y, finalmente, una tercera trabaja con el binomio territorio-red, relativizado de manera histórica, en la que la red actúa con efectos territorialisadores, o desterritorialisadores.

Vistas como componentes de los territorios, las redes pueden estar así al servicio tanto de los procesos sociales que estructuran territorios...
pectiva, pierde mucho del sentido clásico de viaje relacionado a los viajeros de siglos pasados”. Los puntos a conectar con frecuencia se ven efectivamente reducidos a estaciones de permanencia temporal, como grandes cadenas de hoteles, resorts turísticos, residencias “por temporada”, parques para “motor-home”, etcétera.

Este movimiento puede ser tanto de los individuos como de los propios objetos que hacen posible el movimiento, sea como simples “medios de transporte” (como automóviles, autobuses, trenes, barcos, aviones), sea como residencias móviles (que amplía la aceptación de las tradicionales “motor-home” o casas rodantes). Sin embargo, a diferencia del nómada tradicional, cuya bajísima velocidad provoca por fuerza una interacción con el entorno “territorial” del recorrido, ahora con las grandes velocidades se puede hasta excluir por completo todo contacto con el medio circundante, como sucede en el caso de los viajes aéreos o en trenes de alta velocidad.

Los cambios tecnológicos recientes también obligan a reformular nuestras concepciones de territorio, al grado de incluir la noción de “territorios móviles” en sentido estricto, y no sólo como territorios que, al mantener una base material fija, tienen límites más fluidos o se transforman de forma constante por el cambio de función o apropiación simbólica (Sack, 1986; Souza, 1995). Ahora –y ciertamente más en el futuro– podemos tener el desplazamiento de la propia base o sustrato material. Tal vez el ejemplo más contundente sea el del reciente proyecto de “ciudades fluctuantes móviles”, inmensos barcos capaces de funcionar como verdaderas ciudades, donde podrán vivir miles de personas. En este caso, el entorno o contexto “territorial” sería completamente mutable. Se puede llevar consigo el territorio (al menos el territorio más inmediato) y, literalmente, “anclarlo” donde más nos plazca.

¿Qué significa decir que en la actualidad la territorialización se lleva a cabo en gran parte en torno a esos diferentes “territorios-red”? En primer lugar, que es un hecho concreto la posibilidad de gozar de una mayor movilidad, pero que ésta es también un instrumento de poder extremadamente diferenciado y que no puede ser sobrevalorada, ya que sabemos no sólo de la enorme desigualdad en el acceso a di

---

8 Aunque parezca reciente, ese “nomadismo” de residencia manifestado en las “motor-home” es un fenómeno antiguo, como lo demuestran los “travellers” irlandeses (se estima que su número hoy alcanza los 25 000), cuyo controvertido origen se remonta a comienzos del siglo v.
de valores), pero no podemos ignorar que los flujos materiales como el de las personas no sólo continuará teniendo importancia, sino que ésta será creciente, sobre todo mientras sigan aumentando el nivel de exclusión social (económica, política y cultural), la degradación ambiental y, en especial, las disparidades entre zonas ricas y pobres del planeta.

Como las informaciones “fluyen” a través de redes cuya materialidad la mayoría de las veces se restringe a puntos de conexión como los llamados telepuertos, se torna una exigencia el dominio de tales conexiones, así como de las “claves” de acceso a las redes. El principal recurso de control o influencia en esos territorios-red se da a través de estos puntos de accesibilidad, aunque también es posible encontrar interferencias, más raras, relacionadas directamente con la intermediación de los flujos en sentido riguroso.

Aunque los territorios-zona sean aquellos que se asocian de modo más directo con el control a través de las fronteras, es posible también, en un ejercicio más especulativo, pensar en “fronteras de las redes” (o de los territorios-red). Parrochia (1993), en un estudio de gran envergadura sobre la “filosofía de las redes” (que va más allá de su perspectiva filosófica), aunque en ciertos momentos esté de acuerdo con la tradicional asociación entre territorio y red, aporta algunos elementos para el debate de las “fronteras” o límites de las redes.

Parrochia discute esos límites de las “entidades” red y se pregunta si éstas poseen una frontera, si ésta se puede regular y, de esta forma, definir lo que constituye la no red, lo que está más acá y más allá de las redes (p. 273). Luego de analizar otros tipos de frontera, más claramente “territoriales” (aunque él no haga explícito este tipo de distinción), de carácter jurídico-político, presenta tres modalidades de control o limitación de las redes, que les impiden a éstas “desarrollarse hasta el infinito”:

“a) la construcción de nodos o de arcos [...] suplementarios” que induce a una “redundancia inútil”;
“b) [...] el poder del aparato que asegura la circulación de las ondas [flotes] o su tratamiento”, donde importa la limitación de la potencia del emisor y de la capacidad de terminales conectadas;
“c) [...] el cierre operacional”, o sea, la compactación y circularidad de algunas redes o sistemas (Parrochia, 1993:276-277).

Un ejemplo muy interesante para ilustrar al mismo tiempo la configuración de territorios-red y la diversidad de modos de organización espacio-territorial —lo que denominaremos territorios-red, territorios-zona y aglomerados de exclusión—, nos lo ofrece la espacialidad de la red terrorista Al Qaeda, que muchos consideran una entidad “desterritorializada”. Muy por el contrario, podemos decir que ésta dispone de una gama de diferentes tipos de territorio, o mejor dicho, como analizaremos en el último capítulo, una especie de multiterritorialidad compleja. Gracias a la riqueza acumulada por sus líderes y a la fuerza de movilización de sus símbolos (religiosos), los miembros de Al Qaeda pudieron usar una multiplicidad de tipos de territorio (cuando menos en su sentido funcional), a la vez que construyeron otro, un territorio-red mundializado flexible en extremo y, por lo tanto, en constante proceso de des-reterritorialización.

La compleja y flexible organización territorial de la red terrorista es la mejor prueba de que su poder proviene, en parte, de la versatilidad con la que logra circular en torno a las variadas territorialidades de nuestro tiempo, haciendo uso de sus diferentes ventajas. Así, podemos decir que dispone —o dispuso— de múltiples tipos de territorio donde se privilegiaba la forma “zona” o área: cavernas en las montañas, utilizadas como protección (pero vinculadas a las redes del “ciberespacio” a través de conexiones a Internet); campos de entrenamiento en zonas aisladas del interior de Afganistán (para muchos un verdadero cuartel-general no sólo de la red Al Qaeda, sino también de varias otras redes menores, más localizadas); y estados-naciones que la apoyan o apoyaron (como el Afganistán talibán, Sudán y Somalia). Además, participó (o participa) en redes económicas globales, como la de la explotación y comercio de diamantes (a partir de Sierra Leona), y en la red financiera en donde realiza (ba) sus inversiones (principalmente a través de Suiza e Irlanda).

Aunque el grupo Al Qaeda haya hecho uso de muchas cavernas naturales y sacado ventaja del accidentado relieve y el clima árido de Afganistán, debemos recordar que sus bases principales, en cavernas cercanas a Kandahar, no eran una simple “dádiva de la naturaleza”, sino verdaderos bunkers. Como dicen Carmo y Monteiro (2001), “el proyecto del bunker fue confiado, en 1998, a un grupo de ingenieros alemanes. Se trata de un sofisticado sistema de pasajes y galerías, cavado en la roca hasta una profundidad de más de medio centenar de metros. Las diferentes secciones, distribuidas en varios pisos, están vinculadas entre sí a través de varios ascensores” (p. 103). La estructura, a un precio de decenas de millones de dólares, “fue concebida para permitir la supervivencia y la autonomía de más de ochenta personas, por un período de por lo menos seis meses” (p. 104).
Gran parte de la red de activistas de Al Qaeda está constituida efectivamente por ciudadanos globales, de amplia circulación en el ámbito internacional, y que construyen células (territorios-zona menores) en espacios no específicos, como viviendas en barrios de clase media en grandes metrópolis de países centrales (Hamburgo y Londres, por ejemplo). La multifuncionalidad de las células les permite permanecer desactivadas durante largo tiempo, o ser periódicamente activadas sólo para fines bien definidos, como la recatida

dación de fondos o incluso para actividades pacíficas.

Al articular las ventajas de los territorios-zona más tradicionales (las cavernas a los estados-naciones) con las de los territorios-red contemporáneos (mediados por Internet alrededor del mundo) y las de espacios con usos específicos (cavernas de comando, campos de entrenamiento) y no específicos (células que funcionan en casas de clase media en grandes ciudades), la red Al Qaeda pone en juego principios como los de multifuncionalidad y multiescalaridad, flexibilidad y versatilidad, que son característicos de aquello que podemos denominar multiterritorialidad “posmoderna”.

Una característica dentro del proceso más amplio de des-territorialización bajo su mando es que el grupo utiliza en su estrategia otro rasgo notable de la territorialidad posmoderna: la carga simbólica condensada en algunos puntos muy específicos del espacio. La elección de los blancos de los ataques también está marcada por esta valoración simbólica: el World Trade Center, el Pentágono, grandes cadenas estadounidenses de hoteles...

No obstante, la gran ventaja, el “plus” del grupo terrorista es su te

rritorio-red más amplio, globalizado, dotado de una enorme flexibilidad y que se contrapone directamente a la poca flexibilidad de los dominios territoriales de los estados-naciones. Los territorios-zona más tradicionales, como los de los estados-naciones, no representan en ninguno momento el centro de la organización. Ésta sólo se sirve, como apoyo logístico, de la estructura de algunos de esos estados, en general naciones con una territorialidad debilitada, inestable, como Somalia (dividida por lo menos en tres unidades políticas), Sudán (con la más larga guerra separatista de África, con un sur predominantemente cristiano) y Afganistán (en donde la represión talibán no logró suprimir las múltiples diferencias internas que existen entre los clanes).

En el vínculo entre desterritorialización y reterritorialización, es importante recordar que no se trata sólo de una activación y desactiva-

ción constante de “células” que acordonan un gran territorio-red muy maleable; tan maleable que con frecuencia llega a funcionar más bien como “rizoma”, con subredes “replicantes” que surgen por diferentes lugares, sin conexión o control directo del centro de la organización. Se trata también de alimentar la red terrorista o de reterritorializar en torno a sus territorios-red a algunos de los grupos sociales más desterritorializados, o sea, inmersos en lo que denominamos “aglomerados de exclusión”, como los de la población más pobre del interior de Afganistán.

Tenemos, pues, no una dinámica del terror “desterritorializada”, aparentemente por no disponer de bases fijas y de continuidad física para lograrlo, como pretenden algunos. Se trata de organizaciones estructuradas (aunque, también, con un grado de imprevisibilidad y “desregulación” de sus acciones), con una estrategia territorial muy dinámica, bien montada en términos de un territorio-red (o de la articulación de varios, según la perspectiva), pero que de ninguna manera funcionan ajenas a las otras formas de organización territorial, tanto conjugándose con estados-naciones como con poderes locales o con redes globales. Móvil, relativamente fluido, descentralizado y fragmentado desde un punto de vista espacial, el terrorismo internacional dispone de una articulación compleja y multiescalar que pone en juego diferentes tipos de “recursos territoriales”, desde la base físico-natural de la que disponían los seguidores de Bin Laden en Afganistán hasta las redes técnicas más sofisticadas de la globalización.

Una lección que el terrorismo nos da es que la eficacia del poder, hoy en día, pasa por la agilidad (velocidad) y la capacidad de actuar en las escalas más diversas, así como por los diferentes tipos de territo-

rio, articulados en red (territorios en red), con lo que de esta forma gozan de las ventajas que cada uno de éstos proporciona. Si hay alguna lección que sacar de la lógica territorial del terror, es que en la actualidad el poder puede estar en manos de aquel que es capaz de “jugar” con estas múltiples escalas: de lo local a lo regional, a lo nacio-

nal y a lo global. Cuanto más atados estemos a un territorio (o a una de sus modalidades) y a una escala específica, más sujetos estaremos a perder el poder de controlar fenómenos y acciones. Territorios-zona, territorios-red y aglomerados participan de manera conjunta e indisociable en este proceso.

Podemos resumir, entonces, que existen tres “tipos ideales” en rela-

ción con las formas de organización espacio-territorial: los territorios-
zonas, más tradicionales, forjadas en el dominio de la lógica zonal, con zonas y límites ("fronteras") relativamente bien demarcadas y con grupos más "arraigados", en que la organización en red adquiere un papel secundario; los territorios-red, configurados sobre todo en la toponomía o lógica de las redes, o sea, son espacialmente discontinuos, dinámicos (con diversos grados de movilidad) y más susceptibles a superposiciones; y lo que denominaremos "aglomerados", más indefinidos, muchas veces mezclas confusas de territorios-zona y territorios-red, donde se vuelve muy difícil identificar una lógica coherente o una cartografía espacialmente bien definida.

CUADRO 7.3. "TIPOS IDEALES" DE ORGANIZACIÓN ESPACIO-TERITORIAL

<table>
<thead>
<tr>
<th>Territorialización</th>
<th>Desterritorialización</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Territorios-zona</td>
<td>Aglomerados de exclusión</td>
</tr>
<tr>
<td>Zonas subordinando redes</td>
<td>&quot;Fuera de control&quot;</td>
</tr>
<tr>
<td>Territorialismo</td>
<td>Exclusión sociospatial</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Mientras los territorios-zona aparecen centrados en dinámicas sociales vinculadas al control de superficies o a la difusión en términos de áreas (en general continuas) y recurren de manera prioritaria a límites más exclusivistas o a "fronteras" bien demarcadas, en los territorios-red la lógica se refiere más al control espacial mediante el control de flujos ("canalizaciones" o ductos) o conexiones (emisores, receptores y simplemente relais). Una característica muy importante de la lógica discontinua de los territorios-red es que admite una mayor superposición territorial, en la división concomitante de múltiples territorios.

Tal como hemos visto al discutir los nexos entre desterritorialización e inmovilidad, no se trata de concepciones contrapuestas y estancas. La relación de territorios-zona, territorios-red y aglomerados con los procesos de desterritorialización y territorialización es ambivalente, e incluso puede pasar de un extremo a otro: los niveles más fuertes de desterritorialización, en medio de procesos de violenta inseguridad y exclusión social, pueden dar origen a los territorialismos más arraigados –de base cultural, por ejemplo–, en una búsqueda a veces desesperada por sobrevivir y gozar de seguridad. En una versión anterior de este esquema, habíamos propuesto una situación en la que no había vínculo entre desterritorialización y territorio-zona. En realidad, depende de a qué grupo social nos estemos refiriendo, ya que, como vimos en la discusión sobre desterritorialización e inmovilidad, podemos tener territorios-zona, como algunos guetos, dentro de los cuales puede generarse, a la vez, la des-territorialización más violenta.

Dos autores, Annemarie Mol y John Law (1994), cuyo trabajo hemos conocido muy recientemente, hablan de un espacio tripartito muy parecido a nuestra propuesta, presentada por primera vez en Haesbaert (1993) como "territorio", "red" y "aglomerados de exclusión". Mol y Law utilizan las nociones de "región", "red" y "espacio fluido". Según estos autores:

Primero, existen regiones en las cuales los objetos se agrupan y cuyas fronteras se definen en torno a cada agrupamiento [cluster]. Segundo, existen redes en las cuales la distancia es una función de las relaciones entre los elementos y la diferencia es una cuestión de variedad relacional. Éstas son las dos topologías con las cuales la teoría social es familiar. La primera es antigua y segura, mientras que la segunda, siendo más reciente, todavía tiene orgullo de su capacidad de cruzar fronteras. No obstante, hay otros tipos de espacio [...]. Algunas veces, sugerimos nosotros, ni fronteras ni relaciones marcan la diferencia entre un lugar y otro. Por el contrario, algunas veces las fronteras vienen y van, admiten "derrames" o desaparecen juntas, mientras que las relaciones se transforman sin ruptura. Algunas veces, pues, el espacio social se comporta como un fluido (p. 643).

Probablemente por desconocer por completo la tradición geográfica en el uso y la discusión de conceptos como el de región (ellos no citan a ningún geógrafo), Mol y Law decidieron hacer uso de esta terminología para caracterizar lo que aquí denominamos territorio-zona o de lógica zonal en la construcción de territorios. En realidad, no existe solamente la "región-zona", homogénea, a la que ellos se refieren. Desde el primer geógrafo clásico en desarrollar el concepto, Vidal de La Blache, considerado por muchos el padre de la geografía racional, la región surge como un área relativamente homogénea (en sus primeros escritos) o bien como una "región nodal" vinculada a las redes jerárquicas de ciudades y sus zonas de influencia (La Bla-
que genera "la posibilidad de transformación invariante" (p. 658). En otras palabras:

hay objetos sociales que existen en, irrumpen y recursivamente forman espacios fluidos que se definen por la continuidad líquida. Algunas veces los espacios fluidos presentan fronteras nítidas. Pero otras veces no, aunque un objeto ceda lugar al otro. Es así que hay mezclas y gradientes. Y en el interior de esas mezclas todo influye en todo: el mundo no entra en colapso si algunas cosas súbitamente dejan de manifestarse (p. 659).

En los espacios fluidos no sólo las fronteras no son nítidas (y, en consecuencia, son indistinguibles las identidades, el interior y el exterior), sino que además los objetos que los producen tampoco están bien definidos, "la normalidad es más un gradiente que un punto de ruptura" (p. 659). Este "mundo de mezclas" es una combinación "más o menos viscosa" en la que muchas veces es imposible separar sus componentes (p. 660). Mientras en la red las cosas que se relacionan dependen unas de las otras, y si retiramos una de ellas las consecuencias generalmente son desastrosas, en el espacio fluido esto no ocurre, "puesto que no hay ‘punto obligatorio de paso’" (p. 661).

En la ausencia de solidez y estabilidad, los fluidos son contingentes. Estudiarlos es estudiar "las relaciones, rechazos y atracciones que forman un flujo". Aquellos encuentran sus límites cuando ya no pueden más "absorber lo que los rodea" (p. 664). Ni mejores ni peores que las "regiones" y las "redes", ni más virtuosos o catastróficos, los espacios fluidos serían una manera distinta, no disociada de las anteriores, de construir el espacio social. Así como nuestros territorios-zaona, territorios-red y aglomerados, sólo se les puede pensar en forma integrada, en términos de coexistencias e influencias mutuas.

La idea en la que originalmente nos inspiramos para proponer la noción de "aglomerados", que trataremos con mayor detalle en el próximo punto, fue exactamente aquella que inspiró a Mol y Law para presentar, de manera teórica más elaborada (pero no por ello exenta de polémica), la noción de espacio fluido. Territorios—en su sentido más tradicional— y redes, como propuso inicialmente inspirado en Jacques Lévy, se regían ambos por determinado tipo de lógica y los dos representaban, de cualquier forma, espacios relativamente bien estructurados. La idea de los "aglomerados" surgió ante la necesidad de dar cuenta de otros tipos de espacio que no encajan con claridad ni en la lógica zonal, ni la reticular. Las redes participan de
un juego ambivalente con los “fluidos”: tratan de canalizarlos, a la vez que son desestructurados por éstos. Desde nuestro punto de vista, la creciente masa de desposeídos parece tender cada vez más a este tipo de comportamiento “fluido” e imprevisible.

7.2. DESTERRITORIALIZACIÓN Y AGLomerados de exclusión

Después de la oposición campo-ciudad del siglo xix y la oposición centro-perifería del siglo xx, asistiremos en breve, si no nos preparamos, a la oposición entre aquellos que cuentan con una vivienda y un empleo permanentes y los que viven a la deriva, en busca de una subsistencia precaria y de un alojamien-
to provisorio (Virilio, 1994:6).

A través de los enfoques presentados en el capítulo 5, principalmente, quedó claro que la desterritorialización es analizada desde las dimensiones más diversas, desde lo económico hasta lo político, de lo cultural a lo geográfico en rigor. De modo sorprendente, como lo hemos señalado en otros momentos, la perspectiva más específicamente social que el debate sobre la desterritorialización debería priorizar, casi no se ha abordado. Es probable que esta omisión, vinculada a la lectura crítica que la cuestión en general implica, vinculada a su vez a la creciente exclusión (o inclusión precaria) promovida por el capitalismo contemporáneo, debe asociarse al hecho de que esos discursos están moldeados desde los países centrales. Justamente desde otro punto de vista, “periférico”, nos gustaría destacar aquí el abordaje que relaciona desterritorialización y exclusión, retomando un debate que ya habíamos propuesto (Haesbaert, 1993, 1995, 1997) y pretendemos seguir profundizando en otros trabajos.

Desterritorialización, si es posible utilizar el concepto de manera coherente, nunca “total” o desvinculada de los procesos de re-territorialización, debe aplicarse a fenómenos de efectiva inestabilidad o debilidad territorial, sobre todo entre los grupos socialmente más excluidos o profundamente segregados y, como tales, impositibidades de hecho de construir y ejercer un control efectivo sobre sus territorios, tanto en el sentido de la dominación político-económica como en el de la apropiación simbólico-cultural.

Ante todo, sin embargo, se plantean dos observaciones importantes:

- desterritorialización, al contrario de “exclusión social”, no tiene una valoración exclusivamente negativa (véanse, en el extremo opuesto, algunas proposiciones de Deleuze y Guattari, que observan en la desterritorialización, en tanto “línea de fuga”, un sentido muy amplio positivo, por su potencial transformador, creador, de “devenir”);
- como la desterritorialización se vincula, aquí, a una noción de territorio en tanto dominación político-económica (sentido funcional), a la vez que como apropiación o control por identificación cultural (sentido simbólico), y reconocemos que todo proceso de desterritorialización está asociado a un proceso de reterritorialización, podemos encontrar situaciones en las que, a pesar de estar “territorializados” en términos funcionales, más concretos, podemos hallarnos más desterritorializados en el sentido simbólico-cultural, y viceversa; la exclusión como desterritorialización debe ser concebida, entonces, también en sus múltiples dimensiones económico-política y simbólico-cultural.

Así, la imbricación entre exclusión social y desterritorialización parte del presupuesto de que ambas nociones incorporan siempre un carácter social multidimensional, dinámico y que debe ser contextualizado de forma geográfica e histórica.

Propusimos la noción de “aglomerados humanos de exclusión” (Haesbaert, 1993; 1995) a fin de dar cuenta de situaciones ambiguas y de difícil desbrozamiento que no pueden abordarse ni bajo la forma de territorio (o como claro proceso de territorialización), en términos de una zona razonablemente bien delimitada y bajo control de los grupos que se reproducen allí, ni en el sentido de una red cuyos flujos están definidos y controlados por sus propios productores y usuarios. Es importante recordar que, en aquel momento, marcábamos una diferencia entre territorio y red que introducía ya las concepciones de territorio-zona y territorio-red, aunque sin hacerlas tan explícitas. Estábamos en cierta forma influídos por la propuesta de Jacques Lévy, antes comentada, aunque ya señalábamos algunas de sus limitaciones.10

Elegimos la expresión “aglomerados de exclusión” para traducir la dimensión geográfica o espacial de los procesos más extremos de exclusión social, porque ésta parece expresar bien la condición de “desterror-
torialización” -o de “territorialización precaria”- a la que nos estamos refiriendo, para empezar por los propios significados que carga en el sentido común, explicitados por el Novo Dicionário Aurélio da Língua Portuguesa:

Aglomeración – acción o efecto de aglomerar(se); agrupamiento, amontonamiento; Aglomerar – 1. juntar, reunir, acumular. 2. juntarse, reunirse, amontonarse; Aglomerado – adj. 1. junto, reunido; acumulación, amontonado, S.m. 2. conjunto, reunión, aglomeración.

Así, el término “aglomerado” sirve para definir tanto “conjuntos, agrupamientos” en general, de donde provienen concepciones como las de “aglomeración humana” o “urbana”, como para significar “amontonamiento”, un tipo de agrupamiento en que los elementos están “reunidos confusamente”. Ésta es, aproximadamente, la noción propuesta aquí para aglomerados de exclusión, especie de “amontonamientos” humanos, inestables, inseguros y generalmente imprevisibles en su dinámica de exclusión” (Haesbaert, 1997:148).

Antes de encontrar la noción exacta de aglomerado y, de manera más específica, de aglomerados de exclusión, es necesario remitirnos a la problemática de la cual éstos pretenden ser la expresión geográfica, o sea, la exclusión social. La amplia polémica sobre exclusión social, término cargado de ambigüedad que se empezó a destacar a partir de la década de 1970 y tomó mayor peso en las ciencias sociales en los años ochenta, principalmente en el contexto europeo –más específicamente, francés–, fue consecuencia de las discusiones también polémicas sobre pobreza y privación social.

La noción de pobreza para algunos se vincula tan sólo a la cuestión del ingreso, en una visión economicista; para otros, sin embargo, se relaciona en forma más amplia con la disponibilidad de “recursos”. Independientemente de su carácter –más absoluto o relativo, más cuantitativo o cualitativo–, por lo normal se considera esta concepción de forma más limitada que la de la exclusión social. Barnes (2002) diferencia de manera simple y “acumulativa”, de la más limitada a la más amplia, las nociones de pobreza, privación y exclusión social. Aunque define pobreza como “la falta de recursos que impide la participación en la sociedad” (Barnes, 2002:4), el autor la considera una noción unidimensional en relación con la multidimensionalidad de las demás.

Whelan y Whelan (1995), no obstante, al observar atentamente un carácter multidimensional también en relación con la pobreza, solicitan que se marquen “distinciones conceptuales claras” al utilizar el término “multidimensionalidad”, ya que éste puede estar relacionado a las causas, a las descripciones o a las consecuencias de la pobreza:

Claramente, nadie negaría que la pobreza proviene de una variedad de procesos o que ésta es experimentada e implica mucho más que efectos de rendimiento. Paradójicamente, sin embargo, insistir con la multidimensionalidad a nivel de mensuración de la pobreza puede tener el efecto de oscurecer los procesos dinámicos involucrados, volviéndolos incapaces de distinguir entre las consecuencias de la pobreza, clase social y una variedad de formas de discriminación y exclusión social (Whelan y Whelan, 1995:29).

Si se percibe la pobreza como asociada a la disponibilidad de recursos, “recurso” debe ser visto en su acepción más amplia, lo que incluye, a nuestro entender, la propia dimensión espacial, o sea, el territorio como “recurso”, inherente a nuestra reproducción social. Con esto partimos del presupuesto de que toda pobreza y, con mayor razón aun, toda exclusión social, es también, en algún nivel, exclusión socioespacial y, por extensión, exclusión territorial, o sea, en otras palabras, “desterritorialización”. La desterritorialización es entendida aquí en su sentido “fuerte” o que podemos considerar más estricto, la desterritorialización como exclusión, privación o precarización del territorio en tanto “recurso” o “apropiación” (material y simbólica) indispensable para nuestra participación efectiva como miembros de una sociedad.

Sin embargo, es importante agregar en primer término que así como no existe una situación de completa exclusión social, tampoco existe la completa exclusión o privación territorial, o sea, la desterritorialización absoluta, a no ser como espacios que están (cuando menos durante un periodo razonable de tiempo) vedados a la “territorialización”. No obstante, en este caso no se trata exactamente de una “exclusión socioespacial” en los términos sociales más específicos que se destacan aquí, sino de una “exclusión territorial” que se extiende hacia la propia relación sociedad-naturaleza.

En este caso, es como si hubiera no tanto grupos sociales que son excluidos del territorio (o incluidos en él de manera precaria), sino más bien que el propio “territorio”, definido “de afuera hacia dentro” (una especie de “naturaleza territorializada”), es “excluido” de la sociedad, en el sentido de que cada vez se crean más zonas com-
TERRITORIOS, REDES Y AGLERAROS DE EXCLUSIÓN

de lo que es racionalmente conveniente y necesario a la más eficiente
(y barata) reproducción del capital” (p. 20). Al discutir la exclusión, de-
jamos en segundo plano lo más importante, que son los procesos de
inclusión precaria, “formas pobres, insuficientes y a veces hasta indecen-
tes de inclusión” y que implican la propia “reincisión ideológica en la
sociedad de consumo” (p. 21). O, como afirma Castel (1998[1995]),

Los “excluidos” son, la mayoría de las veces, vulnerables que estaban “al bor-
de” y se cayeron. Pero también existe una circulación entre esa zona de vu-
lerabilidad y la de la integración, una desestabilización de los estables,
de los trabajadores calificados que se han vuelto precarios, de los cuadros bien
cotizados que pueden pasar a ser desempleados (p. 569).

El dilema principal es enfrentar la connotación, inherente a la
apropiación de la expresión por parte del sentido común, que coloca
a los “excluidos” como un grupo fuera o en los límites de la sociedad.
Como dice Levitas (1998):

La exclusión aparece más como un problema esencialmente periférico, que
existe en el límite de la sociedad, que como característica de una sociedad
que típicamente produce masivas desigualdades colectivas y crónica privación
a una amplia minoría. La solución que implica este discurso de la exclusión
social es de tipo minimalista: una transición a través de la frontera para volver-
se más un insider que un outsider, en una sociedad cuyas desigualdades estruc-
turales siguen siendo ampliamente incuestionables (p. 7).

Castel destaca que no se debe llamar exclusión a cualquier dis-
función social (2000[1995]) y que ésta no se refiere a un in-out bien
definido: “no existe in y out, sino un continuum de posiciones que
coexisten en el mismo conjunto y se ‘contaminan’ unas a las otras”
(1998[1995]:568). Para el autor, debemos manejar el término “exclu-
sión” con mucha precaución:

La exclusión no es una ausencia de relación social, sino un conjunto de re-
laciones sociales particulares de la sociedad tomada como un todo. No hay
nadia fuera de la sociedad, sino un conjunto de posiciones cuyas relaciones
con su centro son más o menos distendidas: ex trabajadores que se volvieron
desempleados de forma duradera, jóvenes que no encuentran empleo, po-
blicación mal escolarizada, con mala vivienda, mal cuidada, mal considerada,
etcétera... (1998[1995]:568-569).

11 Otro tipo de “territorios excluidos”, ligados no a la “protección de la naturaleza”
sino a una pretendida “protección de la sociedad”, se podría decir, son las zonas de uso
militar que cubren superficies enormes en ciertos países. Aquí, en realidad, no se trata
exactamente de desterritorialización sino de una territorialización excluyente que, en
nombre del Estado o de la protección de los ciudadanos, “congela” vastas zonas para
su exclusivo uso y beneficio.
De acuerdo con Room (1999), la exclusión social es multidimensional (en ningún caso sólo de orden económico-financiero), dinámica o mutable (e históricamente definida, agregaríamos), se encuentra espacialmente contextualizada (no sólo a nivel individuo-familia sino también del vecindario y la "comunidad"), es más relacional que meramente distributiva (depende de la participación/integración social y de las relaciones de poder) e implica un tipo de discontinuidad (aunque no la completa separación) en la relación entre los "excluidos" y el resto de la sociedad.

Ante todo, es siempre necesario calificar, adjetivar, la exclusión para poder abordarla con mayor rigor y jamás verla desde la perspectiva conservadora que usa el término para legitimar medidas paliativas de "reinstauración" social, sin cuestionar las condiciones de (in)justicia social, (in) equidad económica, (falta de) autonomía política y reconocimiento cultural de los grupos sociales que participan en ella.\[12\] Esto incluye las desigualdades de género, etnia, franja etaria, discapacidad física y nivel cultural, o sea, una exclusión que va más allá de las desigualdades socioeconómicas y abarca también las diferencias socioculturales, lo que lleva a incluir el rechazo al Otro (Sibley, 1995).

El riesgo aquí es que, si abarca condiciones tan diferentes, la exclusión se transforme en un concepto "cada vez más fluido y equivoco como categoría del pensamiento científico", caracterizando "diversas situaciones o poblaciones en las cuales es muy difícil aprehender lo que éstas tienen en común" (Paugam, 1996:17). Por ello, sin ignorar la fuerza de factores de orden cultural, aquí pondremos el acento en la dimensión socioeconómica de las dinámicas de exclusión, por el simple hecho de que es la que más está involucrada actualmente en la formación de lo que denominamos "aglomerados" y procesos de "territorialización precaria".

En su dimensión más concreta, los procesos de exclusión se extienden hoy por el mundo como un todo, y no escapan a ellos ni siquiera los países centrales y sus principales núcleos económicos. Un trabajo reciente de Allen et al. (1998), por ejemplo, revela la nueva geografía regional diseñada por esta dinámica, principalmente como produc-

\[12\] En una sistematización muy interesante, Silver (1994) identifica tres grandes paradigmas con los cuales se aborda la exclusión social: el paradigma de la solidaridad, que pone el énfasis en la pérdida de los lazos sociales de solidaridad, en una lectura durkheimiana; el de la especialización, de trasfondo liberal individualista, y el del monopolio, que parte de una visión conflictiva o contradictoria de la sociedad.

TERRITORIOS, REDES Y AGLOMERADOS DE EXCLUSIÓN
to del neoliberalismo, que dio origen a una “región con agujeros” (excluidos) en el corazón económico de Inglaterra, la zona sur, encabezada por Londres. Los flujos migratorios intensos de trabajadores provenientes de los países periféricos, la mayoría forzada a aceptar empleos precarios, muchas veces en condiciones de ilegalidad, y el aumento del desempleo estructural entre los propios trabajadores de los países centrales complejizaron de manera notable las relaciones sociales y de exclusión —o de inclusión precaria— en este contexto.

Roberto Kurz, junto con Jürgen Habermas y André Gorz, partidario de la polémica tesis del “fin de la sociedad del trabajo”, señala a la “disminución histórica de la sustancia de ‘trabajo abstracto’, como consecuencia de la alta productividad (‘fuerza productiva ciencia’) alcanzada por la mediación de la competencia”, como causa fundamental de la crisis contemporánea. Las mafias de las drogas y del contrabando serían la “última instancia civilizatoria del dinero” (1992:221).

Roberto Schwarz, al comentar las afirmaciones de Kurz, dice que “por primera vez el aumento de la productividad significa sobrante de trabajadores también en números absolutos, o sea, el capital comienza a perder la facultad de sacar provecho del trabajo” (Kurz, 1992:11), con lo cual cuestiona así la teoría económica que de modo tradicional impulsaba el aumento del empleo en toda nueva etapa de acumulación:

La mano de obra barata y semiforzada de la cual Brasil o la Unión Soviética disponían para desarrollar una industria moderna perdió relevancia y no tiene comprador. Luego de luchar contra la explotación capitalista, los trabajadores deberían debatirse contra la falta de ésta, que puede no ser mejor (Schwarz, en Kurz, 1992:11).

Conforme al comentario de Schwarz en relación con Roberto Kurz, la derrota, la crisis, no afectaría solamente a las empresas sino también a las regiones y países: “La victoria de una empresa no es sólo la derrota de la vecina, sino que también puede ser la condena y la desactivación económica de un territorio entero en otro continente” (p. 13). La crisis financiera y comercial en diversos países o regiones del Tercer Mundo, como en las zonas pobres de los estados de “desindustrialización endeudada” de Latinoamérica y en la mayor parte de África, transformó a un “sector de la población” en dependiente de “organizaciones internacionales de ayuda, transformándose en casos de asistencia social a escala planetaria. Droga, mafia, fundamentalis-
mo y nacionalismo representan otros modos poscatástroficos de reinserción en el contexto modernizado" (Schwarz, en Kurz, 1992:13).

Para Samir Amin (en Lévy et al., 1992), mientras Europa del Este ingresó en una "etapa de capitalismo salvaje" como "una de las principales manifestaciones de la polarización capitalista por surgir, la llamada África negra "ya está cuartomundizadas, en el sentido de que no tiene una verdadera función en el mundo actual" (p. 107, las cursivas son nuestras). Nada impide, sin embargo, que en otro momento histórico las posiciones cambien. Amin recuerda el caso de las Antillas y del nordeste brasileño, "centros en la periferia" en la época mercantilista, principalmente a través de la actividad azucarera, y que se "cuartomundizaron" luego de la Revolución industrial.

Kurz y Amin, desde diferentes perspectivas de fundamentación marxista (Kurz, con más restricciones en relación con Marx), se remiten al carácter a la vez constructor y destructor —en otras palabras, des-reterritorializador— del capitalismo, además de reconocer la posibilidad de un retorno a la "barbarie" debido al agravamiento, sin ninguna contención, al que tienden hoy la exclusión social y los conflictos relacionados con ésta. Como vimos en capítulos anteriores, Virilio y Deleuze también señalan la centralidad de la cuestión social en términos del aumento de la miseria y de la precarización de una masa de personas cada vez más numerosa.

Fruto de este relativo "abandono" por parte de los circuitos globales de inserción en la sociedad capitalista, tanto en relación con el consumo como con el trabajo, con la ciudadanía o con la expresión cultural (o con todos éstos al mismo tiempo), el movimiento de dicha población "superflua" —en circuitos migratorios, por ejemplo— se vuelve un problema serio y provoca reacciones autoritarias y segregadoras, incluso en los países centrales del sistema, lo que se puede verificar de forma fahaciente en los controles fronterizos y en la proliferación de actitudes xenófobas y neonacionalistas. Es como si la creciente desterritorialización/elclusión, al generar nuevos "aglomerados", tuviera su contrapunto en el refuerzo de una territorialización también excluyente, pero ahora al mando de los grupos que se sienten "amenazados" por la masa de excluidos, de la cual en gran parte también son responsables.

El extremo de la exclusión social ya fue teorizado por Marx en torno a la idea del "lumpemproletariado", que es necesario retomar.  


De manera a veces moralista, Marx definió al lumpemproletariado en El 18 Brumario de Luis Bonaparte como "la basura de todas las clases", "una masa desintegrada" que reúne "individuos arruinados y aventureros de la burguesía, vagabundos, soldados desmovilizados, malhechores recién salidos de la cárcel [...], carteristas, rufianes, mendigos, etcétera" (Marx, en Bottomore, 1998:228).

En la traducción brasileña de la obra de Marx (revisada por Leandro Konder) encontramos:

Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas y un general bonapartista a la cabeza de todas. Junto a muést arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, lassarons, carteristas y rateros, jugadores, alcohólicos, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorios, organilleros, traperos, afladores, caldereros, mendigos, en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la bohème (Marx, 1978 [1852]:70-71).

Más adelante, habla del lumpen como "esta hez, desecho y escoria de todas las clases" (p. 71). Es como si, en esa compleja lista de tipos humanos que relata, el lumpemproletariado estuviese constituido no sólo por aquellos que hoy llamamos "excluidos" sino también por los que, a veces de manera más consciente, se niegan a insertarse en esa configuración de "clases" que, afirmamos, constituye la sociedad. La moderna figura del vagabundo, antes aludida (y su congénere posmoderno, el nómada), ilustra bien esta condición de "desclásados". No obstante, contrariamente a muchos que llegaron incluso a idealizar la figura del vagabundo en torno a su "resistencia" a la sociedad de consumo industrial y estatal, para Marx, en una visión a veces racionalista en extremo, el hecho de no formar parte de una clase, o sea, ser un "desclásado", era la más abyecta de las condiciones sociales.

Bottomore afirma que lo fundamental, más que identificar "la escoria y el desecho" descuidables, como lo hizo Marx, es reconocer "el hecho de que, en condiciones extremas de crisis y desintegración social en una sociedad capitalista, gran número de personas pueden separarse de su clase y llegar a formar una masa desgobernada", particularmente vulnerable a las ideologías y a los movimientos reaccionarios" (1988:223). El autor cita también a Otto Bauer y su noción
TERRITORIOS, REDES Y AGLOMERADOS DE EXCLUSIÓN

269

de déclassés o “desclasados”. Cualquier intento de incorporar a estos excluidos a una “clase”, a un conjunto, sería algo simplista y equivocado, como también sería engañoso imaginar que sus espacios corresponden a territorios identificables con claridad.

En una situación menos dramática, pero también sería en términos de “inclusión precaria”, Marx identifica a aquellos trabajadores que se encuentran en situación de grandes penurias. Lo interesante es que utiliza la expresión “población nómada”, con una connotación negativa, exactamente opuesta al “nomadismo posmoderno” al que aludimos en el capítulo 6. Esta población:

constituye la infantería ligera del capital, que según sus propias necesidades lo vuelve ora a este punto, ora a aquel otro. Cuando no están marchando, estos individuos “acampan”. A los trabajadores nómade se los emplea en diversas operaciones de la construcción y el drenaje, en la fabricación de ladrillos, la quema de cal, el tendido de vías férreas, etcétera. Columna ambulante de la pestilencia, estos obreros importan, a los lugares en cuyas cercanías se instalan, la viruela, el tifus, el cólera, la escarlatina, etcétera. En empresas donde la inversión de capital es considerable como los ferrocarriles, etcétera, es el empresario mismo quien se encarga, en la mayor parte de los casos, de prover a su ejército de chozas de madera o materiales semejantes, aldeas improvisadas, carentes de toda instalación sanitaria... (Marx, 1984:224).

Esta situación de inestabilidad, movimiento constante y condiciones de supervivencia en extremo precarias revelan, sin un “aglomerado de exclusión” en el sentido aquí aludido, por lo menos un proceso en esa dirección. En verdad, la población excluida de los “aglomerados” puede no ser socialmente relevante —al menos por el momento— ni en su condición de trabajador (ante el desempleo estructural), ni en la de consumidor (dado su nivel de pobreza extrema, sobrevive muchas veces sólo con los restos que deja la “sociedad de consumo”). Queda claro, como ya hemos visto, que así como no hay desterritorialización “absoluta”, no se trata nunca de una exclusión total porque siempre existen lazos que vinculan a los excluidos a la sociedad instituida de modo formal, que es la que los produce. Si tomamos en cuenta esta limitación, no es exagerado afirmar que con frecuencia constituyen “una masa indefinida y desintegrada”, como decía Marx, sin una clara función social.

Otra concepción sociológica que se puede asociar a la idea aquí propuesta de aglomerados de exclusión es justamente la idea de ma-


Baudrillard critica el concepto de masa, que para él no es un concepto. Leitmotiv de la demagogia política, es una noción fluida, viscosa, lumpen-anáptica. […] Querer especificar el término masa es justamente un contrasentido: es buscar un sentido en lo que no lo tiene” (p. 11). “En la masa desaparece la polaridad del uno y del otro.” Baudrillard a veces exagera su fluidez retórica de in-definiciones y crea una concepción que a pesar de ser indistinta, indefinible, se transforma de forma paradójica, a su vez, en un instrumento fundamental para su razonamiento.

Otra noción, más amplia pero similar a la de masa y que igualmente puede incorporar, de manera implícita o explícita, el discurso de la desterritorialización, es la de “población”, tal como la propone Michel Foucault (2002[1976]). Foucault se refiere a la población como “un nuevo cuerpo: un cuerpo múltiple, un cuerpo con innumerables cabezas, si no infinito al menos necesariamente numerable” (p. 292), el cual se convierte en objeto de la biopolítica: “la población como problema político, como problema a la vez científico y político, como problema biológico y como problema de poder” (p. 293), que se sobrepone a la sociedad disciplinaria, más preocupada por el control individual.

Se trata de una nueva problemática identificada en términos históricos a partir del siglo xix, como ya hemos señalado en el capítulo anterior, “sólo aplicable a nivel de la masa”. Foucault asocia entonces población con masa, ya que a esta noción genérica de población la percibe como “masa” y como número, y sólo a partir de su surgimiento se puede hablar de aglomerados de exclusión, puesto que se trata sobre todo de un fenómeno de masa y, considerado como problema, es también un asunto de “población”, en el sentido de fenómeno colectivo propuesto por Foucault.

Podemos afirmar que los aglomerados de exclusión, así como el fenómeno “población” o como una “población” en su sentido más estricto, son motivo de preocupación ante todo por su reproducción biológica –por sus índices de fecundidad, natalidad y mortalidad, por ejemplo, y por su disposición en tanto “masa” –, por el espacio que pueden ocupar y por los movimientos que son capaces de promover, “amenazando” el derecho al espacio de los efectivamente “incluidos”. Hoy en día, es probable que las situaciones más dramáticas y preocupantes sean las relacionadas con la movilidad: los movimientos “másivos”, o sea, que involucran a un gran número de personas, como los refugiados miserables de los países más pobres. Controlar estos desplazamientos con frecuencia imprevisibles ha pasado a ser un dilema central para muchos países.

Por último, otra noción que aparentemente podría asociarse a la de aglomerados humanos es la de “multitud”, utilizada por Negri y Hardt (2001), asociada de manera explícita a procesos de desterritorialización. A pesar de su denominación, se trata no obstante de un concepto amplio en extremo, que abarca a todos aquellos que, como el antiguo “proletariado” de la clase obrera industrial, son “explotados por y sujetos a la dominación capitalista” (p. 72). La “multitud” constituye de hecho uno de los dos grandes pilares de lo que los autores proponen como el “Imperio”, junto a la “máquina de comando biopolítico”, que es su estructura jurídica y su poder constituido (p. 78). Se trata de una “multitud plural de subjetividades de globalización productivas y creadoras” que se encuentran en “movimiento perpetuo, y forman constelaciones de singularidades y eventos que impiden continuas reconfiguraciones globales en el sistema” (p. 79).

Los aglomerados de exclusión, más que espacios aparte claramente identificables, son fruto de una condición social muy precarizada, en que la construcción de territorios “bajo control” (término redundante) o “autónomos” se vuelve demasiado difícil, o por completo subordinada a intereses ajenos a la población que allí se reproduce. El aparente desorden que rige esta condición, en el sentido negativo de desorden, es fruto de la no identificación de los grupos con su ambiente y la ausencia de control del espacio por sus principales “usuarios”. De cualquier forma, es como si el “vacío de sentido” contemporáneo reproducido en el abordaje sociológico por la controvertida noción de “masa” tuviera su contrapartida geográfica en la noción de aglomerados de exclusión.

Definir en términos espaciales los aglomerados de exclusión no es una tarea fácil, principalmente porque son, como la propia exclusión que los define, más un proceso –muchas veces temporal– que una condición o un estado bien definidos desde un punto de vista objetivo y espacial. Si se lo prefiere, se trata de una condición compleja y dinámica, mezclada siempre con otras situaciones, menos inestables, a través de las cuales los excluidos intentan en todo momento afirmarse (reterritorializarse).

Ya hemos visto que es fácil encontrar ejemplos de cómo la movilidad puede ir de la mano de la desterritorialización. En el caso de los aglomerados, una mayor movilidad no se vincula a la preservación de la seguridad, al control e incluso a la posibilidad de optar ante los circuitos de desplazamiento, como en el caso de la élite de altos ejecutivos citada en el capítulo anterior, sino a la falta de opciones, a la inseguridad (principalmente ante el empleo) y a la pérdida de control sobre sus espacios de vida. Virilio (1993:9) se refiere a la elevada “tasa de rotación” que caracteriza a las poblaciones pobres como las que residen en ciertos conjuntos habitacionales de Lyon, en Francia, donde el tiempo medio de residencia es de sólo un año, constituidos en general por personas desempleadas. Sin caer en una visión economista o meramente cuantitativa, nos propusimos utilizar indicadores de este tipo para establecer una especie de “índice de movilidad” que podría ser, en este caso, a la vez un “índice de desterritorialización” (Haesbaert, 1997:148), ligado de forma directa a la exclusión, o mejor dicho, a la precariedad de la inclusión de sus habitantes.

Es interesante observar, en relación con los movimientos sociales, cómo aquí movilidad puede representar “inmovilismo” o “desmovilización”, justamente uno de los fenómenos centrales en la sociología latinoamericana de la década de 1990, que cambia su foco de atención de los movimientos sociales hacia “los procesos de desorganización social” ligados a la urbanización acelerada y a la dinámica excluyente.
que se vincula a la crisis económica (Scherer-Warren, 1993:20). Al comentar la obra del sociólogo mexicano Zermeño, Scherer-Warren constata:

el aumento de la pobreza, de la inseguridad, de la violencia desorganizada y organizada y la anomía defensiva. La masa que se constituye en un agregado orgánico de individualidades y manifestaciones atomizadas. En este escenario, la relación líder-masa se efectúa sin intermediación y la relación Estado-masa parece adquirir una centralidad relativa. Sin una búsqueda de intermediación, los organismos de la sociedad civil tienden a desaparecer, dando lugar a las conductas de crisis, tales como bandas de jóvenes, grupos de delincuentes u otros grupos de violencia organizada (Scherer-Warren, 1993:20-21).

De esta manera, se ponen de relieve las "conductas de crisis", los "antimovimientos", a fin de comprender "cómo, en los intersticios de la modernización (y para algunos a veces hasta de la posmodernización) de los países latinoamericanos se da la desmodernización, la exclusión, la pobreza creciente, el desorden y la escalada de violencia organizada. En otras palabras, el 'desmovimiento' (tanto sea desmovilización, inmovilismo o antimovimiento)" (p. 21).

Siendo la imprevisibilidad uno de los rasgos fundamentales de los aglomerados de exclusión, no hay forma de sostener las tesis universalizantes que enaltecen el intrínseco poder "revolucionario" o transformador de esas poblaciones excluidas. Existen suficientes manifestaciones históricas, tanto de movimientos progresistas como de otros extremadamente reaccionarios, que brotaron de las "masas". En este sentido, son cuestionables tanto el destino propuesto por Marx para el proletariado, como para la multitud (o el "proletariado ampliado") por Hardt y Negri.

Así, la creencia de que de la "masa" o de la "multitud" de excluidos brotarán nuevos movimientos sociales progresistas, transformadores —o "des-reterritorializadores"—, está lejos de ser un punto de consenso. Si uno de los principales mitos de la modernidad era la revolución, que anidaba en las masas despojadas y en los movimientos en apariencia autogestionados que brotaban de éstas, la gigantesca masa de excluidos "posmoderna" significa la pérdida de la creencia en la transformación social y la evidencia de que el "conformismo generalizado", como señaló Castoriadis (1990), salió de las élites y se fue difundiendo por la gran mayoría de la población. No obstante, es im-

portante también no caer en el mismo conformismo y tratar de rehar-
cer algunas utopías, como lo intentan Negri y Hardt (de forma a veces exagerada, al proponer una concepción genérica de "multitud"), ya que ese carácter "disfuncional" y ese "desorden" de los aglomerados también generan siempre —de manera potencial e imprevisible, hay que subrayarlo—, las condiciones para la transformación y lo nuevo.

Así, el inmovilismo (y la exclusión) social puede ser producto tanto de la movilidad (física) extrema como de la casi completa inmovilización en el espacio. Como hemos referido en el capítulo anterior, una situación de intensa movilidad no define, obligatoriamente, la condi-
ción de desterritorialización. De este modo, podemos tener aglome-

rados de exclusión tanto en una movilidad atroz y sin dirección como en la casi completa inmovilidad, como queda claro a través del ejem-

plo de una familia de pobladores del sertón brasileño que conocimos en el oeste del estado de Bahía.

En su zona de origen, en el sertón nordestino, ellos estuvieron du-
rante largo tiempo "atados a la tierra", como decían, en una condición de extrema miseria, o sea, en una situación de desterritorialización, o mejor dicho, de territorialización precaria, para ser coherente con el dominio de los procesos de inclusión precaria aquí defendido. Ante la situación crítica de hambre e incluso de falta de agua en el sertón, ellos se transforman en blanco fácil de una desterritorialización en la movilidad, verdaderos "nuevos nómadas" en busca de condiciones mínimas de supervivencia. A este respecto, hemos hecho el siguiente relato a partir de nuestro trabajo de campo realizado en Barreiras (Bahía), en el momento de llevar a cabo la investigación vinculada a nuestra tesis de doctorado, a comienzos de los años noventa.

Además de la plaza central de la ciudad (Barreiras, en Bahía), en donde mu-
chos camiones patrocinados por alcaldías del interior simplemente "depositan" migrantes, uno de los puntos para acampar más utilizado por esos "nuevos nómadas" es la margen del río Grande, al lado del puente de la carretera BR-242 que atraviesa la ciudad: familias enteras acampan junto al río en rudimentarias carpas de plástico, regalo de los camioneros que los transportaron gratuitamente.

Una de las familias acampadas que entrevisté vivía en condiciones extre-
madamente precarias, en una improvisada tienda de campaña hecha de cajas de cartón. Era originaria de Parelas, en el interior del estado de Rio Grande do Norte, y venía viajando hacía 20 días, a pie o "haciendo dedo" a los ca-
miones. En Parelas, afirmaron, pasaban hasta tres días sin comer, y cuando
comían era solamente fríjol con harina ("un fríjol suelto por aquí, otro por allá..."). Pasaron por Juazeiro, en donde la sequía era aún más grave, y por Morro do Chapéu, una de las ciudades más altas de Bahía, en donde afirman haber pasado mucho frío.

El jefe de la familia ya había vivido tres veces en Brasilia, y el periodo de residencia más prolongado no llegó a durar dos años. Vivíi también en São Paulo, Belo Horizonte, en el interior de Goiás y de Tocantins. Decía con cier-

to orgullo que conocía "todo este enorme Brasil"... El hijo mayor, de 17 años (aunque parecía tener muchos más), vivió solo en São Paulo durante seis meses, cuando trabajó en una empresa de construcción civil. Tuvo una hija y, por motivos de salud, según él, se vio obligado a volver al nordeste, ya que no tenía condiciones para cuidar a la niña. Cuando vi la gran cantidad de niños en la carpa de al lado, le pregunté cuántos eran: "Joven, son tantos los chicos que sólo se los puede contar bien cuando duermen...", ironizó él.

Un camionero les informó que "en el puesto de Mimoso nadie se queda de brazos cruzados, enseguida viene un camión recogiendo gente para trabajar en las plantaciones". Si no sale bien, siguen a Brasilia, o si no se van para Qui-

rinópolis, en el interior de Goiás, donde con seguridad van a encontrar "una fazenda para cuidar". Sobreviven haciendo jujubetas de barro que venden en las ferias. Un pequeño agujero en el suelo sirve de cocina. Luego de calentar aguas comienzan a asar dos pescados muy pequeños que obtuvieron con sus propias manos: "Este río es un regalo de Dios", concluyen. Un camionero les prometió llevarlos hasta Mimoso, bajo la lona, como si fueran fugitivos: "El calor es insoportable, pero si conseguimos trabajo todo va a cambiar" (Haes-

baert, 1997:147).

A partir de ejemplos como éste, luego de reconocer la gran diversi-
dad de manifestaciones de lo que denominamos aglomerados de exclu-
sión, sus propiedades básicas, las cuales evidencian los procesos de

exclusión socioespacial/inclusión precaria o de desterritorialización/
territorialización precaria, son:

- la inestabilidad o la inseguridad socioespacial;
- la fragilidad de los lazos entre los grupos sociales y de éstos con su espacio (tanto en términos de relaciones funcionales como simbólicas);
- la movilidad sin dirección definida o la inmovilidad sin un efectivo control territorial.

Estas características generales son el trasfondo para la identifica-
ción de los diferentes tipos de aglomerados de exclusión de acuerdo con los grupos socioeconómicos y culturales involucrados, la forma de

especialización (extensión) y el carácter temporal (duración) en los cuales se construyen. Estos tipos pueden asociarse, en gran parte, a las tres modalidades de exclusión propuestas por Castel (2000 [1995]).

Castel, al buscar un mayor rigor y un "uso controlado" de la no-

ción de exclusión, recurre al proceso histórico para dilucidarlo mejor. Así, ofrece varios ejemplos de excluidos a lo largo del tiempo, desde los "intocables" en las sociedades tradicionales u holísticas, hasta los leprosos, los locos, las "brujas" en la Edad Media y los esclavos en las sociedades esclavistas. A partir de allí propone distinguir tres subconjuntos: el primero, que lleva a cabo "la supresión completa de la comunidad" mediante la expulsión o incluso el genocidio; el segundo, que construye "espacios cerrados y aislados de la comunidad" (el sistema del apartheid, guetos, dispensarios para pobres, asilos, prisiones), y el tercero, que obliga a determinados sectores de la población a tener un "estatus especial que les permita coexistir en la comunidad, pero privados de ciertos derechos y de participar en determinadas activida-
des sociales" (Castel, 2000 [1995]:39).

Aunque hoy en día nos encontramos dominados por el tercer tipo, consideramos que los dos primeros también están presentes y deben ser destacados. Castel, influido por la realidad europea y más específicamente por la francesa, afirma que en la actual coyuntura:

La modalidad más extrema de exclusión, la erradicación total, parece imposible, excepto por una degradación absoluta de la situación política y social. No obstante, es difícil que una sociedad que haya guardado un mínimo de referencias democráticas pueda suprimir pura y simplemente a sus "inútiles para el mundo" o a sus indeseables, como se daba en otros tiempos (2000:43-44).

Podemos afirmar que un primer tipo de aglomerado de exclusión, correspondiente a esa "modalidad más extrema", se relaciona con procesos en los que exclusión y barbarie terminan confundiéndose.17

17 Acerca de la inmensa variedad de usos de la palabra "barbarie", véase Ofe, 1996. Para el autor, a pesar del sentido passe-partout que el término adquiere, es importante distinguir entre su uso "interno" y "externo", en el interior o anterior y fuera del ámbito de la civilización. En el segundo caso, los "bárbaros" son "un fenómeno geográfico e histórico", perteneciente a un espacio-tiempo remoto y lejano (p. 20). En el primer caso, "barbarie" se refiere a un "aqui y ahora" de "abdicación de la civilidad, una síntesis recaída" (pp. 20-21), que autores como Weber y Benjamin asocian a la destrucción ocaso de una cultura y a la supresión de su pasado. En síntesis, los bárbaros son "los radicalmente extra", o los que están dentro de nosotros mismos, como "las partes violentas de nuestro ser colectivo" cuando "desaprendemos nuestro propio lenguaje" (p. 21).
Se trata, pues, de un tipo muy específico de exclusión, más allá de la “clásica” exclusión socioeconómica, ya que los “bárbaros” constituían ante todo una forma de representación social o, como afirma Offe (1996), los “bárbaros modernos son aquellos que, con todo lo que esto implica, declaran que los otros son los bárbaros premodernos” (p. 22).

Al contrario de la “barbarie” perpetrada por el Estado nazi, por ejemplo, Offe destaca el hecho de que hoy en día la mayor parte de los fenómenos “bárbaros” es de origen no gubernamental y ocurre en “estados en ruinas”, como Bosnia, Somalia y Ruanda. Distingue dos consecuencias de la “barbarie”: una que es resultado “de una aplicación ‘real’ de violencia física o simbólica”, y otra “que es producto de la negación de derechos o recursos materiales” (p. 26). Mientras la segunda se encuentra más relacionada con los procesos más típicos de exclusión, la primera se refiere a la forma específica que ahora estamos señalando. Es importante destacar que, para el autor, ello no significa que la segunda sea “más inocente” que la primera.

La violencia indiscriminada es, por lo tanto, un elemento fundamental para entender este otro tipo de aglomerado que surge en medio de la “barbarie posmoderna”. Además de la propia exclusión socioeconómica, uno de los factores principales que alimenta dicho proceso es lo que antes hemos denominado “etnización del territorio”, la delimitación de espacios exclusivos-excluyentes donde la identidad étnica es un elemento central en la definición del grupo y de su territorio. La exclusión del Otro puede transitar entre su completa aniquilación (primera modalidad de exclusión) y su reclusión en espacios vedados casi del todo (segundo tipo de exclusión).

La segunda modalidad de exclusión reconocida por Castel, “la relegación a espacios especiales”, está mucho más diseminada; en los países centrales, no tanto en el contexto europeo, sobre todo entre la “underclass americana” (Castel, 2000:44). Podemos relacionar a ésta con otro tipo de aglomerado, más cohesionado o delimitado externamente, “bajo control” (de quien desterritorializa a sus participantes), como en aquellos procesos, ya señalados aquí, de grupos que están “desterritorializados en la reterritorialización” (comandada por otros), como en las prisiones, los campos de concentración y numerosos bustustanes sudafricanos de la época del apartheid (hoy reproducidos parcialmente en la fragmentación y el cercamiento de los territorios palestinos por Israel). Aquí se vuelve evidente la proximidad con la que pueden aparecer (e incluso confundirse) los aglomerados de exclusión y los territorialismos (encierro en territorios- zona estancos), uno “alimentando” al otro.

Los aglomerados más típicos, sin embargo, a los cuales denominaremos “aglomerados de masa”, en sentido estricto, de más difícil delimitación y en apariencia “incontrolables”, abarcan gran número de personas y se encuentran bajo situaciones de crisis (coyunturales o más prolongadas) en las que existe una gran confusión de territorios-zona y territorios-red, como ocurre en el caso típico de los movimientos de refugiados en situación de gran inestabilidad e inseguridad. Encontramos aquí a una parte de los que Castel denomina excluidos a raíz de “haberse atribuido un estatus especial a ciertas categorías de la población” (2000:46). A pesar de priorizar el carácter de “masa” de estos aglomerados, debemos reconocer que es posible la existencia de manifestaciones más difusas o “atomizadas” y dispersas, en las cuales la denominación no parece ser muy adecuada, como sucede entre pequeños grupos de personas sin techo o mendigos en las ciudades de los países centrales.

En ciertos casos, como el de los aglomerados de exclusión que antes habíamos denominado, de manera cuestionable, “tradicionales” (Haesbaert, 1995:195), vinculados a situaciones endémicas de precariedad social y hambre, la mayor estabilidad física en un mismo lugar o región puede llegar a conservar aún cierto grado de territorialización en un nivel más simbólico, que se encuentra ausente en los otros casos. Es lo que parece suceder entre los grupos de población miserable del interior del sertón nordestino o del valle del río Jequitinhonha, en Minas Gerais, en donde la exclusión socioeconómica no impide que se mantengan importantes rasgos identitarios con el espacio donde viven.

En muchos casos, como en las favelas de las grandes ciudades brasileñas, también puede suceder algo semejante cuando la población desarrolla lazos con su espacio vivencial, incluso en un territorio “funcionalmente” muy precario. En este caso, como en general existen diversas formas de reterritorialización en el interior de la favela, la mayoría de las veces la condición de aglomerado de exclusión es transitoria y se revela con mayor claridad en los momentos de crisis graves, como ocurre durante los conflictos entre grupos de tráficantes y la policía.

Para (no) concluir este punto, es importante destacar además que la noción de aglomerado, en su acepción más amplia, no se restringe
8. DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN
A LA MULTITERRITORIALIDAD

Nos encaminamos ahora hacia una especie de conclusión, en realidad más para plantear nuevas preguntas que para responderlas. Con la preponderancia del componente red en la constitución de los territorios, así como con la creciente fluidez de los espacios, otorgada por el “medio técnico-científico informacional” contemporáneo (Santos, 1996), podemos afirmar que:

El mundo “moderno” de las territorialidades continuas/contiguas regidas por el principio de la exclusividad [...] estaría hoy cediendo lugar al mundo de las múltiples territorialidades activadas de acuerdo con los intereses, el momento y el lugar en que nos encontramos (Haesbaert, 1997:44).

Ya no se trata de priorizar el fortalecimiento de un “mosaico”-estándar de unidades territoriales en una zona, vistas con frecuencia de manera exclusivista entre sí, como es el caso de los estados nacionales, sino su convivencia con una miríada de territorios-red marcados por la discontinuidad y la fragmentación que posibilita el pasaje constante de un territorio a otro, en un juego que aquí denominaremos, más que desterritorialización o decadencia de los territorios, su “explosión” o, en términos teóricamente más elaborados, una “multiterritorialidad”, ya que, como afirmamos en trabajos anteriores, “en la ‘pos’ o ‘neo’ modernidad, un rasgo fundamental es la multiterritorialidad humana…” (Haesbaert, 1997:42), que delinea “una geografía compleja, una realidad multiterritorial (o incluso transterritorial)” traducida por nuevas expresiones como el neologismo “glocal” (Haesbaert, 1996:36).

Así, lo que entendemos por multiterritorialidad es, ante todo, la forma dominante, contemporánea o “posmoderna” de la reterritorialización, a la que diversos autores equivocadamente denominan desterritorialización. Ello es consecuencia directa de la predominancia —en especial en el ámbito del capitalismo posfordista o de acumulación flexible– de relaciones construidas a través de territorios-red, su-

---

perpuestos y discontinuos, y ya no de territorios- zona, que marcaron lo que podemos llamar modernidad clásica territorial-estatal. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que esas formas más antiguas de territorio no sigan estando presentes, pues configuran una amalgama compleja con las nuevas modalidades de organización territorial.

Comencemos por un breve recate de los conceptos de territorio y desterritorialización (dt) abordados a lo largo de este trabajo, retomando en especial el Capítulo 2, y que se pueden sintetizar en el esquema siguiente:

1. Territorio en concepciones más materialistas
   1.1. territorio como espacio material o substratum
       - materialidad: dt como ciberespacio o mundo “virtual”
       - distancia física: dt como “fin de las distancias”
       - recurso “natural” o refugio: “dt de la Tierra” (?)
   1.2. territorio como un espacio relacional más concreto
       - "factor locacional" económico (dependencial local) - dt como “deslocalización”
       - dominación política (“zona de acceso controlado”): dt como “mundo sin fronteras”

2. Territorio en perspectivas más idealistas
   Territorio como espacio relacional simbólico (espacio de referencia identitaria, “valor”): dt como hibridismo cultural, “desarrollo” o identidades múltiples, sin referencia espacial nívida

3. Territorio en perspectivas más “totalizadoras” o integradoras
   3.1. “experiencia total del espacio” (territorio- zona) [Chivallon]
   3.2. espacio móvil funcional-expresivo (territorio-red) [Deleuze y Guattari]

Podríamos interpretar esta gran diversidad de concepciones como prueba de la ambigüedad, de la polisemia e incluso de la poca utilidad de un concepto como desterritorialización. Pero de esta forma no lo comproberemos.2 Debemos aprender a leer lo que se esconde por detrás de estas interpretaciones en apariencia dispares. Aunque algu-

2 A pesar de ser en parte ésta la opinión expresada en nuestra referencia “Déterritorialisation”, en Lévy y Lussault, 2003:245, se trata en realidad de un agregado realizado por Michel Lussault.

3 Aquí, un abordaje que parece auspicioso, no limitado al postestructuralismo, y que dejamos para desarrollar en futuros trabajos, es el que asocia el énfasis en los efectos más concretos de las relaciones de poder más marcadas, por ejemplo, en la lectura
DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN A LA MULTITERRITORIALIDAD

Junto con este carácter dinámico y multidimensional, destacamos también la multiescalaridad del territorio, que de ninguna manera se restringe, por ejemplo, a la escala nacional o del poder político en su acepción más tradicional. La multiescalaridad y la multidimensionalidad de los procesos de desterritorialización se asocian, ante todo, a los sujetos que los promueven, ya sea un individuo, un grupo o una clase social, o incluso una institución (empresa, entidad política, Iglesia, etcétera.). La desterritorialización de la sociedad es la conjunción de estos sujetos múltiples, por lo que resulta imprescindible considerar la especificidad de las acciones de cada uno de ellos.

Así, por ejemplo, para un individuo o grupo de personas podemos hablar de una territorialización como la construcción de una "experiencia integrada del espacio". Si antiguamente era posible identificar con claridad un territorio como la "experiencia total del espacio", en los términos planteados por Chisholm (1999), como territorio- zona contínua y relativamente estable, hoy tenemos esta "experiencia integrada" (nunca “total”) mucho más bajo la forma de territorios-red, discontinuos, móviles, fragmentados en el espacio.4

Más que de un "territorio" unitario como estado o condición definidos de manera clara y estática, debemos priorizar, pues, la dinámica combinada de territorios múltiples o "multiterritorialidad", mejor expresada por las concepciones de territorialización y desterritorialización, principalmente ahora que la(s) movilidad(es) domina(n) nuestras relaciones en/ con el espacio. Dicha dinámica se desarrolla en un *continuum* que va desde el carácter más funcional hasta el más simbólico, sin que uno de ellos esté dicotómicamente separado del otro. En el caso de un individuo o un grupo social más cohesionado, podemos decir que éstos construyen sus (multi)territorios integrando de alguna forma, en un mismo conjunto, su experiencia cultural, económica y política en relación con el espacio.

Esta multiplicidad o diversidad territorial en términos de dimensiones sociales, dinámica (ritmos) y escalas tiene como resultado la

filosofía de Michel Foucault, con el énfasis en la perspectiva centrada en el deseo, más subjetiva, tal como está presente en muchas proposiciones de Deleuze y Guattari.

4 Uno de los puntos a profundizar en trabajos futuros es el relativo a la creciente importancia de la distinción entre los territorios-red, dominados por la discontinuidad y por complejas relaciones de ausencia-presencia, y los territorios-zona, marcados por la continuidad e incluso por la co-presencia, valorada justamente por la contraposición cada vez más visible en relación con los procesos especialmente disociados de los territorios-red.

yuxtaposición o convivencia, a la par, de tipos territoriales diferentes, lo que aquí se abordará como correspondiente a la existencia de "múltiples territorios" o "múltiples territorialidades". Para sintetizar, diferenciamos esa multiplicidad de territorializaciones que producen en forma concomitante en todo el planeta, a través de las siguientes modalidades (Haesbaert, 2002c:47-48):

a. Territorializaciones más cerradas, casi "uniterritoriales", vinculadas al fenómeno aquí denominado territorialismo, que no admiten pluralidad de poderes e identidades, como ocurre en algunas sociedades indígenas y como ocurría entre los talibanes afganos y, en parte, en las propuestas de resolución para los conflictos bosnio y palestino.

b. Territorializaciones "tradicionales", aún guiadas por una lógica (relativa) de exclusividad, que no admiten superposiciones de jurisdicciones y defienden una mayor homogeneidad interna, como la lógica clásica del poder y el control territorial de los estados-naciones, tanto de los moldeados por la uniformidad cultural como de los estados plurinacionales, pero que buscan diluir esa pluralidad mediante la creación de una identidad nacional común.

c. Territorializaciones más flexibles, que admiten tanto la superposición (o la multifuncionalidad) territorial, como la intercalación de territorios, como sucede en el caso de los territorios diferentes y sucesivos en las zonas centrales de las grandes ciudades, organizadas en torno a los usos temporales, entre el día y la noche (Sousa, 1995) o entre los días de trabajo y los fines de semana.

d. Territorializaciones efectivamente múltiples, resultantes de la superposición o de la combinación particular de controles, funciones y simbolizaciones, como en los territorios personales de algunos individuos o de grupos más globalizados que pueden o se permiten gozar del cosmopolitismo multiterritorial de las grandes metrópolis.

La multiplicidad territorial varía también de acuerdo con el contexto cultural y geográfico, pues se encuentran desde territorios como "refugio", muy concretos, entre poblaciones cuyos magros recursos de supervivencia los obligan a depender directamente de algunos aportes físicos del medio, hasta territorios vinculados al ciberespacio, don-
de el control se efectúa a través de los medios informáticos más sofisticados, como es el caso de algunos empresarios capaces de ejercer gran parte del control de sus empresas (grandes propiedades rurales, por ejemplo) a distancia, vía computadora. Hemos visto el caso de la organización terrorista Al Qaeda, en el que ésta aprovecha las ventajas de todos esos tipos de territorialización. Es como si en cada momento, a través de esos múltiples territorios (y escalas), sus miembros (o sus jefes, por lo menos) pudieran poner en funcionamiento los “ritmos” territoriales que estratégicamente les favorecen más.

A la multiplicidad yuxtapuesta (y muchas veces jerárquica) visiendo hasta el tercero de dichos conjuntos de territorializaciones, le debemos agregar la efectiva “multiterritorialización” que se observa en el último tipo, resultando no sólo de la superposición o la imbricación entre múltiples tipos territoriales (lo que incluye territorios-zona y territorios-red), sino también de su experimentación/reconstrucción en forma singular por parte del individuo, el grupo social o la institución. A esta reterritorialización compleja, en red y con fuertes connotaciones rizomáticas, o sea, no jerárquicas, le damos el nombre de multiterritorialidad. Las condiciones para su realización incluirían hoy en día una mayor diversidad territorial (de allí el papel de las grandes metrópolis como loci privilegiados en términos de los territorios múltiples que implican); una gran disponibilidad de redes-conexiones o accesibilidad a ellas (es decir, una mayor fluidez del espacio); una naturaleza rizomática o menos centralizada de esas redes, y previa a todo esto, la situación socioeconómica, la libertad (individual o colectiva) y, en parte, también la apertura cultural para gozar efectivamente de dicha multiterritorialidad o para construirla.

La multiterritorialidad (o multiterritorialización, si quiséramos señalarla de forma más coherente en tanto acción o proceso) implica, así, la posibilidad de acceder a diversos territorios o conectarse con ellos, lo que se puede lograr tanto a través de una “movilidad concreta”, en el sentido de un desplazamiento físico, como de modo “virtual”, en el término de accionar diferentes territorialidades aun sin un desplazamiento físico, como en las nuevas experiencias espaciotemporales proporcionadas a través del ciberespacio.

Echando mano de una concepción muy amplia de “territorio social”, que va desde el individuo y la familia hasta la clase social, la etnia y la nación, el sociólogo Yves Barel (1986) considera que el hombre, como “animal político y social”, es también un “animal territorializa-
La primera es la proporcionada por la creciente facilidad y cada vez mayor velocidad de los medios de transporte, que permiten que, por el desplazamiento físico rápido, constante y a escala global como un todo, nosotros (o cuando menos la parte más privilegiada de la sociedad) podamos tener acceso a "múltiples territorios" alrededor del mundo. La segunda, con mayor carga inmaterial, es la que nos permite (o a quienes tienen acceso a las tecnologías allí presentes), mediante la comunicación instantánea, contactar e incluso actuar sobre territorios completamente diferentes del nuestro, sin la necesidad de la movilidad física. Se trata en este caso de una multiterritorialidad implícita en los diferentes grados de lo que podríamos denominar la vulnerabilidad informal (o virtual) de los territorios.

Esas nuevas articulaciones territoriales en red dan origen a territorios-red flexibles en donde lo más importante es disponer de acceso a los puntos de conexión que permiten "jugar" con la multiplicidad de territorios existente, para crear así una nueva [multíples territorio]. Pero también hablamos, como en el pasado, de la simple posibilidad de "acceder a" o de "activar" territorios diferentes. En realidad, se trata de experimentarlos, concomitante o consecutivamente, en un mismo conjunto, donde es posible crear allí un nuevo tipo de "experiencia espacial integrada". Conforme a la síntesis de elementos ya discutidos a lo largo de este trabajo, esta nueva experiencia incluye:

- una dimensión tecnológica de creciente complejidad, en torno a la ya comentada reterritorialización vía ciberespacio, y cuyo resultado es una extrema densificación informacional de algunos puntos muy estratégicos del espacio;
- una dimensión simbólica cada vez más importante, donde es imposible tratar de establecer límites entre las dimensiones material e inmaterial de la territorialización;
- el fenómeno del alcance planetario instantáneo (llamado en "tiempo real"), con contactos globales dotados de alto grado de instabilidad e imprevisibilidad;
- la identificación espacial que ocurre con frecuencia en el propio movimiento o con él (y, en su extremo, con la propia escala planetaria como un todo).

Habrá cada vez menos una territorialidad central o estándar, frente a la cual las demás terminarían siempre relacionadas, como en el caso del Estado-nación de la modernidad clásica. Al mismo tiempo, aparece la posible formación de una territorialidad-mundo; por primera vez en la historia, habría una identidad territorial global construida a partir de problemáticas que abarcan el mundo como un todo, comenzando por los problemas ecológicos y sanitarios (epidemias globalizadas, por ejemplo). Por lo menos un grupo todavía selecto de personas tiene el mundo como su nueva referencia territorial, la "Tierra-patria" defendida por Morin y Kern (1995).

Pero incluso para aquellos pocos para quienes esta referencia es efectivamente una referencia central, aún estamos lejos de construir un verdadero "territorio global". Si éste se encuentra ya presente, todavía lo es más en el nivel simbólico, a través de la creación de una embrionaria conciencia-mundo, que en un sentido más concreto tendría la forma, por ejemplo, de un cuerpo de legislación eficaz en torno a un territorio-mundo, jurídica y políticamente hablando. La mejor definición de global, en términos territoriales, es aún la conjugación de una multiplicidad de territorios o, para quien aprecia los neologismos, la globalización contemporánea.

Glocalización, sin embargo, más que un conjunto de situaciones "locales" que sufren interferencia de lo "global", es justamente uno de los procesos a través de los cuales podemos reconocer mejor la multiterritorialización, en su sentido más estricto. Ni simplemente una yuxtaposición superposición de territorialidades a diferentes escalas (lo global y lo local), ni una imposición unilateral de hechos que suceden en una escala que se sobrepone a la otra (lo global sobre lo local), la glocalización, según autores como Robertson (1995) y Swyngedouw (1997), indica una combinación de elementos en una nueva dinámica en la que éstos ya no pueden ser reconocidos de forma estricta ni como globales ni como locales, sino como una amalgama cualitativamente distinta: global y local combinados, al mismo tiempo, como un nuevo proceso.

Gibson-Graham (2002), citando un trabajo inédito de A. Dirlik, van más lejos:

Lo global y lo local son procesos, no localizaciones. Globalización y localización producen todos los espacios como híbridos, como sitios "glocales" tanto de diferenciación como de integración (Dirlik, 1999:20). Lo local y lo global
no son entidades fijas, sino que son producidos de manera contingente, siempre en procesos de re-producción, nunca completados (pp. 32-33).

Una vez más, se trata de reconocer en cada parte del espacio no la distinción entre procesos locales y globales, sino sus variadas combinaciones, en una situación más general en la que las mismas dinámicas denominadas "globales" pueden ser consecuencia de la globalización de condiciones que previamente se consideraban como "locales" o "regionales" (como por ejemplo las gastronomías china, japonesa y mexicana).

Es fácil deducir que sólo la presencia de territorios-red genera las condiciones para la existencia de la multiterritorialidad. Pero, como ya hemos visto que hay diferentes interpretaciones posibles para la expresión territorio-red, empezando por el simple hecho de que todo territorio está constituido por redes, debemos distinguir también los diferentes sentidos en que se puede hablar de multiterritorialidad.

Podemos identificar al menos dos lecturas de la "multiterritorialización": la relacionada con una multiterritorialidad "moderna", zonal o de territorios en redes, embrionaria, y la que se relaciona con la multiterritorialidad "posmoderna", reticular o de territorios-red propiamente dichos, o sea, la multiterritorialidad en sentido estricto. La "multiterritorialidad" zonal o de territorios de redes está en general jerarquizada y formada por la superposición o vinculación en red de territorios- zones. Es el caso típico de la organización político-administrativa de los estados modernos, en donde pertenecemos a la vez a una jerarquía de múltiples jurisdicciones territoriales, de la municipalidad al condado, a la provincia, al Estado y hoy, por lo menos en el caso de la Unión Europea, a un "bloque de poder" supranacional. Se trata de una multiterritorialidad" de territorios-zonas encajados, ligada a una misma lógica territorial, en este caso, a la lógica estatal jerárquica dominante de la modernidad.

Es posible afirmar que la condición posmoderna incluye otra multiterritorialidad, resultante del dominio de un nuevo tipo de territorio, el territorio-red en sentido estricto o, en su extrema, el red-territorio. Aquí la perspectiva euclídea del espacio-superficie continúa prácticamente sucumbe a la discontinuidad, la fragmentación y la simultaneidad de territorios que ya no podemos distinguir con claridad dónde comienzan y dónde terminan o, quizás, dónde irán a "eclosionar", ya que también son posibles las formaciones rizomáticas (como vimos para el territorio-red de la organización terrorista Al Qaeda).

Las redes, en especial las redes informacionales o virtuales, permiten —según la clase y el grupo social— un juego territorial inédito, en donde existe la permanente posibilidad de armar (y "desarmar") territorios en una nueva multiterritorialidad. De cierta manera, puede formar parte de ésta la mayoría de los fenómenos a los que, a lo largo de este trabajo, diversos autores identificaron como procesos de desterritorialización. Por ejemplo:

- el dominio de los flujos y de la movilidad en un mundo de relaciones instantáneas, "sin fronteras";
- el dominio de la flexibilización en las relaciones de trabajo y de producción, que permite la "deslocalización" económica;
- la hibridización cultural, que impide la formación clara de diferentes identidades territoriales.

Así como la territorialización en el sentido más amplio se extiende en un continuum que va desde aquella cuyas características son más estrictamente (aunque nunca exclusivamente) funcionales, hasta aquella que es sobre todo simbólica (incluso se podría hablar de una "territorialidad sin territorio", este siempre construido de forma material), también es necesario distinguir cuándo la multiterritorialidad es de carácter más funcional y cuándo incorpora una fuerte dimensión simbólica. Así, los altos ejecutivos globetrotters de empresas multinacionales que frecuentan siempre lugares idénticos alrededor del mundo y residen en los mismos barrios cerrados, pueden experimentar la vivencia de una multiterritorialidad más en el sentido funcional que en el simbólico. En tanto, algunos grupos migrantes de diásporas, a causa de su condición socioeconómica o a veces de su mayor apertura al diálogo transcultural, pueden promover también una multiterritorialidad en la esfera simbólica, al compartir o identificarse con los "territorios múltiples", de alguna manera "hibridos", en donde conviven culturas/identidades de diferentes puntos del planeta.

Además, debemos distinguir otras formas de estudiar la multiterritorialidad, tomando en cuenta sus diferentes sujetos: una a nivel de clases, grupos e instituciones (en especial el Estado), otra en el plano individual. Aunque éste sea un tema para desarrollar con más cuidado en otro(s) trabajo(s), dejamos aquí algunas indicaciones en términos de reflexión introductoria.

En el nivel de los individuos, podemos hablar de multiterritorial-
lidad a través de las relaciones sociales (de poder) que promueven una nueva experiencia integrada del espacio; integración o control que no se da en un mismo lugar como "experiencia total", pero que se puede concretar gracias a las redes de las que disponemos para la construcción de nuestros “territorios-red” individuales o, con mayor exactitud en este caso, de nuestro “(multi)territorio” personal. Los ejemplos concretos abordados a continuación permiten ilustrar mejor algunos tipos de multiterritorialidad, sea en el nivel individual (mi experiencia personal en una ciudad global) o en el de grupos (la multiterritorialidad de las grandes diásporas de inmigrantes).

La multiterritorialidad individual en las grandes metrópolis

Las grandes metrópolis cosmopolitas son espacios férteles para la proliferación de las formas de multiterritorialidad más ricas, obviamente, de acuerdo con la condición económico-política y a la “predisposición” (cultural) de cada individuo o grupo a vivir dicha multiplicidad, ya que es muy importante distinguir entre la multiterritorialidad potencial (disponible, realizable) y la efectiva (realizada de hecho). Los territorios personales o de “baja intensidad” pueden cruzarse en una infinidad de combinaciones posibles. Podemos llamarlos de “baja intensidad” porque no implican grandes transformaciones sociales y, la mayoría de las veces, ni siquiera modificaciones físicas muy visibles en las “formas” de la ciudad. Se relacionan con la construcción territorial que hacemos por medio de las funciones que desempeñamos y de las significaciones que proponemos a través de nuestros movimientos en el interior de los espacios urbanos.

Más que las nuevas “formas”, lo que interesa son las nuevas relaciones que estos múltiples espacios permiten construir. Nunca está de más recordar el presupuesto básico de que el territorio, en el sentido relacional con el que trabajamos, no es simplemente una “cosa” que se posee o una forma que se construye, sino sobre todo una relación social mediada y moldeada en la o por la materialidad del espacio. De esta manera, más importantes que las formas concretas que construimos son las relaciones con las cuales significamos y “funcionalizamos” el espacio, aunque en el nivel más individual.

Incluso en la esfera personal, si consideramos que el “territorio mínimo”, como ya hemos comentado, puede surgir del propio sentido relacional en el que está situada nuestra corporeidad, los territorios nunca existen sin zonas y redes, contención o reposo y fluidez o movimiento. De cierta forma, sólo las “zonas” interconectadas o en movimiento pueden construir redes (circuitos urbanos), así como sólo las redes son capaces de mantener cohesionada o de articular una “zona” (por ejemplo, en una escala diferente, las redes de transporte en relación con la integración de un territorio nacional).

Como una especie de “ciudadano global intermedio”, tengo alguna libertad para trazar mis propios territorios en el interior de la ciudad, pero no dispongo de libertad para construirlos en cualquier lugar: mi clase social, mi género, mi lengua (o incluso mi acento), mi ropa (en ciertas iglesias o shopping centers no se permite entrar con determinado tipo de ropa), cada una de estas características desempeña un papel diferente en la construcción de mi territorialidad urbana.

En verdad, experimento muchos territorios al mismo tiempo. En su combinación, es posible denominarlos como la multiterritorialidad que yo construyo. Éstos se manifiestan más como una “zona” en la casa relativamente estable en donde vivo (utilizada en especial para el reposo nocturno) o en cada polo o relais en donde me detengo, y más como una línea y un flujo en cada conexión que hago entre esas zonas. Así, cuando conecto este conjunto entre líneas o ductos y zonas o relais, estoy construyendo algo así como un territorio-red (de baja intensidad).

Por otro lado, cuando desde mi cuarto realizo una llamada telefónica o me conecto a Internet y me comunico con mi familia al otro lado del mundo, en el sur de Brasil, con la que intercambio afectividad y la oriento para que reciba la ayuda mensual que le envío, con lo que de esta forma interengo de modo directo en su propia territorialización, mi cuarto adquiere otra connotación en tanto territorio. Deja de ser meramente mi lugar de reposo y pasa a convertirse también en el lugar privilegiado de mi “globalización” en el mundo. Su “densidad” (y, de cierta manera, también su “vulnerabilidad”) informatizada se vuelve tan importante como su papel como base material de la que dispongo para la recuperación física cotidiana.

Para usufructuar toda esta multiterritorialidad, necesito diversas tarjetas, claves y contraseña, o sea, tanto ciberconexiones (como en el caso de las pc) como “permisos” para ser admitido en esas zonas o relais, como bibliotecas, gimnasios y cines, así como también en los ductos para entrar en el tube, el tren subterráneo londinense. En este
aspecto, la red de trenes subterráneos puede ser vista de igual modo como un territorio, en la acepción más funcional de espacio de acceso controlado. Así, cada uno de dichos relais puede constituir una parte de otros territorios, ya sean los territorios personales flexibles o los institucionales y empresariales (o “corporativos”), más o menos definidos. Estamos en un gran laberinto de ins y outs, desterritorializaciones y reterritorializaciones. Este movimiento significa posibilidades, acceso, apertura, pero al mismo tiempo también exclusión, grandes exclusiones espaciales de vastas zonas y, en consecuencia, de movilidad y relaciones humanas a través de la ciudad.

Cuando abro los circuitos de mi territorio-red londinense y, un fin de semana, voy a ver una película kurda en un cine llamado Río en una zona habitada por numerosos inmigrantes africanos llamado Hackney, puedo observar un poco mejor, en un nivel bastante simple, lo que significa des-reterritorialización o, en una expresión más adecuada, la conformación de mi multiterritorialidad. Incluso, cuando cruzo la ciudad desde Parsons Green, en el sudeste, hasta Stepney Green, en el este, para visitar a la familia de mi amigo bengalí, estoy en efecto des-reterritorializándome en medio de dos ciudades diferentes o, más aún, literalmente entre Occidente y Oriente dentro de la misma Londres.

En primer lugar, necesito cruzar la ciudad del mismo modo que mi amigo bengali, en autobús, y no en tren subterráneo, ya que es el transporte más barato. O sea, condiciones económicas diferentes definien nuestras territorialidades distintas. Al viajar en tren subterráneo, la ciudad que veo y donde busco territorializarme es completamente otra, una ciudad restringida a sus estaciones y puntos muy específicos, de donde salgo a la superficie para realizar de manera puntual mis actividades. O sea, una ciudad mucho más fragmentada que la de mi amigo bengali. La diferencia es que él tiene menos opciones. Los autobuses son más baratos, pero también más lentos y no van tan lejos. Tomo entonces tres autobuses y pierdo así casi dos horas, en vez de una, para llegar a Stepney Green. Hay que pensar en lo que esta diferencia representa cuando se concibe una territorialización de todos los días.

Distancia, velocidad y tipo de ducto que recorremos, de acuerdo con la posición social, importan mucho en la manera con la que construimos y controlamos nuestros territorios. Si vamos más rápido, podremos tener más opciones y acceso a más territorios, pero a la vez nuestra visión de la ciudad será más fragmentada. Andar más lentamente y por la superficie, en este caso en autobús, proporciona una visión más integrada, aunque de una porción menor del entramado general de la ciudad.

No es solamente la posición económica la que define la mayor o menor intensidad de nuestra multiterritorialidad. Las cuestiones de orden cultural, identitario, según el contexto, también son fundamentales. Moverse dentro de una casa musulmana como la de mi amigo bengali, por ejemplo, exige una reterritorialización en el nivel cultural que yo no domino: el lugar para las mujeres, para los hombres, los más ancianos, los casados, los solteros y viudos, la manera de saludar, conversar y tocarse, o simplemente no conversar, no tocarse, es diferente para los diversos miembros de la familia.

Lo que define mi elección por tal o cual territorio dentro de la ciudad es un complejo de procesos, y yo interactúo en una multiplicidad de opciones y limitaciones impuestas por otros que, con frecuencia, tienen más capacidad que yo para definir territorialidades, en un sentido general o con respecto a su ambiente económico y cultural. A pesar de las diferentes distancias y de los malentendidos, tengo más libertad de opciones en Londres para elegir o para construir y vivir mis propios territorios, o mejor aún, mi propia multiterritorialidad. Hasta el simple acto de sentarse tranquilamente en una plaza, ese tipo de territorialización soft es muy distinta de mi experiencia en Río de Janeiro.

Río ofrece mucho menos flexibilidad espacial que Londres para la libre construcción de territorios, aunque Londres, sin duda, también ofrece varias limitaciones. Esto no se debe sólo al hecho de que Río sea una metrópolis del Tercer Mundo o periferica,5 sino porque su masa de excluidos o sus aglomerados de exclusión, como los deno-minamos aquí, están extremadamente segregados en relación con las clases media y alta. Sus territorios son cada vez más cerrados o exclusivos, pero este cerramiento, al contrario que en los barrios cerrados de las clases más altas, no significa seguridad ni incluso garantías mínimas de supervivencia, porque están definidos y controlados por otros grupos, con frecuencia ajenos a la realidad de los grupos locales. Así,

5 Hecho que se debe relativizar si realizamos un análisis a nivel de barrio. Recientes investigaciones del Instituto Pereira Passos, por ejemplo, demostraron que el Índice de Desarrollo Humano (inid) de un barrio como Ipanema llega a superar a de países como Suecia o Noruega.
la multiterritorialidad depende sobre todo del contexto social, económico, político y cultural donde estamos situados.

La multiterritorialidad de las diásporas

Podemos decir también que cuanto más amplia y flexible es la red (o el “territorio-red”) en que estemos insertos, aliada a la autonomía de la que disponemos para su reconstrucción, mayores son las posibilidades de que diferentes territorios se transformen en una carta de triunfo o en un “recurso” para la configuración de nuestra multiterritorialidad. Es un poco lo que ocurre con gran parte de los miembros de las diásporas de inmigrantes. Decimos “gran parte” porque también pueden existir aquellos que, aun en medio de redes que atraviesan varios países y regiones y se conectan globalmente a lo largo de todo el planeta, pueden permanecer por completo cerrados, reterritorializados en un territorio-red exclusivistico y segregado, una especie de “territorialismo en territorios-red”.

De cualquier modo, sin duda uno de los ejemplos más característicos de la multiterritorialidad es el que se construye a través de las grandes diásporas de migrantes, con un papel cada vez más relevante en el mundo contemporáneo. Éstas representan históricamente una de las formas pioneras de multiterritorialidad, en la medida que el desplazamiento y la dispersión espacial de personas pertenecientes a un grupo con una fuerte identidad cultural a través del mundo promueven encuentros múltiples entre “diferentes”, mucho antes de la aparición de los veloces medios de transporte y de la comunicación instantánea. Las variadas amalgameas y modalidades de segregación que esto genera (el gueto es una de ellas, como ya vimos) no permiten concordar con quienes defienden la dinámica “desterritorializada” de las diásporas, fundadora de una “extra” o de una “a-territorialidad”.

Diversos autores dan por sobreentendida una noción estrecha y tradicional del territorio, ligada a su dimensión político-estatal, cuando hablan de la desterritorialización de las diásporas. Así, por ejemplo, las diásporas serían “desterritorializadas” por subvertir los principios de la moderna ciudadanía estatal (Gilroy, 1994). Cohen afirma que las diásporas son “desterritorializadas, multilingües y capaces de llenar los espacios entre las tendencias globales y locales”, y sacan ventaja “de las oportunidades económicas y culturales que se ofrecen” (1997:176).

Para Ma Mung (1999), por su vez, la diáspora traduce “la idea de una vida fuera del territorio”; sin embargo realiza una importante añadidura: fuera “de un territorio en el sentido “clásico”, o sea, “definido por la adecuación de una población a un espacio determinado, circunscrito por la presencia perenne de esta población” (p. 93). Se trata de la perspectiva del territorio visto desde la continuidad, la estabilidad y el control sobre un espacio zonal o de área. Las migraciones, poblaciones en movimiento, en general exigen una concepción diferente del territorio, lo que aquí denominamos territorio-red.

La “extraterritorialidad” de la diáspora a la que se refiere Ma Mung “se realiza a favor del desarrollo de una identidad étnica transnacional que ofrece el sentimiento de pertenencia a una misma entidad social de algún modo a-territorial” (1999:98). Aquí lo que tenemos es la lectura de que el territorio desaparece en favor de una “identidad transnacional”, la cual sigue en parte el razonamiento dualista global-local que asocia globalización (en este caso, “transnacionalización”) a desterritorialización. Lo que tal vez Ma Mung menosprecie es justamente el papel múltiple de la nueva territorialidad que se está construyendo allí.

Desde el punto de vista de Chivallon (1999), por el contrario, en las diásporas encontramos la “recomposición del lazo comunitario a través de la dispersión”. Éstas muestran cómo “la red puede hacer ‘circular’ la memoria”. En este caso, “siempre existe territorio: el de la vida cotidiana, pero sobre todo el del origen cargado de simbolismo del lugar de fundación, verdadero cemento comunitario sin el cual la red no podría transportar su memoria” (Chivallon, 1999:7).

Se observa que la territorialidad de la diáspora no está en modo alguno vinculada solamente a una geografía imaginaria o a una identidad cultural sin referente espacial concreto (como parecía ser el caso en su ejemplo-tipo, la diáspora judía antes de la creación del Estado de Israel). Es verdad que la territorialidad suele aparecer en un sentido más simbólico que concreto, pero existe siempre algún vínculo con un espacio material, sea éste la patria de origen o las zonas en el extranjero donde se aglutinan los miembros de la diáspora (véanse, por ejemplo, los Chinatowns y Coreatowns o las zonas árabes e hindúes en las grandes metrópolis europeas y estadunidenses).

Aunque sólo sobrevivan referencias territoriales puramente simbólicas, y a pesar de que éstas se remiten no a territorios particulares (como el Estado-nación o la región de origen), sino a los territorios
múltiples o de su propia dispersión (territorios dispersos) que componen el gran territorio-red de la diáspora, aun así debemos hablar de un tipo muy peculiar de reterritorialización: una territorialización múltiple, en la dispersión, articulada en red, "con o en el movimiento" (inherente a la diáspora) y enormemente simbólica; en otras palabras, una multiterritorialidad en sentido estricto.

Aun si la identidad se encuentra “focalizada menos en el territorio común y más en la memoria o, más exactamente, en la dinámica social de la recordación y la conmemoración”,6 como afirma Gilroy (1994:207), en dicha memoria también están contenidas, en gran parte, la “recordación y conmemoración” que hacen referencia a una territorialidad, pues se trata en realidad de la gestación de otra concepción del espacio (y del territorio, agregaríamos):

El propio concepto de espacio se transforma en la medida que se le ve menos a través de nociones obsoletas de fijeza y lugar y más en términos de circuitos comunicativos ex-céntricos que posibilitaron a la población dispersa dialogar, interactuar e incluso sincronizar elementos significativos de sus vidas sociales y culturales (Gilroy, 1994:211).

Para Ma Mung, se trata de “un espacio imaginario, ‘fantasmático’, reconstruido a escala internacional” y basado en la conciencia de la diáspora, que no existiría, por lo tanto, en el sentido objetivo, “morfológico”, “o al menos esta condición no sería suficiente. La diáspora sería entonces un sentimiento, un sueño y, por lo tanto, una utopía...” (1999:309). Un tanto contradictoriamente, junto al uso de expresiones como extra o a-territorialidad, Ma Mung también parece proponer otra noción de territorio a partir de la diáspora: un territorio intercambiado, asentado en una idea de “equivalencia”, propiedad que podemos associar de igual modo a aquello que aquí designamos como multiterritorialidad.

el territorio no como espacio único [...] sino como espacio que puede entrar en comparación con otros: que puede equivaler. Siendo equivalente, puede ser intercambiado contra otros y por ello se puede mover sin desencarnar en los otros espacios, de allí el recorrido sentimentalmente posible de uno a otro. Esta equivalencia, además, se refuerza cuando el territorio de origen


Aunque Ma Mung agrega enseguida su idea de extraterritorialidad, en realidad se trata de otra concepción de territorio, centrada en el imaginario pero nunca reducida a éste por completo; un territorio que se “multiplica” justamente porque “se equivale” a través de los grupos que se dispersan por diferentes espacios. Tal vez podríamos afirmar que el propio carácter de “equivalencia territorial” es una marca de lo que denominamos multiterritorialidad. Aquí se trata también de un territorio en el movimiento, extremadamente dinámico, y su principal “condensación” puede residir con frecuencia en los propios grupos o en esa “multitud” que lo reproduce en los espacios por donde ésta circula.

La identidad “transnacional” o, con más propiedad, de diáspora –que Ma Mung llama extraterritorial– se construye sobre un nuevo patrón territorial-identitario, a la vez global y local, que se articula con nitidez a través de un territorio-red típico. La nueva identidad territorial que se construye está vinculada a un conjunto de espacios dispersos, discontinuos, conectados en red a través del mundo. Pero no constituye exactamente una identidad global (en el sentido de universalidad), ya que puede restringirse a ese conjunto muy selecto de espacios donde tiene lugar la reproducción de grupos con el mismo origen étnico y con intereses socioeconómicos semejantes.7

Para sintetizar, a partir de la relecturación de ideas propuestas por Ma Mung (1999), tendríamos como características geográficas de las diásporas, en tanto forma de reterritorialización del migrante:

- la *multipolaridad* de la migración: desde el sentido etimológico de la palabra “diáspora”, que viene del griego *speira* y significa dispersión, la idea central que prevalece es la propagación o diseminación e incluso la no centralidad, la no jerarquización; una carac-

7 Esta dinámica, como lo hemos sugerido en un trabajo anterior (Haesbaut, 1999), puede asociarse geográficamente a un nuevo tipo de regionalización del mundo, ahora ya no bajo la forma de recortes exclusivos o zonales, sino en torno a diversas redes superpuestas y conectadas de manera global.
terística de la diáspora es que, aun cuando exista un Estado o región de origen, éste(a) no necesariamente representa la función de centro en el conjunto de relaciones de la red; 
• la interpolaridad de las relaciones: la disipación de la diáspora en varios estados/contextos económicos por el mundo puede verse como un recurso mediante el cual el migrante en diáspora puede usufructuar esa disipación, tanto para recurrir a otros miembros en momentos de crisis como para la expansión de sus negocios; 
• la multiterritorialidad (y no extraterritorialidad, como propone Ma Mung) en términos, por ejemplo, de las identificaciones: tanto en el sentido de una conciencia multi o transescalar –con espacios múltiples de referencia identitaria, desde el barrio (más concreto) y el país de origen (referencia mítica) hasta la diáspora como fenómeno global–, como en el de la creación de una “identidad étnica transnacional”, como dice Ma Mung, construida a través de la percepción del grupo como dispersión territorial.

Ma Mung entiende la disipación como un “recurso espacial” en la medida que “se utiliza el hecho de estar disperso para hacer cosas que no se podrían hacer si no se estuviera disperso” (1999:325). Al referirse a la diáspora china, afirma que poseer parientes en otros países es siempre objeto de satisfacción, de orgullo, tanto mayor cuanto más importante es el número de países donde los migrantes se encuentran dispersos. Esos recursos espaciales vinculados a la disipación son movilizados a escalas diferentes y utilizados en diversos dominios, especialmente en el campo de los negocios, a través de la formación de redes comerciales, el desplazamiento de actividades de un país a otro en condiciones desfavorables e incluso la reorientación de los flujos migratorios en función de la coyuntura económica. Esto muestra que los territorios-red –y la multiterritorialidad– de los migrantes en diáspora resultan aún más fortalecidos por la dinámica económica que en ellos se va construyendo.

A pesar de las variadas evidencias de una connotación más positiva, a través de los dos ejemplos anteriores, uno más personal, a nivel del cosmopolitismo londinense, y otro de grupos sociales amplios, en una dispersión territorial articulada de manera global, no podemos afirmar que la multiterritorialidad sea buena o mala en sí misma. Como ya habíamos afirmado (Haesbaert, 1997), “allí se percibe a la vez un ángulo positivo (la vivencia concomitante de múltiples ‘territorios’ e identidades) y negativo (la [potencial] fragilidad de nuestras relaciones con los demás y con el medio)” (p. 44). La cuestión principal reside en las circunstancias en las que la accionamos. El ejemplo de la estrategia multiterritorial de la red terrorista Al Qaeda, comentado en el capítulo anterior, es la mejor evidencia del potencial igualmente negativo presente en los procesos de “multiterritorialización”.

A través del ejemplo de la red de Al Qaeda y, en parte, también por el de las diásporas y el del nivel más individual, queda claro que no es necesario identificar la multiterritorialidad ya sea en su sentido potencial o virtual (la posibilidad de ser accionada) o bien como realización o accionamiento efectivo. Las implicaciones políticas de esta distinción son importantes, pues sabemos que la disponibilidad del “recurso” multiterritorial –o la posibilidad de activar o experimentar concomitantemente múltiples territorios– es muy importante en la actualidad desde un punto de vista estratégico y, en general, se encuentra accesible sólo a una minoría. Así, mientras una élite globalizada tiene la opción de elegir entre los territorios los que mejor le plazcan, viviendo en efecto una multiterritorialidad, otros, en la base de la pirámide social, no cuentan siquiera con la opción del “primer” territorio, el territorio como amparo o refugio, fundamento mínimo de su reproducción física cotidiana.

Cuando visito la casa de mi amigo bangli en Stepney Green, en Londres, vivo una territorialidad completamente distinta de la mía y, de este modo, expando mi multiterritorialidad a través de otra experiencia cultural en la trama de la ciudad. Una multiterritorialidad más intensa es siempre un “juego abierto”, en el que podemos, cuando menos virtualmente, “jugar” con todos los territorios posibles. En un plano más personal, tal vez la multiterritorialidad, en términos estrictos, sea una condición durante la cual nos encontramos en realidad capacitados y somos libres no sólo para vivir territorios profundamente diferentes, entrando y saliendo de éstos cuando queramos, sino sobre todo para construir otros, producto de una articulación personal, y producir de esta forma territorios más múltiples y “únicos”; únicos, aquí, en cuanto a la articulación o la combinación singular que éstos promueven.

Así como la multiterritorialidad contemporánea puede ser sumamente compleja y dotada de una amplia flexibilidad, también puede ser activada –o creada– y desactivada a una velocidad increíble. Se trata, entonces, de evaluarla a partir de esa capacidad efectiva de construc-
9. DESTERROLIZACIÓN COMO MITO

En la “Introducción” ya hemos visto que la cuestión de la desterritorialización, a pesar de su actual intensificación, no es reciente o eminentemente “postmoderna”. Recurrimos al sociólogo Durkheim para demostrar que hace más de un siglo circulaba un discurso análogo al de este nuevo cambio de siglo. Es curioso verificar, sin embargo, que el propio Durkheim también cuestiona, al menos parcialmente, la idea de desterritorialización. En una nota muy importante posterior al razonamiento que hemos reproducido en la “Introducción”, afirma:

no queremos decir que las circunstancias territoriales están destinadas a desaparecer completamente sino solamente que pasarán a un segundo plano. Las instituciones antiguas nunca se desvanece ante las nuevas instituciones, al punto de no dejar más vestigios de sí mismas. Persisten, no sólo por supervivencia sino porque también persisten algunas de las necesidades a las que correspondían. La proximidad material constituirá siempre un vínculo entre los hombres; por consiguiente, la organización política y social con base territorial ciertamente subsistirá. Sólo que ésta no tendrá más la actual preponderancia, precisamente porque ese vínculo pierde fuerza. Ademá [...] siempre encontraremos divisiones geográficas, incluso en la base de la corporación. Aparte de esto, entre las diversas corporaciones de una misma localidad o de una misma región, habrá necesariamente relaciones especiales de solidaridad que siempre reclamarán una organización apropiada (Durkheim, 1995:436).

Como constata el autor, aunque el papel de las “divisiones territoriales” se debilite, los rasgos de muchas de esas configuraciones permanecen, lo cual recuerda lo que Milton Santos denominó “rugosidades” o “acumulación desigual de tiempos”. Incluso en su visión más simplificada, partiendo del territorio como base material o “espacial” de la sociedad, no hay cómo justificar el discurso de la desterritorialización. En un sentido más estricto, así como no hay desterritorialización, con más razón aún no hay “desespacialización”.

Llevado al extremo, el discurso de la desterritorialización niega la existencia misma del espacio, que incluso considera como un impedimento para el desarrollo humano, tanto en el sentido de la distancia
a trasponer como en el del “peso” material o la “objetividad” a suprimir (aquí se confunde la “desobjetivación” con la “des-esencialización” posmodernista). Existe incluso un pensamiento que niega la realidad del espacio, que “hace del espacio la proyección del espíritu sobre la extensión del mundo, y por lo tanto, un objeto abstracto al cual no se le reconoce existencia en sí misma” (Polere, 1999:35). Según Polere:

El espacio parece sin embargo ser la condición de posibilidad de los fenómenos, la precondición de la relación del individuo con las cosas, la condición de la experiencia en la medida que la conciencia del espacio real se origina en primer lugar en la conciencia del cuerpo, y después en la relación entre el cuerpo y un espacio (demostrado particularmente por la fenomenología); es en relación al espacio que yo defino mi posición, y la posición en el espacio real es una precondición de la conciencia. La pérdida de la posición real en el espacio en un mundo que algunos desearían ver sin referencia material [...] suscitaría sin duda la imposibilidad de entendimiento entre los hombres acerca de qué es lo real (cada uno, según Leary, crea una realidad a su conveniencia) a fin de “definir la situación” y, en forma más general, formar una subjetividad, un sujeto social, etcétera (1999:35-36).

Además de reconocer el principio elemental de que el espacio es la “condición de posibilidad de los fenómenos”, debemos poner el acento también en la “condición múltiple” de esos fenómenos, ya que, como afirma Massey (1994, 1999), el espacio es también “la esfera de posibilidad de la existencia de la multiplicidad” (1999:28). Multiplicidad que incluye, sin duda, el movimiento indisoluble de creación y destrucción, de orden y desorden implícito en los procesos aquí denominados de territorialización y desterritorialización. Desde este punto de vista, como ya lo indicaban Deleuze y Guattari, la desterritorialización como proceso diferente, disociado de la territorialización, no existe.

Ni “fin de la espacialidad”, inherente a la existencia del mundo, ni “fin de la territorialidad”, inherente a la condición humana, la desterritorialización es simplemente la otra faz, siempre ambivalente, de la construcción de territorios. Pero no se trata solamente de una ambivalencia en cuanto a las contradicciones de la “modernidad”. Y tampoco simplemente de la articulación contradictoria entre anverso y reverso. La des-territorialización (siempre con guión), así como la multiterritorialización de nuestro tiempo, cargan siempre con sus propias multi-vauciones, lo múltiple, lo sincrético o, si queremos usar el término de moda, una “condición híbrida”.

Para seguir con este razonamiento, no habría desterritorialización sólo por el hecho de que ésta es “el otro lado” de la territorialización, su “otro” dialécticamente conjugado. Bajo condiciones de “postmodernidad”, lo que surge no es el dominio de un segundo elemento –la desterritorialización sobre la territorialización– sino la afirmación de un tercero (que en realidad no excluye de ninguna forma a los otros dos), al que llamamos multiterritorialidad o “multiterritorialización”, para mantener la coherencia y resaltar la idea de proceso, de permanente movimiento y devenir. Tal vez podríamos decir que ésta es la condensación, la más acabada, de un movimiento que representa la territorialización a través de la propia desterritorialización.

Por lo tanto, en una síntesis muy general de los argumentos aquí discutidos, podemos afirmar que desterritorialización no es simplemente:

- desmaterialización o dominio de relaciones simbólicas o “virtuales”, ya que la llamada compresión del espacio-tiempo vía ciberespacio está siempre al servicio de la construcción de nuevas territorialidades, aunque con un contenido inmaterial mucho mayor (en una concepción a la vez no idealista y no materialista del territorio, se trata de un nuevo tipo de territorio);
- “no presencia” o desvinculación del aquí y el ahora, ya que la compresión o el desanclaje del espacio-tiempo también produce nuevas formas de articulación cercano-lejano y, de esta forma, de valoración y control del espacio (lo que ahora resalta aún más su carácter relacional);
- aceleración del movimiento o predominio de la fluidez sobre la estabilidad, ya que el territorio también se produce en el movimiento o, por lo menos, en la repetición del movimiento (lo que representa un tipo de control);
- debilitamiento de los controles espaciales a través de límitesfronteras y zonas, pues también puede existir un control por medio de redes (territorios-red) y una rearticulación de límites;
- aumento de la hibridación cultural y, por lo tanto, de la multiplicitad de identidades territoriales, porque también es posible reterritorializar en la hibridización;
- yuxtaposición e imbricación de territorios, ya que puede haber reterritorialización en la multiterritorialidad o a través de ella.
En estos sentidos, entonces, es posible aseverar que la desterritorialización es un mito. Como vimos, algunos autores restringen históricamente el fenómeno, al asociarlo a la posmodernidad o a la sociedad postindustrial, “informacional”. A pesar de las diferenciaciones profundas que se manifiestan en términos históricos, podemos afirmar que, además de venir siempre asociada de modo indisoluble a la reterritorialización, lo que significa desterritorialización para unos es, en realidad, reterritorialización para otros (al manifestar su profundo sentido relacional), y lo que aparece como desterritorialización en una escala o nivel espacial puede estar surgiendo como reterritorialización en otra (al enfatizar su sentido multiscalar).

Con frecuencia, como hemos destacado, en el trasfondo de los discursos sobre la desterritorialización está el movimiento neoliberal que aboga por el “fin de las fronteras” y el “fin del Estado” para la libre actuación de las fuerzas del mercado. La desterritorialización –que en ese caso se refiere a la élite planetaria– es un mito. No es más que una recomposición territorial bajo condiciones de gran compresión del espacio-tiempo, donde las transformaciones en las relaciones vinculadas a la distancia y a la presencia-absencia (lo “distante presente”) vuelven aún más intensas las dinámicas de desigualdad y diferenciación del espacio planetario.

Así, lo que de hecho “desterritorializa” la mayoría de las veces es justamente ese alejamiento o debilitamiento del Estado y la consecuente omnipotencia de una economía “flexible”, “ficcícola”, especulativa o “deslocalizada”. Allí no son los grandes empresarios y altos ejecutivos los que están “desterritorializados”; por el contrario, son ellos quienes tienen la libertad de elegir la (multi)territorialidad que más les conviene, más flexible y cambiante, es cierto, pero precisamente por eso aún más prodigiosa.

Es exactamente por medio de esta forma versátil de reterritorialización de los “de arriba” como se va forjando, por otro lado, gran parte de la desterritorialización de los “de abajo”, a través del agravamiento de la desigualdad y la exclusión mediante la concentración de la renta, el capital (las inversiones) y la infraestructura, junto con la ausencia de políticas de redistribución efectivas, con las inversiones volcadas más a la especulación financiera que al sector productivo generador de empleos, y con la globalización de la cultura del estatus y del valor contable en una sociedad de consumo extendida a todos los ámbitos de la vida humana.

Por otro lado, desde una perspectiva de carácter más epistemológico, los argumentos en defensa de la idea de desterritorialización, como lo hemos señalado desde el comienzo, aparecen siempre asociados a algún tipo de dicotomía, tanto las más amplias, que separan tiempo y espacio, sociedad y naturaleza, material y simbólico, como las más estrictas, que aíslan local y global, estabilidad y movimiento, territorio y red. Más allá de estas visiones dualistas, es necesario desarrollar un sentido relacional del mundo que no sólo integre estas esferas, sino que también reconozca la propia inmanencia del territorio en relación con la existencia humana.*

De este modo, incluso la dinámica de la naturaleza y la problemática ambiental deben, de alguna manera, ser incorporadas al debate de la desterritorialización, a fin de cuestionar la visión antropocéntrica que ve en la desterritorialización un proceso exclusivamente “humano”, como si la materialidad del espacio pudiera prescindir de –o abstráerse de– las bases “naturales” sobre las cuales fue concebida (y sigue siendo, de manera cada vez más híbrida). Basta reconocer que para las sociedades más tradicionales, como las indígenas, algunas de las relaciones sociales más importantes son aquellas que se dan en el campo de la apropiación de lo que nosotros denominamos “naturaleza”.

Como estamos habituados a pensar dentro de escalas temporales relativamente limitadas, en especial en las ciencias sociales, no percibimos o tendemos a dejar a un lado procesos de mayor amplitud, sobre todo los vinculados a la dinámica ambiental o de la “naturaleza”, capaces de poner en jaque nuestro pretendido dominio (curszocrítico de modo temporal) sobre territorios que, pensamos, son una producción únicamente social u humana.

No es sólo en la compleja amalgama sociedad-naturaleza de más larga duración donde verificamos hasta qué punto las cuestiones ambientales afectan y afectarán cada vez más nuestra organización territorial. Incluso los fenómenos naturales más inmediatos, de muy escasa amplitud temporal pero de efectos muchas veces también intensos, como los terremotos y las erupciones volcánicas, son suficientes para que cuando menos nos interroguemos sobre alguna manera de incluir la dinámica de la naturaleza en nuestro debate sobre los procesos de desterritorialización.

Esto recuerda la filosofía de Deleuze, en la cual, según Gualandi (2003), todos los seres, piedras, plantas, animales, personas, “poseen

---

* Debo señalar que la relación entre territorio e inmanencia fue introducida por Glaucio Bruce, a través de un diálogo informal.
todos el mismo valor de ser”, en un “sistema del Ser unívoco” (tomado también por Bruno Latour [1991] y su “parlamento de las cosas”) que “no admite ninguna jerarquía ontológica entre las cosas existentes”, vivientes y no vivientes (p. 19). Para Gualandi:

El principio del Ser unívoco afirma la inmanencia absoluta del pensamiento al mundo existente, el rechazo categórico de toda forma de pensamiento que trasciende el Ser de las cosas en una de las tantas formas de lo suprasensible. Para Deleuze, así como para Spinoza, la intuición de la universalidad del Ser es la más elevada expresión intelectual del amor por todo aquello que existe (2003:19).

“Amor por todo aquello que existe” es muy probablemente lo que debería estar en el centro de nuestros procesos de territorialización, mediante la construcción de territorios que no fuesen simples terri- torios funcionales de reproducción (explotación) económica y dominación política, sino efectivamente espacios de apropiación e identificación social, en cuya transformación nos sintiésemos de verdad identificados y comprometidos. Es necesaria, por lo tanto, una reapropiación de los espacios, lo que sería una efectiva reterritorialización en la medida que no habría más dicotomía entre dominio y apropiación del espacio, o de modo más exacto, en que la apropiación prevalecería sobre la dominación, puesto que el espacio apropiado por excelencia, según Lefebvre, es “el espacio del placer” (l’espace de la jouissance).

¿Pero cómo construir nuevas identificaciones, nuevas territorializaciones y “amar todo lo que existe” en un mundo de creciente y abominable desigualdad, exclusión, segregación, violencia e inseguridad? Sin duda, sería redundante recordarlo, para poder “amar todo lo que existe” y construir territorios apropiados efectivamente –lo que significa, sobre todo, afectivamente–, es necesario terminar primero con la explotación e indiferencia de los hombres entre sí y de los hombres para con la propia “naturaleza”.

A la vez que podemos estar debilitando nuestros territorios o, para otros, “desterritorializándonos” en la “modernidad líquida” a la que se refiere Bauman (2001), esas mismas territorializaciones precarias pueden ser el embrión de reterritorializaciones comprometidas con la reconstrucción reflexiva, que cree y lucha de manera constante por una sociedad más justa e igualitaria. Allí los territorios no serían más instrumentos de alienación, segregación, opresión e “in-seguridad”, sino al mismo tiempo espacios de estímulo para la diversidad y la igualdad sociales.

La otra gran dicotomía en las lecturas de la desterritorialización, entre espacio y tiempo, o en el sentido más estricto de estabilidad y movilidad, territorio y red, tampoco debe llevarnos a sobrevalorar el polo “movilidad”, ante la increíble velocidad y, en consecuencia, ante lo efímero de la realidad en la que nos situamos. Poetas como Manoel de Barros (2003), el “Guimarães Rosa de la poesía” brasileña, habla del respeto por la “velocidad de las tortugas más que por la de los misiles”; Milton Santos (1994b) cree que “la fuerza de los débiles es su tiempo lento”, y Virilio (1984), el gran teórico de la velocidad, nos recuerda que “la libertad primordial es la libertad de movimiento”, para luego agregar:

Es cierto, pero no la velocidad. Cuando uno va demasiado rápido, está entera-mente despojado de sí mismo, se vuelve completamente alienado. Es posible, por lo tanto, una dictadura del movimiento (1984:65).

Parece invertirse la ecuación, y este capitalismo volátil, que en todo momento destruye nuestras referencias territoriales o construye multi-territorialidades en un sentido desestabilizador-fragmentador, se vuelve un claro sinónimo de falta de libertad. Destinados a la “obliga- ción” constante del movimiento, de la movilidad o incluso del cambio, en sentido más amplio (subordinados sobre todo a la dinámica del consumo desenfrenado), corremos el riesgo de perder todos nuestros referentes y, “enteramente desprovistos de territorios”, debilitarnos hasta “disolverse irremediablemente”, como señaló Félix Guattari, ya citado aquí.

Sin caer en la visión nostálgica de los “espacios de la lontitud” y del “rearraigo”, cabe reconocer y luchar por esa unidad (aunque sea simbólica) de las cosas del mundo –y del territorio– y, en el interior de dicha unidad, alentar el potencial invencionístico –como diría de forma creativa Manoel de Barros, de su multiplicidad. Así, lo que llamamos territorio o proceso de territorialización logra elevar a condición de algo inmanente al Ser, del hombre y del mundo, uno de los compo- nentes indisolubles de la existencia y que, por ello, nunca será “extinguido” por la desterritorialización, a no ser que desaparezcamos, no- sotros y la Tierra de la cual creemos ser los protagonistas principales.

Las velocidades y los ritmos del cambio son siempre múltiples y, con ellos, pueden ser múltiples también las posibilidades ("líneas de fuga", dirían Deleuze y Guattari) que el espacio social nos proporci-
na para la reconstrucción de nuestros referentes territoriales, materiales e inmateriales, funcionales y simbólicos. Debemos, pues, luchar concretamente por construir una sociedad en donde no sólo se encuentre mucho más democratizado el acceso a la más amplia multiterritorialidad —y la convivencia de múltiples territorialidades—, sino también donde estén siempre abiertas las posibilidades de reevaluar nuestras opciones y la consecuente creación de otras territorialidades aún más igualitarias y respetuosas de la diferencia humana. Porque el mundo no fue hecho para media docena de privilegiados que en efecto pueden elegir, cada día, en qué territorio(s) prefiere(n) vivir. O, de un modo más paradójico, sólo para aquellos que construyen un territorio-mundo moldeado a su exclusiva imagen y semejanza.

De cualquier forma, finalmente, parece que podemos probar lo contrario de la tesis de Virilio de que la desterritorialización sería la gran cuestión de este cambio de siglo. Más que esto: lo que está dominando es la complejidad de las reterritorializaciones, dentro de una multiplicidad de territorialidades nunca antes vista, desde los límites más cerrados y fijos de la guetificación hasta los más flexibles y efímeros territorios-red o “multiterritorios” de la globalización. En verdad, lo más correcto sería afirmar que el gran dilema de este nuevo siglo será el de la desigualdad entre las múltiples velocidades, ritmos y niveles de des-reterritorialización, en especial entre la minoría que tiene pleno acceso y usufructúa los territorios-red capitalistas globales que aseguran su multiterritorialidad, y la masa o los crecientes “aglomerados” de personas que viven en la territorialización más precaria o, en otras palabras, más incisivas, en la más violenta exclusión o reclusión socioespacial.

BIBLIOGRAFÍA

— (1997), *Culturas híbridas: estratégias para entrar e sair da modernidade*, São Paulo, EDUSP.
— (1975), Kafka, pour une literature mineure, París, Minuit.
— (1990), Pourparlers, París, Minuit.
— (1991), Qu’est-ce que la philosophie?, París, Minuit.
— (1992), O que é a filosofia?, Río de Janeiro, Editora 34.


Ferreira, A. (2003), A emergência do teletrabalho e as novas territorialidades na cidade do Río de janeiro, tesis de doctorado, São Paulo, Universidade de São Paulo, Departamento de Geografia.


— (1996), "O binômio território-rede e seu significado político-cultural", en *A geografia e as transformações globais: conceitos e temas para o ensino* (*Anais do Encuentro "O ensino da Geografia de 1 e 2" Graus frente às transformações globais*), Rio de Janeiro, UFRJ.


— (1997b), *Questões sobre a (pós)modernidade*, *Geojur*, núm. 2.


**BIBLIOGRAFIA**


Haesbaert, R. y E. Limonad (1999), "O território em tempos de globalização", *Geojur*, núm. 7, Rio de Janeiro, UERJ.


Holland, E. (1991), "Deterritorialising 'deterritorialisation'", *Sub-Stance* 66 (vol. xx, 3).


Kumar, K. (1997), Da sociedade industrial à pós-moderna, Río de Janeiro, Zahar.

Kurz, R. (1992), O colapso da modernização, Río de Janeiro, Paz e Terra.


—— (1991), Nous n'avons jamais été modernes, París, La Découverte.


Lévy, J. et al. (1992), Le monde, "espaces et systèmes", París, FNSP y Dalloz.


BIBLIOGRAFIA


Randolph, R. (1993), Novas redes e novas territorialidades. III Simpósio Nacional de Geografia Urbana, Río de Janeiro, AGB, UFES, IBGE e CNPQ.


Santos, M. (1978), Por uma geografia nova, São Paulo, Hucitec.


Santos, M. (1993), Fim de século e globalização, São Paulo, Hucitec y ANPUR.

— (1994), Território: globalização e fragmentação, São Paulo, Hucitec y ANPUR.


— (1993), Geografias pós-modernas: a reformação do espaço na teoria social crítica, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.


tos pseudocríticos do espaço social)”, Terra Livre, núm. 5, São Paulo, Asso-
ciação dos Geógrafos Brasileiros.

— (1995), “O território: sobre espaço, poder, autonomia e desenvolvi-
mento”, en Castro et al. (orgs.), Geografia: Conceptos y Temas, Río de Janeiro, Bertrand Brasil.

— (2002), Mudar a cidade: uma introdução crítica ao planejamento e à gestão urbana, Río de Janeiro, Bertrand Brasil.


POLÍTICA DE NIVELES


Veltz, P. (1996), Mondialisation, villes et territoires: l’économie d’archipel, París, PUF.


--- (1993), O espaço crítico, Río de Janeiro, Editora 34.


ÍNDICE TEMÁTICO

territorios de redes, 245, 288  
territorios discontinuos, 246  
terrorismo, 148, 168, 210, 251  
topográfica, 235, 237  
topología, 254, 256  
topológica, 235, 237  

transterritoriales, 183  
transterritorialidad, 150  
tribal, 186  
tribus, 185, 186, 198  
vagabundo, 196, 201, 267

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS  9
PRÓLOGO  13

1. INTRODUCCIÓN  18
   1.1. Las ciencias sociales redescubren el territorio para hablar de su desaparición  23

2. DEFINIR TERRITORIO PARA ENTENDER  31
   LA DESTERRITORIALIZACIÓN  31
   2.1. La amplitud del concepto  32
   2.2. Territorio desde las perspectivas materialistas  37
      2.2.1. Las concepciones naturalistas  39
      2.2.2. La concepción de base económica  48
      2.2.3. La tradición jurídico-política de territorio  53
   2.3. Territorio desde las perspectivas idealistas  59
   2.4. Territorio desde una perspectiva integradora  64
   2.5. La visión relacional de territorio en Sack y Raffestin  68

3. TERRITORIO Y DESTERRITORIALIZACIÓN EN DELEUZE Y GUATTARI  84
   3.1. ¿Conceptos para la geografía?  86
   3.2. Las multiplicidades, el rizoma y las segmentaridades  94
   3.3. El concepto de territorio y sus componentes  99
   3.4. Desterritorialización y resterritorialización: la creación y la destrucción de territorios  106
   3.5. La desterritorialización relativa o la desterritorialización del socius  111

4. POSMODERNIDAD, "DESANCLAJE", COMPRESIÓN ESPACIO-TIEMPO Y GEOMÉTRIAS DEL PODER  118
   4.1. El desanclaje espacio-temporal  129
   4.2. Compresión tiempo-espacio  132
   4.3. Geometrías de poder y diferentes formas espaciales  137

5. MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN  141
   5.1. La desterritorialización desde una perspectiva económica  142
   5.2. La desterritorialización desde una perspectiva política  160
5.3. La desterritorialización desde una perspectiva cultural

6. DESTERRITORIALIZACIÓN Y MOVILIDAD
   6.1. Movilidad humana y desterritorialización
   6.2. Desterritorialización en la inmovilidad
   6.3. Sociedad de control, ciberespacio y desterritorialización

7. TERRITORIOS, REDES Y AGLOMERADOS DE EXCLUSIÓN
   7.1. Territorios, redes y territorios-red
   7.2. Desterritorialización y aglomerados de exclusión

8. DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN A LA MULTITERRITORIALIDAD

9. DESTERRITORIALIZACIÓN COMO MITO

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE TEMÁTICO